

PSICOLOGÍA DEL SOCIALISTA-ANARQUISTA

August Hamon

Al profesor Lacassagne:

En prueba de simpatía al hombre de ciencia, le dedica este ensayo científico. A. Hamon.

PREFACIO

– ¿Qué objeto se han propuesto?

– ¡Eh! ¡Por Dios!, el mismo que todos se proponen al escribir un libro: encontrar la verdad. E. Renán.

Este libro es el segundo de una serie que hemos emprendido con el título genérico de Estudios de Psicología Social. El primero, la *Psicología del militar profesional*, publicado en Noviembre de 1893, nos valió las injurias de unos, los elogios de otros, y motivó largas y acerbadas polémicas. Era un libro de ciencia que ciertos críticos lo consideraron como una requisitoria, una diatriba. Nosotros habíamos buscado la verdad, y su simple exposición justificó de nuevo aquellas palabras de Pascal: «Demasiada verdad nos sorprende».

Como en todos nuestros anteriores trabajos, nuestro solo y único fin, al escribir esta *Psicología del socialista-anarquista*, es la investigación de la verdad.

Nunca lo repetiremos bastante: *buscamos la verdad*, y una vez creemos haberla hallado, la exponemos ante el mundo, porque con Bossuet pensamos que: «Todo aquel que posee la verdad, la debe a sus hermanos, pues la verdad es un bien común».

Hombre de ciencia, que para nosotros significa hombre que investiga la verdad sin preocuparse de los inconvenientes o de las ventajas que pueden resultar de la investigación, tanto para él como para los suyos, al país o la sociedad, a que pertenezca, hemos escrito una monografía científica sin ocuparnos de si servía o perjudicaba a tal o cual individuo, partido o sociedad.

Nosotros buscamos la verdad: y esta investigación la hacemos imparcial e impasiblemente. Deterministas como somos, creemos que el hombre es irresponsable de sus pensamientos y de sus actos. Concibe unos, ejecuta los otros, y, dadas todas las circunstancias, ni puede dejar de concebirlos ni de ejecutarlos. No hay, por consiguiente, mérito ni demérito en estas concepciones, ni en estas acciones. Son un efecto, una resultante de múltiples componentes.

* A. Hamon profesor de la Nueva Universidad de Bruselas y del Colegio Libre de Ciencias Sociales de París. Traducción de José Prat. Digitalización [KCL](#).

Esta concepción determinista facilita la imparcialidad, nos es más fácil hacer abstracción de nuestras preferencias y de nuestras amistades. No mentamos nuestros odios porque no los tenemos; ni contra los hombres, puros y simples efectos, ni contra los conceptos y las instituciones, efectos asimismo de múltiples causas.¹

Hemos hecho todos los esfuerzos posibles para conservar la serenidad que debe ser la herencia del hombre de ciencia. Creemos haber logrado conservar la imparcialidad del investigador de la verdad.

En la *Psicología del militar profesional* hemos demostrado la influencia de la profesión sobre la mentalidad de los individuos que la ejercen, y probado por el método de la observación que el ejercicio de una profesión característica determina en las mentalidades de los ejercitantes un estado especial, netamente particular, propio de los miembros de la profesión.

En la *Psicología del socialista-anarquista* demostramos que los adeptos de una misma doctrina filosófica poseen una constitución psíquica común. Probamos, por el método positivo y el método racional, que la adopción de una doctrina filosófica indica en los adeptos la existencia de caracteres mentales comunes.

En este libro establecemos el tipo ideal, el tipo medio del socialista-anarquista, del mismo modo que el naturalista establece el tipo medio ideal del hombre o de otra cualquier especie animal. Para determinar este tipo, recurrimos al método positivo. El método racional únicamente lo utilizamos para confirmar las deducciones sacadas de hechos relatados.

En el indicado primer libro de esta serie psicológica, me serví de hechos sacados de los libros, de las revistas y de los periódicos. En este nuevo libro, este procedimiento no podía servirme, pues faltan los documentos. Tuve que recurrir, por lo tanto, a otro sistema que me sugirió la lectura de una obra del doctor G. Saint-Paul. *El Essai sur le langage intérieur*, de mi eminente colega de la Sociedad de Antropología de París, el doctor Lacassagne, está establecido con ayuda de preguntas dirigidas por escrito a un cierto número de personas. Me pareció que este procedimiento podía permitirme establecer la psicología del anarquista, y a él recurrí dirigiendo a un cierto número de anarquistas las dos preguntas siguientes:

1ª. ¿Por qué es socialista-anarquista?

2ª. ¿Cómo se volvió socialista-anarquista?

Al propio tiempo les rogué me dijeran su edad, profesión y nacionalidad.

Las respuestas no me faltaron. Unas estaban firmadas y era indiferente a los que las suscribían que su nombre fuera o no del dominio público. Otros prefirieron guardar el anonimato. Algunas recibí sin que yo pudiera saber el nombre de sus autores. Con la ayuda de estas respuestas, fue como pude buscar y establecer los caracteres psíquicos especiales de los discípulos de los Reclus, Malatesta, Kropotkin, Spies y Parsons. De este modo comprobé las ventajas del método sugerido por el doctor Lacassagne, y se comprenderá los motivos que me llevaron a dedicarle este libro de ciencia.

Concebí esta obra hace más de un año. Era en Diciembre de 1893, en París, cuando Félix Dubois, periodista, me hizo una visita para pedir al autor de la *Francia Social y Política*, le diera documentos referentes al movimiento anarquista, para suplemento literario del *Figaro*. Debido a su pluma, consagró un número entero al «*Peligro Anarquista*», que pronto se convirtió en libro

¹ De estas líneas podrían inferir algunos que para nosotros los hombres son *solamente* efectos y *nunca* causas. Opinamos que el hombre es *siempre* un efecto y que *todo efecto obra a su vez como causa*.

que se publicó en París y se tradujo a varios idiomas. Después de varias conversaciones con el señor Dubois, resolví darle para su libro un breve estudio sobre la psicología del socialista-anarquista. Entonces dirigí a varios anarquistas franceses las preguntas de que he hablado, obtuve respuestas, y pronto mi breve estudio se cambió en deseo de hacer una monografía completa de la que di un simple resumen al señor Félix Dubois.

Mi libro se construyó poco a poco, basándolo solamente en las respuestas confesionales de anarquistas franceses. Su elaboración fue lenta, a causa de las circunstancias. La obra estaba casi terminada cuando fui a Londres. Entonces se ensanchó mi horizonte y concebí la esperanza de aumentar la extensión de mi obra. Había determinado la mentalidad filosófica del anarquista, según las confesiones de los franceses, y, si mi tesis era justa, forzosamente tenía que hallar en los anarquistas extranjeros los mismos caracteres mentales. Quise comprobar el hecho, y por esto formulé las mismas preguntas a los socialistas-anarquistas ingleses, irlandeses, escoceses, alemanes, holandeses, italianos, españoles, portugueses, etcétera. Obtuve igualmente sus respuestas, y en ellas hallé las mismas características psíquicas. Fue, pues la confirmación tangible de la verdad de mi tesis.

Entonces resolví utilizar estas respuestas de diferentes nacionalidades, rehaciendo enteramente mi libro primitivo. El cuadro es, sin embargo, siempre el mismo, como también buen número de páginas. Hay, no obstante, algunas diferencias, porque en el curso del análisis de las respuestas confesionales pude comprobar similitudes y diferenciaciones según las nacionalidades. Unas y otras las señalo en el curso de este estudio científico.

Se observará que para fijar el tipo medio del socialista-anarquista, no he tenido necesidad de aventurar una hipótesis cualquiera sobre las doctrinas. Que éstas sean falsas o justas, buenas o malas, inmorales o morales, poco nos importa para este estudio psicológico. Que los socialistas-anarquistas sean unos locos o unos sabios, criminales o sanos, que tengan o no tengan razón, que formen una secta fanática llamada a desaparecer bajo el desprecio público y el ridículo o una secta admirable destinada a triunfar, que sean retrógrados o precursores, todo esto nos es absolutamente indiferente.

Nosotros no apreciamos el valor moral de los hombres o de las doctrinas; buscamos determinar, por medio del análisis, el estado psíquico que es común a estos hombres de tan diferentes países, religión, profesiones y clases y adeptos todos de una común doctrina. Determinar su común constitución cerebral: tal es el fin que nos proponemos, el objetivo que creemos haber alcanzado.

Respecto a las confesiones que hemos utilizado, solamente tenemos necesidad de una hipótesis: la buena fe. Todo el mundo puede admitir como exacta una hipótesis. En efecto, las confesiones emanan de gentes muy diferentes en nacionalidad, educación, religión, profesión, etc., y a pesar de estas diversidades de origen, se revelan en estas confesiones los mismos caracteres comunes, los cuales, por otra parte, se diferencian mucho en el modo de expresar los conceptos; vivacidad, precisión, confusión... según cada individuo. Para el analista cada confesión es determinatriz de una mentalidad individual diferenciada de las otras mentalidades. A pesar de comprobar esta diferenciación individual, se observa, asimismo, diferenciaciones por grupos de confesiones, grupos formados por las nacionalidades, es decir, que el observador descubre en estas confesiones caracteres comunes a la nacionalidad. Estas similitudes existen en los grupos nacionales sin perjuicio de la comunidad de caracteres mentales que se halla en el conjunto de todas las confesiones. Ahora bien, si por parte de los individuos hubiera mala fe, estas diferenciaciones individuales y estas similitudes nacionales no subsistirían. Las respuestas serían mucho más similares, menos diferenciadas. La diversidad, de todos modos muy grande, es una segura garantía de la buena fe de sus autores. Además, ¿acaso no tenemos modo de verificarlo recurriendo al empleo del método racional? Evidentemente, sí. Con las citas de las doctrinas hallamos siempre los mismos caracteres mentales que el método

positivo nos revela. No se puede, por lo tanto, poner en duda la buena fe de las confesiones, y por consiguiente su valor es inatacable para la determinación del «estado de alma» especial a los adeptos de la doctrina socialista-anarquista.

En el curso de las siguientes páginas hablaremos de diversos caracteres psíquicos particulares en la mentalidad anarquista-socialista. No debemos juzgarlos por esto. Estudiando la cuestión psicológicamente, nada nos importa la opinión buena o mala que merezcan el «espíritu de rebeldía, amor a la libertad, amor al yo, amor a los demás, sentimiento de justicia, sentido de la lógica, curiosidad de conocer, espíritu de proselitismo». Nos basta que estas tendencias se hallen en el encéfalo de los socialistas-anarquistas. Nosotros creemos haber demostrado, experimental y racionalmente, que existen.

Que los efectos de la constitución mental particular a los anarquistas-socialistas sean buenos o malos, es cosa que no debe ocuparnos, no queremos ocuparnos de ello. Nos basta con comprobar su existencia. Ésta es la tarea que nos hemos impuesto. Exponer y probar esta existencia, constituye toda esta obra. Las piezas, extractos confesionales y extractos doctrinales, a la vista del lector están. Puede juzgar por sí mismo. Que, para el lector, las doctrinas socialistas-anarquistas sean buenas o malas, que sus autores o sus adeptos sean apreciables o despreciables, todo esto nos es absolutamente indiferente. Es cosa que únicamente atañe al lector y no atañe al hombre de ciencia cuando analiza el estado psíquico de los adeptos de una doctrina filosófica.

Generalmente se acepta la imparcialidad del científico que estudia los fenómenos naturales, tales como el movimiento de los ventisqueros, la anatomía o la fisiología de las plantas y de los animales. Nadie se extraña de que con ardor se entregue al estudio de estos seres, de estos fenómenos, y nunca se supone que, con objeto de hacer más simpático al lector, el naturalista los presente con órganos que no poseen y cualidades que no tienen. Del mismo modo esperamos que se creará en nuestra imparcialidad de científico que anatomiza los encéfalos anarquistas.

Hemos hecho este estudio con ardor, del mismo modo que el entomólogo es ardiente en su examen de los insectos, pero al propio tiempo poniendo especial cuidado en ser imparciales. No teniendo otro fin que la investigación de la verdad, importándonos poquísimos que ésta plazca o no plazca, creemos haber conservado la serenidad que, según nuestro modo de ver, es necesario atributo del hombre de ciencia.

Puede darse que en esta obra de ciencia, y nada más que de ciencia, algunas personas encuentren intenciones de apologista. Algunos ya lo dijeron.² Poco nos preocupamos de esto, teniendo la convicción de que nuestros esfuerzos han guardado la impassibilidad necesaria y la creencia de haber logrado conservarla.

Tal vez algunas personas infieran de nuestro libro que somos socialistas-anarquistas. Tampoco nos importa. Haremos notar solamente la extraña lógica de estos individuos que de un estudio científico sobre los anarquistas, deducen el anarquismo de su autor, cuando no les viene a la mente deducir de una obra de criminología la criminalidad del autor. De la *Patología del Espíritu*, de Maudsley nadie ha inferido que este sabio fuera un alienado. De la obra *Augusto Comte y Heriberto Spencer*, de E. de Roberty, nadie ha inferido que este filósofo fuera discípulo de uno u otro de aquellos filósofos. Del libro de Abel Hovelacque sobre los *Negros*, o de A. Corre sobre los *Criollos*, nadie sacó la conclusión de la raza negra o criolla del autor. En su libro *Social Statics*, H. Spencer estudia la nacionalización de la tierra y da muchos argumentos en su favor. Quien hubiera deducido de aquí que Spencer era un partidario de la *Land nationalisation*,

² Diversos críticos lo manifestaron a causa de nuestro capítulo «Psicología del anarquista» publicada en la obra el *Peligro anarquista*.

se hubiera equivocado, pues sabido es que este filósofo fue, al contrario, un adversario declarado. Nos parece, pues, absolutamente ilógico, inferir de esta monografía nuestro anarquismo. Pero, si así sucediera, nos es completamente igual, puesto que esta apreciación sobre el autor no puede disminuir en un ápice la verdad o la parte de verdad que hay en esta obra.

Al escribirla hicimos abstracción de todo deseo de ser agradables o desagradables a tales o cuales individuos; nos prohibimos juzgar las doctrinas. Hemos escrutado únicamente el «alma» socialista-anarquista y aquí exponemos el resultado de este análisis. Que unos lo encuentren admirable, que otros lo encuentren despreciable, es cosa que sólo a ellos atañe. La cuestión que se presenta es ésta: ¿es exacto el resultado?

Así lo pensamos nosotros. Las piezas de las cuales lo hemos deducido están a la vista del lector. Por sí mismo juzgará, pues lejos de nosotros la idea de imponer nuestra manera de ver. Con Ernesto Renán «creemos que una verdad sólo tiene valor cuando se alcanza por sí misma, cuando se ve todo el orden de ideas a que se relaciona». Así, pues, yo no deseo que el lector crea sin examen la verdad que este libro creo contiene. Le pido tan sólo que lea, que considere las citas doctrinales y los extractos confesionales y mire si estima que las conclusiones que hacemos están deducidas con exactitud.

Ciertamente que experimentamos un placer cuando lo que nosotros juzgamos verdad vemos que así lo juzgan otros hombres; pero deseamos que esta verdad la hallen por sí mismos, que se convenzan y no que crean. No deseando, pues, imponer mis conceptos, he escrito mi libro con una suprema indiferencia, como si escribiera para mí solo y que nadie tuviera que leerlo jamás.

Ruego, por lo tanto, al lector, que no vea en esta monografía ni siquiera un simple deseo de hacerle creer mis deducciones; que sólo vea nuestro vivo deseo de que él mismo llegue a iguales deducciones. Ante sus ojos ponemos las piezas del proceso. Que el lector juzgue la exactitud, la precisión de nuestras deducciones.

Se nos objetó³ que los caracteres psíquicos por nosotros determinados, no se concebían en ningún modo con la propaganda por el hecho. No se trata de esto.

La cuestión es: Los caracteres psíquicos determinados, ¿son los que realmente pertenecen a las personas interrogadas? ¿Estas personas son realmente anarquistas?

A la primera de estas preguntas el lector responderá fácilmente teniendo las piezas del debate ante su vista. A la segunda responderemos que las personas cuyas confesiones figuran en este volumen, son realmente anarquistas, así se afirman.

Por otra parte, ¿se puede decir con exactitud que las características mentales que hemos determinado no se concilian con la propaganda por el hecho? Yo no lo creo. No quiero hacer aquí la psicología de los propagandistas por la violencia, de los Ravachol, Pallás, Vaillant, Salvador Franch, Henry, Caserio, etc. Esto será objeto de otro estudio, para el cual recogemos documentos, y que será una contribución a la criminología política. Pero desde ahora podemos afirmar que el examen de los procesos de estos criminales muestra la presencia en su mentalidad de los mismos caracteres psíquicos. Cada lector puede comprobarlos, como hicimos nosotros, con la lectura de los testimonios, de sus declaraciones o *factums*.

Esto responderá solamente a los espíritus superficiales, y de ningún modo a los observadores imparciales y sutiles que se acuerden de que en nombre de una religión de amor, los

³ *La Riforma Sociale*, el *Manchester Courier*, etc., nos hicieron esta objeción.

inquisidores quemaron a millares de seres, que en nombre de la Libertad y del amor a la humanidad, los terroristas del 93 guillotinaron a otros tantos millares.

Inquisidores y terroristas estaban convencidos de que obraban en bien de la humanidad. En su constitución psíquica existía la característica: Amor de los demás, y mataron a los demás en masa y fueron criminales...

El interrogatorio de que hemos hablado fue enviado a diversos países y publicado en diferentes periódicos, especialmente en *El Esclavo*, de Tampa; *El Corsario*, de La Coruña y *The Solidarity*. Indudablemente, lo conocieron diversos anarquistas de Italia y de Rumania, pues que obtuvimos respuestas de estos países. Esto dio lugar a una curiosa novela debida a la rica imaginación rumana. En Bucarest, en Diciembre de 1894, el periódico oficioso *El Constitutionalul* me presentó como el jefe de los anarquistas del mundo entero! ¡Desde Londres, donde residía entonces, yo dirigía el movimiento anarquista! – Sencillamente grotesco. Un periódico conservador, *Tzara* y una hoja democrática, *Adeverul*, así lo comprendieron, y quisieron defenderme de este poder dictatorial, lo que no fue obstáculo para que un estudiante en medicina fuera expulsado a causa de esta novela, como tampoco pudieron impedir la difusión de esta novela a través de las fronteras. En Rusia me convirtieron en gran jefe de la ANARQUÍA internacional. En Italia, si he de creer a lo que me contaron algunos, pasé por tener idéntica jerarquía.

Hasta recibí de varios amigos el apreciable consejo de no aventurarme en este último país, pues la cárcel y la expulsión me esperaban.

Todo esto es sencillamente cómico, y lo cuento para diversión del lector. No hay necesidad de desmentir tales groseras patrañas; su mismo absurdo las destruye.

A. Hamon
Londres, Noviembre 1894.
París, Marzo 1895.

INTRODUCCIÓN

DE LA EXISTENCIA DE UNA MENTALIDAD NACIONAL PROFESIONAL Y FILOSÓFICA

«Conocerán la verdad y la verdad los hará libres». Evangelio, según San Juan.

«Una raza, escribió Gustavo Le Bon en la *Revue scientifique*, posee una constitución mental de una manera tan fija, como su constitución anatómica. Que la primera está en relación con una cierta estructura particular del cerebro, no cabe duda; pero como la ciencia no está lo suficiente adelantada para demostrarnos esta estructura, no tenemos por qué preocuparnos. Por otra parte, el conocimiento de esta estructura no podría modificar ni un ápice la descripción de la constitución mental que se desprende y que nos revela la observación... Este agregado de caracteres psicológicos comunes constituye lo que con razón se llama el carácter nacional... Su

conjunto forma el tipo medio que permite caracterizar un pueblo. Mil franceses, mil ingleses, mil chinos, tomados al azar, difieren notablemente entre ellos; pero no obstante, poseen, a causa de la herencia de su raza, caracteres comunes que permiten construir un tipo ideal del francés, del inglés, del chino, análogo al tipo ideal que el naturalista presenta cuando describe de una manera general el perro o el caballo. Aplicable necesariamente a las diversas variedades de perros o de caballos, una descripción semejante comprende naturalmente tan sólo los caracteres comunes a todos y de ningún modo los que permiten distinguir sus numerosas especies... Un inglés, un gascón, un flamenco, un normando, corresponden a un tipo bien definido en nuestro espíritu y que podemos describir fácilmente. Aplicada a la mayoría de estas razas, lo pintará a la perfección. El trabajo inconsciente que se establece en nuestro espíritu para determinar el tipo físico y mental de un pueblo, es en un todo idéntico en su esencia al método que permite al naturalista clasificar las especies... »

Existe, por lo tanto, una mentalidad *nacional*. Si tomamos algunos individuos, partes de una misma nacionalidad, presentan caracteres psíquicos comunes especiales a su nacionalidad. Según el doctor Le Bon, esto es debido a la herencia de su raza; nosotros pensamos que esto mejor se debe a las influencias climatéricas, telúricas y sociales que son similares para todos los individuos de una misma nacionalidad. Ciertamente que la herencia juega un papel en esta preparación de la mentalidad nacional, pero es en menor grado del que desempeñan los ambientes psíquicos y sociales.

El mismo raciocinio que emplea el doctor Le Bon para demostrar la existencia de una mentalidad *nacional*, puede emplearse para demostrar la existencia de una mentalidad profesional.

En una nación existen profesiones bien caracterizadas, como la militar, la magistratura, la policía, el clero, etc. Se concibe fácilmente que bajo la influencia del ejercicio continuo de una profesión, en encéfalos predispuestos hereditariamente, se determina la producción de caracteres mentales particulares a dicha profesión. Estas características psíquicas son, indudablemente, efectos de una estructura cerebral particular, pero nosotros lo ignoramos, dado el estado poco adelantado de la ciencia.

Decimos que los encéfalos están hereditariamente predispuestos porque el hecho mismo de adoptar una profesión con preferencia a otra indica que el ejercicio de esta profesión place al que la adopta. Su mentalidad es tal, que halla agradable esta profesión, o menos desagradable que otra. Es opinión general, que en la mayor parte de las profesiones los que las ejercen hubieran podido, a consecuencia de otras circunstancias, dejar de ejercitarlas, que, en una palabra, la mayor parte de los hombres no poseen predisposiciones congénitas a la adopción de una carrera con preferencia a otra. Creemos que éste es un concepto erróneo que tiene su origen en la ausencia o en la insuficiencia del análisis de las cerebraciones humanas.

El hombre busca siempre el placer; todos sus actos, todos sus pensamientos tienen por objeto gozar. Todas las modalidades del goce se diferencian según los individuos, pero el objetivo es siempre el mismo. Una pena menor es también una de estas modalidades; así, cuando decimos que el hombre busca el placer, queremos decir asimismo que busca evitar el sufrimiento y que entre dos penas elige la menor. Si las necesidades vitales le obligan a adoptar una profesión que le es penosa, buscará la que pueda serle menos penosa, la que más se acerque a lo que él concibe como una profesión agradable, en una palabra, la que mejor satisfaga sus tendencias hereditarias.

Entonces adopta esta profesión, y sus predisposiciones congénitas para el ejercicio de esta profesión se desarrollan y se fijan. Los hombres predispuestos a la actividad física y a la violencia, serán militares, aventureros, viajeros; los predispuestos a soñar, al reposo físico, se dedicarán con preferencia a los trabajos intelectuales. Y si a estas tendencias se juntan

disposiciones a los procedimientos de astucia, a la ambición de riquezas o a los placeres groseros, los hombres serán diplomáticos, políticos, comerciantes o banqueros.

En los individuos que adoptan una profesión hay, ciertamente, predisposición a la producción de los actos o de las ideas que esta profesión necesita para ser ejercida. Mientras el individuo no encuentra esta profesión, a la que tiende o la que está más cerca de su concepción, irá errante en su busca. Cambiará de profesión continuamente, anhelando el día en que encuentre la que le parece más cercana de su ideal, o sea, la que mejor satisfaga sus tendencias. Existen hombres cuyas tendencias son tan diversas, a menudo tan contrarias y tan pronunciadas, que no pueden fijarse en una profesión, y van siempre en busca de lo que mejor les agrada, sin poder obtenerlo nunca, pues lo que les satisface en ciertas tendencias, les desagrada en otras, y viceversa. Los hay, también, cuyas tendencias congénitas están poco desarrolladas en cantidad y en calidad, y éstos se fijan fácilmente y se doblan no menos fácilmente ante las circunstancias externas. Sus tendencias al reposo, al misoneísmo, son más poderosas que las demás, y les fijan en una profesión, sin que haya gran reacción por parte de otras tendencias suyas para provocar la busca de otra profesión menos desagradable o más agradable.

Así, pues, hay una predisposición hereditaria por una profesión determinada. Importa, no obstante, hacer observar que esta predisposición por herencia sufre múltiples influencias que pueden contrariar o acentuar el desarrollo de las tendencias congénitas.

Durante todo el periodo educativo, el niño sufre poderosamente la acción del ambiente familiar, social, climatérico, etc. Una vez hombre, estas acciones subsisten, pero generalmente con menor fuerza, a causa de que el individuo adulto es menos plástico que el niño o el adolescente. Las acciones de estos ambientes dan por resultado en las cerebraciones de los individuos, inhibir ciertas tendencias y desarrollar otras. Mutuamente reaccionan unas sobre otras, algunas se atrofian, y otras se hipertrofian. De este modo se produce necesariamente una modificación más o menos pronunciada de los individuos. Las condiciones mesológicas impulsan, en cierta medida, los individuos por caminos que de otro modo no hubieran seguido si las condiciones del medio hubieran sido diferentes. No olvidemos, sin embargo, que las tendencias congénitas son, asimismo, un factor, y factor importante en esta orientación de los seres.

Así, un individuo, por herencia violento y arrebatado, si es educado por individuos apacibles y fríos, si recibe una alimentación apta para atenuar su violencia, se convertirá en un adulto menos violento, menos arrebatado que si hubiera sido educado en un ambiente de arrebatos y de violencias. En el primer caso hay inhibición del crecimiento de las tendencias, y en el segundo caso, desarrollo de estas tendencias.

Todas las condiciones mesológicas obran de este modo. Agregadas a las condiciones hereditarias agujonean al individuo empujándole hacia un determinado camino, el que, a su vez, ayuda al desarrollo de ciertas tendencias en detrimento de otras.

El adulto que ejerce una profesión bien caracterizada, concibe como un bien las ideas y los actos necesarios en aquella, puesto que no quiere abandonarla, complaciéndose en ella mejor que en otra. Estamos, por consiguiente, autorizados para decir que bajo la influencia de las diversas condiciones mesológicas, se acentúan las tendencias congénitas o que éstas privan a pesar de las contrariedades del ambiente. Existe siempre el germen de las tendencias; toca a los diversos ambientes hacer que aborte o hacerle crecer y fructificar.

El ejercicio de una profesión provoca durante periodos de tiempo más o menos largos, la repetición de los mismos *recepts*, de los mismos *percepts*, de los mismos *concepts*, de los mismos actos. Gracias a esta incesante repetición, se forma un estado psíquico especial a todos los que ejercen una misma profesión. Los órganos crecen y se desarrollan con el

ejercicio; la función crea, por una parte, el órgano, y el no funcionamiento provoca el decrecimiento, la atrofia, la desaparición. Lo mismo debe suceder en los caracteres somáticos del encéfalo, que el estado poco avanzado de la ciencia no permite comprobar, pero cuya existencia se manifiesta por los caracteres psíquicos que la observación descubre.

El acostumbrarse a las mismas percepciones, a las mismas concepciones, a los mismos actos, fija unas y otras en el individuo agente. El hábito obra sobre la cerebración y el individuo se encuentra poco a poco poseedor de caracteres mentales específicos de su profesión, insuficientes para diferenciarle de sus cofrades, suficientes para diferenciarle de los individuos de otra profesión. Por la costumbre del ejercicio de la profesión se engendran estas mentalidades específicas del militar, del magistrado, del policía, etc., mentalidades que la observación descubre, aunque los caracteres románticos, probablemente correspondientes, no pueden ser actualmente descubiertos.

En resumen, al lado de la mentalidad *nacional* coexiste la mentalidad *profesional*. Sus principales rasgos se encuentran en grado variable de intensidad en todos los que ejercen una misma profesión, sea cual sea el país en que vivan estos individuos.

Paralelamente, no tan sólo existen las mentalidades *nacional* y *profesional*, sino que existe también una mentalidad *filosófica*, agregado de caracteres psíquicos comunes a los individuos que profesan la misma doctrina filosófica.

Se concibe fácilmente, que el hecho de poseer cierto número de individuos concepciones filosóficas comunes, indica en ellos la existencia de un estado psíquico específico, al que yo doy el nombre de *mentalidad filosófica*, para distinguirlo del estado psíquico específico de la nacionalidad.

Los individuos adeptos de una doctrina filosófica determinada, demuestran, por el mero hecho de ser discípulos de ella, que la encuentran justa, verdadera, que satisface el ideal más o menos preciso, más o menos confuso que ellos concebían. Esta concordancia, en la adopción de un mismo cuerpo de teorías, prueba que hay similitudes cerebrales entre todos sus adeptos. Conciben de un mismo modo; consideran los hechos de una misma manera; tienen de la cosa visiones similares. Esta similitud en las concepciones y en las apreciaciones de las cosas, resulta de las disposiciones psíquicas comunes a todos estos individuos. Teniendo las mismas tendencias, no pueden dejar de concebir de un mismo modo, no pueden dejar de apreciar las cosas de la misma manera.

Si los individuos no poseen caracteres psíquicos comunes, no pueden tener una idéntica manera de ver. Su diferenciación psíquica se revelará por una apreciación diferente sobre teorías idénticas.

Inconcebible nos parece pueda haber dos individuos de una misma mentalidad juzgando diferentemente una misma doctrina. Parece, al contrario, muy racional, que dos individuos juzgando parecidamente una doctrina posean puntos semejantes en su mentalidad.

Lejos de nosotros la idea de sostener que estos puntos de similitud serán tales y tan numerosos que habrá identidad en las mentalidades de estos individuos. Sostenemos únicamente que, en el análisis psicológico, se encontrarán caracteres comunes que permitirán diferenciar este grupo de individuos de otro grupo. Al contrario, con estos caracteres comunes, será imposible diferenciar los individuos de este grupo.

Este conjunto de caracteres comunes, conjunto variable con la doctrina de la que son adeptos los individuos, es lo que constituye una mentalidad que denominamos *filosófica*. Esta

mentalidad *filosófica* es netamente específica del «estado de alma», del estado *esencial* de los adeptos de una determinada doctrina.

Sin duda que esta constitución mental está en relación con una cierta estructura del encéfalo. La ciencia no está aún lo suficientemente adelantada para darnos a conocer estas estructuras. Por otra parte, su conocimiento no nos importa en este momento, pues no podría modificar la descripción de la constitución mental que de ella resulta y que revela la observación. No importa ignorar el estado somático del cerebro, si podemos valernos del método de observación para conocer el estado psíquico del individuo.

Cada adepto de una doctrina determinada posee, en grados variables de desarrollo, un cierto número de caracteres psíquicos comunes. El agregado de estos caracteres constituye una mentalidad *filosófica* específica de la colectividad de los partidarios de una misma doctrina. De este modo puede establecerse un tipo psíquico de estado esencial filosófico, como puede establecerse uno de estado esencial nacional o profesional. Este tipo psíquico medio es ideal, puramente ideal, como es ideal el tipo caballo, perro, lobo, etc. Aplicada a *un* caballo determinado, la descripción del caballo será insuficiente para pintarlo y distinguirlo de los demás caballos; pero aplicada a la mayoría de la raza caballar, la descripción será suficiente para pintarla y distinguirla de las otras razas animales. Lo mismo puede decirse respecto de la descripción de un tipo mental filosófico. Insuficiente para permitir la distinción de los adeptos, es suficiente para la diferenciación de los adeptos del resto de los hombres.

Una doctrina determinada es internacional, quiero decir, que es la misma, en sus líneas generales, sea cual sea el país en el que la enseñen. Así, pues, en todos los países encuentra o puede encontrar adeptos. En todos los países, los hombres que adoptan esta doctrina presentarán los mismos caracteres psíquicos comunes.

Sea cual sea el país de origen, de educación e instrucción, sea cual sea la profesión que ejerza, la clase social a que pertenezca, cada individuo de un mismo cuerpo de teorías tiene, con el conjunto de los demás discípulos, concepciones comunes, creencias comunes, una fe común. La mentalidad *filosófica* es, por consiguiente, independiente de la nacionalidad, de la profesión; es internacional.

De esto no es necesario deducir que los ambientes climatéricos, sociales, profesionales, etc., no tengan alguna acción en el génesis de la mentalidad filosófica. Sería este un punto de vista inexacto de las cosas. Estos ambientes obran sobre el encéfalo, exasperando o atenuando ciertos caracteres. Así, cada adepto, con todo y tener una neta relación mental con sus correligionarios, posee una individualidad más o menos caracterizada.

Todo hombre posee una mentalidad *nacional*, agregado de los caracteres mentales comunes a todos los individuos de la misma nación. Todo hombre posee una mentalidad *profesional*, agregado de los caracteres mentales comunes a todos los individuos de la misma profesión. Todo hombre posee una mentalidad *filosófica*, agregado de los caracteres mentales comunes a todos los individuos adeptos de una misma doctrina.

La observación debe revelar y, en efecto, nos revela la existencia de estas mentalidades específicas; para la primera, en todos los hombres de la *nación*, sea cual sea su profesión, su clase social, sus concepciones filosóficas, etc.; para la segunda, en todos los hombres de la *profesión*, sea cual sea su nacionalidad, su clase, sus concepciones filosóficas, etc.; para la tercera, en todos los individuos *adeptos de una misma doctrina*, sea cual sea su nacionalidad, su profesión y su clase.

CAPÍTULO I

GENERALIDADES SOBRE EL ANARQUISTA Y SU MENTALIDAD ESPECÍFICA

«No es digna de amar la verdad cuando puede amarse alguna cosa con preferencia a ella». *Massillon*.

Con el nombre de anarquista queremos designar a los individuos adeptos de las doctrinas socialistas-anarquistas que ciertos filósofos, sociólogos o científicos han expuesto y preconizado.

Es necesario precisar lo que significa este nombre de anarquista, pues que una multitud de géneros diferentes de hombres están comúnmente clasificados bajo esta denominación.

Existen «anarquistas individualistas» que rechazan toda concepción socialista (comunista o colectivista), que reclaman la libertad del individuo de una manera casi absoluta, sin limitación de ninguna clase.

Existen «anarquistas» que se titulan tales por simple protesta contra la actual organización social que les perjudica más o menos. Éstos ignoran por completo lo que quieren; no tienen ningún ideal, siquiera un poco libre de las nieblas de la ignorancia. Son simples rebeldes. Existen individuos que se cubren con el título de «anarquistas» con la esperanza de legitimar ciertos actos suyos, de arrojar una especie de barniz altruístico sobre algunas de sus acciones inmorales por su motivo, su perpetración, su objetivo. Son simples criminales que no tienen con los adeptos de las doctrinas socialistas-anarquistas otra relación que el nombre.

Existen, por último, individuos, desechos sociales, que por desafío a la sociedad de la cual son víctimas, cuyas leyes sienten pesar sobre ellos cual si fueran de plomo, ¡pobres outlaws!, se amparan con el nombre de anarquistas afirmándose tales sin saber lo que significa la Anarquía. El grito de ¡viva la ANARQUÍA! les parece que resume el odio hacia la sociedad que los encarcela, que los envía a presidio. Es el grito de todas las reivindicaciones, de todas las rebeldías, de todos los rencores, de todos los desafíos. En el fondo, hay en esto una especie de moda, pero estos hombres no son anarquistas tal como nosotros los entendemos.

En esta *Psicología del socialista-anarquista* queremos estudiar la mentalidad filosófica específica de los adeptos de una cierta doctrina filosófica, la socialista-anarquista, elaborada por los Proudhon, los Reclus, los Parsons, los D. D. Lum, los Bakunin, los Kropotkin, los Most, los Spies, los Malatesta, los Merlino, etc. Claro está que existen distinciones entre las teorías por cada uno preconizadas, pero éstas se refieren únicamente a los detalles y no son en ningún modo principios. Los ideales son los mismos, idénticas las líneas generales. Así podemos afirmar que existe una doctrina socialista-anarquista. En el curso de esta obra el lector podrá comprobarlo con las citas doctrinales sacadas de la literatura anarquista de diversas nacionalidades.

Existiendo una doctrina socialista-anarquista, existen, por lo tanto, consiguientemente, una mentalidad filosófica específica de estos adeptos. Esta mentalidad es lo que buscamos, queriendo determinar el tipo ideal psíquico del socialista-anarquista. El tipo medio mental de este modo edificado, no permitirá, seguramente, la distinción de un socialista-anarquista a otro,

pero diferenciará -desde el punto de vista psíquico- al socialista-anarquista de los otros hombres que no son adeptos de esta doctrina.

Buscamos una mentalidad colectiva, y por consiguiente, el estado cerebral completo de cada individuo tomado en particular no nos importa nada. Lo que nos interesa es la determinación de los únicos caracteres comunes a todos estos adeptos de un mismo cuerpo de teorías.

El tipo psíquico medio así establecido será para el socialista anarquista del mismo orden que es para el chino, el japonés, el escandinavo, el bretón, el auvernés, etc., el tipo medio somático o psíquico que establece el etnólogo o el psicólogo. Será del mismo orden que el tipo medio establecido por el entomólogo para las diversas especies de lepidópteros, de coleópteros.

Entre cada individuo chino, escandinavo o bretón, entre cada individuo de una especie de lepidópteros, existen grandes diferencias. Las variaciones individuales son numerosas y debidas a las infinitas circunstancias de los diversos ambientes. Del mismo modo las variaciones individuales son muy numerosas entre los adeptos de la doctrina socialista-anarquista. Cada uno de ellos sufre, en efecto, las influencias de los ambientes diferentes; cada individuo reacciona diversamente sobre estos ambientes y cada ambiente sobre cada individuo.

Estas diferenciaciones individuales no implican de ningún modo la negación del tipo medio ideal que en el curso de este estudio se construye poco a poco. Muestran tan sólo que la combinación de las demás tendencias mentales con los específicos de los socialistas-anarquistas, produce mentalidades diversas con preponderancias de tal o cual carácter o grupo de caracteres. Ciertas características de la mentalidad pueden, a causa de los ambientes especiales, sufrir tales deformaciones que *a priori* la existencia de estas características mentales puede hasta verse negada o puesta en duda por un analista superficial.

La doctrina socialista-anarquista se enseña en todos los países y se halla a sus adeptos en todas las naciones. Es internacional en su enseñanza, y la mentalidad filosófica específica de sus adeptos se encuentra independientemente de su nacionalidad. Éstos se reclutan en Francia como en Inglaterra, en Escocia como en España, en Italia como en Irlanda, en Bélgica como en Alemania, en Holanda como en los Estados Unidos, etcétera. Esta diversidad de origen nacional puede señalarse, y, en efecto, se revela por variaciones entre los grupos nacionales de socialistas-anarquistas. Del mismo modo los múltiples orígenes individuales hereditarios se revelan por variaciones entre los individuos. Pero existiendo siempre un fondo común de conceptos, se encuentra una comunidad de algunos caracteres mentales particulares a la mentalidad predominante de los socialistas-anarquistas.

No solamente los socialistas-anarquistas se reclutan en las regiones más diversas y bajo los climas más diferentes, sino también entre las profesiones más desemejantes: sabios, campesinos, médicos, peones, periodistas, empleados del comercio, profesores, artesanos, artistas, obreros, industriales, empleados oficiales, rentistas, ingenieros, abogados, literatos, funcionarios, hasta militares, ofrecen su contingente al socialismo anarquista. Su número es bastante crecido, variable según los países,⁴ y su importancia social, tanto como el interés científico, explica la investigación a que nos hemos entregado.

Esta desemejanza en las profesiones ejercidas por los anarquistas demuestra que posee un fondo como de conceptos independientes de la profesión. Puede suceder que ésta desempeñe

⁴ En Francia, este número es de algunas decenas de miles, lo mismo que en Alemania. En Inglaterra, el número es menor, como también en Bélgica y Holanda. En Italia, el socialismo-anarquista es la forma más extendida del socialismo. En España, los socialistas no-anarquistas son una minoría muy pequeña y los socialistas-anarquistas se denominan *Anarquistas-colectivistas*. En la República Argentina y en el Uruguay, los socialistas-anarquistas son muy numerosos.

un papel en la producción de la mentalidad filosófica, pero este papel es relativamente de poca importancia e influye tan sólo y de modo indirecto en el individuo.

En suma, los socialistas-anarquistas, adeptos de una misma doctrina, nacen en las más diversas regiones, salen de las clases sociales más distanciadas, se han educado en religiones diferentes y ejercen las profesiones más diferenciadas. A pesar de estas diferencias de ambientes climatéricos, telúricos, familiares, educativos, sociales y profesionales, estos individuos adeptos de un mismo cuerpo de teorías presentan cualidades psíquicas comunes. No nos parece dudoso que estas cualidades sean debidas a disposiciones orgánicas del encéfalo producidas por el desarrollo -bajo las condiciones mesológicas- de predisposiciones congénitas. Pero actualmente la ciencia es impotente para descorder el velo que cubre estos caracteres somáticos.

Aunque nosotros ignoremos estas condiciones somáticas del encéfalo, correlativas de condiciones psíquicas, nos es lícito suponerlas por medio de la observación. Nos parece cierto que la constitución mental anarquista está determinada por los ambientes climatéricos, telúricos, familiar, profesional, social, obrando sobre cerebros predispuestos hereditariamente. Estas condiciones mesológicas, según su género y su grado, según la disposición hereditaria de los individuos, atrofian, hipertrofian o se desarrollan mediante ciertas tendencias manifestadas por el órgano cerebral. Así se fijan ciertas tendencias, así se determina la mentalidad filosófica específica del socialista-anarquista.

La obra realizada por todos estos ambientes no es igual para cada individuo. Varía según sea éste, pero varía también según su naturaleza. Del hecho que los anarquistas se encuentren bajo los climas más desemejantes, ejerciendo las profesiones más variadas, viviendo en los ambientes mundanos más diversos, parece deducirse que estos ambientes desempeñan un papel bastante inferior en la constitución mental específica de los discípulos de Kropotkin, Grave, Malatesta, Malato, etc.

Si estos ambientes ejercen, al parecer, una acción mínima, no sucede lo mismo respecto al medio social, especialmente en sus condiciones económicas. El desarrollo de los gérmenes congénitas se efectúa, en suma, principalmente bajo esta influencia. Lo comprobaremos experimentalmente.

Las causas generadoras del estado de espíritu anarquista son realmente innumerables e ínfimas. Los fenómenos sociales que lesionan al individuo o a los suyos, a sus amigos o a los hombres en general, se repiten sin discontinuidad. Sin cesar afectan el encéfalo, lo ponen en vibración en sentidos determinados. Sin duda, se engendra entonces una estructura especial, puesto que ciertas disposiciones somáticas se desarrollan normalmente, otras se atrofian o hipertrofian. Nosotros ignoramos esta estructura, pero conocemos los efectos, manifestados por cualidades psíquicas cuyo agregado constituye la mentalidad especial de los socialistas-anarquistas.

La observación revela esta mentalidad que nosotros edificamos en esta monografía científica, por medio del análisis y de las «confesiones» debidas a los anarquistas de diversa nacionalidad, profesión y clase social.

Hay ingleses, escoceses, irlandeses, franceses, alemanes, holandeses, italianos, belgas, españoles, suizos, portugueses, etc. Países de montañas y de llanuras, regiones marítimas y de mesetas, climas húmedo, templado, cálido, seco y frío, han visto nacer a los interrogados.

No menos desemejantes son los medios sociales de donde han salido estos hombres. Los unos proceden de la burguesía rica, otros de la pequeña burguesía, otros, en fin, del proletariado

urbano o rural. Hay católicos, luteranos, calvinistas, cuáqueros, anglicanos, metodistas, judíos, ateos. Me refiero a la religión concedida por su familia al nacimiento de estos individuos.

Las profesiones son de lo más variado: cochero, institutor, arquitecto, abogado, empleado de oficina, siller, relojero, tipógrafo, hombre de ciencia, literato, tenedor de libros, zapatero, plomero, pintor, médico, escultor-modelista, periodista, almadreñero, mecánico, estudiante en medicina, viajante, sastre, obrero del campo, etc., etc.

Las edades también difieren mucho, variando desde 19 a 50 años o más. Conviene hacer notar que más del 6/7 de las personas que han respondido a la información tienen menos de 40 años. Parece que de esto puede deducirse, que los socialistas-anarquistas no han transpasado esta edad.

A pesar de haber invitado al sexo femenino, no tuvimos sino cuatro respuestas de mujeres, una irlandesa, una escocesa, una belga y una judía rusa. Conviene hacer observar que la rusa vive en Inglaterra desde hace algunos años y que la belga reside hace tiempo en América. Estas mujeres han sufrido la influencia de las costumbres nacionales que hace que en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos la diferenciación intelectual y política entre el hombre y la mujer es menor que en Francia, Italia, España, Bélgica, etc.

Parece, por lo tanto, que estamos autorizados para ver justamente en estos individuos una representación del mundo socialista-anarquista.⁵ Nos creemos con derecho a considerar la mentalidad filosófica que el análisis de sus confesiones va a revelarnos, como específica de la mentalidad socialista-anarquista.

CAPÍTULO II

DEL ESPÍRITU DE REBELDÍA

«La verdad es un bien común; el que la posee la debe a sus hermanos».
Bossuet.

El espíritu de rebeldía se encuentra, de hecho, en todos los encéfalos humanos, pues que no es más que una modalidad de la facultad de reacción que posee cada individuo. Esta propiedad es la que permite al hombre subsistir en ambientes tan diversos, esta cualidad es la que le permite modificar los ambientes y adaptarseles.

La tendencia a la rebeldía, en germen en todos los cerebros, sufre las influencias mesológicas y consiguientemente se desarrolla, se atenúa, se atrofia o se hipertrofia. Estas manifestaciones serán, pues, frecuentes, raras, intensas o hasta nulas. Ciertos individuos, en los que esta propiedad de reacción o de rebeldía ha sido atenuada o ha desaparecido, en lugar de adaptarse los ambientes son ellos los que se adaptan. Se doblan, sufren las acciones mesológicas y no reaccionan de ningún modo. Otros, bajo estas influencias, reaccionan moderadamente. Otros,

⁵ No hemos utilizado, sino en parte, todas las confesiones que nos fueron remitidas, porque hubieran acrecentado demasiado el número de citas y hecho fastidiosa la lectura de esta obra.

en fin, los soportan con pena e intentan a su vez obrar sobre los medios, a fin de armonizarlos con sus naturales tendencias.

La propensión a la rebeldía, cuyo germen existe en todos los seres, se manifiesta diferentemente según los individuos diversamente predisuestos.

Según parece, los ambientes sociales tienden intencionadamente a atenuar y aun a atrofiar el espíritu de rebeldía inherente a todo encéfalo. En efecto; cuando niño, el hombre está sometido a la educación familiar, que busca inculcarle las ideas de obediencia, de respeto; los padres son superiores a los niños en conocimientos, en razón, en inteligencia, en todo; son superiores por esta suficiente razón de que son «los padres». Así, pues, el niño debe respetarles, obedecerles sin reflexionar, sin discutir. Más grande ya, el niño va a la escuela, al colegio o a la universidad, y en ellos continúa la enseñanza servil de la obediencia. A la familia se agregan los profesores; raros son los que buscan en el niño y en el adolescente desarrollarles el espíritu de examen y de crítica. Una vez hombre, en ciertos países va al cuartel como soldado, y allí todo concuerda para desarrollar el espíritu de obediencia y atrofiar el de rebeldía. La tendencia a la rebeldía sufre, además, las influencias de las conveniencias mundanas, de las costumbres, de los reglamentos sociales, de las relaciones entre asalariados y asalariantes. Poco a poco, el acostumbrarse a todas estas reglas, inculca a los seres una servidumbre más o menos acentuada y el espíritu de rebeldía desaparece ahogado por el espíritu de obediencia.

En ciertos individuos, los fenómenos familiares, educativos y sociales, producen un efecto opuesto. En lugar de atrofiar el espíritu de rebeldía, lo exacerban, lo exageran a veces.

Parece que lo más a menudo todos estos ambientes no logran ahogar por completo la tendencia a la rebeldía, que se desarrolla un poco en la generalidad de los hombres y en un gran número alcanza hasta un desarrollo bastante considerable.

Todos los socialistas-anarquistas pertenecen a esta última categoría y en sus respuestas pudimos siempre descubrir este espíritu de rebeldía.

«Leí a Víctor Hugo, y, lo declaro con sinceridad: el poeta ejerció sobre mis ideas una influencia enorme... Víctor Hugo sembró en el corazón el espíritu de rebeldía. Me enseñó un camino que he seguido... Pero en la ruda adversidad, el germen de rebeldía que Víctor Hugo sembró en mi corazón, se desarrolló». (S. 1. *Empleado en el comercio, 31 años, antiguo obrero jardinero. Francés*).

«El primer acto se pasó en el cuartel. Allí, el espíritu, los hábitos, las costumbres del militar (especialmente de este militar de profesión, tan instructivamente disecado por A. Hamon y que he tenido ocasión de estudiar en su propia esfera), así como su manera de comprender su papel en vista del triste ideal que se propone, hicieron rebelar inmediatamente mi honrada naturaleza... Así, pues, sin ningún ideal, ninguna fe, teniendo horror a la pobreza de imaginación de los socialistas, la sequedad mal disfrazada de su corazón y la aridez de su programa, fui desde entonces un rebelde enamorado solamente en la vida de la belleza de ésta y sostenido por la única pasión de traducirla en obras de arte». (B. 2. *Pintor, 27 años. Francés*).

«He sufrido la más gran miseria, he estado dos días sin comer... Entonces se reveló en mí el espíritu de rebeldía... » (D. 3. *Obrero bisutero, 24 años. Francés*).

«El ambiente familiar burgués fue el generador de mi espíritu de rebeldía... » (André Veidaux. *Empleado, literato, 30 años. Francés*).

«Siempre tuve horror al amo, todo lo que se me ordenaba me era odioso. Encontraba abominable una orden y jamás pude someterme voluntariamente a lo que se me mandaba.

Durante mis largos años de colegio he sido un modelo de indisciplinados, no el pilluelo que acecha la ocasión de hacer una picardía, pero sí el rebelde que no quiere obedecer». (Bernard Lazare. *Literato y periodista, 28 años. Francés*).

«Mi infancia transcurrió en diversas instituciones de las que salía siempre expulsado a causa de continuas rebeldías... » (Ph. D. 4. *Externo de los hospitales, 24 años. Francés*).

«Odio las leyes, los dioses, las patrias, la autoridad, pero amo el hombre y adoro la vida». (A. Retté. *Literato, poeta, 31 años. Francés*).

«He ahí, al azar, las razones que me condujeron a la ANARQUÍA... Rebeldía contra el derecho que se arrogan los unos a juzgar y gobernar a los otros (diputados, senadores, etc... justicia, jurado de pintura y demás». (I. 5. *Pintor, 31 años. Francés*).

«Desde mi infancia me chocaban las injusticias y me acuerdo perfectamente que protestaba. Golpeado en la escuela municipal, me rebelé, huyendo... » (Dr. H. 6. *Cirujano de los hospitales, 31 años. Francés*).

«Mi padre era un innovador amante de separarse de los senderos trazados, muy imbuido del espíritu de examen, de gran inteligencia. Yo fui educado libremente. En el colegio solamente estudiaba los temas que me gustaban. Con todo, mi rebeldía contra el programa y los profesores, era puramente pasiva... » (O. 7. *Hombre de ciencia, 35 años. Francés*).

«Tengo la absoluta convicción de que es necesario ser inconsciente para aceptar la existencia tal como la organización social la ha hecho, y que todo ser consciente debe escoger entre el suicidio moral y la rebeldía según el grado de energía que en él exista... » (Ludovico Malquin. *Literato, 30 años. Francés*).

«Cayó en mis manos un periódico anarquista, uno de los primeros publicados en Francia, y lo leí ávidamente. Entonces vi como en un espejo el reflejo de mis propios pensamientos. Me cautivó la nueva idea que entonces era aborrecida de la gran masa; pasé, pues, a ser anarquista, más bien de corazón, por sentimentalismo, que por otro motivo. Luego, viviendo en el mundo de los rebeldes, he aprendido y adquirido mejores y más perfectos conocimientos sobre las ideas por las cuales estoy pronto a hacer todos los sacrificios». (T. D. R. *Cintero, 36 años. Francés*).

En estas confesiones de franceses, la tendencia a la rebeldía está claramente indicada y emanan de individuos de clase social diferente. En las confesiones siguientes, debidas a ingleses, escoceses e irlandeses, no es menos claramente visible.

«Yo no me acuerdo del tiempo en el cual sentí algún respeto por una autoridad o religión... » (T. W. B. Turner. *Viajante, 25 años. Inglés*).

«Habiendo sido arrestado por un insulto a la familia real... » (Ernesto Young, *21 años. Inglés*).

«A la edad de 15 años, trabajaba para un diario conservador, como repartidor, pero fui despedido por agitador, porque formé parte de una comisión representante de 60 muchachos que reclamaron aumento de salario...» (F. W. S. *Cochero, 28 años. Inglés*).

«Me fui convirtiendo al socialismo cuando los disturbios de los «sin trabajo», que acaecieron en mi pueblo natal; antes de esto yo no había siquiera oído pronunciar el nombre de socialismo. El mitin de los «sin trabajo» fue organizado por socialistas, que fueron encarcelados por sus discursos. Fui curioso de saber qué es lo que impulsaba a aquellos hombres a sacrificarse, y entonces estudié su doctrina...» (A. Birc. *Zapatero, 24 años. Inglés*).

«Después, habiendo pasado por los diversos movimientos políticos, *Independent Labour* y socialista de Estado inclusive... Puedo decir que fui hondamente impresionado por los discursos de los mártires de Chicago, cuyas ideas me parecieron que concordaban completamente con las mías propias...» (D. K. C. M. 17. *Mecánico, 28 años. Escocés*).

«Me rebelo contra el presente sistema social, y cuanto más lo estudio, más impaciente me vuelvo para que el ignorante abra los ojos y reclame sus derechos...» (N. W. 19. *Mujer de un obrero, 34 años, excriada. Escocesa*).

«Yo sentía un odio interno contra la Iglesia y los ricos, sin saber por qué... Más tarde me fui a Edimburgo, y me acuerdo cómo me saltó el corazón de alegría cuando oí por primera vez a un orador socialista...» (Jorge Robertson. *Carpintero, 34 años. Escocés*).

«Algo descontento de lo que me rodeaba, mucho antes de ser anarquista, sentía un profundo horror por el orden social actual, sin que pudiera evidentemente poder comprender sus males. Antes que yo, mi padre había sido ya un rebelde...» (G. R. 22. *Viajante, 41 años, antes mecánico. Irlandés*).

«Durante algunos años, me esforcé por extender en las tiendas los *Factory Acts* (durante la agitación fui arrestado diversas veces y encarcelado)... He ahí un hecho. Hace cerca de doce años, cuando el movimiento para el cierre de tiendas, tuve que comparecer ante la policía correccional por excitación a la rebeldía; entonces me defendí yo mismo. Por otra parte, habiendo oído el Presidente a los testigos de cargo y a mí, suspendió bruscamente el sumario y me preguntó si no encontraba más agradable vivir tranquilo que tener que comparecer ante la justicia; oído lo cual le repliqué contestara a una pregunta, que fue: ¿quién debería mejor estarse tranquilo, yo o aquellos que habían jurado en falso ante el tribunal? Añadí que yo no era un criminal, pero sí un individuo que había tomado parte en la acción pública en un movimiento humanitario para la disminución de las horas de trabajo de los empleados de los almacenes. El magistrado me amenazó entonces con formarme causa por insultos dirigidos al tribunal. Le respondí que yo y aquellos que conmigo eran perseguidos, estábamos dispuestos a no someternos tranquilamente ante la injusticia. El asunto fue inmediatamente sobreseído...» (J. Tochatti. *Mercader sastre, 40 años. Escocés. Abuelo paterno italiano*).

«Creo que el primer paso que yo hice en el camino de las opiniones precedentes (socialismo-anarquista), fue en la época -hace diez años- en la que encontrándome sin trabajo y, por consiguiente, sufriendo mucho física y moralmente, encontré un hombre que me explicó la «Social Democracy», que acepté en seguida como buena...» (A. Z. 23. *Dibujante litógrafo, 37 años. Nacido en Londres de padres judíos*).

Las respuestas que anteceden proceden no tan sólo de individuos de clases variadas, sino hasta de sexo diferente; en todas, por categórica afirmación o negación, se revela con netedad el espíritu de rebeldía. No menos visible se muestra en los extractos siguientes debidos a italianos y españoles.

«Mi madre era ferviente católica, pero aunque creyente en todos los dogmas católicos, no sentía ninguna simpatía por los curas, que detestaba a causa de que estaban en contra del espíritu revolucionario que entonces agitaba a Italia... Fue en el mes de Julio de 1870 cuando estalló la guerra entre Francia y Prusia. Yo detestaba a Francia de todo corazón, porque Napoleón había impedido a los garibaldinos entrar en Roma, y no podía olvidar Mentana. Al propio tiempo, yo odiaba mucho al Papa (fíjense bien en que yo era aún sinceramente religioso) y especialmente al cardenal Antonelli, por haber hecho decapitar a Monti. Ya se imaginan, por consiguiente, con qué placer leía yo el boletín de la guerra que solamente derrotas aportaba para los franceses. No era yo el único que pensaba de este modo; como yo, casi todo el mundo pensaba lo mismo, especialmente, la juventud. Después del Sedán, en toda Italia, en Liorna,

especialmente, principiaron a hacerse grandes manifestaciones a los gritos de: ¡Viva Roma capital! ¡viva Italia! Esto era para mí una fiesta; me mezclaba entre la multitud gritando a plenos pulmones, una verdadera fiebre. Ni siquiera iba a misa, ni rezaba mis oraciones, con gran escándalo de mi madre. Todos mis pensamientos tenían un objetivo: Roma. Así es que no podré describirles la locura patriótica que se apoderó de un niño como yo cuando se supo que el 20 de Septiembre los italianos habían entrado en Roma. Recuerdo que me llevé de mi casa una bandera, y que, seguido por buen número de chiquillos de mi edad, recorrimos toda la población gritando, habiendo perdido mi sombrero, sin sentir siquiera el hambre. Y por la noche, ¡qué tumulto! Era la primera noche que pasaba fuera del hogar. A fuerza de gritar me puse ronco. Mezclábamos entre los vítores gritos de: ¡sacar luces, iluminen!, y rompíamos los cristales de los vecinos remolones. A la mañana siguiente, sin sentir el cansancio, derribamos la puerta de una iglesia, invadimos el campanario y durante todo el día echamos al vuelo las campanas. Por la noche, al retirarme a casa, recibí una ducha de agua fría en forma de sendo cachete propinado por mi madre, inquieta por no saber de mí durante aquellos días. En Diciembre empezaron secretamente los alistamientos de garibaldinos para acudir en socorro de Francia. La antipatía que sentía contra el imperio francés, había cedido el lugar a una simpatía por la naciente República... Junto con dos compañeros de escuela, íntimos amigos, acordamos escaparnos de nuestras casas para alistarnos; yo era el más joven, 14 años, el mayor tenía 18. Yo representaba más edad de la que tenía. Poseyendo entre los tres unos 150 francos, escamoteados a nuestros padres, nos fuimos a Pisa, de allí a Turín, donde nos presentamos en la oficina de reclutamiento. Opusieron la mar de dificultades para aceptarme, pero al fin nos dieron un billete para trasladarnos a Bardonnecchia. Una vez llegados, en vez de voluntarios garibaldinos encontramos gendarmes que nos recondujeron a Liorna, donde tuvimos que aguantar una severa reprimenda de la policía... En los primeros meses de 1871, mi madre y yo fuimos a Egipto, llamados por mi padre, y de nuevo fui reconducido a mi antiguo colegio de sacerdotes. Mi ardor se calmó un poco, pero mi razón, que se había despertado, se rebelaba cada día con mayor frecuencia contra la educación religiosa que me daban...» (A. N. 16. *Químico, contador, 37 años. Italiano*).

«Mi padre formaba parte de la Internacional. Con Matta, Vanni y otros, fue uno de los que fundaron la federación florentina. Niño aún, pude ver ya, cómo los policías, al registrar la casa, lo trastornaban todo, y he asistido en la sala del Palacio de Justicia de Florencia, al proceso de las bombas. Scarlatti y Vanini, que al defenderse defendieron las ideas de la Internacional, me causaron una gran impresión. Me acuerdo aún de Scarlatti, cuando alzando el brazo y extendiendo el dedo amenazador, llenaba la sala con su voz potente. Me acuerdo también de la viva impresión que recibí durante los funerales de Garibaldi, cuando no permitieron desfilar, entre las demás, la bandera roja y negra de la Internacional... Un ladrón fue detenido y aporreado por la multitud, y esto me indignó. En plena calle le grité: ¡bravo!, cuando resistiendo a las turbas logró escabullirse. Mi padre me llevaba consigo a todas las reuniones...» (A. Agresti. *Grabador. 28 años. Italiano*).

«En fin, soy anarquista, porque de una sociedad donde millones de hombres, mujeres, niños y viejos están condenados a los más inicuos y atroces sufrimientos, a causa del egoísmo y del capricho de un puñado de bandidos y de asesinos que se aprovechan de la división humana, para guardar entre sus manos la brújula de la suerte de todos... Lucho por llegar a la asociación de todos, para el bienestar y la independencia de todos...» (G. P. 20. *Sastre, 34 años. Italiano*).

«No pudiendo soportar la disciplina, tampoco pude sufrir el estudio forzoso de la escuela; entonces me colocaron en una tienda, que tenía para mí la ventaja de dejarme libre...» (Z. B. 26. *Pintor de rótulos, 28 años. Italiano*).

«La ley, la propiedad, el gobierno, el matrimonio... es necesario cambiarlos y destruirlos... Es necesario revolucionar, derribar para construir de nuevo...» (Joaquín Luís Olbés. *Doctor en ciencias, farmacéutico, 35 años. Español*).

«En 1886 tuvimos en Cuba la primera huelga general, y entonces se manifestó en mí el espíritu de protesta y de rebelión...» (Agustín Sineriz. *Tabaquero, 29 años. Español*).

«Yo era miembro de la Internacional de trabajadores...» (Cecilio Fernández Zamorano. *Sombrero, 45 años. Español*).

«Me Volví anarquista durante el 1° de mayo de 1891, cuando los proletarios del mundo entero se declararon en lucha abierta contra la sociedad actual que nos ha reducido a la condición de esclavos...» (Mariano Lafarga. *Ebanista, 19 años. Español*).

«Cuando la burguesía asesinó a siete de nuestros compañeros de Jerez (1885), me volví más activo en la propaganda, porque me indignó la injusticia que se había cometido y las persecuciones de que fuimos víctimas... Me rebelo contra el orden existente de cosas, y daría hasta la última gota de mi sangre en beneficio de la humanidad...» (Juan F. Lamela.⁶ *Obrero campesino, 30 años. Español*).

«De este choque (entre las nociones de justicia y el estado social actual), nace el rebelde, a veces intuitivo y otras hijo obediente de la razón... El sentimiento de justicia acrecentado por la convicción que da el estudio de la naturaleza, es lo que me hizo anarquista...» (José Prat. *Dibujante, 28 años. Español*).

«Hijo de obreros, estando de aprendiz en un taller la opresión me repugnaba y me rebelaba la tiranía; a causa de mi temperamento, me sentía atraído por las ideas revolucionarias...» (Manuel Recober. *Ebanista, 34 años. Español*).

«Convencido de que todo gobierno es opresión y tiranía... cometería un crimen si yo lo apoyara... creyéndome en el deber de combatirlos a todos, y por consiguiente, de defender su antítesis, la Anarquía...» (Palmiro. *Tonelero, 28 años. Español*).

«Me volví anarquista-comunista a causa del estado de sujeción en que me encuentro actualmente...» (Rómulo Fustiz. *Tabaquero, 35 años. Español*).

«Una vez terminados mis cuatro años de aprendizaje, fui iniciado por mis padres en las asociaciones socialistas. Así, pues, la primera juventud, que por lo común se pasa en futilidades nocivas, fue para mí un aprendizaje en las asociaciones obreras socialistas...» (Gonçalves Vianna. *Cerrajero, 38 años. Portugués*).

En los alemanes, judíos rusos, eslavos y búlgaros, se revela con fuerza esta misma característica mental:

«Yo fui un adherido al partido socialista-demócrata cerca de cinco años, y durante la tormenta de la lucha política, constantemente en peligro de ser perseguido por el crimen de distribución de folletos y miembro de sociedades secretas. (Era en la época de la ley antisocialista en Alemania)...» (O. Gutzkow. *Litógrafo, 29 años. Alemán*).

«Entré en las filas del movimiento obrero el 1° de Mayo de 1889, en Trieste (Austria), en la Sociedad *Confederazione Operaia*, donde leí por primera vez el *Commonweal*⁷ de Londres. Me gustaba el tono del periódico, y pronto sentí el deseo de asociarme con los anarquistas. En el mes de Septiembre del mismo año, fundé, junto con un socialista demócrata eslavo una hoja socialista, *Delawski List* (Hoja obrera)... El 6 de Abril de 1890 llegué a *Chaux-de-Fonds* (Suiza),

⁶ Su hermano apodado «Zarzuela», fue agarrado en Jerez como anarquista (Sucesos de la Mano Negra).

⁷ Periódico revolucionario, socialista en 1889, convertido más tarde en socialista-anarquista, y muerto en 1894.

y en seguida entré en la unión de sastres. Fui nombrado delegado para la organización de la manifestación del 1° de Mayo...» (A. Klemencic. *Sastre, 27 años. Esloveno*).

«Bastará decir que a la edad de 13 años tuve que arrostrar una lucha muy dura con mis padres, excesivamente religiosos, que terminó gracias a la tenacidad de la juventud, con mi partida del *home* de mi infancia, convirtiéndome en un combatiente por la vida...» (R. F. 24. *Periodista, 30 años. Judío ruso*).

«Fui siempre un rebelde; yo replicaba siempre a las observaciones de los profesores y a los más terribles no les temblaba, respondiéndoles crudamente y con insolencia. Cuando me pegaban, pegaba yo también, teniendo siempre para estos casos un palo que a propósito llevaba... Ellos (Haekel y Darwin) me gustaban porque demolían la religión que nos enseñaban en la escuela; yo amaba todo aquello que demolía bizarramente algunas mentiras oficiales... Rebelde consciente actualmente, amo todo lo rebelde y todo lo que no es consagrado oficialmente...» (S. P. 29. *Doctor en medicina, 27 años. Búlgaro*).

He ahí aún estos extractos característicos de anarquistas belgas y suizos:

«Reflexionaba que yo, por lo contrario, doblegado bajo el peso de una labor aplastante desde la mañana hasta la noche, ganaba apenas la mitad de lo que necesitaba; mi trabajo sólo estaba destinado a llenar la caja de los acaparadores, procurándoles todos los goces. Mi corazón se rebelaba de indignación y de odio...» (Carlos Hansenne. *Tejedor, 43 años. Belga*).

«Que otro o yo mismo la sufra, toda orden me irrita y provoca en mí un sentimiento de rebeldía que a menudo, a pesar de que esto me exponga a perder el pan... Así, a los nueve años, a consecuencia de varios castigos que me había impuesto el contraamaestre (un hombre que en la iglesia del lugar era sacristán, organista, cantor, campanero, sepulturero y fabricante de cirios; durante el invierno ayudaba al maestro de escuela; su padre lo había sido y antes de morir había querido legar la plaza a su hijo, pero éste, en sus comienzos, ató un niño a un árbol para castigarle y cuando lo desataron el niño estaba helado y murió pocos días después, por lo cual fue destituido), durante la ausencia del maestro y que yo me negué a cumplir, durante una mañana me encerró en su cuartucho, contiguo a la escalera de la clase, con la consigna de estar allí dos horas encerrado. Metí tanto ruido que vino el maestro para pegarme con un puntero y me lió con él a puntapiés, hasta que de nuevo me dejaron solo. No contento, me puse a cantar canciones que seguramente no serían del agrado del sacristán que en aquel momento daba lecciones de catecismo. Toda la clase estaba revuelta, según supe luego por mis compañeros, y para poder continuar los *cursos* (?) se conmutó mi pena por la de pan seco por toda comida, lo que era un regalo para mí, pues el pan del maestro era diez veces mejor que el mío. Más tarde, cuando las famosas huelgas del Borinage del Centro y de Charleroi, donde Van der Smissen, el famoso general belga empapó sus insignias con la sangre de los mineros, si llego a tener los medios para comprarme un revólver, seguramente hubiera ido a agujerearle la piel. Yo no era anarquista, me figuraba que anarquista era sinónimo de vagabundo, pero sí un rebelde. La rebeldía se ha desarrollado en mí hasta el punto de que odio tanto al cobarde que acepta pasivamente las órdenes autoritarias, como al que se ampara de la autoridad, y desde mucho tiempo vengo observando que todo aquel que sabe ser autoritario, sabe arrastrarse...» (A. B. G. 21. *Músico, 29 años. Belga*).

«A los trece años abandoné mi pueblo para ir a servir a un pequeño comerciante, donde no tardé mucho tiempo en conocer lo que vale el uniforme militar; el tono altanero y autoritario de los oficiales cuando se dirigían a sus subordinados, despertó en mí un sentimiento de rebeldía y jamás he podido comprender cómo pueden consentir los hombres que les traten de este modo... Además, cuando ocurre que alguien quiere imponerse, sea por la fuerza física o por la autoridad de que esté investido, no le quedan ganas de repetir la hazaña, pues aunque de apariencia calmoso, toda mi rebeldía se manifiesta por una actitud resuelta y a veces por una

réplica sangrienta. Cuando la guerra de 1870, a duras penas comprendía que todos aquellos soldados lo mismo arriesgaban la piel si se rebelaban que si corrieran delante de las bayonetas de los soldados enemigos, por los cuales no sentían ni una razón de enemistad...» (Ph. Lelièvre. *Cocinero, 49 años. Belga*).

«Un niño de mi edad, con el cual había compartido los juegos infantiles de la escuela, me invitó una vez a tomar parte en su alegría. Penetré en un salón ricamente adornado... Me aprestaba a hincar el diente en un pastel que espontáneamente me ofreció mi pequeño camarada, cuando una dama hizo una triunfal entrada, dirigiendo sus estupefactos ojos a mi amigo y recíprocamente. Pasado este su primer momento de sorpresa, la muy impertinente interrogó a su hijo para saber quién era aquel «pequeño vagabundo». Iba yo a protestar, cuando la dama llamó a un criado y me hizo salir con todos aquellos miramientos peculiares a las gentes acostumbradas a una larga servidumbre. Me aleje con la vergüenza en el rostro y el odio en el corazón sin poder explicarme la conducta de aquella dama. A medida que los años pasaron, se fue acumulando en mi pecho la hiel que aquella escena desarrolló...» (Lideé. *Tipógrafo, 40 años. Belga*).

«Cuando la alta pillería quiere reconocer en un pobre diablo esto que se llama «talento», considera que de hecho este talento le pertenece. Lo utiliza, es su derecho. Y el que se rebela, el que no quiere ser instrumento servil de absurdos manejos, éste resulta para ella un peligro, lo comprende, y todos los medios le parecen buenos para abatirlo. Esto no es nuevo ¡pardiez! pero esto sorprendió a mi candidez de 20 años... Y yo quise luchar, ¡pobre imbécil!, luchar lealmente contra adversarios tan crapulosamente canallas. Pronto dieron cuenta de mí, la miseria, la calumnia, me hubieron prontamente reducido al hambre en mi aislamiento... Los reptiles de la prensa vendida podrán comprobar que Suiza, «esta tierra clásica de la Libertad», como la llaman, trabaja también para preparar la rebelión universal que nos unirá al grito de: ¡viva la ANARQUÍA! (E. D. H. 25. *Profesor, 27 años. Suizo*).

«Una juventud desventurada y atormentada, sin padres y sin guía, ha hecho de mí lo que soy actualmente: un anarquista cuyo corazón rebosa odio y que a menudo se ha rebelado a la sola vista de un niño harapiento o de una iniquidad cometida contra un pobre diablo...» (A. Nicolet. *Grabador, 45 años. Suizo*).

Encontramos asimismo la misma tendencia a la rebeldía en la única respuesta que recibimos de un neerlandés:

«Multatuli trata también de la cuestión social en sus obras. Las ideas de este ilustre escritor me inspiraron mucho, como a tantos de mi país, desarrollando en mi espíritu de rebeldía el deseo de modificar el estado social, que concibo es injusto...» (J. Methofer. *Tenedor de libros, 31 años. Holandés*).

En todas estas respuestas se trata de un espíritu de rebeldía general e impreciso. El individuo reacciona contra la autoridad. La resiste pasiva o activamente según sea la forma que afecte: familiar, profesional, social o patronal. Sea cual sea la nacionalidad de que forman parte los individuos, el mismo carácter psíquico se muestra con mayor o menor acuidad en su intensidad.

Existen formas variadas de esta propensión a la rebeldía. El espíritu de examen, de crítica, de oposición, de innovación, son modalidades suyas. Examinando, criticando, el individuo se niega a admitir las opiniones hechas, los fenómenos tales como se los presentan. Se rebela contra las ideas generalmente admitidas, contra los dogmas religiosos, morales, científicos. Contradiendo una teoría dada, haciendo oposición a ciertos actos, el individuo se presenta rebelde. Morfológicamente hablando, examen, crítica, contradicción, oposición, son idénticos.

Comprobamos también estos derivados de la tendencia a la rebeldía en las confesiones de los franceses, irlandeses, escoceses, alemanes, españoles, etc.

«Mis más lejanos recuerdos infantiles me permiten encontrar en mis primeros años un espíritu de contradicción que a menudo se obstinaba, pero que jamás fue burlón y malcontento y nunca se tornó en actitud inmutable. Me hizo despreciar muy tempranamente este panurguismo que reina como dueño en los establecimientos de la educación actual... Contra todo eso he debido resistirme en una tensión perpetua y dolorosa para proteger mi ser moral reducido a encerrarse dentro de un orgullo blanco y frío en el cual se ahogaba a veces. Desde los primeros tropiezos de mi conciencia, vine condenado al papel de refractario toda mi vida de adolescente, papel contrario, por otra parte, a mi naturaleza de suyo expansiva y de simpatía...» (Mauricio Pujo. *Literato, 20 años. Francés*).

«Mi padre, natural de la Alsacia, de religión protestante, me habituó desde mi niñez a la libertad de pensar, pues bajo el imperio profesaba altamente el «republicanismo», y sus palabras fueron siempre hostiles a la regimentación religiosa. Yo no fui bautizado y sólo cediendo a instancias de mi madre dejé que yo hiciera mi primera comunión...» (P. 10. *Arquitecto, 32 años. Francés*).

«Mi padre era constructor de coches, también algo rebelde... Yo fui testigo ¡ay! de muchas miserias y sobre todo, poco acariciado (mi madre se había casado por segunda vez)... A cada instante los fenómenos más diversos herían mi imaginación. ¿Por qué había ricos? ¿por qué pobres? Eran otras tantas reflexiones que turbaban mi reposo...» (K. 11. *Almadreño, galochero, 33 años. Francés*).

«Poseo el espíritu eminentemente crítico y también el espíritu de oposición; a menudo busco el modo de demostrarme a mí mismo que no tengo razón teniendo tal o cual idea...» (O.7).

«Más tarde me complacía en criticar los autores que leía, no podía constreñirme a aceptar las ideas sin discutir las, hasta con los profesores, hacia los cuales no sentí nunca respeto...» (Doctor H. 6).

«Una vez entrado en el periodismo y decidido a no imitar a mis compañeros, que en su mayoría juzgan con un aplomo imperturbable las cuestiones de las que desconocen las primeras palabras, me tracé el deber de estudiar las cuestiones sociales para poder combatir con conocimiento de causa las teorías socialistas, que, *a priori*, me eran perfectamente antipáticas. Comencé por estudiar separadamente, y luego en sus relaciones las unas con las otras, cada una de las reformas propuestas con objeto de mejorar, como dice la fórmula, la suerte del mayor número...» (Severin L. *Periodista, autor dramático, 33 años. Francés*).

«Porque no me contento con aceptar la opinión corriente sobre cualquier cosa que me interese, sino que tengo empeño en examinar los hechos por mí misma...» (H. 12. *Institutriz, 45 años. Irlandesa, mujer*).

«Creyendo que los métodos científicos son los únicos para llegar a la verdad... Y la ANARQUÍA ofrecerá la ventaja de los experimentos libres...» (Enrique Campbell. *Sillero, 41 años. Escocés*).

«Yo pienso que la ANARQUÍA es la más enérgica oposición a este absurdo...» (William Reckie. *Plomero, 34 años. Escocés*).

«La farsa de esta pillería y la ambición de los individuos (*Social Democratic Federation*) nos condujeron casi a la discusión de los principios anarquistas. En esta época estábamos en pleno periodo de los discursos de los anarquistas en Chicago y sus grandes palabras y conducta más grandiosa aún, contrastaban con las pequeñas bajezas y el lastimoso egoísmo de muchos demócratas...» (A. M. 27. *Músico, 36 años. Inglés*).

«Soy anarquista-comunista porque después de muchos años de experiencia en el movimiento reformista, he llegado a la conclusión final que el comunismo anárquico es la única solución de la cuestión llamada del Trabajo... Pero después de algunos años de experiencia descubrí pronto que las *trades unions* eran una farsa... Con Alberto Parsons empecé a buscar la verdadera solución del problema del trabajo...» (O. P. Smith. *Tabaquero, 35 años. Irlandés*).

«La actitud intolerante y arrogante de los *leaders* del partido social-demócrata alemán, después del voto de la ley antisocialista, me abrió al fin los ojos y mi implícita creencia en la honradez y en el ardor de estos hombres recibió un rudo golpe...» (G. H. 13. *Dibujante arquitecto, 41 años. Alemán*).

«Me volví anarquista por el estudio de los principios y de estas cuestiones difíciles...» (W. A. Ornum. *Escritor, 54 años. Americano*).

«He visto atroces miserias a mi alrededor... Me he visto colocado en primera fila para poder juzgar las canalladas burguesas y he estado diez años sin condenarlas...» (E. D. H. 25).

«Yo observaba a mi alrededor; he visto niños harapientos recoger legumbres podridas y llevarlas a sus padres para que las cocieran. He visto muchachos con jirones por toda ropa que los gendarmes reconducían a sus pueblos porque, sin padres ni documentación, los pobres mendigaban. He visto mujeres maltratadas por los policías. He visto mujeres mendigando y en manos de los gendarmes, que por este delito las conducían a la cárcel... He visto nacer pequeñuelos cuyos padres no tenían siquiera un pedazo de ropa limpia para cubrirlos. He visto a una niña hurgar en una caja llena de basura con la esperanza de encontrar un pedazo de pan, después de dos días que en su hogar carecían de él...» (A. Nicolet).

«El estudio de las cuestiones económicas y sociales me ha convencido de que el porvenir pertenece al proletariado...» (J. L. Olbés).

«Luego, estando ya un poco desembarazado de los prejuicios religiosos y viendo que los periódicos que leía me enseñaban sobre la cuestión religiosa y que los periódicos burgueses me la embrollaban, comparé estas dos tendencias y supe distinguir dónde estaba la verdad... Como he visto que es el capricho quien reina... Como he visto que nada me habían enseñado para ganarme la vida, ni nada hecho para hacerme hombre, y que me habían privado del derecho de hablar y de escribir según mi modo de ver, de ir donde quisiera, y que obligándome a llevar la mochila y el fusil que debía descargar a la voz de mando de otro, sin saber contra quién y por qué motivo se me imponía una obligación tan repugnante... Al propio tiempo he visto que cuando nosotros los obreros reclamamos alguna mejora, se nos aporrea y encarcela, mientras que cuando es el burgués quien reclama algo contra el trabajador, no hay policía que nos ayude en contra suya. De modo que he comprendido que el gobierno sólo sirve para defender esta pandilla de ladrones burgueses... Y si he aprendido un poco a saber lo que era la comedia política, ha sido a fuerza de voluntad...» (Ignacio Jaquette. *Albañil, 33 años. Español*).

«Educado en la pobre y rutinaria instrucción que puede recibir el hijo del obrero en esta inmunda sociedad... Yo seguía la corriente que desgraciadamente sigue la juventud actual, abandonándome a diversiones grotescas y sin substancia, que sólo conducen a la corrupción, pero afortunadamente comencé a razonar a tiempo. Dirigí mis investigaciones sobre la sociedad actual y la vi unida bajo el más vil despotismo. Vi que en ella... Vi que en lugar de... Vi que... Esta sociedad no tiene razón de ser; su lógica está en la punta de las bayonetas, exclamé. Y viendo claramente el mal, busqué el remedio. Estudié los partidos políticos más radicales y deduje que ninguno de ellos es el llamado a realizar la obra de emancipación... Estudié el partido socialista, del Estado obrero, y me convencí que aunque propone importantes reformas sociales, su instauración sería solamente un calmante a los males de la humanidad...» (J. E. Martí. *Tipógrafo, 19 años. Español*).

«Me volví anarquista cuando comprendí lo que he dicho más arriba (nocividad del gobierno y de la propiedad particular). Lo comprendí al reflexionar sobre mi situación de esclavo asalariado. Fui inducido a la reflexión por un sentimiento desinteresado de justicia...» (E. Olbés. *Tipógrafo, 26 años. Español*).

«Un día topé con un hombre que me dijo: todo lo que predicán los republicanos es una farsa y una libertad mal comprendida; para asegurarse de ello, basta contemplar lo que pasa en todas las repúblicas establecidas en Europa y América... Lo hice y comprendí que tenía razón... supe lo bastante para... ver y comprobar las injusticias que desarrolla la actual organización social...» (Francisco Freixas. *Zapatero, 21 años. Español*).

«Leí un folleto titulado *Conferencias socialistas*, de Chevelnior; el autor demuestra lo que es el Estado, el Capital y la Religión, y se declara anarquista. Fue como un rayo de luz que vino a iluminar mi cerebro, entonces indiferente a la política, que yo la consideraba una farsa. He aquí, me dije, lo que tú deseas, y por consiguiente, debes llamarte anarquista...» (Jacinto Melich. *Hojalatero, 31 años. Español*).

«Viendo la desigualdad que existe en la sociedad y la miseria de que son víctimas los trabajadores, me dediqué al estudio de la cuestión social...» (Libertario. *Acolchador, 19 años. Portugués*).

«Desde aquel tiempo también, principié a no obedecer con tan grande fervor las reglas de mi religión. A pesar de guardar aún la fe sincera en un buen Dios, la duda invadía mi infantil pensamiento. A veces preguntaba a mi madre por qué tanta gente mala, que no obedece las reglas religiosas, era rica y gozaba de la vida, mientras que nosotros, que rogábamos siempre, y que buscábamos agradar a Dios, teníamos que soportar tantas privaciones y miserias... Mi madre me respondía que a causa de esto, los ricos irían al infierno, y nosotros iríamos al paraíso. Estas respuestas me satisfacían de momento, pero en aquella época, la primera duda ya se introdujo en mi corazón... Pronto comprendí por personal experiencia que su crítica (la de los revolucionarios) de la sociedad era muy justa, y me persuadí también, poquito a poco, de la posibilidad de un cambio...» (W. D. 30. *Empleada en una oficina, 21 años. Judía rusa, mujer*).

Estas citas son absolutamente típicas. Revelan muy bien en sus autores la existencia de estas localidades de la tendencia a la rebeldía: espíritu de examen, de crítica o de oposición.

El espíritu de innovación es otra modalidad derivada de aquella propensión. El individuo innovador en arte, en ciencias, en letras, posee evidentemente el carácter mental crítico. Consciente o inconscientemente, el innovador examina lo que es y lo critica. Entonces busca lo que estima sería mejor y realiza lo que encuentra. No cabe duda que en esto hay una forma del espíritu de rebeldía. Nosotros la hemos comprobado solamente en dos confesiones que emanan de franceses, confesiones en las cuales hemos hallado, por otra parte, las demás modalidades de esta propensión a la rebeldía.

«Yo desarrollé mi tesis de doctorado sobre una operación quirúrgica que los profesores declaraban absurda y loca y que luego se ha hecho clásica...» Doctor H. 6).

«Yo me esgrimía en las revistas contra los escolásticos de toda clase que pretenden que el artista digno de este nombre debía traducir su emoción según las formas aprendidas...» (A. Retté).

Así, pues, encontramos en las mentalidades anarquistas el espíritu de innovación como manifestación de la tendencia a la rebeldía. Esta modalidad solamente se percibe, en todos los sabios, literatos y artistas que son socialistas-anarquistas. Tienen una individualidad potente, pues casi todos los que salen de los senderos trillados son unos innovadores. Poetas, pintores,

novelistas, escultores, filósofos, etc., exploran caminos nuevos, impacientes por realizar un ideal soñado, conocer una nueva verdad.

Este espíritu de innovación es menos fácil de descubrir en la masa de los socialistas-anarquistas. Éstos no se revelan al público por medio de obra alguna. No obstante, esta tendencia existe en ellos bajo la forma atenuada de amor a lo nuevo. Todo anarquista protesta contra las actuales formas sociales, sueña con alguna que juzga mejor; es, por lo tanto y necesariamente, un filoneísta.

En suma, la observación nos muestra que en la mentalidad filosófica de los socialistas-anarquistas, se encuentra este carácter: tendencia a la rebeldía.

Este resultado, al que nos ha conducido el método positivo, está absolutamente confirmado por la razón. En efecto: hombres que quieren hacer tabla rasa de las actuales organizaciones sociales, han de estar fatalmente dotados de una mentalidad en la que una de las características debe ser la tendencia a rebelarse contra lo existente. Lógicamente, por el hecho mismo de ser socialista-anarquista, es decir soñar con un cierto ideal conforme a ciertas doctrinas, se es un rebelde, o sea, que los individuos están impregnados del espíritu de rebeldía, y, naturalmente, bajo una o varias de las formas que éste puede revestir.

Por otra parte, el estudio de las doctrinas socialistas-anarquistas podrá hacer deducir racionalmente la existencia de esta característica psíquica. En efecto, si la doctrina que enseña la rebeldía invita a manifestarla, es racional que los adeptos de esta doctrina, es decir, que los individuos que la consideran justa, verdadera y buena, aprueben la rebeldía, la preconicen ellos mismos, la manifiesten. Luego, si la manifiestan, es que en su encéfalo existe tendencia a la rebeldía, es que los ambientes la han desarrollado vigorosamente.

La doctrina socialista-anarquista enseña la rebeldía; puede juzgarse por las siguientes citas, sacadas de las obras publicadas en diferentes idiomas:

«Nos hemos rebelado y hemos invitado a los demás a rebelarse contra los que se arrogan el derecho de tratar a los demás de modo que ninguno de ellos quisiera ser tratado; contra los que no querrían ser engañados, ni explotados, ni brutalizados, ni prostituidos, pero contribuyen a que los demás sean todo esto... Hasta el presente, la humanidad no se ha visto privada de estos grandes corazones que rebosan cariño, espíritu y voluntad, y que emplean su sentimiento, su inteligencia y su fuerza de acción al servicio de la raza humana, sin pedirle, en cambio, nada. Esta fecundidad del espíritu, de la sensibilidad y de la voluntad, toma todas las formas posibles. Es el investigador apasionado por la verdad que, renunciando a todos los demás placeres de la vida, se entrega con ardor a la investigación de lo que cree verdadero y justo, *contrariamente* a las afirmaciones de los ignorantes que lo rodean... Es el hombre que se rebela a la vista de una iniquidad, sin preguntarse lo que pueda resultarle, y cuando todos doblan el espinazo, desenmascara la iniquidad, hiere al explotador, al pequeño tirano de la fábrica o al gran tirano de un imperio... Comprendemos que no hemos impulsado hasta el fin los espíritus de igualdad, pero no queremos aceptar compromisos con estas condiciones. Nos rebelamos contra ellas. Nos pesan. Nos vuelven revolucionarios. No nos reconciamos con lo que nos rebela. Repudiamos todo compromiso, hasta el simple armisticio, y nos prometemos luchar hasta el fin contra estas condiciones... Esta ciencia (la moral) dirá a los hombres: Sé fuerte en vez de débil, y una vez hayas visto una iniquidad en la vida, una mentira en la ciencia, o un sufrimiento impuesto por alguien, rebélate contra la iniquidad, la mentira y la injusticia. ¡Lucha! La lucha es la vida, tanto más intensa cuanto más viva. Y entonces habrás vivido, y por algunas horas de esta vida, no darías años de vegetación en la podredumbre de los

pantanos...» (Pedro Kropotkin. *La moral anarquista*. Páginas 54, 57, 58, 72 y 74. Folleto in-18, París, 1891)⁸.

«... Ensayar, poner en práctica ideas nuevas en la sociedad actual, ¿acaso no es hacer acto de rebeldía?... Afortunadamente, nosotros lo hemos visto, sólo hay un paso de las aspiraciones al deseo de realizarlas, y este paso muchos temperamentos están inclinados a franquearlo, tanto más cuando siendo esencialmente de acción la teoría anarquista, más numerosos estos temperamentos revolucionarios se encuentran entre sus adeptos. De aquí la multitud de estos actos de rebeldía que deploran los espíritus timoratos, pero que, según nosotros, no son más que la prueba del progreso de las ideas... Seguramente que no es resignándose, ni esperando que cambien otros algo a su situación, sino obrando; luego, la mejor manera de obrar es suprimir los obstáculos que imposibilitan nuestro camino... Poner en práctica nuestras ideas exige hombres conscientes de sí mismos y de su fuerza, que sepan hacer respetar su libertad, no convirtiéndose en tiranos de los demás, no esperando nada de nadie, sino todo de sí mismos, de su iniciativa, de su actividad y de su energía; estos hombres no se encontrarán si no se les enseña la rebeldía y no la obediencia... Pero nosotros estamos también convencidos de que las ideas bien comprendidas deben multiplicar en su marcha ascendente los actos de rebeldía...» (Jean Grave. *La Société mourante et l'Anarchie*, págs. 128-130. Un volumen in-18, París, 1894, edición popular)⁹.

«Bien quisiera yo tener la influencia que me atribuyen. Iría de ciudad en ciudad a sembrar la semilla y pronto echaría por tierra la sociedad actual y florecería la ANARQUÍA...» (Respuesta del compañero Tennevin, contador, al Presidente del Tribunal de Isère, Francia).

«No tengo por qué disculparme de lo que he dicho. ¿De qué se me acusa? De haber incitado a la rebelión y haber proclamado que los trabajadores habían hecho muy bien en saquear. ¡Pero si lo repito aún! Han hecho bien, han obrado bien en todos los actos que se han realizado en el 1° de Mayo» (Defensa de Pedro Martín, tejedor, en el Tribunal de Isère, Francia. *Proceso de los anarquistas de Viena*. pág. 10-49. Saint-Étienne, 1890, folleto in-18).

«Estos monstruos (los que se benefician de la sociedad actual) tienen todos los goces y emplean todos los medios más crueles para conservar su posición, porque nosotros hemos puesto en sus manos la fuerza de la cual se sirven en contra nuestra. Así, pues, ningún medio será demasiado violento para suprimir sus privilegios y hacerles entrar dentro del derecho común. ¿Cómo se abolió la esclavitud antigua? Por las revoluciones. ¿Cómo se ha suprimido la servidumbre? Siempre por la revolución. ¿Cómo se hará desaparecer el salariado, que es la última forma de la esclavitud? Pues revolucionariamente. La rebelión es una cosa fatal, engendrada por la opresión, como la explosión de una caldera es engendrada por demasiada presión. No obstante, no es por odio, ni por venganza, por lo que nosotros nos rebelamos; es por necesidad. La sociedad actual no nos reconoce ningún derecho al bienestar. A pesar de las apariencias falaces de las libertades políticas, hace de nosotros seres inferiores y miserables. Estamos, pues, en estado de legítima defensa, cumplimos el más sagrado de los deberes al rebelarnos contra ella» (*Les anarchistes et ce qu'ils veulent*, pág. 29. Ginebra, 1892, folleto in-18).

«El objetivo de este partido (socialista-anarquista) es extender por todos los medios posibles el principio del socialismo-anarquista, demostrar que no es necesario esperar nada de las

⁸ Este folleto ha sido publicado en inglés: *Anarchist Morality* y en alemán: *Anarchistische Moral*, Londres-Berlín. Hay una edición española publicada en Buenos Aires, traducida por J. Prat, y otra publicada en Barcelona, traducida por Cruz, 15 céntimos.

⁹ Fue recogido y condenado en Francia y en Bélgica, donde se imprimió. Diversos periódicos de lengua española de América del Sur, Nueva York, Florida, Barcelona, Madrid y también en Portugal han dado largos extractos de este libro editado en París por la casa Stock. Se publicó una edición española completa en Buenos Aires.

concesiones voluntarias de los propietarios y de los gobiernos, ni en las graduales reformas constitucionales; despertar en el pueblo la conciencia de sus derechos y desarrollarle el espíritu de rebeldía; impulsarle a hacer la revolución social, es decir, a destruir todo gobierno y poner en común todas las riquezas existentes...» (Enrique Malatesta. *A talk about Anarchist Communism between two workers*, pág. 3. Londres, 1890, folleto in-18, un penique)¹⁰.

«Es esencial recordar, por otra parte, que aquel buen tiempo (fin del siglo XV y principios del XVI) resulta principalmente del espíritu revolucionario de las poblaciones rurales, poblaciones conducidas por nobles guías como John Ball, Jack Cade, Watt Tyler y otros. El pueblo no tuvo lo que deseaba sino rechazando someterse a las exacciones de los gobiernos... La historia nos enseña que no existe ningún cambio político o económico que se haya alcanzado sin la revolución. Por esto nosotros trabajamos para provocar la revolución que barrerá del mundo la injusticia, la tiranía...» (H. H. Duncan. *A plea for Anarchist Communism*, pág. 7-15. Aberdeen, 1893, folleto in-18, un penique).

«Sin embargo, en los bajos fondos sociales, los principios de igualdad, de amor y de caridad predicados hace cientos de años por Budha, Confucio, Filón y por el reformador Jesús, abrieron nuevos horizontes a las clases desheredadas, oprimidas, esclavas. Los poetas, los filósofos, las gentes de corazón y de buen sentido, decían que se preparaba una gran revolución moral y religiosa. Los que gozaban... al principio se rieron; pero pronto cesaron de reír y persiguieron a los afiliados a la nueva secta cuando se dieron cuenta de su enorme engrandecimiento... A costa de millares de mártires, la nueva fe se elevó sobre las ruinas de los antiguos cultos, la igualdad moral pasó a ser un hecho consumado... En el curso del último siglo, Voltaire percibió que... los antiguos privilegios de la nobleza, del clero, estaban irrevocablemente condenados por el progreso moral y social, y dijo: «Todo lo que veo es la semilla de una revolución que viene inevitablemente...» Y entonces también se rieron los ricos... Y la revolución vino terrible, inesperada como un terremoto (1789)... El ideal anárquico seduce a muchos y se extiende con celeridad tan prodigiosa, que en treinta años ha hecho más camino que el cristianismo en trescientos. Hay millones de esclavos modernos, elevados a la dignidad de hombres, que en nombre de la moral anarquista se rebelan, intentan continuamente romper sus cadenas... Las crueles persecuciones, las viles calumnias sólo dan mayor impulso a la causa que arrastra vertiginosamente la humanidad hacia el drama final... Innumerables son los signos demostrativos de que se acerca la hora fatal; por esto nosotros recomendamos con toda la fuerza de la convicción a los que tienen el temperamento de rebeldes y sienten amor a la justicia, que estén listos...» (Eduardo Milana. *Primo passo all'Anarchia*, páginas 85, 86, 88, 89, Liorna, 1892, folleto in-18; 20 céntimos.)

«... No es menos cierto que la tendencia social es constantemente la misma: rebelarse contra la autoridad, discutirla, limarla, y, en fin, suprimirla... La autoridad está negada desde que el primer hombre se rebeló contra ella, arrancando en sus sucesivos esfuerzos, hoy un atributo, mañana un elemento, al siguiente una función... La idea anarquista que sufre, no obstante, oscilaciones, y cada día va concretándose más y afirmándose mejor en un principio, surge como un simple grito de protesta, de guerra, y es la bandera aún no bien definida de la revolución... Muchos progresos rápidos se han realizado durante la evolución de las ideas socialistas en el corto espacio de medio siglo, principalmente después de la disolución de la famosa Internacional de los Trabajadores. Esta evolución es el producto del proletariado militante que, con su espíritu revolucionario, tiende siempre a purificar y concretar sus ideas...» (Ricardo Mella, *Anarquía*).

«Enemiga de los paliativos, de los términos medios y de las pequeñas reformas, la ANARQUÍA, partiendo del principio que el fin justifica los medios, se propone reivindicar los derechos del

¹⁰ Este folleto tiene ediciones italianas (*Fra contadini*), españolas (*Entre campesinos*, traducción de J. y Prat), rumana (*Intra Torani*). La edición francesa (*Entre Paysans*), y la española de Buenos Aires, son algo alteradas en su texto. Hay otra de Buenos Aires del año 1897, conforme al original, reproducción de la primera hecha en Barcelona.

pueblo por el movimiento insurreccional, la revolución social...» (Sergio de Cosmo. *Anarquía. Segundo certamen Socialista*, páginas 64, 66, 67, 75, Barcelona, 1890, vol. in-8)¹¹.

Podríamos a voluntad aumentar el número de citas si quisiéramos ahondar en la masa de periódicos anarquistas que fueron publicados o se publican actualmente en francés, inglés, italiano, español, flamenco, holandés, portugués, alemán, etc., ¿pero a qué más? Éstas son suficientemente típicas para demostrar de una manera clara que los teóricos de la ANARQUÍA exaltan el espíritu de rebeldía bajo sus modalidades más variadas.

Grave, Reclus, Malatesta, Kropotkin, Fielden, Parsons, Gumpłowicz, Spies, Tolstoi, etc., proclaman la manumisión del individuo por sí mismo; por consiguiente enseñan la rebeldía, violenta o no, según sus personales temperamentos. Es racional que los discípulos de los filósofos de la anarquía-socialista estén impregnados del espíritu de rebeldía. Encuentran justa, buena, la enseñanza de la rebeldía, porque ellos mismos están de ella afectados.

Además, la misma tendencia a la rebeldía manifiestamente expresada en las obras de los sabios socialistas-anarquistas, se halla asimismo vigorosamente expresada en las novelas, en los cuentos, en las crónicas de los literatos anarquistas. Pablo Adam, Mirbeau, Bernard Lazare, Eekhoud, etc. La semilla rebelde se halla también en las obras de los pintores y de los dibujantes anarquistas. La colección del *Père Peinard*, por ejemplo, con sus grabados, debidos a grandes artistas, es una prueba irrefutable.

Así, pues, *a priori*, deduciéndola de las doctrinas socialistas-anarquistas, se podía afirmar que los adeptos de estas teorías están afectados del espíritu de rebeldía bajo una o muchas de estas modalidades: espíritu de oposición, de examen, de crítica, de innovación.

Métodos racional y positivo conducen, pues, al mismo resultado: presencia del espíritu de rebeldía en la mentalidad de los adeptos de la doctrina socialista-anarquista. Estos dos métodos se confirman mutuamente y permiten afirmar que la tendencia a la rebeldía se halla siempre en la mentalidad de los socialistas-anarquistas. No está siempre sola, sino asociada con otras tendencias cuyo agregado es específico de la mentalidad filosófica de los adeptos de la doctrina socialista-anarquista.

Parece, según se desprende de los extractos profesionales que dejamos apuntados y de los de las doctrinas que hemos citado, parece, repito, que la propensión a la rebeldía es muy grande en todos los anarquistas. En ellos llega a un desarrollo superior al que se encuentra en la generalidad de los hombres. Este espíritu de rebeldía está acentuado en unos más que en otros. De todos modos, de una manera general, parece que las manifestaciones de este espíritu de rebeldía son más poderosas, hasta más violentas, en los italianos y belgas que en los ingleses, escoceses y alemanes. Los franceses e irlandeses parece ocupan un lugar intermedio.

Sea lo que sea respecto a la influencia de la nacionalidad, es muy cierto -lo hemos probado por la observación y el racionalismo- que la tendencia a la rebeldía existe en la mentalidad especial de los socialistas-anarquistas. Podemos, pues, decir:

Caracteres constitutivos de la mentalidad socialista-anarquista: 1º. *Espíritu de rebeldía*.

El socialista-anarquista es un individuo *rebelle*.

¹¹ El trabajo de Ricardo Mella, publicado en el *Segundo certamen Socialista*, fue premiado en dicho concurso abierto por el grupo *Avant* de Barcelona. El trabajo de Sergio de Cosmo fue más tarde publicado en italiano.

CAPÍTULO III

DEL AMOR A LA LIBERTAD

«Por la verdad a la libertad, por la libertad a la verdad». *Ulrico de Hutten.*

Como hemos demostrado en las páginas precedentes, el socialista-anarquista posee en su mentalidad la característica psíquica: espíritu de rebeldía. La posee en un estado de desarrollo mayor del que se encuentra habitualmente en los demás hombres.

Este carácter mental, no es, por sí solo, específico de la mentalidad filosófica propia de los socialistas-anarquistas. En efecto, esta tendencia a la rebeldía se encuentra en gran número de individuos que no son anarquistas. Todos los socialistas-anarquistas son unos rebeldes, pero no todos los rebeldes son socialistas-anarquistas. Así en el cuadro social y político, todos los socialistas -los anarquistas-socialistas forman una fracción socialista- son rebeldes. Del mismo modo, en el cuadro religioso, científico, artístico, literario, todos los opuestos a las ideas y a las formas admitidas, todos los filoneístas -lo nuevamente amado puede ser una reaparición de formas y de ideas antiguas caídas en desuso-, todos los innovadores son unos rebeldes.

Se concibe, pues, que el espíritu de rebeldía no es bastante suficiente para caracterizar al socialista-anarquista. Es *una* de las tendencias de su estado «esencial», pero no es *la* tendencia única de su estado «de alma».

Debemos buscar, por consiguiente, un nuevo carácter psíquico que sea común a toda esta categoría de individuos que adoptan las doctrinas socialistas-anarquistas. Esta investigación puede efectuarse por medio de la observación o por medio racional. Nosotros procedemos por medio de ambos.

En la lectura de las confesiones que nos fueron remitidas, una vez hubimos hallado la tendencia a la rebeldía, observamos que «el amor a la libertad» se revela con extraño rigor. El socialista-anarquista ama ardientemente la libertad. Puede juzgarse por los extractos siguientes:

«Habiendo estudiado los sistemas gubernamentales, no veo otra cosa que la forma anarquista, universal... Considerando que los sufrimientos, crímenes de toda clase cuyo conjunto la sociedad sufre, son el resultado de la autoridad... En una palabra, considero como lógica gubernamental estas dos únicas cosas: despotismo y lodazal... Porque la autoridad y la propiedad existen, millones de trabajadores mueren de hambre, y la sociedad está transformada en un inmenso campo de batalla donde los hombres están constantemente en lucha unos contra otros...» (T. D. M. 28).

«La autoridad, su valor, su razón de ser; he ahí una cosa que jamás he podido comprender. Que un hombre se arrogue el derecho de dominar de un modo u otro a sus semejantes, era, y es aún, para mí lo inconcebible, y nada a mis ojos era y es tan deshonoroso como la obediencia, es decir, la anulación parcial del individuo, su disminución, su debilitamiento. Me dirán que me veo obligado a obedecer ideas; no señor, porque estas ideas forman parte integrante de mi ser, y al obedecerlas, únicamente obedezco a mí mismo...» (Bernard Lazare).

«He sido mucho tiempo autoritario, pero al escudriñarme cuidadosamente, notaba que lo era para con los demás. Para mí, mi deseo era ser libre, pertenecerme. Esta observación fue el

primer azadonazo dado a mi autoritarismo, que pronto se desmenuzó por completo, cuando hube comprendido que todo detentador de la autoridad fatalmente abusaba de ella. Entonces me volví partidario de la libertad, no solamente para mí, sino también para los demás...» (O. 7).

«He tardado bastante en abrazar la cuestión social, pero si me remonto a las etapas anteriores de mi vida, veo desarrollarse el mismo instinto de libertad que recientemente he aportado al ámbito social. Así, desde el punto de vista estético, pasé al punto de vista moral (en el sentido más general de la palabra) y mi esfuerzo fue conservar en esta vida moral, adaptándola a sus propias condiciones, esta libertad absoluta que había encontrado en el ámbito estético. Pero la libertad no fue para mí una forma vacía, como se entiende comúnmente por facultad de hacer o no hacer una cosa. La libertad, según mi modo de ver, es un principio viviente, la esencia misma de la vida, la actividad pura que a menudo debemos proteger contra nosotros mismos. El interés particular y el interés general, el mismo deber, son para ella limitaciones de diverso grado, limitación, o si se quiere, determinaciones que pueden tener su justificación relativa, pero que no deben dificultar la expresión absoluta, atacada, solamente en el amor...» (Mauricio Pujo).

«Distinguiéndose mi carácter por mi amor a la libertad... Me confesaba a mí mismo, que mi filosofía era libertaria...» (Andrés Veidaux).

«¿Por qué, pues, soy anarquista? Porque considero la ANARQUÍA como el ideal de una humanidad consciente de sí misma... satisfaciendo libremente todas sus necesidades, desarrollando libremente todas sus facultades... Concibo la integral libertad para cada uno y para todos...» (A. Retté).

«¿Por qué soy anarquista y continuaré siéndolo? Porque el mal es el corolario de la autoridad... que la sociedad humana evoluciona hacia su emancipación, que el hombre únicamente tiene derecho sobre sí mismo...» (P. 10).

«... Porque estos dueños que haban elegido para gobernarnos, es decir, ¡candidez mayúscula! para promover cuestiones de las que no se cuidan, formular principios erróneos o injustos y tratar negocios que solamente son negocios suyos, se enriquecen y gozan a costa nuestra. Les arman a su pesar contra un enemigo que ellos solos suscitan o temen. Ellos nombran en nombre de la justicia una magistratura que les condenará cuando se quejen de ellos; en nombre de la libertad, mantienen un segundo ejército permanente, policía que los espionará, encarcelará, deportará o guillotinará, según el caso, tan pronto como un gesto suyo pueda molestar en el ejercicio del despotismo. En una palabra, sólo buscan su mal para ellos beneficiarse. ¿Y cómo podría dejar de ser así, si por ignorancia ustedes les han dado este derecho, acumulando toda la fuerza en sus manos, con grave peligro suyo? Es la fábula del caballo que tomó un caballero para vengarse del ciervo... No contentos de gozar ellos solos el fruto de su trabajo, los oprimen bajo pretexto de impedir que nadie les dañe. Pero son las causas que hacen nacer y mantienen estos malos instintos, que sería mejor hacer desaparecer: la servidumbre, el salariado, la propiedad, el capital, la autoridad, etc...» (B. 2).

«La autoridad me era ya inconscientemente insoportable, y mientras que mis profesores me alababan porque les escuchaba y les comprendía, a menudo los maestros vivían conmigo en pie de guerra... Imbuido de grande odio hacia la autoridad y su signo vital, el oro...» (Ph. D. 4).

«Razones que me condujeron a la ANARQUÍA... 2º. Odio a la autoridad...» (J. 5).

«Pero después de haberme rodeado de todos los documentos imaginables, no tardé mucho tiempo en reconocer que la concepción colectivista, tal como la pude juzgar por la vaga exposición que de ella han hecho algunos teóricos, sería el más tiránico, el más retrógrado género de vida de los hombres, el más insoportable de todos los regímenes. El Estado,

reglamentando con toda soberanía el consumo, la producción, el número de horas de trabajo que tuviera que efectuar cada individuo, dependería de la voluntad de los todopoderosos funcionarios, porque el Estado, ser de razón, estaría de hecho representado por una jerarquía de individuos, a los cuales deberíamos obedecer por completo, atendido que sin la más estrecha disciplina, el funcionamiento de una sociedad semejante resultaría imposible. Comprendí, en fin, que el Edén colectivista sería un Infierno, y amante como soy de la justicia, de la libertad, del arte y de la vida intelectual, resignándome al mal actual, iba a convertirme de nuevo en el más encarnizado de los burgueses, cuando...» (Severin L.).

«Creo sincera y profundamente, que en una sociedad liberada del principio de autoridad y de las mentiras sociales que tienen por nombre Patria, Propiedad, Familia, etc...» (S. 1).

«La patria, ogro siempre, vino a reclamarme la deuda de sangre; partí a cumplir los cinco años, y al cabo de catorce meses era sargento. Entonces comenzó la tortura; trabé relaciones con la cárcel, que apenas abandoné. Yo no quería hacer daño a nadie y me lo hacían a mí. Cada día estaba más descorazonado y disgustado. Todo lo que representaba una autoridad, un galón, una superioridad cualquiera, me causaba horror...» (K. 11).

«Al salir del liceo Condorcet con el espíritu lleno de ilusiones vagas, cursé el derecho. Durante mis tres años de estudio, vi claramente lo que la sociedad esperaba de mí; la obediencia ciega, el renunciamiento, los compromisos, las capitulaciones, en fin, un verdadero suicidio moral. El ejemplo de mis compañeros dedicados a la servidumbre lucrativa y honorífica, arrastrándose con ardor, apresurándose a desembarazarse de todo aquello que podía molestarles para traspasar las puertas más estrechas y bajas, me inspiró un horror lleno entonces de cólera, hoy de piedad. Diferentemente de ellos, no sé por qué, no experimentaba la atracción del dinero, ni de los honores, ni del poder: solamente me parecía deseable la felicidad y el mal digno de combatirse. El placer de vivir mi vida solicitaba mis esfuerzos destructivos; hice y dije lo que me pareció bueno y justo, y comprendí que obré bien... Con este proceder, no tardé en pasar por loco a los ojos de los demás, fui catalogado como uno de aquellos que jamás llegarán a ser algo...» (L. Malquin).

«No pude detenerme en la doctrina colectivista, sentía demasiado horror por el cuartel. Querer dar a todos lo necesario me parecía bien, pero dudaba que fuera indispensable para ello suprimir la libertad individual. Si la satisfacción de las necesidades materiales es un paso dado hacia la libertad (y el primero que es necesario dar), no es, sin embargo, el objetivo...» (M. 14. *Pintor, 40 años. Francés*).

«Perteneciendo por nacimiento al último peldaño de la plebe, ocupé, por circunstancias independientes de mi voluntad, una posición independiente que llamaré para precisar mejor, burguesía obrera. Mi nacimiento puede explicar mis sentimientos libertarios, pero mi condición actual, si solamente considerara mi interés personal (permítaseme esta impropia palabra) debería, por el contrario, alejarme tanto más cuando que, educado en la mayor parte de los prejuicios necesarios para hacer desviar mi rectitud de juicio, habría debido y debería ser un perfecto egoísta, sólo soñando en señoríos, dependiendo de ello mi condición... siendo las ideas libertarias las que más se acercan a lo que yo creo ser justo y bueno, soy libertario...» (A. 15. *Escultor modelista, 31 años. Francés*).

Estos extractos que emanan de franceses son característicos. Los unos, como O. 7, Mauricio Pujó, A. Veidoux, A. Retté, Severin L., M. 14, A. 15, afirman categóricamente su amor a la libertad, su ardiente deseo de vivir libre. No menos afirmativos son los que declaran odiar la autoridad, como Bernard Lazare, P. 10, B. 2, Ph. D. 4, S. 1, K. 11, L. Malquin, F. D. M. 28. Niegan la utilidad y la justicia de la autoridad y por esta negación afirman su amor profundo a la libertad.

En los ingleses, escoceses e irlandeses también encontramos expresado este mismo amor a la libertad bajo sus dos formas positivas. De la primera han usado T. W. B. Turner, F. W. 8, H. 12, A. Bird, H. Campbell, G. Robertson, G. R. 22, Tochatti, O. P. Smith. De la segunda, E. Young, D. K. C. M. 17, N. W. 19, A. 2. 23, J. Kenworthy y A. M. 27.

«Yo creo que el único estado de una sociedad racional es aquel en que no se reconozca Dios, cura ni rey; donde toda ley y todo gobierno fueran abolidos; donde los hombres, verdaderamente ilustrados y libres, encuentran el reposo en el puerto de la Libertad...» (T. W. B. Turner).

«Además, pienso que bajo el comunismo el gobierno sería inútil...» (E. Young).

«... Y viendo cuán corrompidos eran estos hombres por la política y viendo que la lucha del trabajo no era una lucha política, sino un combate por la libertad económica, y principiando a ver que los gobiernos son netamente opuestos a la libertad, abracé el partido que combate contra toda autoridad basada en la fuerza, y para el libre acceso al medio de vida, los anarquistas...» (F. W. 8).

«¿Por qué soy anarquista? Porque siempre fui una amante de la libertad y una creyente en la posibilidad de realizar la libertad en la vida social... Porque no tengo ningún respeto por las personas elegidas y no amo los títulos de ninguna clase, aún los más simples que se me prodiguen...» (H. 12).

«El anarquismo-comunismo es la negación del gobierno del hombre... Yo soy comunista porque el Comunismo nos libertará de la esclavitud económica. Yo soy anarquista porque el Comunismo o la asociación libre de la que he hablado, hará inútil toda clase de gobierno...» (A. Bird).

«La ciencia existe, pero en su infancia; del mismo modo la ANARQUÍA no es una finalidad, pero está de pleno acorde con la evolución; tan pronto como se descubran nuevas verdades, la humanidad las adoptará; pueden cometerse errores, pero tan pronto se descubran, se evitarán; no como hoy, en que las leyes establecidas han sido basadas en el error y se mantienen a la fuerza para esclavitud de la humanidad mucho tiempo después de haber conocido su naturaleza real... Además, los anarquistas han reconocido que la historia real es una historia de tendencias y que éstas han estado siempre en dirección de algún género de ideal de justicia, o en otros términos, de Libertad (evidentemente no hablo de la independencia de las leyes naturales del universo)...» (Henry Campbell).

«Nuestra vida cotidiana me prueba, en fin, que el gobierno es un completo error histórico; me prueba que la Iglesia y el Estado son los que más han trabajado para detener el progreso y el desarrollo de la humanidad hasta, increíble parece, bajo la horrible desnudez que nos rodea actualmente. De ahí mi convicción que el anarquismo es el único medio por el cual el pueblo puede esperar a ser verdaderamente libre... medio que dejará la vida de los seres humanos y no simplemente prolongar una miserable especie de existencia como la actual...» (D. K. G. M. 17).

«Sostengo que todas las veces que hay medio para un ser humano de gobernar a otros, existe humillación y opresión de los seres gobernados y desmoralización de los gobernantes...» (N. W. 19).

«La única cosa necesaria para obtener la libertad es abolir los monopolios. Cuando esto sea un hecho, el gobierno se desvanecerá como un sueño, su funcionamiento habrá terminado. Puedo permitir los gobernantes que algunos socialistas llaman «delegados» para administrar ciertas cosas en nuestro nombre; pero no puedo estar de acuerdo con los delegados que tienen

ejércitos de policía y de soldados detrás de ellos. El albañil es un delegado que empleamos para construir una casa para nosotros, pero no tiene el poder de hacérsela aceptar bajo pena de prisión. La ANARQUÍA es el único sistema que establece la libertad, gracias a la cual podamos vivir nuestra propia vida en la plenitud de toda su extensión...» (Jorge Robertson).

«Soy un anarquista porque los principios de la ANARQUÍA me parecen los únicos que aseguran a la sociedad humana la Libertad y la Fraternidad... La razón y la inteligencia son los principales medios que permiten vivir a una sociedad, y el gobierno nunca ha demostrado que posea una u otra de las cosas esenciales de la vida verdadera. Estas fuerzas nacen del interés común, de la buena voluntad, del respeto mutuo y de la tolerancia. El gobierno es un parásito, vive de violencias. Creo que con el acrecentamiento de los conocimientos y el desarrollo de estas fuerzas que ayudan a la sociedad, el pueblo aprenderá, al fin, que puede organizarse para la producción y el consumo, según sus necesidades, sin la existencia de esto que se llama gobierno...» (G. R. 22).

«Me llamo anarquista porque no me gusta que me mande nadie, como tampoco me gusta mandar. Me parece que las necesidades materiales de la mayoría de la humanidad no pueden satisfacerse por entero habiendo quien mande por un lado y quien obedezca por otro... Pero pienso actualmente que el libre comunismo en economía daría mucho mejor las bases de una misma sociedad...» (A. Z. 23).

«Yo me llamo anarquista; pero me llamo así porque creo y enseño según mis fuerzas, que por fuerza todo gobierno debe ser bárbaro... y debe ser sustituido por una organización social de especie más elevada... Cooperativa voluntaria...» (J. C. Kenworthy).

«Por lo demás, los males que Bakunin ha demostrado tienen que resultar inevitablemente de los principios de la autoridad, principiaron a fermentar en la «Social Democratic Federation»...» (A. M. 27).

«Estudioso de la naturaleza humana, sé que para ser dichosos, los hombres deben ser libres. Sin libertad es imposible a la más alta y mejor parte de nuestra naturaleza encontrar expresión y satisfacción... Sin la libertad los hombres son incapaces de desarrollar la conciencia y el amor a la libertad que les son instintivos...» (J. Tochatti).

«He llegado a esta final conclusión que el comunismo anárquico es la única solución verdadera de la llamada cuestión del trabajo... 3°. Porque ningún otro estado de sociedad nos dará a la raza humana esta libertad. Y la libertad es esencial al bienestar y al progreso de la humanidad, sin las cuales no puede existir ningún estado social verdadero y justo...» (O. P. Smith).

El amor a la libertad se revela también en las respuestas que recibimos de los italianos, belgas, neerlandeses, alemanes, españoles, portugueses, americanos, judíos, rusos, etc. Que esté expresado positivamente por G. P. 20, Z. B. 26, A. B. G. 21, J. Methofer, J. Freixas, R. Fustiz, etc., o negativamente por A. Agresti, A. N. 16, Ph. Lelièvre, O. H. 13, O. Gustzkow, Zamorano, etc., siempre es intenso, como puede verse por los siguientes extractos:

«Pero abolir la propiedad sin abolir la autoridad, sería detenerse a la mitad del camino, y ya sabemos que las revoluciones que se hacen a medias están perdidas. La autoridad y la propiedad son causas y efectos la una de la otra; la una no puede existir sin la otra; en ellas se encuentra su razón de ser y su poderío. Para querer la abolición de la propiedad es necesario derrocar la autoridad y viceversa... En la casa paterna aprendí a amar y respetar la libertad...» (Z. B. 26).

«Pero lo que más contribuyó, después de la muerte de mi padre, a formar mi convicción, fue un odio sin límites hacia todo mando, el desprecio a todos los que mandan...» (A. Agresti).

«Llegado a los cuarenta años, sé que no podré alcanzar a ver la tierra prometida, pero es tan bueno el cuadro de las nuevas generaciones redimidas de la miseria y de la esclavitud, que es siempre un consuelo combatir y hasta sufrir por la ANARQUÍA, la verdadera ANARQUÍA, la del amor...» (A. N. 16).

«Me volví anarquista porque la ANARQUÍA es la demolición de la pirámide, porque es el ideal donde los hombres, sin autoridad de unos sobre otros, vivirán sin formar un monumento sangriento de vergüenzas, de vicios y de sufrimientos, pero sí como una sola familia feliz, de iguales y de libres...» (G. P. 20).

«Soy anarquista porque soy enemigo encarnizado de toda opresión, de toda autoridad... Cada ser, una vez absolutamente libre, no estando constreñido por la ley a hacer su *deber*... No hay en la naturaleza *ni leyes* (no siendo las leyes naturales más que cosas observadas que se renuevan según circunstancias previstas o no y que el hombre no puede cambiar), *ni derechos* (aunque se diga: derecho a la existencia, de esto o de aquello, etcétera; si no hubiera prohibiciones ni obstáculos contra natura, no habría lugar a proclamar estos derechos, ni nadie soñaría siquiera en ello), y, por consiguiente, *ni deberes*. Solamente hay **necesidades... libertad absoluta**, ausencia de toda autoridad, en una palabra, ANARQUÍA...» (A. B. G. 21).

«Soy anarquista-comunista porque... si la autoridad fuera abolida, el comunismo se implantaría por sí mismo... Habiéndome hecho pasar mi oficio por todas las clases de la sociedad, sólo odio he podido acumular contra la autoridad...» (Ph. Lelièvre).

«... porque considero esta forma social (la anarquía-comunista) como la única capaz de aportar una era de verdadera justicia y de perfecta libertad. Porque creo que mientras exista un individuo que tenga interés en estrujar a sus semejantes, lo que se produciría del mismo modo con un gobierno socialista-colectivista, como bajo un gobierno archi-burgués, las causas (autoridad) producirían siempre los mismos efectos (la explotación del hombre por el hombre), nada que sea verdadero y eficaz podrá establecerse...» (Lidée).

«Juzgo que es opuesto a la naturaleza humana que uno impere sobre otro. He aquí por qué soy *anarquista*. Los progresos de las ciencias naturales han reducido a la nada la hipótesis Dios. De este modo la base de la autoridad ha sido minada... Según mi opinión, el futuro comunismo excluye asimismo toda clase de gobierno, porque la moderna vida social, tan compleja, impone la *libertad* como condición primera. Querer aplicar la idea del Estado a esta sociedad futura sería un anacronismo. No puede existir ningún gobierno capaz de conocer y de satisfacer todas las necesidades de la humanidad...» (J. Methoffer).

«Nada más noble que soñar que ningún ser humano tendría el derecho o privilegio de... mandar... a sus compañeros, lo que sería considerado inmoral, inhumano y antisocial. Pero siendo estas las tendencias del gobierno, de la ley y de la autoridad, yo me llamo a mí mismo anarquista...» (G. H. 13).

«Entonces, me convertí en un anarquista, es decir, un hombre que no reconoce autoridad divina ni humana...» (O. Gutzkow).

«Soy anarquista convencido, porque considero con mis escasas luces que el régimen comunista es el mejor, porque no conduce a nuevas luchas, y establece una sociedad libre y justa... Considero que el amante de la libertad, pero de la verdadera libertad... debe ser anarquista, porque la ANARQUÍA... da la libertad completa a todos sus individuos, teniendo en cuenta que mi libertad acaba allí donde empieza la libertad de los demás; esto es para mí la verdadera justicia...» (Francisco Freixas).

«Soy anarquista-comunista, porque... deseo... la emancipación del género humano...» (Rómulo Fustiz).

«Soy anarquista-comunista, porque pienso que es el sistema económico actual más en armonía con la libertad absoluta... Sólo la ANARQUÍA rechaza la autoridad, la propiedad y la religión, que son las únicas causas que producen la inarmonía social...» (Jacinto Melich).

«El pueblo tiene hambre de justicia, de igualdad, de amor, de libertad...» (Joaquín Luis Olbés).

«El estudio histórico y mi propia experiencia me han demostrado que todo gobierno ha sido y será atentatorio a la libertad y al progreso; que vive gracias a la ignorancia y a la explotación; que se sostiene por la fuerza de los fusiles, de los cañones y de las bayonetas... Sólo en la ANARQUÍA veo garantía de libertad... Convencido de que todo gobierno es opresión y tiranía, que es injusto, antihumano, antinatural y contra razón, cometería un crimen si lo apoyara moral y materialmente, creyendo que mi *deber* es combatirlos todos, y, por consiguiente, defender su antítesis, la ANARQUÍA...» (Palmiro).

«La propiedad individual es la madre del gobierno y de la ley. Son los mayores enemigos del pueblo trabajador...» (C. Fernández Zamorano).

«Soy, ante todo, anarquista... Este hecho, me costó bastante darme cuenta de la sociedad del porvenir, que me pintaban sin gobierno y sin burgueses; pero como he visto que es el capricho quien gobierna y no el talento... De modo que he comprendido que el gobierno sólo sirve para defender a esta banda de ladrones burgueses, propietarios, comerciantes y explotadores de conciencias, siendo dicho gobierno a su vez ladrón y defensor de ladrones... Sólo se ocupa de mantenerme en la ignorancia y aporreararme...» (Ignacio Jaquetti).

«Soy anarquista a causa de la evidencia que la completa libertad lleva en sí misma... He aprendido en los hombres de ciencia, que la ANARQUÍA significa: carencia de gobierno y emancipación humana...» (Juan F. Lamela).

«Vi que en la sociedad actual, en lugar de ser todos libres y de no estar sometidos a otras leyes que las de la naturaleza, estamos oprimidos por déspotas y opresores. Dominados por leyes tiránicas, hechas por los déspotas y defendidas por la fuerza brutal... Sí; gobierno, capital, religión, he ahí las bases fundamentales de la sociedad actual y las causas principales de su malestar, visto que allí donde existe el gobierno, hay esclavitud... Estudié, en fin, la ANARQUÍA y me convencí por completo de que únicamente por su triunfo se puede obtener la completa emancipación de la gran familia humana, que tantas veces ha derramado su sangre para obtenerla y ha visto fracasar sus esfuerzos heroicos, porque ha abatido un ídolo y colocado otro en su lugar que, andando el tiempo, se vuelve tan déspota como el primero. Sí, lo afirmo; la idea anarquista es la única llamada a emancipar los pueblos de la servidumbre y del envilecimiento. Nada importa lo que puedan decir las lumbreras de la ciencia (?) burguesa en vista de que destruye todo autoritarismo...» (J. E. Martí).

«No sé si soy anarquista-comunista, pero sé que soy socialista-antiautoritario. En el fondo es lo mismo... Soy socialista-antiautoritario, porque pienso que la sociedad humana está mal organizada, que es necesario un régimen social en dirección opuesta a los sistemas actuales, es decir, en sentido opuesto a la autoridad gubernamental... La autoridad sólo puede vivir dividiendo a los hombres en clases y privando de la libertad a los que deben obedecer. El hombre a quien han quitado la libertad, cesa de ser, necesariamente, un elemento útil a la colectividad, porque si está sometido será un ignorante, y, por consiguiente, nocivo a los demás: si es consciente, será un rebelde. De esto deduzco que la autoridad puede funcionar solamente violando las leyes naturales, y, por consiguiente, sus resultados deben ser funestos, porque no se violan impunemente las leyes de la naturaleza...» (O. Oller).

«No soy un anarquista-comunista, sino simplemente socialista-antiautoritario, creyendo que por el momento es bastante para el revolucionario ser simplemente anarquista, sin ligarse desde hoy a un sistema económico determinado susceptible de variar en el porvenir... Para completar, para armonizar al hombre con la naturaleza, hasta el presente divorciado de ella, viene la sociología, que demuestra de una manera irrefutable lo absurdo de las leyes humanas y de sus derivados: la sumisión y el respeto para las cuales se han hecho...» (José Prat).

«Según mi modo de ver, ANARQUÍA significa libertad política, y comunismo libertad económica. Soy anarquista, porque la ANARQUÍA combate toda clase de gobierno, de autoridad y legislación, porque comprendo que allí donde hay autoridad en unos, hay humillación y esclavitud en los demás... porque aboliendo la propiedad individual y el principio de autoridad, el comunismo se impone inevitablemente... La ANARQUÍA es la verdadera representación de la libertad, el libre desarrollo de los seres en sus funciones moral e intelectual, sin otra ley ni otra autoridad que la que imponen las leyes naturales, a las cuales nadie puede sustraerse. La libertad, fruto de la ANARQUÍA, es la que puede existir en una sociedad educada sin vicios ni egoísmos...» (Manuel Recober).

«Soy anarquista, porque pienso que el Estado es por naturaleza opresor de las clases obreras, y que mientras existan leyes y autoridades, existirán explotadores y explotados... Deseo que mi firma sea el seudónimo Libertario...» (Libertario).

«Veía en la práctica de los principios comunistas-anarquistas, la integral libertad individual y colectiva... Quise dar a la propaganda un sentido más liberal (folletos *Anathema* y *Derrocada*, 1891)... una sociedad anarquista implica la abolición de toda clase de autoridad...» (Gonçalves Vianna).

«... Y entonces, cuando considero los medios por los cuales este principio de la propiedad privada ha sido erigido y mantenido, encuentro que esto existe por la ayuda de las leyes humanas reforzadas por el gobierno de los hombres. Encuentro que, sea cual sea la forma de estos gobiernos, obran todos del mismo modo y con el mismo resultado; gastan toda su fuerza, directa o indirectamente, protegiendo y perpetuando los artificiales «derechos de propiedad» que ellos mismos han creado. Encuentro que las leyes son siempre los medios por los cuales un hombre o varios hombres son capaces de oprimir a otros hombres, de aplastarlos en la lucha por la existencia. Por esto soy anarquista, porque deseo destruir todas las formas de gobierno del hombre por el hombre...» (Van Ornum).

«La mayor influencia que obró en mí, la ejercieron los libros: *¿Qué hacer?* de Cherniskewsky, y *Cartas históricas* de Lavroff. Desde entonces me volví un combatiente consciente por la libertad...» (R. F. 24).

«He seguido el movimiento de los obreros, no tan sólo de Inglaterra, sino también de Alemania, y tanto como me fue posible, de Francia y otros países. Y tuve muchas veces ocasión de ver la influencia perniciosa de los jefes, de las autoridades, sobre el movimiento revolucionario internacional. He observado también cómo la idea misma de autoridad produce el mal entre la gran masa, que ya tiene bastantes. He seguido las grandes huelgas como la de Homestead, etc., y he visto cómo los obreros han sucumbido a causa de su cándida confianza en el gobierno... Habiendo visto, pues, todos los ejemplos de la historia, y viendo que todos los gobiernos forman un obstáculo al reino de la Igualdad, Fraternidad y Libertad, estoy en contra de todos los gobiernos, hasta el socialista, contra toda autoridad, o sea: soy anarquista...» (W. D. 30).

«Soy anarquista-comunista, porque me considero como teniendo los mismos derechos que otro cualquiera... considero necesario para establecer mi individualidad, la asociación voluntaria...» (A. Klemencic).

«... No tengo necesidad de decir que me desembaracé de mi famoso «sueño de gloria», y que no hay ya en mí sino una sed inmensa de justicia y de libertad para todos los que han sufrido y sufren igual que yo...» (E. D. H. 25).

Así, pues, sea cual sea la nacionalidad, la edad o el sexo de los anarquistas, todos proclaman un profundo amor a la libertad. No desean tal o cual libertad, de imprenta o de reunión, religiosa u otra, no: desean *la libertad*. Algunos hasta reclaman la libertad absoluta.

Esta apetencia de la libertad es a menudo imprecisa, confusa, en el espíritu de los individuos, pero, en realidad existe. Los socialistas-anarquistas quieren verdaderamente la libertad; ellos lo dicen, pero a veces este ardiente amor a la libertad está alterado por las otras tendencias de su mentalidad. En su afirmación del amor a la libertad, sería un error científico ver en él pura fraseología y nada más. Hay expresión real de una tendencia psíquica. Pero esta tendencia está asociada con otra en el estado «esencial» de los anarquistas y sufre siempre deformaciones, nunca está en estado puro porque no está sola. A veces, en algunos individuos de una sensibilidad exagerada, son de tal índole las deformaciones, que su amor a la libertad puede conducirles a actos impregnados de la mayor autoridad.

A pesar de estas alteraciones, de estas deformaciones más o menos pronunciadas, según los individuos, el amor a la libertad existe de hecho en todos los socialistas anarquistas. Los extractos confesionales precedentes lo han probado. Se hubiera podido deducirlo *a priori* de la lectura de las doctrinas, como lo demuestran los extractos siguientes:

«Nosotros reconocemos la plena y entera libertad del individuo; queremos la plenitud de su existencia, el libre desarrollo de todas sus facultades. No queremos ningún obstáculo, y así retornamos a los principios que Fourier oponía a la moral de las religiones, cuando decía: dejen a los hombres enteramente libres, no los mutilen, las religiones ya lo han hecho bastante. No teman siquiera sus pasiones; en una sociedad libre no ofrecerán ningún peligro...» (Pedro Kropotkin, *La Moral anarquista*, pág.55).

«Según nosotros, anarquistas, como según todas las gentes de corazón, la humanidad no se hizo para estar amontonada como un rebaño y vivir una vida bestial e infamante; es necesaria su libertad completa para desarrollar sus fuerzas y sus capacidades... Con el comunismo libre, los hombres se asocian libremente según sus afinidades, producen libremente según sus capacidades, y consumen libremente según sus necesidades. Esta libertad general resulta la base de la vida, las aptitudes se desenvuelven, los caracteres se mejoran por el bienestar y los hombres, no teniendo ya ante ellos esta terrible inquietud del incierto mañana que les devora, se consideran felices trabajando para el interés general en la medida de sus fuerzas... Concluyo diciendo que, cuando más libertad y bienestar existan, menos crímenes se producirán. En una sociedad anarquista, el raro criminal sería mirado como un enfermo, cuyo estado necesita observaciones y cuidados inteligentes...» (*Los anarquistas y lo que quieren*, págs. 15-16-26).

«Qué los unos cesen de negar a los demás el derecho a la vida, a la felicidad, y la prostitución y el asesinato desaparecerán, pues los hombres nacen todos igualmente libres y buenos. Son las leyes sociales que los vuelve malos e injustos, esclavos o dueños, expoliados o expoliadores, verdugos o víctimas. Cada hombre es un ser autónomo, independiente, y por esto debe ser respetada la independencia de todos. Todo atentado a nuestra libertad natural, toda sujeción impuesta es un crimen que clama rebeldía... «Haz lo que quieras», tal es la única ley que nuestra justicia reconoce, pues ella proclama la libertad de cada uno en la igualdad de todos...

Y brillará, resplandecerá el buen sol de la libertad y la humanidad será feliz». (*Declaración de G. Etievant*, págs. 24-25-29)¹².

«Te digo, Guillermo, que los verdaderos bandidos, la gente sin honor son aquellos que viven gracias a la prepotencia, los que se han apoderado de todo lo que existe bajo el sol y han reducido el pueblo al estado de rebaño de carneros que se dejan tranquilamente trasquilar y degollar. Y tú, que jamás chupaste la sangre de tus semejantes, ¿tomarás el partido de esta gente para ir en contra nuestra? ¿No tienen ellos bastante con el gobierno para sostenerse? El gobierno fabricado por los ricos y a beneficio de los ricos, viene obligado a estar a su lado; pero los trabajadores, nuestros propios hermanos, ¿por qué deberían ir en contra nuestra, cuando reclamamos para ellos pan y libertad?... La solidaridad es la única condición que puede realizar nuestros ideales y ellos aportarán la paz, la prosperidad y la libertad universal...» (Enrique Malatesta. *A talk about anarchist communism*, págs. 23-29).

«La ANARQUÍA proclama que en la libertad de la unidad social, estriba la libertad de la sociedad. Proclama que en la libertad de la capitalización de todas las riquezas adquiridas estriba el progreso social y la muerte de todo interés. Afirma que en la libertad de poseer y utilizar el terreno, estriba la felicidad humana y el progreso y la muerte de los salarios. Proclama que en la libertad de la cooperación, el cambio reemplazará la molestia de la moneda del comercio (*penny-Periching*) y matará los beneficios. Proclama que el orden no puede existir, sino allí donde la libertad impera y el progreso conduce y que jamás sigue al orden. Sostiene, finalmente, que esta emancipación inaugurará la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad...» (Dier D. Lum. *On Anarchy* extractado de *The Alarm*, reproducido en *Anarchism* por A. R. Parsons, pág. 151. Chicago, 1887, volumen in-8).

«Anarquía, del griego *a* o *an* (negación) y *arche* (el primero, el jefe) o *archon* (magistrado) significa un estado de sociedad sin gobierno. Lo que desean los anarquistas es la abolición permanente de todo gobierno... Libertad, como ha dicho Proudhon, no es la hija, sino la madre del orden... Siendo la ANARQUÍA la libertad universal, ejercería en las facultades humanas un efecto contrario a esta parálisis general producida por el socialismo de Estado que es universal restricción y reglamentación...» (C. L. James. *Anarchy*, reproducido en *Anarchism* por A. R. Parsons, págs. 159-162).

«Una loca cólera contra los tiranos y un vago deseo de destruir y de matar, no son seguramente las características de la filosofía conocida con el nombre de ANARQUÍA... La filosofía del anarquismo está encerrada en una palabra: «libertad». Ninguna barrera al progreso humano, al pensamiento, a la investigación, establece el anarquismo; nada hay verdadero y cierto que futuros descubrimientos no puedan probar sea falso; así, pues, hay solamente una única, pero infalible, inmutable, divisa: «libertad». Libertad de descubrir una verdad, libertad de desarrollarse, de vivir naturalmente y plenamente...» (A. R. Parsons. *The Philosophy of Anarchism*, reproducido en *Anarchism*, pág. 171).

«Hemos dicho además... que para nosotros la tendencia del progreso parece ser el anarquismo, es decir, una sociedad libre, sin reyes ni clases, una sociedad de soberanos en la que la libertad y la igualdad económica de todos producirá un equilibrio estable (como fundación y condición del orden natural)... Creo con Buckle, Paine, Jefferson, Emerson, Spencer, y muchos otros grandes pensadores de este siglo, que el estado de castas y de clases, el estado donde una clase domina y vive del trabajo de otra y llama a esto orden, creo que esta forma bárbara de organización social con sus rapiñas y sus asesinatos legales, está condenada a morir y dejar el

¹² Se trata de las declaraciones de G. Etievant ante los tribunales franceses de Seine-et-Oise en 1892. Este folleto ha sido traducido y publicado en inglés en el *Commonweal* de 1893. Hay una traducción española de Anselmo Lorenzo (*Declaraciones de Etievant*, Barcelona, 1904) y otra portuguesa, *A minha defesa*, 1892.

sitio a una libre sociedad, a la asociación voluntaria o universal fraternidad, si así lo prefieren...» (Augusto Spies. Defensa ante el tribunal. *The Chicago Martyrs*, pág. 3, Glasgow)¹³.

«Expresiones tales como abolición del Estado o sociedad sin Estado, concuerdan perfectamente con la concepción que los anarquistas expresan de la destrucción de toda institución política basada en la autoridad, y de la constitución de una sociedad libre e igualitaria basada en la armonía de los intereses y la voluntaria contribución de todos para la satisfacción de las necesidades sociales... Los gobiernos oprimen a la humanidad de dos modos, directamente por la fuerza brutal, o sea, violencia física, o indirectamente privándola de los medios de subsistencia y reduciéndola a la impotencia.

»... Los gobiernos pueden, asimismo, oprimir al hombre obrando sobre sus sentimientos, y con este objeto se constituyó la autoridad religiosa... Por la libre asociación de todos, surgirá una organización social de la agrupación espontánea de los hombres según sus necesidades y simpatías, organización que irá de abajo arriba, de lo simple a lo complejo, de la satisfacción de las necesidades más inmediatas a la de las más lejanas y de los intereses generales. Para esto esta organización reclama las mayores ventajas y la mayor libertad para todos... Esta sociedad de «hombres libres», esta sociedad de «amigos», sería la ANARQUÍA... La libertad que nosotros deseamos para nosotros y para los demás, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica solamente puede conducir a la opresión del débil. Pedimos una libertad tangible, posible, que sea la comunión consciente de los intereses, es decir, la voluntaria solidaridad... Los anarquistas presentan un método nuevo: la libre iniciativa de todos y la libre agrupación; después de la abolición revolucionaria de la propiedad particular, cada uno tendrá igual poder de disponer de la riqueza social. Este método, que no admite el restablecimiento de la propiedad privada, debe conducir por medio de la libre asociación al triunfo completo de los principios de la solidaridad... El socialismo anárquico tiene por base y necesario punto de partida, la «igualdad de condiciones». Su fin es la «solidaridad» y su método la «libertad»...» (Enrique Malatesta. *Anarchy*, págs. 3-7-18-26-30-31. Londres, folleto in-8)¹⁴.

«El comunismo anárquico, última expresión del progreso moral, social, filosófico y científico, sustituye el gobierno por la libre asociación... En las comunas anarquistas estarían absolutamente abolidas toda autoridad, todo código, todo tribunal, pues no es estrictamente necesario un poder autoritario, una ley escrita, para garantizar a la sociedad del pequeño número que, en el comunismo-anárquico, estaría predispuesto el delito... En un porvenir próximo, gracias a la libre asociación, a la cooperación y a la solidaridad universal, todos los hombres gozarán por igual de los inmensos beneficios de la ciencia aplicada a la mecánica, a la industria y a la agricultura. «En la Anarquía, la asociación libre será el modo de ser del grupo de la comuna»; una mayor será aún la de la familia humana... «En lugar de un millón de leyes basta una sola», ha dicho Proudhon, el padre de la ANARQUÍA. ¿Cuál es esta ley? «No hagan a los demás lo que no quisieran les hicieran a ustedes, y hagan a los demás lo que quieran hagan con ustedes». ¡He ahí la ley y los profetas! Pero es evidente que esto no es una ley; es la fórmula elemental de la justicia y la regla de todas las transacciones. La simplificación legislativa nos conduce entonces a la idea de contrato, consiguientemente, a la negación de la autoridad. De hecho, si la ley es única, en ella se resuelven todas las antinomias de la sociedad; es querida y consentida por todos y adecuada al contrato social. Promulgándola, proclaman la negación del gobierno». (E. Milano. *Primer paso hacia la Anarquía*, págs. 17, 19, 30, 31, 43, 44).

¹³ Algunos extractos de los discursos de los condenados de Chicago se han publicado, en forma de folleto, en inglés, francés, portugués, alemán. Existe una traducción española en el *Segundo Certamen Socialista*, de Barcelona.

¹⁴ Publicado asimismo en italiano, *Anarchia*, y en español, *Anarquía*, traducción de Ricardo Mella. Precio 10 céntimos ejemplar.

«Los ciudadanos de la «Nueva Utopía» quisieron vivir la vida de la libertad, y para ello, fue suficiente la anulación de todos los poderes a cambio de la manifestación espontánea de todas las iniciativas, tanto individuales como de grupo... Si se preguntara a algún habitante de la «Nueva Utopía» qué régimen social ha producido tantas maravillas, respondería en seguida: el de la libertad. «Vivimos», diría, en un ambiente tal de equidad y de justicia, que cuando mayor es el grado de libertad que alcanzamos, más grande y sólido es el orden resultante... «No comprendemos la utilidad de aquellas reuniones de representantes populares o privilegiados, ni la de instituciones denominadas poderes públicos... Nos parece... que los guardianes del orden eran verdaderos tiranos, déspotas infames... que los jueces, los magistrados, los gobernantes, los guardianes del orden, los propietarios y los curas eran los engranajes diversos de una misma máquina dispuesta para destruir en los hombres todas sus cualidades más apreciables; la dignidad, la soberanía, la razón, el sentimiento, la justicia. Nosotros vivimos como deben vivir los hombres. La función de gobierno es propia de cada uno y todos somos completamente libres... No comprendemos el orden y no creemos que pueda existir; sino como resultante de la más amplia libertad...» El sistema social de la «Nueva Utopía» es de una simplicidad admirable. Sus dos principios fundamentales son la libertad y la igualdad». (Ricardo Mella. *La Nueva Utopía*, en el *Segundo certamen Socialista*, págs. 208, 212, 213).

Los precedentes pasajes que hemos tomado de los folletos de propaganda socialista-anarquista, o en libros de doctrina, son muy claros y no dejan lugar a dudas sobre el ideal libertario de la Anarquía. Significa, en efecto, según todos aquellos que fueron sus protagonistas, una sociedad sin gobierno, sin otra autoridad que la del hombre sobre sí mismo; una sociedad libre.

Es, por lo tanto, racional, que los adeptos de estas doctrinas estén impregnados de amor a la libertad. Encuentran buenas y justas estas teorías, les satisfacen, responden a sus deseos confusos y secretos. Tienen, pues, necesariamente, en su mentalidad, un amor más o menos intenso a la libertad. No pueden dejar de tenerlo, ya que, si no lo poseyeran, evidentemente amarían la autoridad, la creerían útil y necesaria, y lógicamente encontrarían falsas las críticas contra la autoridad, malos los deseos de libertad.

De esto resulta que, racionalmente, los adeptos de las doctrinas de Merlino, Carpenter, Bakunin, Most, Faure, etc., son individuos que poseen en su mentalidad el amor a la libertad.

El método positivo nos había conducido a la misma comprobación. Así podemos afirmar la existencia, en los socialistas-anarquistas, de esta nueva característica: el amor a la libertad.

Evidentemente que, estando combinada con el espíritu de rebeldía y diversos otros caracteres específicos, este carácter sufre alteraciones más o menos profundas que podrían hacer negar su existencia a un observador superficial. Las pasiones pueden modificar y modifican realmente más o menos, según el temperamento individual, según los ambientes que rodean al individuo, esta tendencia libertaria cuya existencia es cierta en los encéfalos de todos los socialistas-anarquistas.

Después de nuestro análisis podemos, asimismo, determinar en este momento la constitución mental de los anarquistas-socialistas: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*.

El socialista-anarquista es un *rebelle*, un *libertario*.

CAPÍTULO IV

DEL AMOR AL YO O INDIVIDUALISMO

«Se pretende que la verdad escandaliza; pero es más útil dejar nacer el escándalo que hacer callar la verdad». *San Gregorio el Grande*.

Acabamos de ver cómo el socialista-anarquista posee el carácter psíquico: amor a la libertad, es decir, que este individuo quiere vivir libre, sin someterse a ninguna ley social impuesta por la fuerza, ni a ninguna autoridad humana, fuera de la suya propia. De este amor a la libertad resulta que el socialista-anarquista tiene a empeño el que su ser se desarrolle libremente sin las trabas que fatalmente llevan en sí las leyes y la autoridad. Quiere que el individuo se desembarace de todos los obstáculos legales que impiden su expansión y hieren su Yo.

Este deseo de ser libre, sin las relaciones de las leyes y de la autoridad, este hambre de rebeldía contra las cadenas físicas o morales que atan al hombre, implican necesariamente el «Individualismo». Este carácter mental es el desarrollo puro y simple del egoísmo o amor al Yo, que todos los seres poseen más o menos, pues es una modalidad del instinto de conservación.

El socialista-anarquista es libertario; debe ser, por lo tanto, «Individualista». No puede dejar de serlo, nos dice la razón. El primer carácter psíquico «amor a la libertad» exige la presencia en la mentalidad filosófica de esta segunda característica «Individualismo». No podemos concebir un «libertario» que no sea «individualista». Estas dos cualidades mentales hacen algo más que completarse; se confunden, si no siempre, casi siempre. Cuando un hombre quiere suprimir las leyes y niega todo poder del hombre sobre el hombre, es evidente que quiere también que el individuo sea su propio dueño. El individuo está emancipado de todos los prejuicios, de todos los andadores, de todas las trabas. Se desenvuelve libremente, se perfecciona libremente. El individuo es el rey y ningún otro individuo puede constreñirle a hacer lo que no le guste hacer. El individualismo es el resultado fatal del concepto «amor a la libertad» que la observación nos ha demostrado existe en las mentalidades socialistas-anarquistas.

Así, pues, la sola presencia en la mentalidad filosófica de los adeptos de los Most, Malato, Parsons, etc., del carácter «amor a la libertad», basta para que lógicamente se deduzca la presencia de esta otra característica: Individualismo o amor al Yo.

Examinemos si el estudio de las doctrinas anarquistas permite descubrir este mismo carácter.

«En presencia del presente sobrecargado del pasado, la ANARQUÍA, formada de la simple evidencia, niega la autoridad del hombre sobre el hombre y afirma la exclusiva soberanía del yo sobre el yo. La voluntad manifiesta la individualidad... Borremos nuestras leyes, las obedeceremos si son necesarias, no nos preocuparemos más de ellas si resultan arbitrarias. Toda ley que cada individuo no encuentre en sí mismo, que no sea la pura deducción de su integral realidad, modalizada por el medio ambiente, y toda ley fuera de sus indicaciones personales, le sería impuesta abusivamente. La rebeldía contra ella estaría siempre permitida, pues la fuerza puede siempre emplearse contra la fuerza... El hombre fue siempre una fuerza - un haz de múltiples componentes-; todas sus necesidades están incluidas en su ser; son la inmediata deducción de la fuerza, por otra parte modalizada como aparece evidentemente en el Yo. La moral eterna se deduce, pues, sin salir del Yo; lo que nos procede de otros, los recuerdos añadidos, son el elemento provisorio que su eternidad no sabría recoger. El Yo -el

ser en el Yo- es el legislador absolutamente cierto, la ANARQUÍA no quiere aceptar otro... La sociedad está en el punto de convergencia de los individuos; se realiza por sí misma si cada uno solo se escucha a sí mismo y permanece inflexible a las solicitudes distractivas del exterior. Cierra los ojos y verás a tus semejantes; obra tu propio bien y el bien común se encontrará que resulta de tu acción sabiamente interesada; permanece en ti y estarás en todos; sé egoísta y serás caritativo; sé individuo y serás sociedad... Los hombres corren hacia el mismo objetivo; que no vuelvan la cabeza ante los accidentes del camino; que deduzcan franca, pero integralmente, el Ser que les obliga; llegarán más pronto y juntos. Realiza tu solo ser y realizarás la humanidad; trabaja realmente para ti... trabajarás para todos. La caridad es lo que ha retrasado el mundo... la malhadada preocupación del vecino...» (Daniel Saurin. *El orden por la Anarquía*, págs. 5-23-30-71-72, París, 1893, folleto in-18).

«El individuo libre, completamente libre en todos sus modos de actividad; he aquí lo que todos queremos... Negando la necesidad de los hombres providenciales, haciendo cruda guerra a la autoridad y reclamando para cada individuo el derecho y el deber de obrar solamente bajo su propio impulso, de no sufrir ninguna traba, ninguna restricción a su economía; proclamando la iniciativa individual como base de todo progreso y de toda asociación verdaderamente libertaria, la idea anarquista no se contenta únicamente con hacer creyentes, debe mirar, sobre todo, a hacer convencidos, que sepan por qué creen, por qué los argumentos que se les ha suministrado, les han llamado la atención, y los han pesado, discutido, dándose cuenta de ellos por sí mismos, de su valor... El sufragio universal es un medio de ahogar la iniciativa individual que nosotros proclamamos, y que debemos, bien al contrario, buscar el modo de desarrollarla con todas nuestras fuerzas. Es un instrumento de la autoridad, y nosotros perseguimos la emancipación integral de la humana individualidad; es un instrumento de compresión, y nosotros buscamos inspirar la rebeldía... Diciendo a los individuos que no se procuren dueños, que obren según sus propias inspiraciones, que no sufran compresiones que les obliguen a hacer lo que no quieran por parecerles malo, nosotros no podemos, so pena de ser ilógicos, aconsejarles que se doblen a las intrigas de los bastidores de un «comité electoral»...» (Jean Grave. *La Sociedad moribunda y la Anarquía*, págs. 15-31-133).

«¿Dice, señor fiscal, que queremos sustituirnos a los dueños actuales? ¿Cómo podríamos decir tal cosa, nosotros, que no queremos conservar ninguna forma de gobierno; nosotros, que recomendamos a nuestros amigos que no tengan confianza sino en sí mismos individualmente; nosotros, que les invitamos a que no voten por nadie, ni siquiera por nosotros, que, como todos los demás, seríamos susceptibles de traicionarles si fueran tan torpes de llevarnos a pesar nuestro al poder?...» (Defensa de Tenneven. *Proceso de los anarquistas de Viena*, pág. 38).

«Esta igualdad de condiciones que no es incompatible con la infinita diversidad del carácter humano, la deseamos ardientemente y la consideramos indispensable; ofrece los únicos medios que permiten el desarrollo de la verdadera moralidad. Un hombre puede ser verdaderamente moral cuando es su propio dueño. De momento que ha comprendido lo que es equitativo y bueno, toca a él dirigir sus propios movimientos, buscar en su conciencia las razones de sus actos y conformarse con ellas simplemente, sin temor de penalidad o esperanza de recompensa». (Eliseo Reclus. *An anarchiston Anarchy*, pág. 10, Londres, 1894, folleto).¹⁵

«En una sociedad en que haya desaparecido la distinción entre capitalista y trabajador, no hay necesidad de gobierno; sería un anacronismo, una cosa nociva. Los trabajadores libres exigen una organización libre, y ésta no puede tener otras bases que el libre consentimiento y la libre cooperación, sin el sacrificio de la autonomía del individuo al Estado interviniendo en todo...» (Pedro Kropotkin. *Anarchist Communism its basis and principles*, pág. 8, Londres, 1891, folleto).¹⁶

¹⁵ Este folleto es una reproducción de un artículo de la *Contemporary Review*, publicado en 1887.

¹⁶ Reproducción de dos artículos de la *Nineteenth Century*, Febrero y Agosto de 1887.

«... Libertad para desarrollarse, para vivir natural y plenamente... El anarquismo quita todas las barreras que impiden el desarrollo natural del ser humano. Aparta de los recursos naturales de la tierra todas las restricciones artificiales, de modo que el cuerpo esté alimentado, y de la universal verdad el obstáculo de los prejuicios y de las supersticiones, de modo que el cerebro pueda desarrollarse armoniosamente...» (A. R. Parsons. *Anarchism*, pág. 171).

«Además, y es la principal razón para que no queramos ser gobernados, es necesario que los hombres cesen de ser un rebaño y que se habitúen a pensar y a tener noción de su propia dignidad, de su propia fuerza... Para educar al hombre en la libertad y en la gestión de sus intereses, es necesario dejarle que obre por sí mismo, hacerle sentir la responsabilidad de sus actos, tanto en el bien como en el mal que de ellos derivan...» (E. Malatesta. *Entre campesinos*, pág. 42).

«El comunismo se realizará, inevitablemente, porque los hombres encontrarán prácticamente que es útil, pero para que dé los frutos que de él esperamos, es necesario practicarlo con la mayor libertad. Cafiero y Covelli han escrito: «De cada uno y a cada uno, según su voluntad», o en otros términos: «Haz lo que quieras». Es la última fórmula del comunismo, en virtud del cual todos los individuos indistintamente podrían obtener la mayor cantidad de libertad imaginable posible. Es la fórmula que en su interés recíproco los trabajadores pronto hallarán que es conveniente ponerla en práctica. *Haz lo que quieras*. Solamente con esta condición cada individuo encontrará una existencia completa, desarrollándose en los límites de su naturaleza, y gozará intensamente de su propio yo...» (Eduardo Milano. *Primo passo all' Anarchia*, págs. 24-25).

«El objeto de estas escuelas (en la *Nueva Utopía*) no es la formación de sabios enciclopedistas, cosa, por otra parte, imposible, dado el gran desarrollo que han alcanzado las ciencias. El plan de enseñanza no tiene otro objeto que dar a todos los hombres los conocimientos de los principios generales de las artes, de las industrias y de las ciencias, porque de este modo, cada uno puede libremente manifestar sus inclinaciones y consagrarse a la especialidad más en armonía con su temperamento, su carácter y sus afecciones. El discípulo no ignora lo que puede interesarle, todos los órdenes de conocimiento le son comunes, y así puede escoger, en conciencia, su profesión, a fin de entrar en el concierto social, como miembro útil a sí mismo y a sus semejantes... Los dos principios fundamentales del sistema social de la Nueva Utopía, son la libertad y la igualdad. Por la primera, el hombre usa de sus disposiciones naturales, emplea su actividad, aplica sus fuerzas sin obstáculo... El hombre siente, piensa y obra. Es un hecho de indiscutible evidencia. Todo obstáculo puesto a la libre manifestación de sus sentimientos, a la emisión de sus pensamientos, a la realización y disposición de sus obras, es un atentado contra la naturaleza, que ha querido garantizar al ser humano estos tres modos de producción individual y colectiva. Por la libertad inherente a su individuo, dirige sus sentimientos, publica y propaga sus pensamientos, hace y distribuye sus obras... Él dispone cómo y cuándo le place de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus obras, de todas sus exteriorizaciones individuales...» (Ricardo Mella. *La Nueva Utopía*, págs. 208-213-218).

Estos extractos doctrinales bastan ampliamente para reconocer que los teóricos del socialismo-anárquico enseñan el amor al yo, el individualismo.

Todo descansa en el individuo, el cual debe esforzarse en ser *él*, obrar *motu proprio*, sin dueño; ser fuerte y rebosar energía, como dice Kropotkin; tener solamente confianza en él, estar emancipado de todo prejuicio, de toda traba, ser autónomo, obrar por sí, como escribe Daniel Saurin. El individuo debe sin cesar desarrollarse, perfeccionarse. Cuanto más se acerque el hombre a la perfección -desde el punto de vista anarquista- mayor será la posibilidad de realización del ideal socialista-anárquico; cuanto más se mejore el individuo, más la sociedad -colección de individuos- podrá serlo también. De este modo el individualismo forma parte de la enseñanza socialista-anárquica. Se halla preconizado en Francia como en Inglaterra, en Italia

como en España o en América. No obstante, se puede notar en estos extractos de los teóricos, que este individualismo es más pronunciado en las obras de los teóricos franceses. En éstos está más netamente afirmado.

Sea como sea, la ANARQUÍA propaga el individualismo, y sus adeptos, por consiguiente, tienen que ser individualistas. Convencidos de la verdad de las doctrinas profesadas por los Spies, Merlino, Bakunin y Reclus, estos discípulos no pueden dejar de poseer en su mentalidad filosófica la característica: amor al yo.

Si no existiera en su mentalidad, estos individuos encontrarían falsas, malas, las teorías que preconizan este individualismo. El adoptarlas es porque las estiman justas, y entonces existe en ellos este carácter psíquico: individualismo.

Resulta de las páginas precedentes, que el método racional nos conduce -por dos caminos diferentes- a la afirmación de la existencia del carácter amor al yo, o individualismo, en la mentalidad filosófica, específica, de los socialistas-anarquistas. Busquemos si el método positivo confirma este resultado.

«Aprendí a conocerme mejor, a mostrarme más orgulloso de mi dignidad de hombre... Comprendí que, mejor que el socialismo, la sociedad anarquista, es decir, armónica, era el único ideal que puede seguir el individuo, desembarazado de todos los prejuicios e intelectualmente emancipado...» (S. 1).

«Cuando era pequeño yo no observaba, pero sentía en mi cerebro simple, audazmente lógico, que la familia legal era una institución mala, que bastardeaba las veleidades de iniciativa, comprimiendo la independencia de los niños, estigmatizando de una anulación indeleble sus facultades de originalidad, desarrollando al contrario en ellas la obediencia absoluta, el temor, el respeto ilegítimo, el disimulo y la hipocresía... Habiéndome interesado la evolución de la forma anárquica, fui uno de los primeros propagandistas del individualismo como única razón de ser del anarquismo, a pesar y contra los iniciados absolutistas, que mejor se pegan a la letra que al espíritu y se escandalizan cuando ven miras personales en los temperamentos originales...» (A. Veidaux).

«Era ella (la ANARQUÍA) la que respondía a mis aspiraciones de verdad, de emancipación; por entero me consagré a ella...» (K. 11).

«Generalmente hablando, todos están acordes en encontrarme original en mis trabajos...» (O. 7).

«Es por un desarrollo, por una expansión progresiva de mi yo, adquiriendo sucesivamente conciencia de sus obstáculos, por lo que he podido, al fin, llegar... Pero la vida moral se desenvuelve en el ambiente social; y ¿por qué no llegaría a sentir la necesidad, para que la armonía se establezca entre ambas, de dar a esta vida social el mismo principio de libertad como el suyo?... Llegado a este punto de vista de su expansión, el yo se apercibe de los límites que le impone una sociedad en que la fuerza material, es decir, todos los medios, todos los instrumentos de trabajo, de acción, de vida, han sido desviados de la herencia común y acaparados por la debilidad moral. Por estos instintos y en razón de la misma potencia de su naturaleza, tenderá evidentemente al derroque de un orden tan ilógico y al advenimiento de un nuevo estado que permita, en fin, la vida humana, en todo el integral sentido de la palabra...» (M. Pujo).

«Todo esto, seguramente, es muy anodino, pero yo creo que esta primera educación no fue extraña a la facilidad con la que más tarde estudié y comprendí todo lo que tendía a mi emancipación integral...» (P. 10).

«Considero que cada individuo debe sin cesar esforzarse en mejorar moral e intelectualmente. Quiero decir, señor, que busco siempre el modo de ampliar mis conocimientos, desarrollar mi individualidad, en una palabra... Queriendo siempre perfeccionarme y aprender más, hice un viaje a los países escandinavos. Cambiando de ambiente, mi horizonte debía ensancharse, mi comprensión debía ser mayor...» (Dr. H. 6).

«La sociedad aplasta al hombre so pretexto de protegerle. Gasta todos sus sentidos y comprime todas sus facultades cuando sólo existe para abrir los primeros a todos los fenómenos del mundo exterior y desarrollar los otros por medio de la iniciativa personal. La dificultad de vivir sólo de la vida material, ahoga sus aspiraciones, no dejando ningún lugar a sus sentimientos. No es un hombre, es simplemente una rueda. ¡Triste ironía! Su felicidad es el objetivo que le han hecho entrever y sólo consiguen la anulación del ser...» (B. 2).

«Entonces me puse a estudiar. Quería aumentar mis conocimientos, desarrollarme... Leí...» (D. 3).

«Un amigo, viejo anarquista, me hizo notar que mis convicciones individualistas en estética, atenuadas en parte por mi creencia en la aristocracia del arte, no podían ser completas, si no me tomaba la pena de adquirir una concepción integral de la vida. En algunas frases simples, me explicó la ANARQUÍA...» (A. Retté).

«Razones que me han conducido a la ANARQUÍA: Primera, necesidad de independencia; segunda, el amor y el respeto a mi arte, el cual, cuando no existan los bajos motivos (dinero, condecoraciones, recompensas, falsa gloria, ricos matrimonios, etc.) que llevan tantas nulidades a llamarse artistas, únicamente lo ejercerán aquellos que tengan fe...» (J. 5).

«Instintivamente tengo el temperamento anarquista, pero yo hubiera podido limitarme a este egotismo extendido que tiende simplemente a libertarse de las cadenas de que nos vemos cargados o amenazados. ¿Qué es lo que me ha desviado?...» (Bernard Lazare).

«Esta concepción libertaria (comunista-anarquista), era, en fin, la buscada solución, pues asegurando el bienestar material de los hombres por la apropiación común de todos los medios de producción, aseguraba también la satisfacción de todas las necesidades de la vida intelectual, puesto que al proclamar la autonomía, si no absoluta, la mayor posible, del individuo, permitía todas las formas posibles de la actividad humana...» (Sévérin L.).

«Los artistas son, naturalmente, individualistas, pues que no pueden existir sino a condición de afirmar su personalidad...» (M. 14).

«El placer de vivir mi vida solicitaba mis esfuerzos destructivos; hice y dije lo que me parecía bello y comprendí lo que era bueno...» (L. Malquin).

«Soy opuesto a la absorción del individuo por el Estado, al sacrificio de la humana persona en beneficio de no sé qué derecho social. No puedo ni por un solo instante aceptar un único Estado, aunque fuera comunista... Como Lafontaine, digo: «Nuestro enemigo es siempre nuestro dueño»...» (T. D. M. 28).

En estos extractos confesionales, procedentes de franceses, la afirmación del individuo es muy neta y no se presta a confusión alguna. Las respuestas que nos han dirigido los ingleses, irlandeses y escoceses, son en su conjunto menos precisas en lo que concierne al carácter «amor al yo». No obstante, algunas son categóricas como las de los franceses. La lectura de los siguientes extractos permitirá comprobar estas diferencias y estas similitudes.

«Soy un anarquista porque tengo necesidad de ser libre, usar de mis facultades tanto como me plazca sin dificultar la libertad de los demás...» (G. Robertson).

«Porque creo que ningún otro estado de sociedad que el comunismo-anarquista... puede existir en el interés de cada individuo, miembro de esta sociedad». (D. K. C. M. 17).

«Soy una anarquista porque habiendo hecho y haciendo aún mi parte de trabajo en este mundo, afirmo mi derecho a poseer medios de vida más nobles que los que disfrutamos en la actualidad yo y mi familia; derecho a los medios y oportunidades para la más alta cultura física, mental y moral que el mundo puede ofrecer... El presente sistema es para mi marido el rebajamiento de su individualidad y su transformación en máquina, trabajando siempre 57 y a menudo 80 y 90 horas por semana, cuando el que lo emplea lo exige, y no obstante el salario da apenas el *confort* de la vida...» (N. W. 19).

«Soy un anarquista porque niego al gobierno el derecho de limitar mis acciones por medio de leyes; creyendo que no existen límites a la acción individual mientras estas acciones no tiendan a dificultar en los demás el ejercicio de esta misma libertad...» (T. W. Burner).

«Soy anarquista-comunista porque el sistema da al individuo la mayor cantidad de libertad que puedo concebir actualmente...» (A. Bird).

«Porque no me contento con aceptar la opinión corriente en sea lo que sea que me interese, pero me veo impulsado a examinar las cosas por mí mismo...» (H. 12).

«Fue una fortuna para mí entrar en la vida con una educación laica. Mi padre era un discípulo de J. J. Holyoake, y por esto tuve la ventaja desde mi infancia de haber leído y entendido los principios del partido del libre pensamiento. Es una gran cosa principiar la vida con un espíritu libre de los dogmas de la teología y de las nieblas de la superstición y esta ventaja la tuve...» (A. M. 27).

«Me califico de anarquista porque siento un horror mayúsculo por toda coacción, sea cual sea, de mi semejante sobre mí...» (A. Z. 23).

«Sin libertad es imposible a la más noble y mejor parte de nuestra naturaleza, encontrar su expresión y su satisfacción. El monopolio de la tierra y del capital detiene todo desarrollo de la raza humana; creo que el deseo de independencia es natural en el hombre, y todos quieren ser libres de obrar independientemente o en grupos, según las circunstancias indiquen...» (J. Tochetti).

«Creo que con el aumento de los conocimientos y el desarrollo de las fuerzas (razón e inteligencia) que hacen vivir la sociedad, el pueblo aprenderá, en fin, que puede organizar la producción y la administración según sus necesidades, y sin este órgano nocivo llamado gobierno...» (G. R. 22).

Por las líneas que preceden se ha podido ver que los ingleses, irlandeses y escoceses expresan menos categóricamente su individualismo. A menudo se manifiesta bajo una forma indirecta. Puede que tengamos que ver aquí la influencia de costumbres tan individualistas que no sea necesario afirmar este individualismo. Seres acostumbrados a buscar siempre el desarrollo de su individuo y encontrando, según ellos, en la forma social actual un ambiente más o menos apto a este desarrollo, no tienen necesidad de apetecer una sociedad en la que se halle este desarrollo.

No se desea una cosa cuando se tiene. En la Gran Bretaña es muy grande la libertad legal, el individualismo está muy extendido en las costumbres, y los socialistas-anarquistas de esta

región, como no están tan abrumados por la autoridad, son más libres, son más ellos mismos, no sienten la necesidad de reaccionar en sentido contrario, o sea: afirmar su individualismo. Aunque se tenga que tener en cuenta estas observaciones, debemos hacer constar que este individualismo existe y hasta tiene un alto grado de desarrollo, que algunos, la mayoría, notan este sentimiento, sea directamente o sea bajo una forma indirecta. Este mismo carácter «individualismo» se manifiesta en los siguientes extractos provenientes de belgas, suizos, judíos rusos, americanos, etc.

«Me fui a Verviers, uno de los centros más industriales de la comarca, para comenzar mi vida de presidiario en las cárceles llamadas fábricas; he ahí en qué infectos ambientes he crecido, ambientes pestilenciales que matan al individuo antes de su florecimiento natural...» (Carlos Hansenne).

«No creo que me haya vuelto anarquista. Desde tiempo inmemorial, no me acuerdo haber aceptado o sufrido la autoridad, ni siquiera la de aquellos que estaban vestidos...» (A. B. G. 21).

«Soy anarquista-comunista, porque mi independencia de carácter me ha hecho desear siempre la independencia de todos, es decir, *independencia absoluta*... No obstante, personalmente, poco he sufrido por su causa (la autoridad), tal vez a causa de mi independencia de carácter y de una gran movilidad de actividad...» (Ph. Lélièvre).

«Una vez terminado mi aprendizaje, corrí un poco de mundo, y trabé relaciones con el mundo internacional de la época. Naturaleza impresionable y sedienta de justicia, vi que el número de los que eran víctimas de la sociedad era inmenso. Esto me hizo sufrir y observar a mi alrededor...» (A. Nicolet).

«Poseía y conservaba el amor a la independencia, sin odiar al dueño...» (E. D. H. 25).

«Entonces me volví anarquista, es decir, un hombre... ésta acción está determinada por sus efectos probables sobre él mismo y que sacrifica una parte de su independencia. Como esto es necesario en sociedad, no por amor a esta sociedad, sino para obtener sus ventajas que son el resultado de la asociación, estos *conforts* que no se alcanzan por los esfuerzos aislados...» (O. Gutzkow).

«... Juzgo que es opuesto a la naturaleza humana que uno reine sobre otro. Por esto soy anarquista...» (J. Methoffer).

«Es por esto por lo que soy anarquista, porque deseo destruir toda forma de gobierno de la humanidad por el hombre. No obstante, para esto, yo no quiero avanzar más rápidamente que la masa del pueblo no pueda concebir la verdad de las proposiciones que he establecido. Si el gobierno pudiera ser destruido hoy mismo, habría otro en su lugar mañana. Por esto opino que el problema que hay que resolver es el de la inteligencia contra la ignorancia. Y la solución reside en el llamamiento a esta inteligencia en lugar de a la pasión y los prejuicios...» (W. H. Van Arnum).

«... Soy anarquista-comunista porque considero tener los mismos derechos que cualquiera otro. Por objetivo tengo mi pleno desenvolvimiento físico y psíquico, que considero necesarios para establecer mi individualidad autónoma en la asociación voluntaria...» (A. Klemencic).

«Desde mi infancia, mostré una gran tendencia al estudio. Era la mayor ambición de mi vida, y muchas veces he llorado, al considerar que algunas de mis amigas frecuentaban la escuela y aprendían muchas cosas, mientras yo nada sabía... Desde entonces me consagré a los

estudios con extraordinario ardor, con gran satisfacción de mis profesores y especialmente mía...» (W. D. 3).

«A la edad de 13 años, tuve que afrontar un verdadero asalto de mis padres, muy religiosos, asalto que terminó, gracias a la persistencia de la juventud, convirtiéndome en un luchador por la vida. Mi querella con mis padres, a causa de mi irreligiosidad, me advirtió que yo debía estar versado en todas las ciencias, por las que sienten horror los judíos muy religiosos... En la misma época aprendía yo mismo todo lo que podía; era un devorador de libros y en dos años no hubo libro de economía y de política que yo no hubiera leído... Pasaron años y me preparaba a ingresar en una universidad rusa, a los veinte años, y toda mi ambición estribaba en querer distinguirme en las ciencias...» (R. F. 24).

Después de la lectura de los extractos precedentes -aunque Ph. Lelièvre, O. Gutzkow, A. Klemencic, y R. F. 24, sean muy claros en sus confesiones- se comprueba que el deseo de individualismo es menos pronunciado en todos estos individuos de nacionalidades diferentes que en los franceses. En los judíos rusos, sometidos a leyes y costumbres duras, el interés de aprender para libertarse, individualizarse, aparece fácilmente en W. D. 30 y R. F. 24, cuando en los americanos (Van Arnum), los holandeses (J. Methoffer), que gozan de una gran libertad, este sentimiento sólo se revela indirectamente cuando se leen cuidadosamente sus declaraciones.

Estudiando las respuestas de los italianos se observa el mismo fenómeno que en los franceses, es decir, una neta notación de la característica: «Individualismo».

«Los espíritus deben tener el campo libre para los estudios científicos y naturales, para desarrollarse y progresar...» (Z. B. 26).

«Pero lo que más contribuyó... a formar mi convicción, fue un odio sin límites a todo mando...» (A. Agresti).

«Algunas trabas me ataban aún a la religión; sin embargo, la duda crecía en mí cada día más, la duda de que yo había sido víctima de creencias engañosas. Las ideas patrióticas no sé cómo estaban adormecidas. Continuamente me esforzaba en saber si yo debía creer, a mi razón, que no estaba en todo acorde con las creencias que me habían inoculado desde mi más tierna infancia... Cuando atormentado siempre por mi estado de alma irresoluto, próxima la Pascua de 1873, tuve la idea de ir a Palestina, a la Tierra Santa, esperando que allí, sobre la tumba de Cristo, podría encontrar mi tranquilidad. En seguida ejecuté mi proyecto. Partí de Alejandría y llegué a Jerusalén, albergándome en el convento de San Salvador. Estuve cerca de un mes en Palestina. Llegué buen cristiano y marché completamente incrédulo. La curación de mi locura religiosa fue completa. Al llegar a Palestina creí encontrar los lugares santos llenos de amor a Dios, de fraternidad, y ¡qué decepción! La simonía, las canalladas, las maldades más grandes estaban a la orden del día entre los sacerdotes de las diversas sectas religiosas que debaten en la iglesia del Santo Sepulcro. Allí se baten de continuo y los soldados turcos separan a los combatientes a culatazos. Se amontona a los peregrinos en confusión de sexo de modo horrible. Los más pobres se ven tratados a bastonazos, cual perros, por sus mismos sacerdotes; los ricos reposan en las habitaciones de los conventos. Aunque los curas católicos hayan hecho voto de castidad, traban relaciones con las peregrinas en pleno día, sin preocuparse del escándalo. Es un verdadero lugar de orgías... Es verdad que me curé de mi enfermedad religiosa, pero aumentó mi misantropía... Llegado a los veinte años tuve que ingresar en filas, muy a mi pesar, dejando a mi novia. Una vez militar, no encuentro palabras suficientes para explicar lo que sufrí al principio. A menudo lloraba de rabia, viéndome, yo que siempre había sido independiente, reducido al estado de máquina. Seguramente hubiera desertado, si, bastante instruido, y conociendo el francés, no me hubieran dado un empleo en el estado mayor, donde acabé el servicio...» (A. N. 16).

«Los hombres, al obrar todos para su propia felicidad individual, en su actividad se molestan mutuamente y son desgraciados, porque todos encuentran obstáculos a la satisfacción de sus necesidades. Para ser dichosos deberían ser independientes y poder, en el libre desarrollo de su autonomía, realizar su felicidad. Buscando la realización de mi independencia, es como me volví anarquista...» (G. P. 20).

Examinemos, en fin, los extractos de españoles y portugueses.

«Reglamentar mi libertad, me dije, con el pretexto de garantizarla, es atentar contra ella; mis derechos, igual que los de los demás individuos, son imprescriptibles e ilegales; entonces supe lo bastante para que pudiera hallar placer en la lectura de los periódicos anarquistas...» (Francisco Freixas).

«Soy anarquista-comunista porque soy hombre de ideas libres...» (Rómulo Fustiz).

«La primera causa que me hizo anarquista fue mi curiosidad de leer los periódicos y algunos libros... Como he visto que nada me han enseñado para... ayudarme a hacerme hombre, que se me privó del derecho de hablar y de escribir a mi modo, de ir donde quisiera... Ellos (los burgueses) sólo se ocupan de mantenerme en la ignorancia y aporrearne...» (Ignacio Jaquetti).

«Soy, pues, anarquista-comunista, porque el comunismo-anárquico proporciona los medios de satisfacer sus necesidades a todos los individuos, y esto independientemente de su capacidad de producción; por consiguiente, deja abierto el camino a la ciencia, al progreso, a la civilización... Yo reflexioné sobre las condiciones miserables de mis compañeros de trabajo, de mi familia y aun de mí mismo...» (Mariano Lafarga).

«... Aprendí en los hombres de ciencia que ANARQUÍA significa nada de gobierno, y emancipación humana...» (Juan F. Lamela).

«Yo soy un ser, y por esto, ser viviente, tengo un perfecto derecho a ser, a vivir...» (Joaquín Luis Olbes).

«Me volví anarquista cuando comprendí lo que más arriba dejo dicho (nocividad de la autoridad); lo comprendí al reflexionar sobre mi situación de esclavo asalariado...» (C. Oller).

«El comunismo libre tiende a que todos satisfagan sus necesidades... Partidario del estudio... Leí periódicos anarquistas que me gustaron, me aboné a ellos y me procuré libros y folletos...» (Palmiro).

«Me volví anarquista, gracias a este estudio continuo, aunque sin orden, al cual fui conducido desde mi infancia por mi amor a la lectura...» (José Prat).

«A causa de mi temperamento me sentí atraído por las ideas revolucionarias, me aficioné a la política, y, joven aún, fui republicano... Siempre dispuesto a progresar, tuve las primeras nociones de ANARQUÍA propagada por otros compañeros de trabajo...» (Manuel Recober).

«Creo que, siendo un hombre, soy por esta causa igual en todos mis derechos y asimismo en mis deberes a los demás hombres...» (C. Fernández Zamorano).

«Deseo que mi firma sea pseudónimo “Libertario”». (Libertario).

«Vi en la práctica de los principios comunistas-anarquistas la integral libertad individual...» (Gonçalves Vianna).

Estos extractos, así como los que les preceden, revelan el carácter mental: amor al yo o individualidad. Según cada individuo, según cada nacionalidad, esta tendencia está más o menos acentuada. Los socialistas-anarquistas de origen español o portugués, los de origen italiano, expresan su individualismo con mucho menos vigor que los anarquistas de origen francés. Todos, sea cual sea su nacionalidad, son libertarios, pero el individualismo, que es la necesaria consecuencia de este libertarismo, sólo se revela netamente en los franceses y en algunos individuos de otras naciones.

Es necesario, ciertamente, ver en esto una influencia de las costumbres, como dejamos dicho, pero esta influencia de las costumbres no está sola. En efecto, nosotros creemos que en esta no-afirmación del individualismo obra la influencia profesional sobre los individuos. Las respuestas que emanan de anarquistas franceses proceden de individuos por regla general más intelectuales que los de origen español que nos respondieron. El obrero manual, mucho menos que el literato, el artista y el sabio, puede categóricamente afirmar su personalidad, demostrar que cultiva su yo. Puede hacerlo -y de hecho lo hacen los socialistas-anarquistas-, pero es muy difícilmente perceptible. Es necesario analizar muy minuciosamente estas respuestas de obreros, gente poco ilustrada que escribe malamente, tanto en estilo como en ortografía, que se repiten bajo formas casi idénticas, para ver que estos individuos miserables, que sienten la inquietud del incierto mañana, desde su infancia han tenido la voluntad de aprender y de estudiar. En un ulterior capítulo demostraremos, por medio de la observación, este deseo de conocer, tan intenso en el pintor, en el literato, en el médico, como en el zapatero, en el obrero del campo, en la cocinera y en el albañil. Esta sed de saber significa claramente en los que la poseen un inconsciente o consciente deseo de cultivar su yo, de individualizarse.

En el intelectual, poseedor de una cultura literaria, artística, científica, esta cultura del yo es consciente, la expresa, ya lo hemos visto; en el ser inculto, inhábil para expresar las dificultades de su pensamiento, esta incultura es inconsciente y no la expresa. De ahí deriva la influencia de la profesión -de la clase social asimismo- sobre la expresión del individualismo. La lectura de los pasajes que sacamos de las confesiones demuestra también cuanto el amor a la libertad y el amor al yo se mezclan y confunden. Esta confusión es tan íntima, que aquí también solamente los intelectuales expresan sus ideas y sentimientos, diferenciando un poco este amor a la libertad de este amor al yo. Nadie ha de extrañarse de esta confusión general, puesto que el solo carácter *amor a la libertad* nos ha permitido deducir racionalmente la existencia del carácter *amor al yo*. El desarrollo permanente del individuo no puede tener lugar sino con la libertad que constituye la vida, como escribe M. Pujo.

Así, pues, el análisis de las respuestas que se nos hicieron prueba la existencia del carácter psíquico *amor al yo* en los socialistas-anarquistas.

En resumen, método racional y positivo conducen al mismo resultado: existencia en la mentalidad socialista-anarquista del carácter psíquico *amor al yo o individualismo*.

Caracteres psíquicos constitutivos de la mentalidad socialista-anarquista: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al yo, o individualismo*.

El socialista-anarquista es un *rebelle*, un *libertario*, un *individualista*.

CAPÍTULO V

DEL ALTRUISMO Y DE LA SENSIBILIDAD¹⁷

«Es un deber, estrecha obligación de quien tiene un pensamiento, emitirlo y enseñarlo para el bien común». *Pablo Luis Courier*.

El amor al Yo o Individualismo que nuestro análisis ha revelado en las mentalidades de los socialistas-anarquistas no es específico solamente de aquéllas. En efecto, este carácter psíquico se encuentra también en una multitud de individuos que nada tienen que ver con las doctrinas profesadas por los Bakunin, Malatesta, Ricardo Mella, Parsons, Spies, etc.

Esta característica mental existe en los anarquistas-individualistas según las doctrinas de Tucker. Añadida a las demás características demostradas -espíritu de rebeldía, amor a la libertad- se encuentra asimismo en muchos individuos que no son socialistas-anarquistas.

Los estetas presentan muchas veces este agregado de caracteres mentales, y, sin embargo, no son socialistas-anarquistas. A pesar de que algunos se afirmen socialistas-anarquistas, como Laurent Tailhade, quien un día evocaba el feliz tiempo de la ANARQUÍA, tiempo en que la plebe besaría las huellas de los pasos de los poetas,¹⁸ estos estetas sienten un desprecio por la masa. Como últimamente el poeta A. Retté, son «voluntariamente ignorantes de la vida cotidiana, predicando la reclusión en la Torre de Marfil, el arte por el arte y el desprecio a la humanidad ambiente, en una palabra, la teoría del Poeta-Rey, del Poeta-Dios y otros romanticismos»¹⁹.

Así, pues, estos individuos que también poseen el agregado de los caracteres psíquicos que nuestro análisis ha demostrado, pero que sienten por el pueblo un profundo desprecio no son socialistas-anarquistas. Contemplan al pueblo desde las serenas alturas donde moran y que la vil multitud jamás alcanzará. Se creen y se llaman a sí mismos superiores a la raza humana. Son libertarios... para ellos y autoritarios para los demás.

La doctrina socialista-anárquica, al contrario, enseña el amor a los humildes, a los oprimidos, a los que sufren. Profesa la igualdad de los hombres, sostiene que el sabio ilustre es el igual del más oscuro campesino, que el humilde albañil equivale al célebre poeta. Estos estetas que desprecian la humanidad ambiente, no son, por lo tanto, y de ningún modo, adeptos de estas teorías anarquistas. De esto resulta que el agregado de los caracteres mentales predeterminados es suficiente para especificar la mentalidad filosófica de los socialistas-anarquistas. Tenemos que buscar un nuevo carácter que añadir a los primeros.

El altruismo, hemos dicho, forma parte integrante de la enseñanza socialista-anárquica que erige en principio la igualdad de los hombres, sea cual sea la diferenciación que exista en su valor intelectual, moral y en su utilidad social. Examinemos si en los folletos de propaganda encontramos realmente la prueba de esta enseñanza altruística.

«Así vemos que observando las sociedades animales se llega a comprobar que este principio: «Trata a los demás como querrás ser tratado por ellos en análogas circunstancias», se

¹⁷ Un fragmento de este capítulo se publicó en la *Revista di Sociologia* y en *The Torch*.

¹⁸ Conferencia que precedió a la representación del *Enemigo del Pueblo* de Ibsen, en el teatro «La Obra» en 1893.

¹⁹ Extractado de la respuesta de A. Retté a nuestras preguntas.

encuentra en todas partes donde hay sociedad... Este principio se traduce en una sola palabra: Solidaridad... es el principio de la igualdad, el principio fundamental de la ANARQUÍA. Y como podríamos siquiera creernos anarquistas sin ponerlo en práctica... Decimos: «la felicidad de cada uno está íntimamente ligada a la felicidad de todos los que le rodean». Se puede tener por casualidad algunos años de felicidad relativa en una sociedad basada en el malestar de los demás, pero es una felicidad edificada sobre arena. No puede durar, el menor choque la derrumbará; felicidad miserablemente pequeña comparada con la felicidad posible en una sociedad de iguales. Así cada vez que tengas por norma el bien de los demás, obrarás bien...» (Pedro Kropotkin. *La moral anarquista*, págs. 38-41-68).

«A veces sucede que se les hace trabajar hasta 18 horas. ¿Acaso, señores, no es traspasar los límites, tener a pequeños seres de 12 y 14 años durante largas jornadas?... El invierno... estos pequeñuelos se hielan, en verano se ahogan por falta de aire... pues en ciertos talleres ni las ventanas se abren... Acaece a menudo que, rendido uno de ellos por la fatiga, tiene la desgracia de ser cogido por una máquina... Es necesario añadir a todos estos sufrimientos el modo brutal con que se les manda: insultos, injurias, groserías cochinas... Imagínense a las madres de familia y a las jóvenes vestidas de harapos, impregnadas del aceite de la maquinaria, y cubiertas de borra de lana o algodón... Desgreñadas y sucias, grasientos los cuerpos, manchadas las manos, corriendo como alocadas entre dos, tres y a veces hasta cuatro telares... Ni siquiera una de estas mujeres, ni uno solo de estos niños posee una fisonomía que respire salud; todas y todos tienen la tez amarilla, que caracteriza la anemia... ¡Cuántos desgraciados accidentes no les alcanzan!... Muy a menudo, se encuentra por las calles de Viena a estas pobres mujeres enfermas, a las cuales falta un brazo, una mano... En el espacio de veinte años ha habido más de doscientos estropeados... Estas mujeres trabajan sin interrupción alguna, siempre galopando alrededor de estas infernales máquinas, entre su ruido ensordecedor y envueltas en humo. Y cuando quieren comer su pobre comida, tienen que hacerlo sobre un banco grasiento, engullendo aprisa los bocados de pan... Lo que cuento, yo lo he presenciado, lo he vivido cuando era niño y que iba... a comer en la fábrica con mi madre que aún trabajaba en esta dura labor... ¡Ah! lo que se hace por los caballos, por las bestias, no se hace por estas pobres mujeres de los telares. Se les niega hasta la hora necesaria para sus comidas de mediodía. ¿Acaso todo esto no es monstruoso? Debemos declarar que estos seres explotados, aniquilados, que tanto tienen que sufrir para ganar un mal pedazo de pan, merecen todas nuestras simpatías, y que los que los explotan, que les niegan el derecho a la existencia y que se enriquecen con su sudor, sólo merecen nuestro desprecio...» (Defensa de Pedro Martín. *Proceso de los anarquistas de Viena*, págs. 37-50-52).

«Desgraciados de ustedes si la enfermedad les anonada, si, jóvenes o viejos, son demasiado débiles para producir a satisfacción de los poseedores. Desgraciados de ustedes, si no encuentran una persona, a beneficio de la cual prostituir su cerebro, sus brazos, sus cuerpos: rodarán de abismo en abismo, sus harapos se considerarán un crimen... la sociedad entera les arrojará el anatema, y la autoridad, interviniendo ley en mano, les gritará: ¡maldición a los que no poseen un hogar... maldición a los que no tienen un miserable jergón donde reposar sus doloridos miembros; malditos los que se permiten tener hambre, cuando los demás han comido demasiado... malditos los vagabundos... maldición para los vencidos! Y los castigará por haberse permitido no tener nada, cuando los demás lo poseen todo. Es justicia, dice la ley. Es un crimen, respondemos nosotros; esto no debe ser, esto debe cesar, porque esto no es justo... Porque no queremos más guerras, ni muertes, ni prostitución, ni vicios, ni crímenes, que nosotros luchamos por la libertad y la dignidad humanas... Nosotros nos consideramos dichosos, suceda lo que sea, pues estamos ciertos... que vendrá un día en que el sol, que dora las mieses, brillará sobre una humanidad sin ejércitos, sin cañones, sin fronteras, sin cárceles, sin magistrados, sin policía, sin leyes y sin dioses, libre, en fin, intelectual y físicamente, y que los hombres, reconciliados con la naturaleza y con ellos mismos, podrán, en la universal armonía, saciar su sed de justicia... Entonces, amparando cada uno su felicidad en la felicidad de los demás, nadie cometerá el mal, pues nadie tendrá interés en hacerlo. El hombre, libre en

la humanidad emancipada, podrá marchar sin obstáculos de conquista en conquista, en provecho de todos, hacia el infinito sin límites de la intelectualidad. El enigma moderno: Libertad, Igualdad, Fraternidad, presentado por la esfinge de la Revolución, y resuelto, será la ANARQUÍA...» (*Declaraciones de G. Etiévant*, págs. 16-28-29).

«Los anarquistas... desean abolir el presente sistema capitalista, que subsiste gracias al poderío de los gobiernos y que reclama las vidas de millares de hombres, mujeres y niños, cada año, para que las clases directoras puedan gozar del bienestar y del lujo... en una sociedad de anarquistas-comunistas, todos los hombres desembarazados de las ataduras del monopolismo, trabajarán por el bien de todos... Las ventajas de la educación, hoy monopolizadas por un pequeño número, las poseerán todos... El comunismo-anarquista... quiere sustituir el gobierno por asociaciones libres de seres racionales que quieren vivir juntos para ayuda y beneficio mutuos, y que sólo explotan a la naturaleza en interés de todos...» (H. H. Duncan. *A plea for anarchist communism*, págs. 7-8-10-11-12).

«Acompáñenme en los barrios de esta ciudad (Chicago), donde viven los creadores de la riqueza; vengan conmigo a casa de los mineros medio muertos de hambre de Hocking-Valley; miren los parias en Monongahela-Valley y en otros distritos mineros de esta comarca, o recorran la extensión del ferrocarril del gran ciudadano y hombre de orden, respetuoso de las leyes, que se llama Jay Gould, y díganme entonces, si en este orden hay algún principio moral, por cuya causa deba conservarse. Yo digo que la conservación de un orden de tal índole es criminal y homicida. Significa la conservación de una sistemática destrucción de mujeres y de niños en los talleres... Socialismo no quiere decir de ningún modo destrucción de la sociedad... Socialismo es una ciencia constructiva y no destructiva. Mientras que el capitalismo explota a las masas en beneficio de las clases privilegiadas... el socialismo enseña cómo todos deben ser poseedores, que cada hombre debe trabajar honradamente para su propia vida y no para diversión de un respetable negociante o de cualquier otro muy respetable hombre de negocios o banquero, como los hay en los bancos de este jurado, con la prefijada opinión de que nosotros debemos ser ahorcados... El socialismo, en una palabra, busca establecer un sistema universal de cooperación, y hacer que sean accesibles a cada miembro de la humana familia los bienes de la civilización... Anarquía significa paz y tranquilidad para todos. Anarquía y socialismo quieren decir reorganización de la sociedad sobre principios científicos, y abolición de las causas que producen vicios y crímenes... Nosotros no estamos sedientos de sangre. Nosotros no somos bestias. A causa de nuestra sensibilidad, hemos entrado en este movimiento para la emancipación de los oprimidos y de los sufrientes...» (*Defensa de Augusto Spies*, págs. 6-10-18).

«Nosotros luchamos por el comunismo y la ANARQUÍA. ¿Por qué? Si guardáramos silencio, hasta las piedras lo pregonarían... Cada día se cometían asesinatos, se martirizaba a niños, trabajaban hasta reventar las mujeres, se mataba a los hombres lentamente, y estos crímenes jamás han sido por las leyes castigados... Este infernal estado de negocios mantiene al obrero pobre e ignorante, presa segura de la explotación. Yo sé la vida que está reservada a los obreros. He sido uno de ellos. He dormido en sus jergones y vivido en sus moradas. Los he visto trabajar y morir. Yo he trabajado en el mismo taller con muchachas que se prostituían porque no tenían lo suficiente con sus salarios para poder vivir. He visto mujeres enfermas por el exceso de trabajo... Millares de trabajadores de Chicago viven en cuartuchos insuficientemente protectores de las intemperies, sin ventilación, sin luz. Allí viven, en un solo cuarto, dos, tres, y hasta cuatro familias. No es necesario decir de qué modo esto influye en la salud y en la moral de estos desdichados... Socialismo... significa que el pueblo poseerá en común la tierra y la maquinaria...» (*Defensa de Miguel Schwab*, págs. 13-14).

«Yo digo que un hombre que puede contemplar tales sufrimientos sin sentirse impulsado a hacer algo para cambiar estas condiciones, no tiene en su corazón más que los sentimientos del tigre hambriento. En Chicago los niños trabajan desde la más tierna edad... y el hombre que

no se esfuerce en cambiar esto, no es un hombre...» (*Defensa de Samuel Fielden*, pág. 31. Las tres citas precedentes están sacadas de *The Chicago Martyrs*).

«**Solidaridad**, es decir, la armonía de intereses y de sentimientos, la parte de cada uno de los bienes de todos y de todos en los bienes de cada uno, es el único estado en que el hombre puede vivir su propia naturaleza y llegar al más alto desarrollo y felicidad... Lo esencial es esto: constituir una sociedad en la que la explotación y el dominio del hombre por el hombre sean imposibles. Que la sociedad, en otros términos, sea tal, que los medios de existencia y el desarrollo del trabajo sean libres para todos los individuos, que todos sean aptos para cooperar según sus deseos y sus conocimientos en la organización de la vida social. En una sociedad así, todo se efectuará de modo que pueda satisfacer lo mejor posible las necesidades de todos, según los conocimientos y las posibilidades del momento... Para resolver el problema social en beneficio de todos, hay un medio tan solo: suprimir revolucionariamente el gobierno; expropiar a los detentadores de la riqueza social; ponerlo todo a la disposición de todos; dejar todas las fuerzas, todas las capacidades, todas las buenas voluntades existentes en los hombres que obren para proveer a las necesidades de todos...» (E. Malatesta. *La Anarquía*, págs. 24-48-58, Londres, 1891, folleto).

«Los socialistas-anarquistas-comunistas dicen: Derrocados los actuales gobiernos, abolida la propiedad individual, será proclamada la propiedad común, la fraternidad y la solidaridad universal... Los socialistas-anarquistas se llaman comunistas porque quieren que los productos del trabajo colectivo formen parte de la propiedad común con toda la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo, y sean distribuidos a cada individuo según sus propias necesidades, sin que se tenga en cuenta la capacidad, etc... En un porvenir próximo, gracias a la libre asociación, a la cooperación y a la solidaridad universal, los hombres gozarán, todos por igual de los inmensos beneficios de la ciencia aplicada a la mecánica, a la industria y a la agricultura...» (Eduardo Milano. *Primo passo all'Anarchia*, páginas 18-23-30).

«Nosotros pedimos vivir libres, trabajar los unos para los otros, ayudarnos mutuamente, fraternizar en un esfuerzo común para el bien universal... La ANARQUÍA pondría fin a todas las hecatombes hoy tan frecuentes... Las luchas de nuestros días, crueles y sanguinarias, no se repetirían ya...» (R. Mella. *Anarquía*, pág. 71. *Segundo Certamen Socialista*).

Como hemos dejado dicho, la doctrina socialista-anarquista enseña el amor a los demás, la solidaridad, cuya consecuencia es. Los extractos que hemos dado son suficientemente significativos bajo este punto de vista y no permiten de ningún modo dudar del altruismo profesado por los teóricos de la ANARQUÍA. Sea cual sea la nación, el ambiente profesional suyos, afirman siempre la grandeza y la necesidad del amor a los demás.

Formando, pues, el altruismo parte integrante de la enseñanza socialista-anarquista, debe ser una de las características mentales de los discípulos de esta doctrina. No puede ser de otro modo, pues entonces estos socialistas-anarquistas no adoptarían uno de los principios de las teorías sobre las cuales se basa esta filosofía. De ser diferentemente, estos individuos encontrarían malas, injustas, no conformes con sus tendencias, estas doctrinas que, en realidad, estiman justas; que de hecho, son la expresión más o menos clara de sus aspiraciones y de sus tendencias.

Necesariamente, el hecho de que los teóricos del socialismo-anarquista profesen el altruismo, implica en sus discípulos la existencia del carácter mental «amor a los demás». No podemos concebirlo de otro modo, la razón se niega a aceptar lo contrario.

De esto resulta que, racionalmente, nos vemos conducidos a afirmar que en la mentalidad filosófica de los discípulos de los Parsons, Dyer D. Lum, Malato, Tolstoi, Faure, Most, etc., existe el carácter altruismo.

Ésta conclusión, a la que nos conduce lógicamente la razón, está confirmada por el análisis de las respuestas que dignaron hacernos.

Dejemos hablar a los individuos:

«El *¿por qué soy anarquista?* Es cuestión de hambre, de frío, de fatiga y de la desesperación de esta multitud de desgraciados, encerrados en círculo de hierro por la condición abyecta en que se encuentran. Cuando su escaso salario es regular, su situación es ya espantosa, pero mucho más atroz es aún cuando se suceden estas crisis económicas de nuestras podridas civilizaciones. Yo he visto a estos miserables yendo a buscar, con el miedo metido en el cuerpo, el pedazo de pan que representa una labor monstruosa, y palideciendo aún, ¡increíble parece!, cuando exigencias inesperadas les obligaban en extraña rebeldía a rechazar el trabajo, saliendo desfallecidos, baja la frente, pudiendo oír al patrono murmurar entre dientes: «Este aún no tiene bastante hambre». Ese *este* se puede poner en plural, pues detrás de estos miserables hay sus mujeres y sus hijos. Estas miserias de todos los oficios y de todos los países deben ser para el hombre de corazón uno de estos porque...» (A. 15).

«... Debo confesar, sin embargo, que la humanidad tomada en bloque, la humanidad de los sociólogos, sólo me interesa por la extensión de lo particular a lo general. Si he llegado a apasionarme muy pronto por ideas que a veces aún medito su certeza, es porque los hechos de que soy testimonio o que relatan los periódicos adoloran mi espíritu y mi corazón, mucho más que todas las especulaciones filosóficas. Exasperado ante el aplastamiento de los débiles por la injusticia y la iniquidad de los poderosos, no puedo dejar de simpatizar con los primeros y odiar a los últimos. ¡Y se nos habla de medios bondadosos y de dulzura! ¡Se nos reprocha nuestro espíritu revolucionario!...» (B. 2).

«¿Qué es lo que me ha desviado de mi egoísmo? Es que a medida que los años pasaban mi indisciplina se volvía más metafísica, si así puede decirse. Al principio yo me había considerado sólo en presencia de circunstancias, de voluntades extranjeras y nefastas; continué considerando el hombre en general y de mis propios sentimientos deduje los sentimientos de los que, más o menos perpetuamente o en un minuto de su existencia, son esclavos, y lo que me había aparecido como odioso a mí mismo me pareció odioso para todos...» (Bernard Lazare).

«Niño aún, tuve ocasión de ver de cerca las atrocidades de la guerra. Aún recuerdo el horror de este espectáculo. Fui atemorizado, descorazonado, no pudiendo comprender por qué los hombres se mataban... Después de la muerte de mi padre, mi madre se encontró en una situación muy vecina de la miseria, cuando antes había ocupado una buena situación burguesa. Entonces, y me acuerdo perfectamente, las relaciones que teníamos cesaron de visitarnos, como si no fuéramos de su mundo. Habiendo caído enferma mi madre, fui con ella al hospital. Me acuerdo que solamente fueron obreros los que acudieron a visitarla y ayudarla. Desde entonces mi amor hacia los débiles, los pobres...» (Dr. H. 6).

«Razones que me han inducido a la ANARQUÍA... 3°. Los sufrimientos de unos... 5°. La bondad... 6°. El horror de la guerra, de la sangre vertida inútilmente... 9°. La necesidad de sentir la felicidad a mi alrededor...» (J. 3).

«Mi conciencia nada me reprocha y mientras en torno mío halle un solo desgraciado por culpa de esta organización, yo seré enemigo de esta organización...» (K. 11).

«... Como muchos otros he sufrido las consecuencias de la organización social, he visto que para todos era una fuente de obstáculos a la expansión individual, y esto me hizo reflexionar y desear otra concepción social... Creo que el artista es un maestro en el que se especializa la cultura de lo bello, no para su sólo provecho, sino en beneficio de la colectividad a la cual él

comunica instintos estéticos. A lo menos yo creo que así sucederá en la sociedad comunista futura...» (M. 14).

«Mi familia pertenece a la burguesía comerciante, gracias a ella yo he vivido siempre sin privaciones. No soy una víctima privilegiada del régimen social; es, pues, por moralidad, por lo que me he vuelto anarquista...» (L. Malquin).

«Jamás he tenido ocasión de sufrir miseria, pero he atravesado períodos vecinos de ella. Por otra parte, poseo una imaginación viva y una sensibilidad bastante desarrollada. Resulta, que cuando veo un desgraciado o cuando oigo hablar de sufrimientos físicos o morales, siento una sensación muy desagradable. Sufro de la miseria de los demás, porque me imagino sus sufrimientos. Evito su vista, porque mi sensibilidad excitada, añadida a mi impotencia para suprimir de golpe esta miseria, me hace materialmente daño... Determinista convencido, el hombre no tiene para mí ninguna responsabilidad, así que, me esfuerzo para no sentir odio hacia los demás; siento por los proletarios una profunda piedad, y por los ricos, una piedad también, pero mezclada de desprecio, a veces hay una miaja de odio, pero solamente un poco. La razón me demuestra que al sentir este odio estoy en error, pues nosotros debemos ser todo amor para los demás, pero es necesario tener en cuenta los sentimientos que nos han legado nuestros antepasados, que la educación, la sociedad han desarrollado en nosotros...» (O. 7).

«¿Por qué soy anarquista, y continuaré siéndolo?... porque, en una palabra, la sociedad comunista-anárquica que nosotros soñamos, y que fatalmente se realizará, es la única que puede dar felicidad material a todos y satisfacer, al mismo tiempo, todas las necesidades intelectuales...» (P. 10).

«Yo no sabré decir si hubo conexión o coincidencia, pero mi modo de comprender la vida se modificó rápidamente en aquella época en el sentido que concibo la inutilidad de la vanidad añadida a la crueldad del lujo y de lo superfluo, y la belleza de una vida simple y pura... Imbuido de gran admiración por las doctrinas de caridad y de universal amor...» (Ph. D. 4).

«... El interés particular y el interés general, el mismo deber, son para la libertad límites de diverso grado, límites, o si se quiere, determinaciones que pueden tener su justificación relativa, pero que no deben impedir de ningún modo la expansión absoluta perjudicada solamente en el amor... Por todos estos instintos, y en razón del mismo poder de su naturaleza, tenderá (el Yo) evidentemente al derroque de un orden tan ilógico y al advenimiento de un estado nuevo que permita, en fin, la vida humana en el integral sentido de la palabra...» (M. Pujó).

«Poco después pasé algún tiempo en el hospital, donde tuve que sufrir una operación en el pie... Me dediqué a interrogar a todos los miserables con que me codeaba en aquel infierno peor que el de Dante... Fue espantoso... y entonces comprendí la solidaridad...» (A. Retté).

«Tengo la certidumbre de que en una sociedad anárquica... el individuo se hará por sí mismo solidario de los demás por el motivo que sólo podrá contar desde entonces con su solidaridad y que aportará más fácilmente su parte de trabajo a la obra común cuando sepa que también beneficia del trabajo de los demás. No querrá hacer lo que no quisiera se le hiciera, y dará al desarrollo de las satisfacciones humanas una fuerza tanto más activa, cuando sepa que él también resulta más beneficiado. Los hombres no nacen malos y si lo son, es por culpa e influencia de los ambientes en que viven. En una sociedad armónica, los individuos no podrían ser malos...» (S. 1).

«Esta concepción libertaria (comunista-anarquista) era, en fin, la buscada solución, pues asegurando el bienestar material de los hombres por la apropiación común de todos los medios de producción, aseguraba también la satisfacción de todas las necesidades de la vida intelectual...» (Séverin L.).

«La idea libertaria tenía para mí mayor atractivo porque encarnaba el principio de armonía social en la libertad, la justicia, el amor... Y aún cuando las miserias del ambiente social poco me hayan influido directamente, estoy muy persuadido que era fatal que yo me volviera libertario, más pronto o más tarde, a causa de la acuidad de las sensaciones dolorosas que obró sobre mi raciocinio el espectáculo romano de la putrefacción burguesa actual...» (A. Veidaux).

«Soy anarquista, no sé si por odio de todas las miserias que sufrimos, o si es por amor a un ideal que considero práctico... Considero que todo ser humano tiene derecho a su parte de capital social proporcionalmente a sus propias necesidades; que tiene derecho a consumir todo lo que quiera, sin otro límite que su apetito, las necesidades de sus semejantes y las imposibilidades naturales...» (T. D. M. 28).

Si se estudian atentamente todos estos extractos de las confesiones de los franceses, se percibe un ardiente amor a la humanidad, una gran piedad para con los humildes, los débiles, estos que los anarquistas llaman expoliados, explotados.

Este mismo sentimiento de altruismo se destaca vigorosamente de las respuestas que recibimos de los ingleses, irlandeses, escoceses, americanos, alemanes y holandeses. Lo prueban las citas siguientes:

«Me parece que las necesidades materiales de la mayoría de la humanidad no podrán ser nunca completamente satisfechas mientras subsistan por una parte la coerción y la sumisión por otra. Esto conduce, en mayor o menor escala, a una completa atrofia de la intelectualidad y del sentimiento, a lo que me opongo con todas mis fuerzas porque me disgusta...» (A. Z. 23).

«Soy anarquista-comunista porque cada forma social da... la mayor cantidad posible de felicidad... Comunismo quiere decir, que la riqueza y los medios de producirla son bienes comunes, que cada uno produce según su capacidad y consume según sus necesidades... Un pequeñísimo esfuerzo por parte de cada uno nos permitirá tener todo lo que hace dichosa la vida...» (A. Bird).

«Soy comunista-anarquista porque quiero poner fin a la miseria, a la pobreza, a la degradación, a la desigualdad social que veo en torno mío, en todas partes... Cuando este tiempo llegue, será la apertura de las puertas de la vida; la humanidad podrá entrar y principiar a vivir, y el sueño del poeta se habrá realizado: el hombre para el hombre, en todo el mundo, será un hermano, y el mundo entero la humanidad... Todas las religiones (excepto la religión de la humanidad que es la ANARQUÍA) están basadas sobre...» (Henry Campbell).

«Yo creo que ningún otro estado de sociedad que no sea el comunista-anarquista, tiene posibilidades de llegar... a una conclusión humana... Nuestra cotidiana vida me prueba, en fin... que la Iglesia y el Estado retardan el progreso y el desarrollo de la humanidad más de lo que generalmente se cree al contemplar la horrible desnudez que nos rodea cada día. De aquí surge mi creencia, de que el anarquismo es el único medio... para vivir la vida de seres humanos y no prolongar por más tiempo una miserable existencia como la presente. Creo que cuanto más pronto se eduque al pueblo en el conocimiento de las verdades del anarquismo, mejor será para todos, y tal vez salve a algunos de los ulteriores resultados de una revolución sangrienta...» (D. K. C. M. 17).

«Me llamó la atención el orador que decía: La propiedad particular de los medios de producción es la causa de la pobreza. Probó que mientras una clase sea poseedora de los medios de producción, los trabajadores nos veremos obligados a dirigirnos a esta clase y pedirle trabajo...» (F. W. 8).

«Soy una anarquista porque los principios de la ANARQUÍA me parecen los únicos que aseguran a la sociedad humana la libertad y la fraternidad. Creo que aunque hayan pasado siglos de lucha y pasen entre los hombres, ha sido y es a causa del deseo de adquirir un sistema de vida más feliz, que permita establecer en la tierra la paz y la buena voluntad... Mi padre me inculcó una gran simpatía hacia todos los que combaten por el bien del pueblo... Me convencí de que la miseria y la baja degradación serían sobre todo abolidas, si la sociedad estuviera establecida sobre los principios de la cooperación...» (G. R. 22).

«Por naturaleza he simpatizado siempre con los oprimidos y esclavizados, y desde mi infancia he tomado parte activa en diferentes movimientos, para buscar un lenitivo o la cura a los sufrimientos humanos...» (H. 12).

«Creo y enseño... que todo gobierno a la fuerza es el generador de los males provenientes de la propiedad monopolizada y de la opresión de clase, y que debe ser sustituido por una organización social de un género más elevado, como voluntaria cooperación basada en la igualdad de todos y regulada por una mutua buena voluntad...» (J. C. Kenworthy).

«Mis ojos se abrieron entre las numerosas, crueles y absurdas leyes, a las cuales, los obreros de la Gran Bretaña están sometidos desde largo tiempo; y para su completa emancipación, no veo otro camino más corto que una completa revolución del presente estado de sociedad, y que el comunismo-anarquista ocupe su lugar. Solamente en el comunismo-anárquico veo las bases únicas para el desarrollo de todo lo noble y bello en la naturaleza humana; para evitar a las mujeres el matrimonio sin amor y la maternidad obligatoria, y tener que amoldar su espíritu al del *partner* macho y de las leyes degradantes y costumbres serviles, a las cuales mujeres de toda clase están sujetas desde tiempo inmemorial a causa de su ignorancia...» (N. W. 19).

«... Hay demasiada miseria y pobreza entre los millones de trabajadores...» (William Reckie).

«Entonces, el anarquismo es un ideal... una vez comprendido por el pueblo, aportará realmente la fraternidad del hombre...» (Georges Robertson).

«Después de muchos años de experiencia en el movimiento reformista, he llegado a la conclusión que la anarquía-comunista es la única verdadera solución de la cuestión del trabajo... 2°. Porque es humanitaria y garantiza una vida segura al trabajador, desconocida de él y de sus compañeros... Durante muchos años estuve influido por la idea que el tradeunionismo curaría todos los males de nuestro sistema industrial... Luego abracé el socialismo de Estado, y durante mucho tiempo me imaginé haber hallado la panacea para todos los males y crímenes del presente sistema de sociedad...» (O. P. Smith).

«Soy un anarquista-comunista, porque la sociedad, tal como al presente está organizada, niega a la masa de la humanidad la oportunidad de vivir, en el verdadero sentido de la palabra... Los hombres tienen, naturalmente, el espíritu de agregación y encuentran placer en obrar en común...» (J. Tochatti).

«Cada hombre y mujer nacidos en este mundo tienen derecho a vivir. Hoy este derecho les está negado por los ladrones llamados *landlors* y por los bandidos capitalistas. El pueblo se ve robado y saqueado por los pilletes reales, los tiranos aristócratas, los bandidos plutócratas, los curas impostores que lo impulsan a soportar un ejército entero de asesinos gubernamentales bajo forma de polizontes y de soldados que protegen un interés de clase... Emplearé la fuerza para ayudar el avance del momento en que ningún mortal se doblegue a los pies de los gusanos, semejantes suyos, y no pida el permiso de trabajar; en que más altos y sublimes pensamientos inspirarán las almas de los hombres, aportando a su corazón el reino de la equidad, de la luz, y de la paz que borrarán el odio y la lucha que actualmente divide al mundo. He aquí brevemente por qué soy anarquista...» (T. W. B. Turner).

«Soy un anarquista-comunista porque veo la condición de las clases obreras, que es la continua pobreza, explotados por la clase capitalista...» (Ernesto Young).

«Por la ignorancia de estos hechos y conclusiones, por la elevación del principio de la propiedad privada, la avaricia individual está estimulada, cada hombre es un enemigo del hombre, y la sociedad humana se transforma en una lucha en la que los instintos más brutales predominan sobre los más nobles y los mejores. De aquí viene la destrucción, la competencia en los negocios, las decepciones, los fraudes, los engaños, todo lo que es bajo y vil. De aquí arranca la pobreza, el vicio y el crimen de los cuales resulta que una parte de los miembros de la sociedad quedan aplastados en la lucha. De aquí arranca el hecho de que cuando mayor es la producción colectiva de las riquezas, no existe un acuerdo considerable en la felicidad de la colectividad humana, porque este acrecentamiento de las riquezas aumenta tan sólo las fortunas particulares. Y es porque veo que nada, fuera de la propiedad común de las riquezas, de los medios de producirlas y acumularlas, modificará esta sed de ganancia, expulsando la competencia, la excitación al fraude, la vileza y brutalidad de los hombres; no asegurará la vida a cada miembro de la sociedad, y no evitará la acumulación de las grandes fortunas particulares; por eso soy comunista... Creo que si la sociedad estuviera libre de la tiranía de las leyes, las fortunas particulares no podrían perpetuarse y resultaría inmediatamente una redistribución de las riquezas sobre las bases de una igualdad práctica; una vez libres del estímulo directo a la avaricia, los intereses comunes de la humanidad conducirían gradualmente a los hombres al voluntario abandono de sus fortunas privadas, y en este camino, establecerían una fraternidad universal sobre las bases del trabajo cooperativo y de una comunidad completa de intereses...» (W. H. Van Ornum).

«Considero el comunismo-anarquista como el ideal más elevado que el espíritu humano pueda concebir; el total de bienestar, de felicidad y de armonía de la humanidad. ¿Hay nada más noble que pensar que ningún ser humano tiene el derecho o el privilegio de destruir, de injuriar, de mandar o de explotar a sus semejantes, siendo esto considerado como inmoral, inhumano y antisocial?...» (C. H. 13).

«El movimiento tradeunionista que alcancé en aquella época, prometía eliminar, hasta cierto punto, la miseria económica, mientras que el partido socialista-demócrata, del cual me hice miembro activo, me parecía ser el verdadero evangelio de salud...» (O. Guszko).

«Soy anarquista-comunista porque considero la materia, de la que se componen las riquezas sociales, como el fondo indivisible e inalienable de *todos* los hombres. Mientras las riquezas sociales se encuentren siempre en pocas manos, las masas se empobrecen cada día más. No se produce en nuestra sociedad capitalista para satisfacer las necesidades de todos, sino solamente para adquirir ventajas personales. Solamente en el comunismo se podrá producir de modo que se crea la comodidad para todos. Es necesario que para producir para *todos*, todo pertenezca a *todos*...» (J. Methofer).

Este mismo amor a los demás que se revela en las respuestas de los anarquistas de Alemania o de Inglaterra, lo hallamos también en las siguientes líneas debidas a los belgas, suizos, españoles, portugueses, italianos, así como en los eslavos, búlgaros y judíos rusos.

«Soy comunista porque todo animal tiene necesidad del concurso de los demás para efectuar su propio desarrollo y el de sus semejantes; sólo la comunidad puede asegurar este concurso suprimiendo el antagonismo de los intereses individuales en beneficio del o de los grupos de anarquistas en comunidad y puede asimismo satisfacer esta necesidad de desarrollo material y moral... El que impide a su semejante, voluntariamente hablando, por cualquier medio que sea, satisfacer una necesidad, es un criminal. Por esto digo que una vez libertado el individuo, sólo hay las agrupaciones en comunidad, donde todos los individuos son solidarios, que puedan

acudir a las necesidades de cada uno... *Necesidades satisfechas* exigen solidaridad o concurso mutuo, abolición de los intereses personales, en una palabra, comunismo...» (A. B. G. 21).

«... Miré en torno mío y comprobé que la misma miseria existía entre mis hermanos de trabajo...» (Carlos Hansenne).

«Si la autoridad quedara abolida, el comunismo se establecería por si mismo. Los capitalistas nos demuestran hoy el ejemplo de comunismo haciendo concurrir sus capitales en común para la explotación de los proletarios... La lectura de *Peau de Chagrin* me ha sugerido la idea de un individuo... deseando la destrucción de todo estado gubernamental, que no haya por más tiempo gobierno, que la conciliación de los pueblos...» (Ph. Lelièvre).

«Porque encuentro que es un crimen de lesa humanidad pretender que la razón que sostiene un individuo deba ser la misma que la que se atribuirá a un centenar o millar de individuos, como sucede en nuestra civilización, donde todo resulta feroz egoísmo. En efecto, el explotador, ¿se preocupa del número de bocas que debe nutrir el explotado? No; comprueba solamente la suma de trabajo producido en beneficio de sus personales intereses. Y de ahí esta degeneración, este esmirriamiento de la especie humana, esta mortalidad cada día mayor que los periódicos del *orden* relatan diariamente sin remontarse a las causas. De ahí, aún, esta prostitución que se ve brillar cínicamente principalmente en los grandes centros industriales. Soy comunista-anarquista porque creo que todo es de todos y que nada individualmente pertenece a nadie, fuera de lo de uso personal... En una sociedad basada en la solidaridad humana, la manía de la posesión no tendría motivo de ser; estando seguro cada individuo del mañana, no veo qué es lo que podría impulsar a los individuos a coleccionar para los *suyos*, en forma de oro o de papel, el equivalente de una suma de trabajo, ni siquiera efectuado por los que tienen la pretensión de ser los detentadores *legítimos*...» (Lidée).

«De entre las instituciones burguesas más horrendas, hay una especialmente que es una vergüenza y que merece señalarla, porque, monstruosamente canalla e hipócrita, entrega a la avaricia de ciertos individuos los niños huérfanos o abandonados y los explota y trata indignamente. *La feria de niños*, en el mercado de esclavos blancos, se efectúa aún en ciertos cantones de Suiza y más especialmente en el de Berna; se practica casi en todas partes de este modo: Los niños que caen al cuidado del municipio, éste los entrega a gentes - especialmente campesinas- que piden una pequeña cantidad para *criarlos*. De este modo mis negreros se desembarazaron de mí mediante 36.50 francos por año, según me dijeron. Durante estos últimos años se ha podido observar que ciertos municipios se han desembarazado de sus huérfanos mediante la módica suma de 18 o 25 francos anuales por niño. Por estas cifras puede formarse una idea de la suerte que les está reservada a las víctimas que el azar arroja en brazos de la asistencia oficial tan ensalzada por la burguesía suiza... He visto jóvenes entregadas a la prostitución porque su trabajo no les procuraba lo suficiente para vivir... He visto un viejo entrar en un almacén implorando un socorro, siendo arrojado por el dueño a los gritos de: «Idos, no se mendiga durante la noche». Todas estas cosas innobles y peores aún las he visto en Chaux-de-Fonds y mi corazón ha sangrado... Naturaleza impresionable... vi que el número de los que eran víctimas de la sociedad era inmenso. Y esto me hizo sufrir...» (A. Nicolet).

«Hoy es objeto de asombro profundo para mí pensar que he podido ver sufrir, y aún sufrido yo mismo, sin sentir inmediatamente odio hacia el mundo burgués, sin maldecir y combatir la crapulosa sociedad que nos oprime... Mis ojos, al fin, se han abierto; el odio ha surgido, para todos estos obreros del crimen, burgueses y socialistas, para todos estos que remachan a nuestros pies la cadena de nuestra esclavitud...» (E. D. H. 25).

«Comprendí que el amante... de la humanidad debe ser anarquista porque la ANARQUÍA impedirá que el hombre se muera de hambre...» (F. Freixas).

«Soy anarquista-comunista porque... deseo el bienestar del género humano...» (Rómulo Fustiz).

«Soy comunista, pero no de una manera absoluta, visto que el comunismo me gusta mucho porque lo creo muy útil y porque quiere las mismas condiciones, en bien o en mal, para todos los seres; y creo, además, que la perfección que nosotros buscamos en el límite de lo posible, sólo puede encontrarse en el comunismo. Pero viendo las luchas que existen entre los anarquistas, a causa de que unos prefieren el sistema comunista y otros el colectivista, declaro que me pondré al lado de uno u otro sistema, mientras se pueda salir del régimen gubernamental y burgués; yo no soy egoísta. En fin, como hasta el presente no hay otra idea que pueda libertar al pueblo de la opresión política, económica y de la conciencia y garantizar a todos el derecho a la vida, impidiendo que se robe el trabajo de los más, y como por esta idea se abolirán las fronteras y los odios de raza y la paz reinará en el universo, es por todo esto que me he vuelto anarquista...» (Ignacio Jaquetti).

«Soy anarquista-comunista... porque es el sistema que pondrá a los hombres en mejores condiciones, y que mejor llenará las necesidades del organismo humano... Hará desaparecer el robo, cuyo origen está en la propiedad privada y el crimen, que un noventa por ciento deriva de la ignorancia y de la miseria; en los otros casos, en lugar de criminales son enfermos que la sociedad empuja a cometer crímenes... Soy anarquista-comunista porque el comunismo-anárquico da por consiguiente a todos los individuos, independientemente de su capacidad de producción, los medios de satisfacer todas sus necesidades...» (Mariano Lafarga).

«Soy comunista porque creo que la humanidad será en la ANARQUÍA una sola familia de productores libres e iguales y que el comunismo será necesario para las relaciones económicas... He visto en las carreteras familias enteras cubiertas de harapos, obligadas a comer toda clase de comidas podridas y hierbas nocivas para no morir de hambre. Y a poca distancia de esta miseria había abundantes riquezas, sin duda producidas por aquellos desgraciados, que no pudiendo actualmente trabajar, se veían rodeados de sus mujeres e hijos, que el hambre y la suciedad de las calles mata lentamente...» (Juan F. Lamela).

«... Vi que en lugar de ser todos los hombres igualmente ricos, formando una sola clase de productores y consumidores, estamos divididos en ricos y pobres, explotados y explotadores, verdugos y víctimas... Sí, gobierno, capital, religión; he aquí las causas principales de su malestar, ya que... allí donde hay capital monopolizado hay desigualdad de clase y, por consiguiente, explotación del hombre por el hombre... La idea anarquista es la única llamada a emancipar los pueblos de la esclavitud y del embrutecimiento... visto que... abolirá la propiedad... estableciendo verdadera igualdad, justicia y fraternidad entre los hombres... Todos para uno, uno para todos; he aquí el principio de este bello y justo ideal inspirado por la ciencia y defendido por la razón...» (J. E. Martí).

«Soy anarquista-comunista porque... en una sociedad basada en el comunismo anárquico, todos los seres humanos podrán satisfacer con completa libertad todas sus necesidades...» (Jacinto Melich).

«Todo esto (igualdad, amor, libertad) no puede existir en el mundo con gobiernos que tienen por lema el egoísmo, el Yo. Es necesario buscar la bondad en la bondad misma. El remedio a los males sociales existe en la repartición de los bienes a todos... La dinamita no es, no puede ser jamás la ANARQUÍA. La ANARQUÍA es la fraternidad, el amor...» (Joaquín Luis Olbés).

«Soy socialista antiautoritario porque pienso que la sociedad humana está mal organizada y que los efectos de esta organización son nocivos para todos... El hombre a quien han quitado la libertad, cesa necesariamente de ser un elemento útil a la colectividad. La propiedad individual creando intereses antagónicos viola una ley de la naturaleza, la de la solidaridad moral y

material entre los seres de la misma especie. La insolidaridad fratricida producirá siempre el sufrimiento y la extinción de la especie...» (C. Oller).

«... Solamente en la ANARQUÍA veo garantías... y la fraternidad; es la única que se armoniza con la naturaleza... El comunismo libre tiende a que todos satisfagan sus necesidades; pero al mismo tiempo que aporten a la sociedad sus productos. Una vez fundida la humanidad en una sola familia, nadie intentará explotar, porque no encontrará placer en poseer lo que no necesita. Todos producirán y consumirán, libremente, en armonía con sus fuerzas y necesidades. Resultará lo contrario de hoy, en que los que producen con exceso, no consumen lo bastante, y los que nada producen consumen con exceso, originando la anemia, la tuberculosis, la escrófula, azotes de la clase productora. En el comunismo libre, la naturaleza humana se equilibrará física y moralmente. El progreso alcanzará su más alto apogeo, el bienestar de todos será un hecho...» (Palmiro).

«Soy anarquista porque creo que la ANARQUÍA es la fiel interpretación científica, moral y justa de las leyes universales... las únicas que deben armonizar las relaciones entre los individuos y de éstos con la sociedad... Acepté lo que mi razón me decía ser bueno, sin que jamás estuviera inspirado por el despecho o por el odio...» (José Prat).

«Soy anarquista... porque toda sociedad que quiera contentar a todos rompiendo con las instituciones actuales, deberá ser comunista-anárquica... La ANARQUÍA es la idea sana y noble, producto de la ciencia... que millares de sabios y escritores han elaborado siglo tras siglo en provecho de toda la humanidad... La libertad, fruto de la ANARQUÍA, es la que puede existir en una sociedad... que tiene por base la solidaridad... El comunismo-anárquico representa el bienestar para todos, el derecho a la vida, el apoyo mutuo, el trabajo agradable, la igualdad de medios. El comunismo resuelve el gran problema social que agita a la humanidad. Dichoso el día en que el comunismo haga desaparecer la explotación del hombre por el hombre...» (Manuel Recober).

«Soy anarquista-comunista porque creo lógico que cada uno contribuya a la producción según sus medios, y consuma según sus necesidades, para obtener de este modo el mejor perfeccionamiento de la naturaleza...» (Agustín Sineriz).

«Me volví anarquista porque me convencí de que es necesario cambiar el gobierno de una persona por el gobierno de todos...» (Cecilio Fernández Zamorano).

«Soy comunista porque estimo que los productos pertenecen a toda la humanidad y no a una clase de privilegiados...» (Libertario).

«... Yo lo concebía (principio del comunista-anarquista) como el símbolo de la igualdad. Estos dos objetivos (libertad, igualdad) son los que persiguen las sociedades humanas para realizar la felicidad en la tierra». (Gonçalvez Vianna).

«Niño aún, sufría por los oprimidos y sufrientes...» (A. Agresti).

«Creo que no se puede ser anarquista ni siquiera socialista de golpe y porrazo, pero que todos los que lo son habían desarrollado en ellos los sentimientos igualitarios que son la base de la idea anarquista, sentimientos que creo germinan en todos los corazones de la gran mayoría de los seres humanos... Se desparraman en diversos sentidos como caridad, beneficencia y sobre todo, fe en cualquiera religión que sea. Aunque rodeados de una masa de supersticiones y explotados por los hombres que las monopolizan, las religiones encuentran siempre numerosas masas de adheridos, porque éstas hallan en ellas una esperanza de *felicidad* y de justicia... Muy caritativa, mi madre hacía tanto bien como podía y siempre recriminaba a los ricos, porque no ayudaban a los pobres... Mis sentimientos religiosos y patrióticos estaban aletargados, yo no

tenía ocasión de excitarlos. Solamente se desarrollaba en mí en grado sumo una tendencia igualitaria y no había otra cosa que tanto me hiriera como ver a los ricos, que nada hacían, fuera de ser orgullosos con los pobres. A menudo tuve que disputar con los europeos, porque se complacían en maltratar a los indígenas, por el solo motivo de que eran árabes. Mejor prefería estar en compañía de los pobres que frecuentar la de los jóvenes de mi edad y de mi condición, que me parecían frívolos... No obstante, cuando fui militar, mis ideas humanitarias se despertaron grandemente... Era de ver la solidaridad entre nosotros los internacionalistas, anarquistas o comunistas, pues de todos estos modos se llamaban ya entonces; los demás socialistas eran muy poco conocidos en Italia en aquella época. Llegaba un compañero con una carta, nadie lo había visto nunca, ni siquiera oído hablar de él; rico o pobre, bien o mal vestido, instruido o ignorante, poco importa, era un compañero, un hermano, todo el mundo se complacía en recibirle bien. Nos confiábamos las cosas más íntimas, en fin, nos amábamos. Sólo se soñaba en la revolución social. Parecía que iba a estallar de un momento a otro; nada nos inquietaba. Iba a venir la edad de oro, en que no faltaría nada a nadie, en que todo el mundo sería bueno, en que todos se amarían... Yo estaba gozoso con mi nueva religión, la verdadera religión del corazón, la que yo soñaba desde mi infancia. La encontraba tan bella, tan humana, que estaba encantado de ella... Mi carácter no fue nunca malo; de genio vivo e impetuoso, capaz de cualquier cosa en un acceso momentáneo, ignoro, sin embargo, lo que es sentir odio. Me acuerdo de que, niño aún, escuchando los relatos de los milagros, de los hechos de los misioneros en los países salvajes, de los mártires de la China y del Japón, me entraba un fuerte deseo de imitarles y maldecía mi niñez, porque no podía como ellos dar mi vida por salvar las almas de la eterna perdición... Leyendo estas poesías llenas de melancolía y de amor, lloraba como un niño...» (A. N. 16).

«¿Pero, porqué esta lucha? -me preguntaba- y mi conciencia me respondía: Porque tú mismo, pequeño ambicioso que eres, quieres ser más que los otros. Cesa tu lucha, deja la pirámide; invita a los demás a abandonar su puesto en la guerra de «cada uno para sí», y aporta tus esfuerzos a los que quieren crear un ambiente de iguales trabajando para el bien común de los hombres... La ANARQUÍA es el ideal donde los hombres... animados de los sentimientos más sinceramente fraternales, vivirán independientes en la solidaridad de sus esfuerzos, dirigidos hacia el bienestar de todos y al desarrollo físico y moral de la humanidad...» (G. P. 20).

«... Es necesario abolir la propiedad individual. En su lugar se establecerá... la propiedad colectiva de la producción y de los medios de producción...» (Z. B. 36).

«Soy comunista porque deseo unir mis esfuerzos a los de los demás individuos, para mejor luchar contra las intemperies de los climas y otras crueldades que nos rodean. Estoy convencido de la necesidad de asociarme, porque prefiero vivir amigablemente con todo el mundo, en lugar de odiar y disputar. Prefiero el amor universal en lugar de los puñetazos universales bajo la forma competencia industrial. En fin, soy comunista porque deseo participar del fruto de mi trabajo y de mis investigaciones y cambiar mis productos con los de otros grupos o individuos...» (A. Klemencic).

«Soy anarquista porque la ANARQUÍA satisface plenamente... lo que yo llamaré mi espíritu de sacrificio... La *Rusia Subterránea*, de Stepniak, me hizo soñar en los tiempos en que yo mataré al Zar y moriré ahorcado por haber querido emancipar a un pueblo que ni siquiera conozco...» (S. P. 29).

«Mi momentánea penuria me hizo olvidar pronto mis altas ambiciones, viéndome obligado a trabajar para vivir. Aprendí un oficio. Trabajando de firme en las fábricas, aprendí a conocer, con gran interés, un mundo nuevo...» (R. F. 24).

«En esta capital (Londres), donde el repugnante contraste que existe entre los ricos y los miserables, se tiene constantemente ante la vista, el azar me introdujo, precisamente, en el

ambiente revolucionario... Viendo que todos los gobiernos forman un obstáculo al reino de la igualdad, de la fraternidad... estoy en contra de todos los gobiernos». (W. D. 30).

Estudien todos estos extractos, sea cual sea la nacionalidad de los individuos que respondieron, y siempre, en resumen, aparece netamente, claro, un amor hacia los débiles, los pobres, los humildes, una sed de fraternidad universal, en una palabra, un sentimiento de amor al prójimo.

Salidos de clase acomodada o rica, sin haber sufrido por propia experiencia los horrores de la miseria, sienten los dolores de los demás, participan realmente de sus desgracias. Realizan a la letra las palabras de Cristo, el cual en la descripción del Juicio final, dijo: «En verdad, les digo, que mientras no se compadezcan de los más pequeños, nada habrán hecho por mí». (Evangelio según *San Mateo*, XXV, 45).

Salidos de clase pobre, habiendo sufrido la falta de pan, de hogar, sin vestidos, como demuestran las confesiones típicas de S. 1; A. 15; A. Nicolet, etc., sufren por su personal miseria y sus sufrimientos se acreditan con el relato de la de los demás.

Que la vean con sus propios ojos, que la lean o la escuchen, estos dolores de los otros resuenan dolorosamente en sus encéfalos agravando sus propios dolores. En este caso son típicas algunas confesiones, como las de Retté; A. 15; K. 11; Veidaux; O. 7; Lelièvre; A. B. G. 21; A. N. 16, etc.

En estas mentalidades anarquistas se descubre una gran sensibilidad moral. El adepto del socialismo anárquico es un sensitivo desarrollado y, por consiguiente, un ser eminentemente sensible. Esta sensibilidad, añadida al espíritu de rebeldía, se exacerba siempre, porque el individuo comprueba su impotencia para modificar, *inmediatamente*, lo que él califica de «mal social».

En esta exasperación de la sensibilidad pasan interesantes fenómenos de autosugestión. Dado el carácter mental, «amor a los demás», el individuo sufre con el sufrimiento ajeno y se desarrolla poco a poco en su encéfalo su facultad de sentir y a la vez esta sensibilidad acrecienta «el amor a los demás».

El individuo así sensitivo es, como ulteriormente demostraremos, un combatiente; es, ya lo hemos visto, un rebelde.

Del amor a los demás se origina en el individuo la idea de modificar la suerte, el estado de los demás. De la tendencia a la rebeldía resulta el deseo de rebelarse, el deseo de una modificación de lo existente que considera nocivo. Del carácter combatividad surge en su poseedor la tendencia a poner en práctica su deseo, es decir, modificar el «mal», propagar lo que juzga el «bien».

Y como el individuo pronto se da cuenta de su impotencia para modificar inmediata o rápidamente el estado que cree malo, esta percepción obra sobre su sensibilidad. Siente los sufrimientos personales y los de los demás; comprende que no puede aliviarlos y quiere su desaparición; ve que los medios de que se vale para mejorar el «mal» no dan ningún resultado, apreciable al menos, y estas sensaciones diversas se exasperan poco a poco y provocan la exacerbación de la función cerebral «sensibilidad».

A su vez esta sensibilidad exagerada detiene todos los fenómenos mentales precedentes. La exacerbación de la facultad de sentir continúa llegando en algunos al acto violento, pero no ha podido probar al individuo la utilidad, el poder de sus esfuerzos para modificar lo que llama el «mal».

La sensibilidad muy desarrollada es un carácter constante en los socialistas-anarquistas que sienten por la vida una especie de culto, que se esfuerzan en no hacer daño a los demás, aunque éstos fueran animales de orden inferior. Algunos anarquistas son vegetarianos.

Podía preverse la característica mental «sensibilidad» por el simple examen analítico de la doctrina socialista-anarquista. Esta está totalmente impregnada de sensibilidad. No hay más que releer las reproducciones de esta doctrina que damos en esta obra para convencerse de ello, no olvidando que Spies nota muy bien esta sensibilidad.²⁰

Se observará que los caracteres sensibilidad y altruismo no se diferencian en intensidad según sea la nacionalidad. Poco más o menos presentan en todas partes el mismo desarrollo, tanto si han nacido o vivido en Inglaterra, como en España, en Escocia o Italia, en Francia o los Estados Unidos, etc. Mientras el amor a la libertad y el amor al Yo, se nos revelaban con un desarrollo desigual según las profesiones, el amor a los demás y la sensibilidad -que son a la vez causa y efecto- se nos demuestran desarrollados de modo igual; sea cual sea el origen nacional o la profesión de los individuos discípulos de la doctrina socialista-anarquista. La única diferenciación que se puede notar y que existe realmente en la intensidad de estas características psíquicas, es puramente individual; a pesar de todo, se nota que estos caracteres mentales están siempre dilatados, hasta exagerados, y, a menudo, exacerbados.

El espíritu de rebeldía, según hemos visto, está también desarrollado independientemente de la nacionalidad, pues las diferencias observadas y notadas por nosotros son realmente muy mínimas. Así, pues, las tendencias psíquicas más pronunciadas en el socialista-anarquista son, hasta el presente, el espíritu de rebeldía, el altruismo y la sensibilidad.

Estamos seguros de la existencia de estos dos últimos caracteres en la mentalidad filosófica de los discípulos de los Reclus, Kropotkin, Malatesta, etc., ya que el método positivo y el racional nos han conducido a esta comprobación.

Caracteres constitutivos de la mentalidad filosófica específica de los socialistas-anarquistas: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al yo o individualismo*; 4°. *Amor a los demás o Altruismo*; 5°. *Sensibilidad*.

El socialista-anarquista es un *rebelde, libertario, individualista, altruista, sensitivo, sensible*.

CAPÍTULO VI

DEL SENTIMIENTO DE JUSTICIA

«Dejen decir, déjense vituperar, condenar, encarcelar, ahorcar, pero publiquen siempre su pensamiento». *Pablo Luis Courier*.

²⁰ En *The Anarchist Péril*, pág. 275, se lee un extracto de un libro de propaganda de H. B. Brewster, *The Theories of Anarchy and of law*, en el cual se hacen notar esa sensibilidad y altruismo, lo que confirma lo escrito por A. Hamon, según dice R. Derechef, autor del capítulo (pág. 276).

El hombre no concibe lo inconcebible: la Justicia absoluta; pero posee en su mentalidad un sentimiento de justicia. Procede de tan lejos este sentimiento, que parece innato, pero en realidad se ha ido formando gradualmente bajo los esfuerzos sucesivos de millares de años. El instinto de conservación, o amor al yo, y la sociabilidad han generado en los humanos la tendencia a compararse con los demás, y esta comparación ha engendrado el sentimiento de justicia.

Durante el transcurso de los millares de años pasados, bajo las influencias educativas de las religiones y de las filosofías, de los climas y de las costumbres, este sentimiento de justicia se ha acrecentado insensiblemente. La noción de justicia se ha ido precisando gradualmente, y gradualmente el ideal de justicia que cada individuo se forja, se eleva más cada día. Cuanto más se alarga el círculo de los conocimientos, más clara se va presentando la antes vaga noción de justicia. La humanidad está aún muy lejos de tener un ideal preciso, una idea neta, aunque su concepción de la justicia sea menos confusa que en los tiempos lejanos en que balbuceaba las primeras palabras. Tiende siempre hacia la concepción y la realización de la justicia absoluta, y sin duda no podrá jamás alcanzar esta elevada cima.

Así, pues, en todos los seres humanos existe el sentimiento de justicia, pero en grados de desarrollo diversos. Y esto se comprende fácilmente. En efecto, algunos, en la consideración de los fenómenos sociales, introducen la noción de justicia, mientras que otros no, mostrando de este modo la ausencia, aparente, del sentimiento de justicia anulado bajo el atrofiante crecimiento de otros caracteres psíquicos.

Cuando el fenómeno social concuerda con el ideal de justicia imaginado, entonces place al individuo y lo declara *justo*. Si el fenómeno social no concuerda con este ideal de justicia, choca en el ser humano y lo declara *injusto*.

Cuanto más desarrolladas están en el hombre el amor al yo y el amor a los demás; cuanto más goza el hombre de una sensibilidad exquisita, más impulsado se ve a comparar la suerte de los unos y de los otros. Cuanto más observa, más los fenómenos sociales le parecen choques permanentes de su sensibilidad aguda, lesiones del ideal de justicia por él concebido.

Proletarios y propietarios, ricos y pobres, están en contacto y comparados. Las diferenciaciones sociales, las similitudes físicas y fisiológicas se perciben y acrecientan bajo la influencia de la exacerbación del altruismo y de la sensibilidad. Estos fenómenos sociales comparados hieren el ideal de justicia del ser o concuerdan con él, según la naturaleza de los fenómenos y el concepto individual percipiente. Cuanto más sensible, altruista, observador, es el individuo, mayor es su sentimiento de justicia, aun permaneciendo a menudo en estado vago.

El socialista-anarquista es un rebelde, es decir, que posee la tendencia al examen y a la crítica; es un individualista y un altruista; tiene, pues, tendencia a comparar su suerte con la de los demás, a comparar el destino de los «desgraciados, de los pobres», con el destino de los «felices, de los ricos», y como es sensible, sufre, por consiguiente, con el sufrimiento de los demás y su altruismo tiende a hacerle odiar a los que hacen sufrir a los otros. En los socialistas-anarquistas todos estos caracteres psíquicos están exasperados, o por lo menos, en un grado de desarrollo mayor que en los demás hombres.

De la existencia, en la mentalidad filosófica de los socialistas-anarquistas, de los caracteres predeterminados en la demostración precedente, resulta que podemos racionalmente decir que en la mentalidad del socialista-anarquista existe, hiperexcitada muchas veces, muy desarrollada siempre -algo más que en el término medio de los hombres-, la característica «sentimiento de justicia».

Ésta conclusión, a la que nos conduce el método racional, está confirmada por el análisis de las respuestas solicitadas.

«La compulsión de los anales antiguos me ha enseñado que de todos los numerosos sistemas de gobierno ensayados a través de las edades, no hay siquiera uno que no haya sido fuente de desórdenes y de abusos, traba a la marcha del progreso y negación de la justicia... Soy comunista porque considero que sólo hay dos clases de riquezas y que ninguna de las dos puede ser legítimamente apropiada: las riquezas naturales y los productos del trabajo humano. ¿Quién podrá, pues, reivindicar razonablemente para él solo, para su uso personal, excluyendo a los demás, las riquezas naturales, por ejemplo, la tierra? ¿Acaso estos tesoros gratuitos no nos pertenecen a todos con igual derecho? ¿Es que cada uno de nosotros no tiene sobre estos tesoros un derecho igual, como lo tiene para el aire que respiramos? Y tocante los productos del trabajo humano efectuado por el esfuerzo acumulado de las generaciones pasadas y contemporáneas, ¿acaso no son colectivos en sus orígenes, lo que demuestra necesariamente un destino social igual?...» (T. D. M. 28).

«La idea libertaria tenía para mí un mayor atractivo porque encarnaba el principio de armonía social en la libertad, la *justicia*, el amor... Además, sentía *horror por las injusticias* y a veces maldecía del poder absoluto de los padres... Mi carácter se distinguía entonces, en medio de la niebla educativa, por su lealtad casi brutal, por el *amor a la justicia*... ¿Por qué existían pródigos y hambrientos, ricos insolentes y sórdidos miserables? La hipocresía era mi pesadilla...» (Andrés Veidoux).

«Desde la infancia que me chocaban las injusticias. Un día, un juez de paz arrestó a un campesino durante la noche, en su casa y violentamente, bajo el pretexto de que había insultado a un magistrado. Yo había asistido a la escena y estaba seguro de que el campesino no había injuriado en modo alguno al magistrado. Fui llamado a testimoniar ante el tribunal y en su acusación el fiscal dijo que yo *había mentado desvergonzadamente*. Esto me indignó, no podía concebir tamaña injusticia, y tanto me impresionó, que desde aquella época principié a sentir desprecio por la magistratura, desprecio robustecido por todo lo que después he ido viendo...» (Doctor H. 6).

«¿Por qué hay niños tan ricamente vestidos y acariciados, mientras otros van andrajosos y miserables? ¿Por qué es arrogante el rico? ¿Por qué tan duros los amos? ¿Por qué, en fin, este antagonismo, esta ruda guerra constante que hallamos en todas partes? ¿Cómo es que los que más trabajan en los más duros y degradantes trabajos son los más despreciados y los más despreciables? ¿Por qué tantas humillaciones para obtener un poco de aplastante trabajo?...» (K. 11).

«Un médico que conocí, antiguo condenado de la Commune, y un profesor, antiguo discípulo de la escuela de Atenas, me enseñaron en sus conversaciones a querer el socialismo; un socialismo muy vago, es verdad, pero que satisfacía mi impreciso deseo de justicia...» (O. 7).

«Aprendí a considerar mi situación de explotado, no como el resultado de una ley natural, contra la cual debemos resignarnos, sino como la consecuencia de una organización social donde los fuertes dominan a los débiles, donde la justicia no existe...» (S. 1).

«Por qué soy anarquista y continuaré siéndolo? Porque las necesidades físicas son idénticas para todos los hombres, porque es inicuo concebir la explotación del hombre por el hombre...» (P. 10).

«Si interrogo mis sentimientos, mi rectitud de juicio me responde: «Debes rechazar todo lo que es *injusto*, cruel y bestial; debes, al contrario, esforzarte en amar tanto cuanto puedas lo que, desde el punto de vista de nuestra pobre humanidad, debe ser para ti lo bello y lo justo...»

Siendo estas ideas libertarias las que más se acercan a lo que yo creo es lo *justo* y lo bello, soy libertario, con la sola restricción que si surgiera una idea *más justa* y más bella en el genio humano, iría hacia ella como vine a la ANARQUÍA...» (A. 15).

«Allí he comprobado y he odiado con todas mis fuerzas de niño esta ley de imitación que vuelve malos y repugnantes de estupidez, de bajeza y de crueldad a estos pequeños seres, por el único motivo que se encuentran reunidos y que cada uno regula su conducta por la de los demás. Allí he visto también el malhadado envilecimiento de los débiles ante los fuertes, la depravación moral impuesta por el medio, ayudándole para más aplastar al que rehusaba someterse, o bien dejándole sin otra defensa material y moral que la represión pura y simple de la irrisoria «estaca» y de los lamentables «castigos»...» (Mauricio Pujo).

«Deseé y vi aparecer con placer libros del género de los de Descaves, Darien, etc., y estoy seguro que por otros, tanto como por mí, fueron considerados como el principio de una obra de justicia impacientemente esperada...» (B. 2).

«Después, amigo mío, he vivido, he visto en torno mío sufrir a los miserables; he conocido la lucha atroz del capital y del proletariado, he tocado con el dedo las mil y una injusticias sociales, y como todos nosotros, me he preguntado si esto no tendría un término. He creído que no... Son estas convicciones, lenta y abstractamente elaboradas, que me han vuelto anarquista, mejor que el espectáculo de la basura cotidiana, aunque este espectáculo haya contribuido a persuadirme de la excelencia de mis opiniones...» (Bernard Lazare).

«Estimaba injustos los sufrimientos que yo soportaba... yo era honrado, sólo pedía que me dejaran trabajar, y por poco me muero de hambre. Un día recogí en el arroyo el resto de la sopa que un viejo, que la había obtenido en la puerta del cuartel, había arrojado después de haber comido. Todo esto me chocaba, me irritaba. No era justo, no debía ser así. Entonces...» (D. 3).

«Considero la ANARQUÍA como el ideal de una humanidad... guiada no por sensaciones y sentimientos, sino por ideas, teniendo por divisa de solidaridad: «Haz a los demás lo que quisieras te hicieran a ti mismo». Viviendo, en fin, según la ley de la naturaleza, la única que intelectualmente podemos reconocer...» (A. Retté).

«Una vez penetrado de la imposibilidad de poder cambiar lo existente, desde el momento que se erige en principio la conservación del sistema basado en la propiedad individual, y reconociendo, por otra parte, que los desheredados estaban en su derecho rehusando vivir por más tiempo esta su vida casi animal, fui poco a poco renunciando al comunismo autoritario, que ha tomado el nombre de colectivismo...» (Séverin L.).

«Motivos que me han conducido a la ANARQUÍA... 3°. Los sufrimientos de unos. 4°. Las canalladas de otros. 10°. Las leyes fisiológicas (derechos de estómago, de cerebro, de ojos, etc.)». (J. 5).

«El comunismo-anarquista es la negación del gobierno de... la explotación del hombre por el hombre... ¿Por qué hay tantas desnudeces y miserias en todas partes? ¿Por qué nuestro actual sistema de producción está establecido para que algunos se enriquezcan? Por otra parte, el comunismo significa, en lugar de producción para beneficio, producción para uso y consumo; lo que puede existir en cantidad suficiente para todos, nadie se lo disputa. La tierra puede proveernos suficientemente de alimentos y de materias primas; los obreros industriales y agrícolas pueden producir para las necesidades de todos...» (A. Bird).

«Además, los anarquistas han reconocido que la historia real es la historia de las tendencias y que estas tendencias han seguido siempre la dirección de alguna especie de ideal de justicia...

Además creemos que no habrá reposo ni contento mientras el último vestigio de privilegio, de cualquier clase que sea, no haya desaparecido de la faz de la tierra...» (Enrique Campbell).

«Porque creo que ningún estado de sociedad fuera del comunismo-anárquico puede llegar a una... justa y humana conclusión... De ahí mi creencia que el anarquismo es el único medio por el cual el pueblo puede esperar... y el justo medio por el cual...» (D. K. C. M. 17).

«Atribuyo todos los males que sufre la sociedad a la guerra de intereses que proviene de la ignorancia del hombre y que ha convertido a una clase en la presa de otra que la explota y, por consiguiente, la domina. Después de haber reflexionado sobre el particular durante mucho tiempo, he llegado a la conclusión que el gobierno tal como pueda existir no es una institución que trabaje por el bien del pueblo, sino el medio por el cual los gobernantes o la clase de que forman parte mantienen sus particulares intereses contra aquellos para los cuales fabrican las leyes...» (G. R. 22).

«Hay demasiada miseria y pobreza entre los millones de trabajadores. Demasiado lujo e indolencia en las clases aristocráticas y capitalistas...» (William Reckie).

«Ningún gobierno tiene derecho a monopolizar toda la tierra y la materia prima, aun cuando fuera el pueblo entero menos uno. El pueblo entero tiene derecho a lo que tiene que usar, pero el hombre únicamente tiene derecho a lo que a él puede servirle...» (Jorge Robertson).

«La libertad es tan esencial al bienestar y al progreso de la humanidad, que sin ella ningún verdadero y justo estado de sociedad puede existir... Soy un anarquista-comunista y continuaré... a agitar... para esta causa que creo es la única causa de la humanidad, la causa de la verdad y de la justicia...» (O. P. Smith).

«Porque toda mi vida he sufrido socialmente de un accidente de nacimiento a causa de las supersticiones y de la hipocresía que reina en las comarcas cristianas; y también he sufrido vivamente por la malhadada desigualdad de los sexos como también por la falsa moralidad...» (H. 12).

«4°. La sociedad está podrida. Las hijas de los trabajadores se ven empujadas por las torturas del hambre a vender su virtud al hombre rico que les da un poco del oro que ha robado a sus padres. Los hijos corrompidos por los infames licenciosos se ven constreñidos a los vicios contra natura. Nuestras cárceles están llenas de los llamados criminales que las injusticias sociales han producido. Los *workhouses* están llenos de despojos humanos que se mueren lentamente. Los que crean las riquezas mueren de necesidades y perecen de miseria social en el arroyo, frente a las iglesias en que los embusteros reciben mil libras anuales para cantar «bienaventurados los pobres» y para civilizar a los paganos con botellas de ron. El matrimonio es tan sólo una prostitución legalizada. El parlamento es un nido de piratas, compuesto de capitalistas ladrones, engaña obreros...» (T. W. B. Turner).

«Soy el hijo de un obrero educado en la idea del temor de Dios y a la edad de diez años me vi obligado para vivir, a trabajar en una alfarería por la magnífica suma de cinco chelines por semana. Conocí la lucha que mi familia sostuvo para mantener el lobo a la puerta (propietario). Al ver a menudo a mi madre pagar el alquiler con el dinero de que tanta necesidad teníamos para comer, principié a reflexionar que un estado tal de cosas era injusto, que la clase que produce todas las riquezas se viera reducida a vivir en la miseria...» (F. W. 8).

«... Todo gobierno debe ser reemplazado por una organización social... basada en la igualdad de todos...» (J. C. Kenworthy).

«Afirmo mi derecho a poseer medios de vida más nobles... mi derecho a los medios y oportunidades para la más alta cultura física, mental y moral... Únicamente en el anarquismo puedo ver el fin de las distinciones de clase...» (N. W. 19).

«Siendo entonces la producción una función social, el goce debe serlo también, pues que éste es la necesaria correlación de la producción... Creo que sea cual sea la forma de los gobiernos, todos... gastan sus fuerzas en proteger y perpetuar los «artificiales derechos de propiedad» que ellos mismos han erigido. Creo que si la sociedad se viera libre de la tiranía de las leyes... resultaría inmediatamente una repartición de la riqueza social la base de una igualdad práctica...» (W. H. Van Ornum).

«Miro el anarquismo como... el total de la felicidad, de bienestar y de armonía en la humanidad. Qué cosa más noble pensar que ningún ser humano tendría el derecho o privilegio de matar... o de explotar a sus semejantes...» (C. H. 13).

«Las obras de Multatuli desarrollaron en mí el deseo de modificar el estado social que consideré injusto. Y he ahí...» (J. Methofer).

«No tengo necesidad de añadir que me he desembarazado de mi famoso «sueño de gloria», y que sólo hay en mí una sed inmensa de justicia y de libertad para todos aquellos que han sufrido y sufren como yo...» (E. D. H. 25).

«Naturaleza impresionable y sedienta de justicia, vi que el número de los que eran víctimas de la sociedad era inmenso...» (A. Nicolet).

Hijo de padres pobres, fui colocado desde muy temprano en casa de burgueses inmensamente ricos de la ciudad de Spa. En esta casa, donde el derroche más inaudito no tenía límites, mi servicio consistía en hacer los quehaceres interiores, y pude comprobar todos los días por mí mismo la suculencia de los manjares destinados a estos seres inútiles e improductivos. Pero no estando aún en la edad de la reflexión, miraba este estado de cosas e iniquidades con la mayor indiferencia...» (Carlos Hansenne).

«Considero esta fórmula social (comunista-anarquista) como la única capaz de producir una era de verdadera justicia y de perfecta libertad... La propiedad es, y no puede dejar de ser, un robo, robo astuto o robo con violencia, pero robo de todos modos... La propiedad no puede justificarse. Ante la prescripción «legal» la prescripción humana deja de existir. No es seguramente el número de años transcurridos lo que legitima la posesión del producto de un robo. Mis ideas anarquistas encuentran su germen en la desigualdad de las condiciones sociales...» (Lidée).

«El régimen comunista es el mejor para... una sociedad... como la deseada por todos los que sufren a causa del malestar y de las injusticias de esta sociedad corrompida; como también por los que no sufren tanto como nosotros los desheredados...» (Francisco Freixas).

«Yo, amante de acelerar siquiera un minuto el reino de la justicia en el mundo, respondo a las preguntas del señor Hamon...» (Ignacio Jaquetti).

«Creo que el comunismo anarquista acabará con la explotación del hombre por el hombre y con todas las injusticias y las infamias sociales y establecerá la fraternidad social... Cuando conocí las ideas comunistas-anarquistas las comparé con los demás sistemas, las analicé, y me convencí que constituían la solución más justa de la cuestión social...» (Mariano Lafarga).

«Encontré injusto que nosotros tengamos que ser desgraciados, mientras otros derrochan en orgías lo que a nosotros nos falta para vivir... Cuando la burguesía asesinó a siete de nuestros

compañeros de Jerez, en 1885, me volví más activo en la propaganda, porque me indignó la injusticia que habían cometido y las persecuciones de que se nos hizo víctimas...» (Juan F. Lamela).

«1°. Porque estoy completamente convencido que el comunismo anarquista es el sistema económico más justo y el más racional, ya que es el que mejor se adapta a las leyes sublimes e irrevocables de la naturaleza. 2°. Educado en la pobre y rutinaria instrucción que puede recibir el hijo del obrero en esta inmunda sociedad basada en el privilegio, germen de la más refinada injusticia...» (J. E. Martí).

«El pueblo tiene hambre de justicia, de igualdad, de amor, de libertad...» (Joaquín Luis Olbes).

«Me indujo a la reflexión un sentimiento desinteresado de justicia que es natural en el hombre y que fue herido por la presente injusticia, sentimiento que se exalta con los obstáculos que encuentra...» (C. Oller).

«Soy anarquista porque estoy firmemente convencido que la ANARQUÍA es lo más justo que se conoce... Solamente en ella veo garantías... la justicia... la verdad...» (Palmiro).

«Soy anarquista porque creo que la ANARQUÍA es la fiel interpretación científica, moral y justa de las leyes universales, que lo mismo rigen los mundos que los seres... Las nociones de justicia que el hombre lleva en sí, están en abierta contradicción con la manera de ser actual, comparada con las afirmaciones que resultan del estudio científico de la naturaleza... El sentimiento de justicia... Leyendo algo de lo que se ha escrito asimilé lo que encontré conforme con mis nociones de justicia y que en el hombre pueden ser anuladas o solamente desfiguradas por una falsa educación, un ambiente malsano o un convencionalismo interesado...» (José Prat).

«No puedo reconocer como justa y legítima una sociedad que no esté basada en el comunismo, en el cual el interés de cada uno es el interés de todos y en el que cada uno produce lo que puede y consume lo que necesita... Gracias a los medios que produce la instrucción, la locomoción y la navegación, si la tierra fuera patrimonio común, el amor y los placeres serían comunes; y una sociedad constituida de este modo sería justa y humana...» (Manuel Recober).

«Como ningún hombre vino a la tierra con el privilegio sobre los demás hombres, no creo sea justo que ninguno de ellos haga responsables a los demás de los errores de la naturaleza, que no concede a todos los individuos las mismas facultades para producir ni las mismas necesidades para subsistir...» (Agustín Sineriz).

«Creo que siendo yo un hombre, soy por dicho motivo igual en mis derechos y deberes a los demás hombres...» (Cecilio Fernández Zamorano).

«Hoy el hombre se figura que para ser independiente debe ser más instruido que los demás, y como los esfuerzos de cada individuo se dirigen a este objeto, sucede que la sociedad humana presenta el aspecto de una enorme pirámide muy agitada, cuyo cuerpo está formado por hombres en lucha feroz entre ellos para llegar a la cumbre. Todas las cabezas se dirigen a la cima, fijos los ojos, sin preocuparse de si los pies aplastan a derecha e izquierda. El mismo miedo de ser aplastado convierte el asalto en más sangriento y salvaje. De este modo asistimos a combates terribles, en que las conciencias que no tienen la fuerza o el valor se ven forzadas a soportar todo el peso que gravita sobre ellas. Venido en una parecida sociedad, aprendí un oficio, y como pude logré ser un patrono en pequeño. Mi lugar en la pirámide era de los más bajos, y el peso que me aplastaba era demasiado pesado, para que yo pudiera alcanzar la cima. No obstante, empujado por mis intereses, sin perder nada de mi valor, continué esforzándome para ir subiendo. Pero al querer tomar aliento y buscar un apoyo en torno mío,

me sorprendió ver la multitud numerosa que se mataba para alcanzar una sola plaza. La reflexión me hizo encontrar ridícula y ciega, una lucha tan encarnizada entre seres que la naturaleza ha hecho iguales...» (G. P. 20).

«Llegado a la cuarentena de mi vida, sé que no podré alcanzar la tierra prometida, pero es tan bello el cuadro de las nuevas generaciones redimidas de la miseria y de la esclavitud, que es un consuelo combatir y hasta sufrir por la ANARQUÍA, la verdadera ANARQUÍA, la del amor...» (A. N. 16).

«Las diferencias entre las clases deben desaparecer; deben desaparecer las diferencias sociales entre ambos sexos. Deben desaparecer el dominado y el dominador, el proletario y el burgués, para dar lugar a un solo tipo humano, el trabajador...» (Z. B. 26).

«Viendo la desigualdad que existe en la sociedad y la miseria de que son víctimas los trabajadores, me entregué al estudio de la cuestión social y acabé por comprender que el socialismo anarquista pondrá fin a estas injusticias...» (Libertario).

«Soy anarquista-comunista porque me considero con los mismos derechos que los demás...» (A. Klemencic).

«En esta época se sucedieron las bombas de Haymarket, en Chicago, y el célebre proceso... Cuando el horrible asesinato (ahorcamiento de los anarquistas de Chicago) fue consumado, juré en mi corazón defender la causa de aquellos hombres asesinados». (R. F. 24).

«A pesar de conservar aún la fe sincera en un buen Dios, las dudas sobre su bondad y su justicia, surgían en mi pensamiento infantil, de cuando en cuando...» (W. D. 30).

Una atenta lectura de estos extractos confesionales, demuestra muy bien la existencia en la mentalidad filosófica del socialista-anarquista, del carácter «sentimiento de justicia». Obsérvese que la nacionalidad no influye de ningún modo en la expresión de este sentimiento de justicia, tan pronunciado en los ingleses como en los españoles, en los franceses como en los italianos, en los suizos como en los judíos rusos. Tampoco influye la posición social, ni para exagerarlo ni para atrofiarlo, pues bien diversas son las profesiones de estos individuos. Por otra parte, puede también observarse que este carácter psíquico no está tan desarrollado como el altruismo y el espíritu de rebeldía. En algunos, el sentimiento de justicia está casi en estado embrionario, en un estado menos de desarrollo, y entonces el individuo no se da cuenta de que los fenómenos sociales hieren su ideal de justicia. El mismo individuo tiene consciencia -percibe- de que estos mismos fenómenos hieren su sentimiento de amor a los demás, pero no tiene idéntica consciencia respecto su sentimiento de justicia, menos desarrollado. Por esto no nota su lesión. De ahí podemos deducir que en la mentalidad filosófica del socialista-anarquista, existe el sentimiento de justicia, pero que a veces está en un estado embrionario tal, que es necesario un atento examen para descubrirlo.

Hemos visto que, racionalmente, a consecuencia de los precedentes caracteres psíquicos, se deducía la existencia del carácter mental «sentimiento de justicia». Hemos visto que de la observación se deducía la existencia de este mismo carácter. El análisis de las doctrinas profesadas revela asimismo que sus adeptos deben poseer esta misma característica psíquica. En efecto, estas teorías, que figuran en publicaciones de idioma diferente, hacen un llamamiento al sentimiento de justicia, hablan en nombre de un cierto ideal de justicia, critican, por injustos, ciertos fenómenos sociales, tendiendo a hacer crecer en los encéfalos humanos el sentimiento de justicia y dar a sus individuos una noción más elevada -según sus autores- de la justicia.

Los siguientes fragmentos, que tomamos de las publicaciones de propaganda, demuestran que efectivamente es así:

«El derecho al bienestar, he aquí lo que reclaman los anarquistas. Para asegurarlo a todos los seres humanos predicán la abolición de la propiedad, de la autoridad y de todas las actuales instituciones, que son injustas, porque solamente sirven para mantener a la mayoría trabajadora bajo el yugo de una minoría ferozmente egoísta... En la sociedad comunista-anarquista, toda injusticia social desaparecerá, por consiguiente, nosotros reconoceremos la superioridad de los individuos más desarrollados, pero sin que por ello les hagamos un mérito, pues sería ilógico e inútil... En el comunismo anarquista cada uno producirá según sus fuerzas y recibirá lo que sus necesidades reclamen...» (*Los anarquistas y lo que quieren*, págs. 10, 19, 21).

«... Por nuestros pulmones tenemos el derecho de respirar, por nuestro estómago el derecho de comer, por nuestro cerebro el derecho de pensar, por nuestra lengua el derecho de hablar, por nuestras orejas el derecho de escuchar, por nuestras piernas el derecho de ir y venir. Y tenemos derecho a todo esto, porque por nuestro ser tenemos el derecho de vivir... porque esto constituye la vida. Estos son los verdaderos derechos del hombre. No hay necesidad de decretarlos; existen como existe el sol. No están escritos en ninguna constitución, en ninguna ley, pero están escritos con caracteres indelebles en el gran libro de la naturaleza y son imprescriptibles... Por el hecho de nuestro nacimiento somos copropietarios del entero universo, y tenemos derecho a todo lo que existe, a todo lo que ha sido y será. Cada uno de nosotros adquiere por su nacimiento el derecho a todo, sin otros límites que los que la misma naturaleza le impone, es decir, el límite de sus facultades de asimilación... Pero mientras no hayamos hecho todo lo posible para que podamos, nosotros, los *excluidos*, los *parias*, vivir sin asimilarnos constantemente a los elementos que tomamos del gran todo, nosotros tendremos el derecho, como ustedes, a este gran todo y a cada una de sus partes, puesto que hemos nacido como ustedes, a ustedes somos semejantes, como ustedes poseemos órganos y necesidades, y tenemos derecho a la vida y a la felicidad igual que ustedes... Pero el triunfo de la filosofía natural está asegurado, pues es superior a toda otra teoría filosófica, a toda otra concepción moral, *porque ella no reivindica un derecho para unos, que no lo reivindique igualmente para los demás, y siendo la absoluta igualdad, lleva en sí misma la absoluta justicia*». (*Declaraciones*. Etievant, págs. 18,19, 20, 24).

«Nosotros partimos del principio que cada individuo debe trabajar y poseer tanto bienestar como sean posibles. Un hombre no puede vivir en este mundo sin trabajar; si no trabaja, tendrá que vivir del trabajo ajeno, lo que es injusto y nocivo. Pero seguramente ustedes comprenden que cuando digo: todos deben trabajar, quiero decir: todos aquellos que puedan. Los inválidos y los viejos han de estar a cargo de la sociedad, porque los sentimientos humanos nos impiden dejar sufrir a nadie... Pero las cosas de primera necesidad (pan, agua, habitación, etc.) deben estar aseguradas a cada individuo sin ocuparnos de la cantidad de trabajo que efectúe. Sea la que sea la organización adoptada, la herencia dejaría de existir, porque no es justo que uno nazca rico y que otro nazca para verse condenado a hambre y opresión perpetuas. Más aún: si admitimos que cada uno es absolutamente dueño de lo que produce y logre hacer economías, éstas, a la muerte de su propietario, deben volver a la comunidad. Los niños deben mantenerse e instruirse a costa de todos, de modo que se les procure el mayor desarrollo e instrucción posibles. Sin esto no puede existir ni justicia ni igualdad, y el principio del derecho de cada ser a los instrumentos del trabajo, estaría violado. No basta dar a los hombres la tierra y las máquinas, si no se les pone en condiciones de servirse de ellas lo mejor posible... En lo que atañe la verdad y la justicia, el número nada tiene que ver. Uno puede estar en su derecho contra cien mil, contra todo el mundo... De este modo los principios de igualdad y de justicia sobre los que ha de estar basada la sociedad, no estarán violados...» (E. Malatesta. *A Talk about anarchist communism*, págs. 7, 8, 28).

«El obrero reclama su parte a las riquezas que produce... y no tan sólo reclama un poco de bienestar adicional, sino su pleno derecho a los goces que derivan de la ciencia y del arte. Estas reclamaciones... principian actualmente a formularse por una minoría que crece más cada día entre los trabajadores de la industria y de la tierra: conformes con nuestros sentimientos de justicia, estas reclamaciones encuentran apoyo en una minoría cada día más creciente hasta entre las clases más privilegiadas... En fin, la injusticia de su distribución de las riquezas, ejerce el más deplorable efecto sobre nuestra moralidad... De ahí sacamos en conclusión, que, los medios de producción y de satisfacción de todas las necesidades de la sociedad, habiendo sido creados por los esfuerzos comunes de todos, deben estar a disposición de todos. La apropiación particular de las cosas necesarias a la producción, ni es justa ni es buena... La común posesión de las cosas necesarias a la producción implica la común satisfacción de los frutos de la común producción; y nosotros consideramos que una organización equitativa de la sociedad, únicamente puede establecerse cuando hayamos abandonado el salario; cuando cada uno, contribuyendo al bien común, para el pleno desarrollo de sus capacidades goce asimismo del común capital social para la más posible y completa satisfacción de sus necesidades...» (P. Kropotkin. *Anarchist-communism*, págs. 18, 20, 21).

«Una moral completamente nueva se va desarrollando en los bajofondos sociales; moral todo amor y justicia, por la cual millares de desheredados dándose la mano a través de las fronteras, se llaman hermanos... En nombre de la ley moral, ha comenzado actualmente la lucha decisiva que irrevocablemente tiene que poner a toda ley, a toda apariencia de tiranía, de egoísmo, lucha furiosa... que prepara una nueva era de paz y de justicia. El día en que el despotismo, el privilegio, la corrupción, la baja envidia... que millares de años acumulados de poder civil y religioso han producido, no tendrán ya razón de ser, desaparecerán; la ley moral natural... vivificada por el más puro rayo de la verdadera justicia dará frutos que el pensamiento humano ni siquiera puede concebir...» (Eduardo Milano. *Primer paso hacia la anarquía*, págs. 46, 47).

«La ANARQUÍA quiere que el mundo esté fundado sobre las sólidas bases de la justicia, y no de otro modo... Si los hombres se han acostumbrado al despotismo y a la miseria, ¿por qué no podrían acostumbrarse también al amor, a la igualdad y a la justicia?» (Sergio de Cosmo. *Anarquía*, págs. 75-76, publicado en el *Segundo Certamen Socialista*).

Los extractos precedentes no dejan lugar a dudas. Demuestran que los teóricos del socialismo-anárquico hablan en nombre de un ideal de justicia, y, por consiguiente, tienden a desarrollar en sus adeptos este ideal, a acrecentar este sentimiento de justicia en germen en la mentalidad de todo ser humano.

Resultado de toda esta demostración: en la mentalidad filosófica del socialista-anarquista, la existencia de los caracteres altruismo, sensibilidad e individualismo predetermina la existencia de la característica psíquica: sentimiento de justicia.

El análisis de las doctrinas descubre en sus adeptos la presencia de ese mismo carácter.

El análisis de las respuestas confesionales prueba en sus adeptos la presencia de dicho carácter.

Por dos caminos distintos, método racional y positivo, se llega a esta idéntica conclusión: existencia en la mentalidad filosófica del socialista-anarquista de este carácter: sentimiento de justicia, el cual viene a añadirse a los predeterminados para especificar el estado esencial del socialista-anarquista.

A este punto de nuestro análisis, tenemos como caracteres psíquicos de la mentalidad específica del socialista-anarquista: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al*

Yo o individualismo; 4°. Amor a los demás o altruismo; 5°. Sensibilidad; 6°. Sentimiento de justicia.

El socialista-anarquista es un individuo *rebelle, libertario, individualista, altruista, sensitivo y sensible, sediento de justicia.*

CAPÍTULO VII

DEL SENTIDO DE LA LÓGICA

«Creemos que una verdad sólo tiene valor cuando se ha evidenciado por sí misma, cuando se ve todo el orden de ideas al cual está unida». *E. Renán.*

Littré define la lógica de la siguiente manera: raciocinio eslabonado, ordenación de las ideas. El sentido de la lógica es, por consiguiente, la facultad de encadenar el raciocinio, de tener ordenación de las ideas. Nosotros no formamos ninguna hipótesis sobre la exactitud o inexactitud del principio de partida del raciocinio.

¿Posee el sentido de la lógica el socialista-anarquista? ¿Viene este carácter psíquico a agregarse a los que hemos encontrado que forman la mentalidad filosófica de los adeptos de los Reclus, Bakunin, Malatesta, D. Lum, etc.?

Si se leen con atención los libros de doctrina y de propaganda socialista-anarquista, se observa cuán a menudo sus autores emplean las palabras lógica y lógicamente. Esto parece indicar que pretenden desarrollar en sus lectores el poco frecuente sentido de la lógica. No quieren, en nombre de una entidad cualquiera, obligar a creer; quieren convencer y conducir al individuo a que vea por sí mismo la verdad de lo que enseñan. Estos teóricos se esfuerzan en ser lógicos, en hacer un llamamiento a la lógica de sus lectores, en hablar en nombre de la lógica.

En apoyo de esta opinión, damos como testimonio los siguientes extractos de los libros y folletos socialistas-anarquistas:

«... Para que la iniciativa del individuo pueda adaptarse libremente a la acción de otros individuos, es necesario que sea consciente, razonada, basada en la lógica del orden natural de los hechos... solamente una discusión cerrada, lógica y precisa de las ideas, puede abrir el cerebro de los que han de adoptarlas y guiarles a reflexionar por sí mismos. De ahí nuestra manera de proceder que hace que, cuando tomamos una idea, en lugar de sacar de ella un fuego artificial de frases efectistas, la tomamos y damos vueltas bajo todos sus aspectos, la disecamos hasta sus últimos átomos, a fin de sacar toda la suma posible de argumentación... No insistiremos, pues, sobre lo que hemos dicho sobre su formación (de la propiedad); pero si los trabajadores fueran lógicos, en lugar de ir a batirse por la patria... de los demás, principiarían por desembarazarse de los que les mandan y explotan, invitarían a hacer lo mismo a los trabajadores de las demás naciones y se unirían para producir y consumir a satisfacción suya... Esta conducta (de los anarquistas en tiempo de guerra) dependerá de las circunstancias, del estado de los espíritus y de una multitud de cosas que no nos es posible prever; sólo queremos

tratar la cuestión bajo el punto de vista lógico, y la lógica nos responde que como las guerras se emprenden en provecho de nuestros explotadores, nosotros no debemos tomar parte en ellas... Nuestro ideal consiste en hacer obra menos grandiosa, menos brillante, pero más duradera. En lugar de limitarnos a cautivar a los individuos por el sentimiento, buscamos conquistarlos especialmente por medio de la lógica y de la razón... En lugar de buscar “creyentes” queremos hacer “convencidos”». (Juan Grave. *La Sociedad moribunda y la Anarquía*, págs. 32, 138, 140, 293, 294).

«En la muy cercana paz de la naturaleza vencida, los hombres reconstruirán la única humanidad. En espera de que esto suceda, la alianza es fácil; las dificultades son ya menos urgentes; los hombres, cuando nada les separa, pueden verse y amarse ya. Frente al enemigo común pueden apoyarse mutuamente y organizar también la lucha. Añadimos que están en el deber de hacerlo. La asociación es un deber lógico. Es uno de los medios de expansión que la inteligencia impone a la voluntad. Siempre es la Razón -el yo definitivo- quien ordena; la ley está siempre dentro de nosotros, expresión simplemente sincera de nuestro Ser... El instinto no ha hecho más que confirmar la Razón; la sociedad actual fue una muy imperfecta realización de las imperiosas deducciones que actualmente puede percibir una lógica esclarecida. La ANARQUÍA admite la sociedad si es racional... la experiencia más constante y también las conclusiones ciertas de la mecánica, afirman el considerable doble valor de las fuerzas combinadas. La adición de los esfuerzos es una verdadera multiplicación... La sociedad es, por lo tanto, obligatoria... Es lógica, y, por consiguiente, moral. Debiera ser querida si no se adelantara a la voluntad; sería un deber si no fuera ya una necesidad...» (Daniel Saurin. *El orden por la Anarquía*, págs. 69, 70, 71).

«Una cosa hay cierta y es: que el partido cuyos principios están basados en los hechos históricos y cuyos ideales tienen una base científica, es el único que puede lograr realizar estos principios y estos ideales. En este sentido, espero poder demostrar que el comunismo-anárquico está de acuerdo con el desenvolvimiento histórico que encierra la filosofía del siglo XIX y que ofrece una base científica al progreso continuo... La ley no es un elemento necesario de la sociedad humana. La naturaleza sociable del hombre, la acción de la población sobre los medios de subsistencia, impulsan a los hombres a asociarse para la satisfacción del deseo intuitivo de la compañía de sus semejantes; de este modo se hacen capaces de someter las fuerzas de la naturaleza y de ayudarse para la producción suficiente a la satisfacción de las necesidades de la raza. Además, la ley, por una abstracta teoría del bien y del mal, trata al hombre como si viviera aislado, como si las fuerzas de la herencia, de la educación, del ambiente circundante social, etcétera, no tuvieran una parte en la génesis de sus acciones... La sociedad no existe a causa de, sino a pesar de la ley, cuya tendencia demasiado a menudo es contraria a la natural asociación, de la que pervierte y desmenuza los beneficios...» (H. H. Duncan. *A plea for Anarchist Communism*, págs. 4, 11, 12).

«Hemos dicho, además, que el salariado, como específica forma del desarrollo social, cedería el lugar, por necesidad de la lógica, a formas más elevadas de la civilización... Ciertamente que no he dicho (en el mitin de Haymarket) que nosotros proponemos «inaugurar la revolución social». Déjenme decir aquí: «Las revoluciones obran como los terremotos y los ciclones». Las revoluciones son los efectos de ciertas causas y condiciones. Desde hace diez años que me he entregado al estudio especial de la filosofía social, y no pude haber dicho semejante contrasentido... En *The Alarm*, de Enero de 1886, dije que: «El socialismo es simplemente un resumen de los fenómenos de la vida social del pasado y del presente, resumen según sus causas fundamentales y de la lógica conexión de aquéllos»... Esta socialización de los medios de producción, del terreno, etc., no es tan sólo una cosa deseable, es una imperativa necesidad. En toda la historia encontramos que, cuando una cosa se ha hecho necesaria, el próximo progreso la realiza a consecuencia de una necesidad lógica...» (A. Spies. *Defensa ante el tribunal*, págs. 3, 4, 8, 9).

«Según nuestro vocabulario, ANARQUÍA es aquel estado de sociedad en el cual el único gobierno es la razón; en el cual todos los hombres hacen el bien por la simple razón de que es el bien y odian el mal porque es el mal... La ANARQUÍA es un sueño, momentáneo sueño, pero que se realizará. La razón cree, a despecho de todos los obstáculos...» (Miguel Schwab. *Defensa ante el tribunal. The Chicago Martyrs*, pág. 15).

Sobremanera nos gustaría aportar otras citas, pero son tan largas, que nos ocuparían demasiado espacio. El curioso que personalmente quiera convencerse de que las doctrinas socialistas-anarquistas están impregnadas del sentido de la lógica, puede leer los folletos de propaganda.

Que hojee, aunque sea rápidamente, el folleto de Daniel Saurin, *El orden por la anarquía*; los dos pequeños trabajos, obras maestras de claridad y precisión, que llevan por título *Entre campesinos y Anarquía*, de Enrique Malatesta; la despiadada crítica *La sociedad moribunda y la anarquía*, de Juan Grave, libro que «hace pensar», según expresión de Clémenceau²¹; la breve y amplia exposición de Kropotkin, *Anarchist Communism*; el sabio estudio de Ricardo Mella, *La Anarquía; The Philosophy of Anarchism*, de Alberto Parsons; las obras de Bakunin, etc. Que hojee algo de estos libros y no le quedará la menor duda de que la doctrina anarquista está impregnada de lógica. Los teóricos Reclus, Merlino, Malato, C. L. James, Faure, etc., son unos lógicos, se esfuerzan en desarrollar el sentido de la lógica en los que les siguen.

Que se encuentre falsa o verdadera la doctrina, poco importa; pero hay una cosa cierta, y es que representa un gran esfuerzo de lógica, que nadie podrá negar.

No obstante, es necesario hacer una restricción. Hay más esfuerzo hacia la lógica, que lógica realizada. Si en la exposición negativa de las doctrinas, es decir, en la crítica de las formas sociales contemporáneas o pasadas la lógica es despiadada, sin defecto de ninguna clase, no se puede decir lo mismo de la exposición positiva de las doctrinas socialistas-anarquistas.

No es que ésta se halle del todo desprovista de lógica, pero es débil, y en el encadenamiento del raciocinio faltan a menudo algunos eslabones. Los autores se esfuerzan para obtener una lógica reconstrucción social, sin alcanzarlo. Dejan las riendas sueltas a la loca de la casa y entonces su imaginación les arrastra a su pesar. Su lógica, en lugar de ser cerrada, sin solución de continuidad, es discontinua, a saltos bruscos. Los raciocinios se eslabonan difícilmente, se percibe el esfuerzo, se ve que no siempre lo corona el éxito.

De un modo general se puede decir, que la doctrina socialista-anarquista es lógica o se esfuerza en serlo. Tiende a ser lógica, y, por consiguiente, a desarrollar en los que la adoptan el espíritu de la lógica.

Se concibe fácilmente que los adeptos de las teorías socialistas-anarquistas, al encontrar justas y buenas estas teorías con tendencias lógicas, deban poseer asimismo esta tendencia a la lógica. Autores y discípulos de una doctrina, están en necesaria correlación con esta doctrina; si ésta se halla impregnada de lógica, sus discípulos serán lógicos. No se concibe pueda ser de otro modo.

Racionalmente nos vemos conducidos a afirmar la existencia en la mentalidad específica del socialista-anarquista del carácter: sentido de la lógica.

Como en las obras de teoría la lógica se ve influida por la imaginación, podemos deducir que en las mentalidades el sentido de la lógica estará modificado, atenuado por la sensibilidad y la pasión. De un modo general estará poco desarrollado, embrionario. El individuo tendrá el deseo

²¹ *Justice*, 25 de Febrero de 1894. – *La mêlée sociale*, págs. 441-442, un volumen in-18. París, 1895.

de ser lógico, se dirigirá hacia este objetivo, se esforzará, pero sin lograrlo por completo. El sentido de la lógica estará en él, más en estado de aspiración, de porvenir, que en estado de realidad. Asistimos al desarrollo de un carácter psíquico, que tiende cada día más a extenderse y a caracterizarse netamente, pero que no llega a una caracterización clara y precisa, ni a una expansión considerable.

En suma, el método racional nos permite afirmar la existencia del sentido de la lógica en la mentalidad del socialista-anarquista, pero en un estado de desarrollo mínimo, casi embrionario.

¿Conduce el método positivo al mismo resultado? Estudiemos los siguientes extractos de las respuestas que recibimos de diferentes nacionalidades.

«Mi carácter se distinguía... por sus audacias intelectuales, pero secretas, por el sentido de la lógica... Fue... violentando mi lógica irresoluta, como pude poco a poco persuadirme de que mi filosofía era libertaria...» (A. Veidaux).

«Soy de una lógica muy cerrada; voy hasta el final del raciocinio, sin detenerme en el camino, sea cual sea el atrevimiento fatal de las conclusiones. La mayor parte de mis críticos han comprobado esta «excesiva lógica»...» (Q. 7).

«En aquellos tiempos, yo discutía con los anarquistas que me contradecían durante mis campañas electorales, y los encontraba más lógicos que mis amigos políticos, demasiado sectarios e inclinados a los odios mezquinos...» (K. 11).

«... Me he vuelto anarquista-comunista por el raciocinio, por la lógica. Me impresionó mucho el ejemplo y la obra de Tolstoi; su renuncia de la fortuna, de su situación, me parecieron justas y me pareció lógico seguir su ejemplo. Ser pobre voluntariamente... yo titubeaba, me faltaba valor. Despechado, me entregué de nuevo al estudio de la medicina, pero siempre preocupado con la idea del sacrificio... Me posesioné de mí; había comprendido que, lógicamente, podía ser anarquista-comunista sin renunciar a mi situación, sin volverme pobre voluntariamente...» (Dr. H. 6).

«Razones que me han conducido a la ANARQUÍA: 5° la lógica, la honradez...» (J. 5).

«Es tiempo de confesarle, señor, que aunque se me conceda un poco de buen sentido, juicio, clarividencia, tan extendidos en otros, mi espíritu no ha podido jamás acomodarse a las soluciones medias y que siempre *a outrance*, voy hasta el final de mis ideas, hasta su última consecuencia lógica... Me cautivó la ANARQUÍA desde que la conocí y hoy estoy plenamente satisfecho de esta doctrina absoluta, en la que mi pensamiento se siente en reposo al servicio de su lógico desarrollo...» (Ph. D. 4).

«¿Cómo me volví anarquista? Fue por instinto, por razón, por necesidad... Se nos reprocha nuestro espíritu revolucionario... «Cuenten más bien con el tiempo, se nos dice, con el progreso de la moral, de la ciencia y del arte, para mejorar la suerte de la sociedad». Pero los que gozan actualmente de las prerrogativas, quieren conservarlas y legarlas a sus descendientes. Para defender sus fortunas y sus privilegios, todos los medios les parecen buenos, hasta el crimen, que se contentan con disfrazarlo con el nombre de leyes. Y si las torturas de esta tiranía disimulada hacen estallar a veces hechos brutales, como el choque inflama la pólvora, ¿a quién echar la culpa? La lógica explica desde hoy la conducta de estos rebeldes, como la historia la disculpa con el ejemplo de numerosos antecedentes...» (B. 2).

«Puedo añadir que antes de ser anarquista, fluctuaba entre cien sistemas filosóficos; hoy hegeliano, mañana pesimista, al siguiente católico, ¡qué sé yo! Estaba como un volante entre las raquetas de aquellos fantasmas que juegan entre las ruinas. Desde que he *comprendido*,

desde que ya no creo, desde que soy anarquista, en una palabra, he adquirido la luz interior, la *convicción* inquebrantable, la serenidad. Todos los días medito la Idea y siempre con mayor placer; todos los días se me ensancha el horizonte y el porvenir humano me parece más bello, porque veo que la ANARQUÍA no puede dejar de realizarse, porque veo asimismo que está realizada virtualmente, puesto que está en nosotros. Antes yo hacía actos de fe y despreciaba a mis semejantes; hoy *razono* y compadezco a los que están sepultados en las tinieblas de la ignorancia... » (A. Retté).

«Soy anarquista de razón pura...» (Séverin L.).

«Creo que es el único estado racional de sociedad...» (T. W. B. Turner).

«Porque no me contento con aceptar la opinión corriente sobre lo que pueda interesarme, sino que me veo impulsado a examinar los hechos por mí mismo, y su razón lógica, tanto como me es posible... Tuve la buena fortuna de trabar relación con dos sabios anarquistas. El uno, gracias a su espíritu de moralidad, me ilustró respecto al lado moral y emocional de la cuestión, mientras que el claro y lógico espíritu del otro me convencía intelectualmente...» (H. 12).

«En esta época leí *Dios y el Estado* de Bakunin y tuve conciencia de que me impresionó enormemente la clara, intrépida y convincente lógica que demostraba para diseccionar nuestras instituciones políticas y sociales...»

«Soy anarquista porque creo que ningún otro estado de sociedad que no sea el anarquismo-comunista puede conducir a una conclusión lógica, justa y humana...» (D. K. G. M. 17).

«En fin, soy anarquista a causa de mis sentimientos y de mis ideas adquiridos por un estudio razonado... No puedo olvidar (para volverme anarquista) la enseñanza de la vida práctica y racional de los comunistas de Oneida, que aprendí a conocerles en un libro americano, hace algunos años...» (N. W. 19).

«Todo el progreso individual tiende hacia una división del trabajo cada día más acentuada. Cuanto más avanza el progreso, más la producción de las riquezas se convierte en una función social que requiere un número de individuos cada día mayor para cumplirla; siendo la producción una función social, su disfrute también debe serlo, porque es la correlación necesaria de la producción. Si el disfrute y la producción no se cumplen conjuntamente, la producción no da todos sus beneficios sociales. Esto es verdad, y el único camino para asegurar el goce social es la propiedad social, resultando que la propiedad común implica lógicamente la posesión común de las riquezas adquiridas por los miembros de la comunidad...» (W. H. Van Ornum).

«Aunque devoto en una determinada época, una atenta observación de las diversas sectas, y el descubrimiento de contradicciones flagrantes en el libro sobre la autoridad en que se basa la fe cristiana, me condujeron de pronto a aceptar una especie de deísmo a lo Spinoza, pero al fin, por el proceso de un raciocinio lógico, me convertí en un ateo...» (O. Gutzkow).

«Precisamente porque la propiedad ha creado condiciones económicas que necesariamente han producido la explotación del hombre por el hombre. Por otra parte, las riquezas sociales pueden ser consideradas como el producto del trabajo de las generaciones pasadas y presentes. Es tan compleja esta labor que es de todo punto imposible limitar la parte de cada individuo. Según mi modo de ver, el comunismo es una cosa de derecho y de razón. Actualmente es también una cosa necesaria. La evolución económica de nuestros tiempos es causa de que la vida social sin comunismo resulte una monstruosidad». (J. Methoffer).

«Una discusión con un anarquista me abrió los ojos; habiendo hallado justo su razonamiento, me coloqué en las filas de los que, en la vanguardia, combaten rudamente por la desaparición de las iniquidades sociales...» (Lidée).

«Todo individuo, por limitada que esté su inteligencia, tiene siempre una tendencia a querer ser dichoso. La felicidad de cada individuo existe en la satisfacción de sus propios sentimientos y pasiones. La actividad que despliega el hombre para realizar su felicidad, representa una lucha que ha de sostenerla en el ambiente en que vive. La lucha obliga a tener una lógica, de la cual se desprende una moral. De este modo se forma el carácter, que se transforma según el modo de lucha que le hace obrar...» (G. P. 20).

«El hombre no debe quedar satisfecho con la explicación *Dios*. Debe, además, buscar las explicaciones por medio de su razón. Para esto, es necesario derrocar los prejuicios religiosos...» (Z. B. 26).

«Convencido de la lógica de las ideas que sostengo...» (Manuel Recober).

«Porque estoy completamente convencido de que el comunismo-anarquista es el sistema económico más justo y racional, visto que es el que más se conforma a las leyes sublimes e irrevocables de la naturaleza... Yo seguí la corriente que desgraciadamente sigue la juventud de nuestros días, abandonándome a diversiones grotescas y vacías que sólo conducen a la corrupción. Pero afortunadamente me detuve a tiempo y principié a razonar. Dirigí una mirada investigadora a la sociedad actual y la vi sumergida en el más vil despotismo... Esta sociedad no tiene razón de ser, su lógica está en la punta de las bayonetas, exclamé...» (J. E. Martí).

«Yo aceptaba lo que mi razón me decía ser bueno sin estar jamás inspirado por el despecho o por odio...» (José Prat).

«Soy anarquista-comunista porque creo lógico que cada uno contribuya a la producción según sus facultades y consuma según sus medios...» (Agustín Sineriz).

«Soy anarquista porque la ANARQUÍA satisface plena y abundantemente, además de mi razón y de mis sentimientos... Desde poco tiempo hace, soy antivacunador y estoy convencido de la inutilidad de la vacuna; puesto que además de que mi razón está satisfecha de esta hipótesis, veo derrumbarse todo el andamiaje de funcionarios parásitos que viven de esta mentira, veo derrumbar un monopolio...» (S. P. 29).

Resulta de las precedentes citas que el sentido de la lógica existe en ciertos individuos preguntados, individuos que notan su espíritu lógico, que quieren satisfacer su razón. En algunos, hasta puede observarse que dicho sentido de la lógica está tan exasperado que se llaman lógicos hasta el extremo.

Hagamos observar, no obstante, que nosotros no podemos notar directamente la existencia de este sentido de la lógica, sino en una tercera parte de los preguntados, mientras que las demás características psíquicas se revelan en un 10/11 de las confesiones.

De esto resulta que la observación confirma lo que racionalmente hemos deducido, que el sentido de la lógica está solamente en estado embrionario, o a lo menos en un estado de desarrollo menor que los demás caracteres psíquicos ya determinados o por determinar.

Lo que confirma aún más nuestras deducciones, es que el estudio de las respuestas -de los que no notan su espíritu lógico o su deseo de satisfacer su razón- demuestra en estos individuos de diferente nación, clase social, profesión, etc., un buen esfuerzo para ser lógicos. Es por una

serie de razonamientos, a veces muy bien concatenados, por lo que se ven conducidos a la adopción de las doctrinas socialistas-anarquistas.

Pero en este eslabonamiento de razonamientos faltan a veces eslabones, y las conclusiones que estos individuos deducen a menudo dejan mucho que desear bajo el punto de vista de la lógica. En el género de los fenómenos sociales les escapan factores -¡y hay tantos!- y su raciocinio se resiente de ello. Son, por lo general, muy emotivos y sensibles, su efectividad influye entonces sobre su sentido de la lógica y ésta se atenúa considerablemente hasta el punto de desaparecer a la observación poco ejercitada. Su *amor* a la *libertad* y a los *demás* es muy grande, y algunos, bajo la influencia exasperada de este amor, aspiran a ser los *dueños*, *odian* a los burgueses y desean la *venganza*. Su sentido de la lógica está velado por sus demás sentimientos.

A pesar de este menor desarrollo del sentido de la lógica, se ve fácilmente que los socialistas-anarquistas tienden a convencerse por la razón de la verdad de las doctrinas que adoptaron y no a creer a ciegas por la fe. Se esfuerzan para ser *conscientes*, para explicarse la génesis de su opinión filosófica por medio de una serie de ideas eslabonadas, cadena que ensayan forjarla lo más cerrada y apretada posible. Intentan ser lógicos, desean poseer el carácter psíquico sentido de la lógica. Todas sus respuestas prueban este esfuerzo enorme hacia el eslabonamiento cerrado de las ideas, hacia la lógica despiadada de los razonamientos. El lector podrá juzgarlo por los siguientes extractos:

«Joven aún, en un país (Sudoeste de Francia) yo era un furioso realista. De Mun, Cassagnac, eran mis dioses, y me ponía contentísimo cuando les veía combatir de firme al gobierno. Vine a París, y no encontrando trabajo, sufrí la mayor miseria... Al fin pude hallarlo. Entonces leía el *Intransigeant* y ya no era el realista furioso de antes, complaciéndome la oposición que hacían al gobierno los boulangieristas y los revolucionarios. La casualidad puso en mis manos un libro de Malato que hallé en casa de un amigo. Me gustó mucho y dio un rudo golpe a mis ideas, convenciéndome. Entonces me puse a estudiar...» (D. 3).

«He creído que no, porque, a pesar de todo, soy optimista, es decir, que creo se debe esperar algo de la vida, si no inmediatamente, en el porvenir; si no para nosotros, para nuestros hijos. El camino recorrido desde los orígenes me ha hecho creer que es posible marchar más adelante. Durante algún tiempo he creído que las panaceas del socialismo bastarían, pero pronto me disgusté de ellas al ver el modo de presentarlas que tienen los comerciantes de antídotos que las venden, habiendo comprendido la vanidad que encierran. La historia futura se me apareció bajo otro aspecto. Hasta el presente, las revoluciones se han hecho únicamente para cambiar el sistema de gobierno, es decir, para sustituir una autoridad por otra. Por esto la obra de las revoluciones ha sido efímera. Si algo bueno ha habido en ellas, es porque la mayor parte han disminuido el poder de la autoridad, o por lo menos lo han intentado, pero siempre han sido malas, porque siempre han dejado subsistente el principio de autoridad. Los socialistas no harían más ni menos de lo que han hecho los demás; crearían un estado nuevo, que dominaría, dificultaría, encerraría al individuo. Por esto no pude ser socialista y me volví anarquista, porque el mal de todo el mundo proviene de la autoridad, de este hecho monstruoso que un ser, una colección de seres se imaginan poder dirigir a los demás, seres que no les son adecuados, y sobre los cuales, por consiguiente, no deberían tener poder alguno... Estas convicciones, lenta y abstractamente elaboradas, son las que me volvieron anarquista...» (Bernard Lazare).

«Establecido este preámbulo, creo que la lectura de periódicos diarios, tan pobres, tan cobardes, y siempre tan despreciables, son los que en el primer momento contribuyeron a las evoluciones sucesivas por las cuales he pasado, viniendo del rojo ordinario, pasando por el rojo más violento, hasta llegar al rojo absolutamente incoloro, con el único desprecio de las escuelas, viviendo sobre los demás en lugar de vivir para... El otro porque, es que si elevo mi pensamiento hacia las fuerzas ciegas de la naturaleza, hacia su espacio y su eternidad, hacia

estos soles que no son otra cosa que bujías mal despabiladas, comparadas con las grandes tinieblas, e inmediatamente contemplo las cosas de esta baja tierra, mi vida, entonces, no es nada, mi existencia es nula, sin saber siquiera si soy o no accidental, sólo queda una cosa grande en mí, mi pensamiento». (A. 15).

«¿Cómo me he vuelto anarquista? Esta evolución se efectuó gradualmente. Como tantos otros, yo también he sufrido sus consecuencias (de las condiciones sociales)... Republicano al principio, yo no estaba, no obstante, satisfecho del ideal confuso que me imaginaba. Me interesaban las concepciones más o menos socialistas emitidas por los periódicos y folletos. Por otra parte, mis lecturas... En fin, hace cerca de once o doce años, tuve la ocasión de leer los periódicos anarquistas de Lyon, después el *Révolté* y la *Révolte*. Comprendí que allí estaba el ideal más en armonía con las aspiraciones del hombre hacia su integral libertad. Esta convicción se ha ido afirmando en mí desde entonces. No me sedujo tan sólo la grandeza y la armonía de la concepción anarquista, sino también porque siendo la más conforme a las aspiraciones humanas, debe ser la más prácticamente realizable». (M. 14).

«En fin, me volví libertario, o si quieren, anarquista, más por observación de los fenómenos sociales, que a causa de la lectura de los teóricos anarquistas. Ciertamente que me interesaban los folletos y los libros de Grave, Malato, Kropotkin, etc., y que todas las semanas leía con marcada atención la *Révolte*, pero a pesar de todo, yo continuaba siendo socialista-colectivista matizado de autoritarismo. Una teoría, para aceptarse, debe estar basada sobre hechos de observación o de experimentación. Yo buscaba, por consiguiente, verificar las doctrinas anarquistas, las relativas a la autoridad, que son las que diferencian de las demás escuelas socialistas. Para esta comprobación, observaba la vida diaria. Vi que la autoridad engendraba más nocividades, que no las impedía, y deduje *lógicamente* la negación de la autoridad, la necesidad de su supresión...» (O. 7).

«En aquella época (1889 o 90) me cayó entre manos un número de la *Révolte*, y en lo sucesivo me procuré este periódico, no por su doctrina, que yo rechazaba, sino a causa del suplemento literario que daba y que a mí me divertía. Poco a poco la idea anarquista fue tomando cuerpo, se filtró en mi espíritu, y un día me apercibí de que, lentamente, por etapas, había acabado por mofarme de las diferentes entidades en las cuales yo tenía antes fe: autoridad, patria, familia... aquel día fui feliz...» (P. 10).

«Mi educación fue religiosa. Yo he sentido profunda y apasionadamente la religión, y en ella es donde he encontrado mi existencia más intensa. Pero en ella he hallado también la opresión y he tenido que luchar contra ella en lo más íntimo de mi ser. He sido cristiano a pesar de los curas, y a pesar de las formas estrechas en que querían encerrar mi sentimiento; su libertad, su integridad, se defendían contra todo lo que tendía a mecanizarlas. Ni siquiera se extinguí, cuando no me bastaron los dogmas y tuve que abandonarlos; entonces la lucha se trabó entre esta alma viviente y libre y las formas nuevas, sistemas filosóficos, o métodos morales a los que mi sentimiento se consagraba sucesivamente y donde pronto se hallaba encerrado en límites siempre insuficientes, hasta el punto que su investigación fue un vértigo fatigoso que terminó en el sueño. Para no recibir leyes, siquiera de mí mismo, yo había renunciado a todo pensamiento cierto, a toda concepción en la que hubiera descansado mi vida. Yo no creí ya sino en mi emoción, fuera cual fuera el objetivo, y en ella reconocía el principio y el criterio de la belleza. Pero la emoción debía necesariamente hacerme suponer la vida que la producía, la vida con todas sus determinaciones diversas, llámense el bien o el mal, la pasión, el interés, el amor, etcétera...» (M. Pujo).

«Pasaron los años, conocí la lucha por la existencia, los días sin pan y las largas etapas en la nieve, con los pies calzados con zapatos rotos. Vi mis economías, agotadas por los forzosos paros del trabajo, desaparecer en los bolsillos de los agentes de colocaciones; estuve al borde del suicidio, agotadas las fuerzas, aplastado por la miseria. No sé por qué titubeé. Una

colocación prometida, un imprevisto trabajo, me salvó la vida. Se especuló sobre mi penuria y el patrono que me alquiló me pagó tanto menos cuanto más miserable me encontraba (en el sentido de la palabra miseria). Jamás había mendigado ni robado; había seguido solo, sin ayuda de nadie, lo que se llama el recto camino. Por recompensa tuve el consuelo de ser explotado más audazmente que otros. Pude comprobar lo siguiente: se me dejaba languidecer en la escasez, y sólo se me ofrecía trabajo cuando llegaba a no tener ya ni el derecho ni la posibilidad de debatir mi salario... Al fin, vinieron mejores días; gracias a la casualidad, mejoró un poco mi situación; pero en la ruda adversidad, se había desarrollado el germen de la rebeldía que Víctor Hugo había sembrado en mi corazón. Entonces yo leía el *Cri du peuple*; los artículos de Vallés me enardecían, su *Jacques Verigtras*, publicado en folletín, y *Germinal*, de Zola, que le siguió, me trazaron el camino. Formé parte de un grupo revolucionario. Sin embargo, aún me quedaban algunas simpatías para esto que llaman el patriotismo. El regimiento, por el cual pasé, las hizo desaparecer por completo. Vi lo que realmente era la gloria militar y lo que valía el honor de la noble profesión. El cuartel fue para mí la escuela del antipatriotismo...» (S. 1).

«Aunque me haya costado mucho, pronto llegué a la grave comprobación de que el mal de que nos quejamos resulta de que todos los hombres gastan utilidades económicas (pan, carne, muebles, casas, vestidos, etcétera), cuando, relativamente, son pocos los individuos a producirlas; que los que nada hacen, económicamente hablando, viven bien y hasta mejor que los que producen, y es necesario que éstos trabajen, no solamente para subvenir a sus propias necesidades, sino aun para mantener a los que nada producen; en fin, que el sistema de la propiedad individual exigirá siempre para su servicio y seguridad, digan y hagan lo que quieran, toda una inmensa legión de no-productores, soldados, aduaneros, policías, gendarmes, magistrados, legisladores, empleados y funcionarios de todas clases, los cuales, incluso los rentistas y los propietarios que no cultivan sus propios asuntos, estarán, a pesar de todas las reformas imaginables, nutridos, vestidos y mantenidos por todos aquellos que cumplen una función realmente útil en la sociedad. Me dediqué a un concienzudo examen del comunismo-anarquista, y pronto me vi obligado a reconocer que esta concepción libertaria era, por fin, la tan buscada solución...» (Séverin L.).

«Y viendo que las condiciones de los proletarios no pueden mejorarse por los métodos parlamentarios, abracé el anarquismo...» (Ernesto Young).

«Principié a pensar que un estado tal de cosas, en que la clase que produce toda la riqueza se ve obligada a vivir en una perpetua miseria, era injusto... Me llamó la atención esto que dijo el orador: La propiedad privada de los medios de producción es la causa de la pobreza... Después de haber trabajado durante dos años con el partido socialista, y viendo cuán podridos estaban estos hombres por la política y viendo que la lucha del trabajo... era un combate por la libertad económica, y principiando a ver que los gobiernos son instintivamente opuestos a la libertad, me uní a este partido... al anarquismo...» (F. W. 8).

«Actualmente el gobierno es necesario, en interés de los ricos, para protegerles su propiedad; con el comunismo, el gobierno sería inútil, porque si los trabajadores pueden producir suficientemente para todos, también serán aptos para administrar sin el gobierno de algunos individuos. Prefiero comparar el comunismo-anarquista con una verdadera familia. Si, de momento, los ingresos en una familia son bastantes para cubrir las necesidades de todos, los padres no repartirán más a uno que a otro, sino que a todos los miembros de su familia tratarán por igual; es la parte comunista del arreglo. Por lo que se refiere a la parte anarquista, un verdadero padre enseñará a sus hijos el bien en lugar de descuidarlos y castigarles inútilmente, porque sabe que los castigos a nada conducen. Aplicado este sistema a la totalidad de la humana familia, creo daría buenos resultados». (A. Bird)

«Me volví anarquista al descubrir que el gobierno monárquico, republicano, o de cualquier clase que sea, está siempre al lado del monopolio o privilegio, sea cual sea su índole. Que sea el monopolio de los medios de existencia o el monopolio de la enseñanza, los resultados serán los mismos, dos clases dentro de la sociedad, una dominando a la otra... Y al descubrir asimismo que la religión ha perseguido siempre y excomulgado a la ciencia y sus discípulos; y al apercibirme de que todas las religiones (exceptuando la religión de humanidad, la ANARQUÍA) están basadas sobre lo que en parte es falso y parte verdad; las más peligrosas no se basan tan sólo en los conocimientos científicos, sino en juicios sobre diversos fenómenos de la naturaleza antes que la ciencia haya demostrado su naturaleza real, etc., al descubrir que los diversos partidos políticos, incluso la Social Democracia, conservarían en el porvenir una gran cantidad de ídolos del pasado y del presente...» (Henry Campbell).

«Soy anarquista porque el anarquismo, en sus actuales líneas generales, claramente definidas, me parece tan natural, tan conforme a mi manera de pensar, que no puedo dejar de estar acorde con dicho anarquismo. Lo considero como el más elevado ideal que el espíritu pueda concebir...» (C. H. 13).

«Yo reflexionaba que estaba entre gentes que gastaban en un día, para satisfacer vanos caprichos, lo necesario a varias familias, y esto que nada producían. Reflexionaba que yo, al contrario, abrumado bajo una labor aplastante desde la mañana hasta la noche, ganaba apenas la mitad de mi necesario... Miré en torno mío y observe que la misma miseria existía entre mis hermanos de trabajo. Y me decía que, sin embargo, la naturaleza no nos había creado así, que éramos víctimas de un impune robo, de un robo protegido...» (Carlos Hansenne).

«Un día encontré un hombre que me dijo: Todo lo que propagan los republicanos es una farsa, su libertad está mal comprendida, como se ve si se mira lo que pasa en todas las repúblicas de Europa y de América. Observé y comprendí que tenía razón...» (Francisco Freixas).

«La propiedad individual es un robo, como dijo Proudhon, y el robo es, sin ningún género de duda, un crimen, y el crimen merece, en todos sentidos, ser abatido y combatido. Nadie ha creado la tierra, es obra de la naturaleza, y natural es que pertenezca a todos... Escribirán un libro y dirán: este libro es mío porque soy yo quien lo ha escrito; según mi modo de ver no es exacto; el libro no es exclusivamente suyo, es una obra producto del concurso de muchos. Ni la tinta, ni la pluma, ni los caracteres, ni la máquina de imprimir, son la obra del que escribió el libro, y sin todo esto seguramente no lo escribiría. Si el maestro no le hubiera enseñado a leer y escribir, si la sociedad no le hubiera dado la posibilidad de estudiar y suministrado el motivo, ¿acaso se escribiría el libro? Seguramente que no, y por consiguiente el libro pertenece a la sociedad a la cual beneficia y que por lo tanto debe al autor lo que es necesario para satisfacer *todas* sus necesidades...» (Palmiro).

«Me volví anarquista al ver los crímenes y las traiciones de los hombres del orden y de los acaparadores de la riqueza social. Reflexioné sobre las condiciones miserables de mis compañeros de taller... Observé que los talleres estaban llenos de víveres mientras que nosotros teníamos hambre, y mi razón se negaba a creer posible ignominia semejante. Busqué las causas de nuestra miseria y las hallé en la propiedad, en la religión y en la patria...» (Mariano Lafarga).

Así, pues, que el individuo sea un intelectual o un ignorante, siempre es por eslabonamiento de raciocinios como llega la adopción de las doctrinas anárquicas. Poco nos importa que el raciocinio inicial sea justo o falso; lo que vale es la comprobación de una serie de ideas que conducen a adoptar la opinión de los teóricos de la ANARQUÍA. El individuo asiste como testimonio o tomando parte activa en los fenómenos sociales; los observa, los compara y saca deducciones por medio de un encadenamiento de ideas, una serie de raciocinios más o menos concisos. El punto de partida, es decir, el resultado de la comparación de los fenómenos puede

ser erróneo, pero siempre las ideas se encadenan con más o menos precisión. Si algún salto brusco se sucede, lo cual ocurre medianamente, el individuo, no obstante, se ha esforzado para encadenar bien las ideas, para sacar lógicas conclusiones. Si no ha podido ser absolutamente lógico, su esfuerzo ha sido grande para lograrlo. Tenía el deseo, hasta la voluntad de ser lógico.

El adepto de las doctrinas socialistas-anarquistas es un individuo consciente cuya reflexión le ha dado la convicción de que estas doctrinas representan la verdad. Esta es la conclusión que se impone después del examen de las confesiones, tanto si el socialista-anarquista ha recibido una instrucción clásica, como si desde joven se vio obligado a ganarse el pan de cada día.

En suma, al propio tiempo que son sensitivos y sensibles, los socialistas-anarquistas son individuos que reflexionan y razonan, que quieren ser lógicos.

Este resultado, al cual nos han conducido los sucesivos exámenes de las teorías y de las respuestas individuales, no debe extrañarnos, pues ya el estudio de las profesiones manuales de los socialistas-anarquistas conduce a las mismas comprobaciones generales. En el *Peril anarchist* (pág. 49), Félix Dubois dice textualmente:

«Los zapateros, los carpinteros, los sastres, los entarimadores, los tejedores, son los cuerpos de oficio que han suministrado el mayor contingente al movimiento. Los mineros han tomado igualmente gran parte, aunque entraron más tarde en él. Después siguen los tintoreros y los curtidores.

»En suma, las profesiones sedentarias son las que están más inclinadas a la ANARQUÍA. Por otra parte, el obrero anarquista no es por lo general el que trabaja en vastos talleres en una obra común. Los anarquistas se reclutan con preferencia entre los trabajadores que están a solas con su trabajo; el carpintero y el tornero que pasan el día ante su banco o su torno y pueden reflexionar sin dejar de cumplir su tarea; el sastre, el zapatero especialmente, agachados por el trabajo, a veces maquinal, de la aguja y del tirapié, durante el cual dan vueltas en su cerebro a las teorías recogidas un poco en todas partes sobre las desigualdades sociales y el medio que debe aplicarse».²²

Tenemos, por lo tanto, que los individuos que por su profesión tienen la posibilidad de poder reflexionar, meditar y estudiar, tienen tendencia a ser anarquistas. He ahí lo que se observa al examinar las diversas profesiones de los socialistas-anarquistas, es decir, que estas personas se vuelven adeptos de las doctrinas de los Malatesta, Grave, etc., por reflexión, por su esfuerzo para ser lógico o por serlo realmente, en fin, conscientemente.

El análisis de las respuestas y el examen de las profesiones, método positivo, estudio de las teorías y método racional, conducen a idéntica conclusión: Presencia, en la mentalidad del socialista-anarquista, del carácter «sentido de la lógica» en estado de desarrollo embrionario, o ligeramente acentuado.

Podemos, pues, fijar ahora los caracteres psíquicos constitutivos de la mentalidad filosófica, específica, de los socialistas-anarquistas: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al Yo o Individualismo*; 4°. *Amor a los demás o altruismo*; 5°. *Sensibilidad*; 6°. *Sentimiento de Justicia*; 7°. *Sentido de la lógica*.

²² En las respuestas que obtuvimos de los españoles, argentinos y uruguayos, hay un gran contingente de obreros tabaqueros. En Inglaterra, Bélgica, Italia, etc., las respuestas dan asimismo un fuerte contingente de profesiones sedentarias. Nuestra investigación es, pues, confirmativa de la observación hecha por Dubois referente únicamente a Francia.

El socialista-anarquista es un individuo *rebelde, libertario, individualista, altruista, sensitivo y sensible, sediento de justicia, algo lógico.*

CAPÍTULO VIII

DE LA CURIOSIDAD DE CONOCER

«Es necesario enseñar siempre la verdad a los hombres». *D'Alembert.*

En la mentalidad socialista-anarquista hemos hallado por medio de la observación y también racionalmente, la existencia de las características psíquicas: Espíritu de rebeldía, con sus modalidades, espíritu de crítica y de examen, individualismo y tendencia a la lógica.

Un individuo poseedor de una mentalidad semejante, necesariamente ha de ser un observador, un curioso de conocer, de saber. Para cultivar su Yo, tiene *necesidad* de aprender. Impulsado por su tendencia a la crítica y al examen, tiene *necesidad* de conocer. Rebelde contra las formas sociales que quiere cambiar, tiene siempre *necesidad* de saber algo más, más o menos, profunda o superficialmente, a fin de responder a las objeciones que se hagan a sus críticas de la forma social autoritaria y a su ideación de la forma social libertaria.

La sensibilidad y el sentimentalismo están en el socialista-anarquista equilibrados por un gran esfuerzo hacia la lógica. Reflexivo y consciente, tiene *necesidad* de estudiar más o menos minuciosamente el organismo y el funcionamiento de la sociedad, a fin de establecer su crítica y su ideal. Tiene *necesidad* de analizar la sociedad, imaginar remedios a los inconvenientes que encuentra, o cree hallar en ella, y sintetizar todos estos remedios en la educación de una sociedad nueva.

Racionalmente, el socialista-anarquista tiene *necesidad* de conocer, de saber, y, por consiguiente, debe existir en su mentalidad un carácter psíquico: curiosidad de conocer o deseo de saber. Si una característica mental no existiera, no sentiría ninguna curiosidad de aprender, ningún deseo de saber algo más, ninguna necesidad de cultivar un yo, de criticar las formas sociales, de idear otras nuevas. Entonces, no sería socialista-anarquista, porque no poseería el espíritu de rebeldía, ni el amor al yo, ni la tendencia a la lógica, caracteres psíquicos que son específicos de la mentalidad de los anarquistas.

Así, pues, sin ningún género de duda, el socialista-anarquista es un curioso, cuidadoso de averiguar lo que ignora. Para satisfacer este deseo, esta verdadera necesidad, debe observar y leer; debe interesarse en los fenómenos sociales; debe estudiar siempre, evidentemente, con su grado de inteligencia, según el tiempo que los cuidados de la vida diaria le permitan consagrar a este mejoramiento de su Yo.

Las respuestas que obtuvimos confirman, por la observación, la exactitud de nuestras deducciones, como se puede juzgar por los siguientes extractos:

«... Yo que amaba las mujeres y los placeres, cambié completamente. Sólo pensaba en leer, en instruirme; leí los filósofos materialistas, los economistas...» (D. 3).

«Fui hojeando por curiosidad los libros «prohibidos», recogiendo un pensamiento de cada autor antiguo y moderno... Tuve ocasión de leer Darwin, Letourneau, Proudhon, Blanqui, un poco Spencer, la *Révolte* y otros autores diversos de todos los tiempos y países diferentes, pensadores subversivos, que hicieron desmoronar la instrucción sólida y muy legal que antes recibí...» (A. Veidaux).

«En la escuela municipal yo era un excelente trabajador, tanto que me propusieron para obtener una pensión universitaria. La obtuve. Al principio fui un buen escolar, después cesé de estudiar los programas, entregándome a numerosas lecturas; todos los libros me eran buenos para el caso. Más tarde leí los filósofos materialistas, Büchner especialmente, que ejerció sobre mí una grande influencia. Cuando fui practicante en medicina estaba al corriente de todas las novedades científicas. Me gustaba mucho leer, estudiar, y me gusta aún...» (Doctor H. 6).

«Al salir del Liceo principié a escribir en las revistas científicas sobre cuestiones relativas a ciencias físicas. Hacía indagaciones sobre la electricidad. Más tarde, después de mi voluntariado, abandoné algún tiempo este género de estudios para dedicarme a las ciencias médicas, y después a la sociología». (O. 7).

«Leibnitz y Aristóteles, mis dos autores favoritos, me habían preparado maravillosamente para comprender las teorías llamadas anarquistas. Proudhon, Guyau e Ibsen, que estudié luego, no cambiaron mi favorable opinión de dichas teorías...» (L. Malquin).

«Sin embargo, como tantos otros, a los 25 años iba errante entre el laberinto de los filósofos y fui sucesivamente hegeliano, kantiano, espinosista, etc., hasta el día que Darwin me descorrió el velo. Verdad es que no le comprendí en seguida, pero la esencial ley de la evolución me chocó intensamente y mi espíritu se complació en hallar las aplicaciones sociales...» (P. 10).

«Por naturaleza yo era observador muy curioso y estudiaba con pasión todo lo que caía en mis manos... Con mis escasos recursos compraba libros, periódicos, cuartillas, y a veces hacía ensayos poéticos, buscando traducir al papel los pensamientos que me atormentaban. De este modo estuve apartado de los partidos cerca de seis años, estudiando a Marx, Proudhon, y todo lo que podía procurarme; luego entré de lleno dentro de la ANARQUÍA... Leí el folleto, *Haz lo que quieras*, respuesta a Lefrançais, después *El espíritu de rebeldía*, *Los Productos de la tierra*, *El salario*, de Kropotkin, y *Entre campesinos*, de Malatesta». (K. 11).

«Admitido en diversos bachilleratos, principié a cursar medicina y apasionándome por la política... Al mismo tiempo me iniciaba, como tantos otros, en el budismo, cuya pereza me seducía, en oposición al descorazonamiento que me producía la masonería y el espíritu pequeño y bajo de los materialistas oficiales... Fue en estos momentos cuando ciertas ocupaciones puramente artísticas me condujeron hacia la lectura de los *Entretiens Politiques et Littéraires*, del *Mercure de France*, de la *Revue Blanche*, y de los literatos queridos, B. Lazare, R. de Gourmont, P. Adam y tantos otros, que me iniciaron en esta doctrina, como también el acto de Ravachol...» (Ph. D. 4).

«Después se sucedieron las largas conversaciones con mi citado amigo, que compartía mis ideas y que nos fortificaron mutuamente. Esto puede explicar que cuando los folletos verdaderamente libertarios llegaron a mis manos, cayeron en terreno abonado, acaso precisando, pero aportando poco más a mis ideas. El por qué es una cosa de hechos imprecisos...» (A. 15).

«Por otra parte, mis lecturas, sólo podían desarrollarme en este sentido socialista, puesto que yo leía con preferencia los autores en los cuales encontraba una crítica de la sociedad...» (M. 14).

«Vivamente impresionado, leí entonces las obras que conocía. Dos, especialmente, me impresionaron grandemente: la *Defensa* de Etievant y *Dios y el Estado* de Bakunin. Más tarde, Guyau, Haeckel, Spencer y casi toda la obra anarquista. Bajo el punto de vista de la idea fui conquistado...» (A. Retté).

«Más tarde, tres años después de mi entrada en el aprendizaje, a los dieciséis años, aislado en un cantón de la provincia de Jonne, dedicaba mis tardes de los domingos y mis noches a hojear los libros de la biblioteca municipal». (S. 1).

«Pero no es tan sólo en el seno de esta tiranía fantaseadora y odiosa (el ejército) donde aprendía a conocer los prejuicios enormes de la sociedad y sus vicios de organización. Una vez mi espíritu puesto en guardia, le fue fácil comprobar en todas partes el mismo mal: el abuso del poder. Puesto que estos dueños que han elegido... la fábula del caballo que tomó un caballero para vengarse del ciervo. He ahí lo que una pequeña observación y numerosas lecturas (Balzac, la *Conquista del pan*, la *Révolte*, etc.), me han hecho comprender... Ciertamente que no dejaba de hacerme a mí mismo algunas objeciones, a medida que avanzaba en el conocimiento de las teorías anarquistas, pero encontraba las respuestas en las meditaciones de las lecturas o de las discusiones entre partidarios y adversarios, hasta el momento en que tuve un ideal que me ofreció suficientes garantías para que pudiera aceptarlo...» (B. 2).

«Una vez entré en la prensa y resuelto a no imitar a mis colegas que, en su mayoría, juzgan con un aplomo imperturbable cuestiones de las que no conocen ni las primeras palabras, me tracé el deber de estudiar las cuestiones sociales para poder combatir, con conocimiento de causa, las teorías socialistas... Principié por estudiar separadamente...» (Séverin L.).

«He visto sufrir a los miserables a mi alrededor, he conocido la lucha atroz del capital y del proletario, he tocado con el dedo las mil injusticias sociales... Durante algún tiempo creía que bastarían las panaceas del socialismo, pero pronto, al ver cómo las presentaban los charlatanes que las vendían, me disgustó, y, por otra parte, comprendí su vanidad...» (Bernard Lazare).

«Soy anarquista, porque habiendo estudiado los sistemas gubernamentales... La compulsión de los anales antiguos me ha enseñado que, de todos los innumerables sistemas de gobierno sucesivamente ensayados a través de las épocas, no hay siquiera uno que no haya sido una fuente de desórdenes y de abusos... Educado lejos de toda influencia política y religiosa, joven aún, me abandoné a la esperanza de ver la República Universal; la filosofía de Mazzini era a mis ojos la más elevada de todas. Defraudado muy temprano por la actitud de los políticos de la tercera República francesa, no sabiendo qué esperar y pensar para el porvenir de la humanidad, en aquella época cansado y disgustado de todo, cayó en mis manos un periódico anarquista, uno de los primeros publicados en Francia, y lo leí ávidamente... Luego, viviendo en el mundo de los rebeldes, he aprendido y adquirido conocimientos más perfectos sobre las ideas por las cuales estoy pronto a hacer todos los sacrificios...» (T. D. M. 28).

«Hijos de obreros e hijo del pueblo, por poco estuve que no fuera burgués... Mi padre quería hacer de mí un profesor, pero yo tenía deseos más elevados: un sueño de gloria me enloquecía, sueño que me arrastró hacia la bohemia literaria...» (E. D. H. 25).

«Naturaleza impresionable y sedienta de justicia, vi que el número de los que eran víctimas de la sociedad era inmenso. Esto me hizo sufrir y observar en torno mío. He visto a niños harapientos recoger legumbres averiadas, y llevarlas a sus padres para que las cocieran. He visto a niños andrajosos conducidos por los gendarmes a sus pueblos, porque, sin papeles y sin padres, los pobrecillos mendigaban. He visto a mujeres maltratadas por la policía; he visto...» (A. Nicolet).

«Le respondí que ya tenía bastante, que la prensa, con sus artículos mal redactados, me disgustaba, que hasta los mismos periódicos del Partido Obrero (Bruselas) me eran insoportables con su manera de desacreditar a todo el mundo para hacer creer que ellos eran de una especie más privilegiada de la naturaleza, que en el fondo sólo tenían por principio el «quítate tú...». El camarada sacó entonces un periódico del bolsillo, y me dijo: «Lee esto, es el periódico más avanzado y el más filosófico». Y mientras esto me decía, había yo desdoblado el papel y leído: Suplemento literario de la *Révolution*... Al día siguiente me hice prestar dos francos por mi madre para enviarlos a Grave. Poco tiempo después trabé relaciones con libros que no se venden en las estaciones de los ferrocarriles ni se exponen, como el *Cadet* de Richepin, en los aparadores de las librerías...» (A. B. G. 21).

«... Mi servicio consistía en hacer los quehaceres interiores, y pude observar todos los días por mí mismo, la suculencia de los manjares destinados a estos seres inútiles e improductivos. Pero no estando aún en la edad de la reflexión, miraba este estado de cosas o iniquidades con la mayor indiferencia; no obstante, yo había observado muchas cosas que me vinieron a la memoria mucho tiempo después... Abrumado bajo el yugo del poderío capitalista, surgieron mis recuerdos infantiles y reflexioné. Reflexioné que en mi país estaba colocado en casa de gentes que gastaban en un día para satisfacer vanos caprichos, lo necesario de varias familias... Reflexioné... Miré en torno mío y observé que la misma miseria existía entre mis hermanos de trabajo...» (Carlos Ansenne).

«La lectura de *Peau de chagrin* me ha sugerido la idea de un individuo poseedor de semejante talismán... Pueden juzgar por esto, que cuando mi hijo leía la *Révolution*, no tardé en darme cuenta de que yo era anarquista...» (P. Lelièvre).

«A la edad de veinte años conocí las obras de Multatuli, un autor muy conocido e influyente en Holanda... Desde entonces he leído también varios libros y periódicos anarquistas. También leí durante mucho tiempo la *Révolution*...» (J. Methoffer).

En estos extractos debidos a franceses, suizos, belgas, se percibe fácilmente un vivo deseo de instruirse. Las declaraciones de algunos, poco ilustrados, como D. 3, K. 11, S. 1, T. D. M. 28, A. 15, G. Hansenne, obreros sin instrucción, cuyas cartas están plagadas de faltas de ortografía, son, por el hecho mismo de esta carencia de instrucción, del todo sugestivas.

Este mismo deseo de conocer, tan independiente -en los socialistas-anarquistas al menos- de la clase y de la profesión, se descubre en los poco ilustrados de Inglaterra, Escocia, Irlanda, Alemania, España, Italia, etcétera, del mismo modo que en las personas ilustradas de estas regiones. Los siguientes fragmentos son suficientemente significativos.

«Antes de los 18 años había examinado la principal parte de la literatura secularista, socialista y anarquista... Había hecho excursiones en los trabajos de Huxley, Tyndall, Spencer, Darwin, Comte, Gibbon, Green, Froude, etc., y aunque sólo había frecuentado una escuela pública durante cinco años, y no hubiera alcanzado aún la edad suficiente, me encontré capaz de sostener una controversia pública desde las columnas de *Birkenhead* con el canónigo Linton...» (T. W. B. Turner).

«En fin, lucho porque he gastado la mayor parte de mi vida como estudiante de la teoría de los Kindergarten (jardín para niños)...» (H. 12).

«Principié inmediatamente a estudiar el movimiento socialista...» (F. W. 8).

«Tuve desde mi infancia la ventaja de leer... los principios del partido del Libre Pensamiento... Hay que notar también que los trozos de las concepciones de Roberto Owen sobre el socialismo, se encontraban esparcidas entre las páginas de la literatura de Libre Pensamiento,

y especialmente en los escritos del doctor Henry Travis, los cuales, en determinada época, ejercieron sobre mí alguna influencia... En esta época leí *Dios y el Estado*, de Bakunin...» (A. M. 27).

«Después de un estudio de la cuestión, me parecieron tan grandes los peligros de una burocracia, que durante mucho tiempo fui partidario del anarquismo individualista...» (A. Z. 23).

«Este mitin de los sin trabajo había sido organizado por los socialistas, que fueron encarcelados por sus discursos. Esto me sorprendió: ¿por qué causa tales hombres se sacrificaban? Estudié entonces su doctrina en el *Commonwealth* de Gronlund, en *Basis of Socialism* de Hyndman, y otros, y me convertí en socialista porque me pareció el camino más cómodo para que el Estado tomara posesión de la tierra y del capital. Poco tiempo después de la ejecución de los anarquistas de Chicago, leí sus discursos, que me causaron una buena impresión. Entonces continué leyendo los artículos de Kropotkin, y gradualmente me volví anarquista...» (A. Bird).

«Porque deseo ver establecer un sistema que no opondría ningún obstáculo a la libre aplicación de las ciencias a todos los asuntos de nuestra vida diaria; creo que los métodos científicos son los únicos verdaderos métodos para llegar a la verdad; creo que cada nueva verdad descubierta toma el lugar de un error pasado y la ANARQUÍA aportará la ventaja de las libres experiencias, abrirá ampliamente las puertas para que entre la ciencia, de modo que en un estado de sociedad semejante no habrá nada que retarde el trabajo de la humanidad para su propia evolución... Al descubrir también que la religión ha perseguido y excomulgado siempre la ciencia y a sus discípulos...» (Henry Campbell).

«Entonces estudié... las hábiles y verdaderas enseñanzas de Kropotkin, Malatesta y otros... Escuché y aprendí también mucho en las conferencias de los camaradas A. Henry, Mowbray, Nicoll, Duncan, Tochatti y otros... » (D. K. C. M. 17).

«He aprendido mucho de un compañero. El me dio diversos folletos y principié a frecuentar los mitins socialistas... Entonces me introduje entre los social-demócratas y durante mis relaciones con este partido, consagré mi tiempo al estudio... Leí toda la literatura anarquista que cayó en mis manos...» (G. R. 22).

«Estaba particularmente firme en mis convicciones por los escritos de Ruskin, Carlyle, Tolstoi, Fox, George, los socialistas y otros economistas por el estilo...» (J. C. Kenworthy).

«Mi trato con el socialismo en general principió al mismo tiempo que entré en el Libre Pensamiento y en el unitarianismo, convirtiéndome en miembro de esta última iglesia. Aprendí mucho del ministro Rev. Alex Webster y leyendo con ardor los periódicos, cartas y folletos del camarada Leathem (?) y otros que pude procurarme... Entonces leí el proceso de los anarquistas de Chicago, los folletos de Malatesta, Kropotkin, Duncan y otros, y algunas de las obras de Tolstoi y también oí varias conferencias de los compañeros de Londres...» (N. W. 19).

«Al principio me atrajo hacia la ANARQUÍA la lectura de los *Mártires de Chicago* y las conferencias de los camaradas Barless, Bell y Duncan...» (William Reckie).

«Yo no entré inmediatamente en el movimiento socialista, pero a pesar de otras atracciones que encuentra un joven en su vida, jamás pude apartar el socialismo de mi espíritu. Poco después fui un asiduo auditor de los mitins... Estudié los dos (socialismo legalitario y revolucionario) sin prejuicios, según creo; pero jamás pude concebir la justicia de un cuerpo de hombres llamándose a sí mismos el Estado, teniendo autoridad para obligar a los demás a obedecerles...» (Jorge Robertson).

«Pero fue mucho antes que yo principiara a estudiar la cuestión, y después mi entusiasmo por mi nueva joya descubierta, principió a desvanecerse. Comencé a estudiar seriamente la cuestión del socialismo de Estado...» (O. P. Smith).

«Cuando joven, mi madre deseó que estudiara para cura y durante algún tiempo seguí sus deseos. Pero cuando había leído las obras de Darwin, de Huxley y de otros escritores de esta escuela, rechacé aquel deseo y principié a estudiar medicina; pero me vi obligado, por los *Res Augustae domi*, a ser comerciante... Hacia 1885 encontré a William Morris, Hyndman y S. B. Shaw, los cuales, claramente, demostraron en sus conferencias la causa fundamental de la pobreza... Fue por los escritos de Kropotkin y de Malatesta como aprendí a conocer los peligros que ofrecía la Social-democracia...» (J. Tochatti).

«Por otra parte, sostengo que el problema que hay que resolver es el de la inteligencia contra la ignorancia; debe resolverse por llamamientos a esta inteligencia en lugar de la pasión y a los prejuicios. Me volví anarquista por el estudio de los principios y de las cuestiones económicas...» (W. H. Van Ornum).

«Cuando entré en las filas de la Social-democracia, en Austria (1872), mi alimento mental consistía exclusivamente de las obras de Marx, Lassalle, Liebknecht, Bebel, Most y algunos otros...» (C. H. 13).

«Y en la tormenta de la lucha política... poco tiempo había para el estudio y la reflexión. En fin, emigré, al principio a Dinamarca, luego a Inglaterra; en esta última nación fue donde observaciones y comparaciones hicieron cambiar mis ideas...» (O. Gutzkow).

«Mis disputas con mis padres, a causa de mi irreligiosidad, me hicieron comprender que yo estaba versado en todas las ciencias por las cuales los judíos verdaderamente religiosos sienten horror. Un corto número de la parte más avanzada de estos judíos me propusieron diera lecciones a sus hijos respecto de las «cosas mundanas». Su apoyo me permitió no tener que volver a casa de mis padres con aquella mentira religiosa en los labios y poder hacer lo que me diera la gana. Así fue cómo a la edad de catorce años enseñaba en lugar de ser un discípulo. Los padres de algunos de mis alumnos a quienes enseñaba a escribir, aritmética, etc., estuvieron contentos de mí. Al propio tiempo yo iba estudiando todo lo que podía serme útil. Era un devorador de libros, y en el curso de dos años aprendí realmente todo lo que era digno de conocer. No hubo libro que tratara de cuestiones económicas que en aquella época yo no conociera... Pasaron años y me hallé preparado para entrar en una universidad rusa. Entonces tenía 20 años y mi ambición consistía en distinguirme entre el mundo científico... Después no hubo un libro, un folleto, un artículo sobre el anarquismo, que yo no lo leyera, pero al propio tiempo leía todo lo que se escribía en oposición a la ANARQUÍA...» (R. F. 24).

«Desde mi infancia demostré un gran deseo de aprender; era mi ambición, y muchas veces he llorado al reflexionar que algunas de mis amigas frecuentaban la escuela y aprendían todo lo imaginable, mientras que yo nada sabía. Sordo mi padre a mis lamentaciones, mi madre hizo todo lo posible para ponerme en una escuela y desde entonces me dediqué al estudio con un ardor extraordinario, con gran satisfacción de mis maestros y mía especialmente... Leí todo lo que pude procurarme de la literatura socialista de todas las escuelas; social-democracia, anarquista, etc. No había un mitin, una conferencia a la que yo no asistiera...» (W. D. 30).

«A los trece o catorce años leía Haeckel y Darwin, sin comprenderlos, naturalmente... Amaba las ciencias naturales y la filosofía y era ferviente ateo... Devoré los libros que hablaban de los nihilistas...» (S. P. 29).

«Entré en las filas del movimiento obrero el 1° de Mayo de 1889, en Trieste (Austria), en la sociedad «Confederazione Operaia». Leí por vez primera el *Commonweal* de Londres... En el

mes de Septiembre del mismo año fundé una hoja en sociedad con un socialista demócrata, en lengua eslava, *Delavski List* (Hoja obrera)... Después del 1° de Mayo de 1890 (En Chaux-de-Fonds) el redactor del *Sentinelles* pidió mi discurso (hablé en italiano)... Fue en Saint-Imier cuando los camaradas me hicieron leer la *Révolution* y el *Père Peinard*...» (A. Klemencic).

«Lo que más contribuyó a formar mi convicción, después de la muerte de mi padre, fue... y la lectura de las obras de Guerrazzi, de Byron, y la historia...» (A. Agresti).

«... En estas circunstancias tuve la desgracia de perder a mi madre. Fue tan profundo el dolor que experimenté, que mi carácter se volvió por completo hipocondríaco. No creía con la buena fe de antes y me lo reprochaba a mí mismo. Después de la muerte de mi madre leí libros ascéticos para concentrarme más en mi dolor. Estaban tan plagados de metafísica, que mi razón los rechazó, razón que se desarrollaba más cada día. Entonces les tocó el turno a los libros de los clásicos, y especialmente las poesías de Foscolo, Leopardi, Aleardi, cuyos cantos reproducían el estado psicológico que me embargaba... Entonces tuve ocasión de leer las obras de Byron, que asestaron un rudo golpe a mi fe religiosa... Mi misantropía se aumentó. Aislado, solo, sin amigos y sin fe, a menudo me familiaricé con la idea del suicidio. El único recuerdo que me enternecía era el de mi madre. Con mi padre, que se había vuelto a casar, no pensaba. Yo había vuelto a Liorna y trabajaba en una casa de comercio, y tan pronto me veía libre corría a mi casa y me encerraba en mi cuarto para abismarme en la lectura. Las obras de Víctor Hugo me causaron gran impresión, *Los miserables*, *Los trabajadores del mar*, *El noventa y tres*... Después de este suceso (insurrección de Roma) no quise oír hablar ni de garibaldinos, ni de republicanos. Desconfiando de todo, estuve algún tiempo sin frecuentarme con nadie. No obstante, la guerra entre republicanos e internacionalistas continuaba, y entonces fue cuando me asaltó el deseo de saber qué es lo que se entendía por internacionalistas. Pude obtener algunos periódicos, especialmente la *Plebe* de Milán... Continué (siendo militar) leyendo a escondidas los escritos revolucionarios... Un día cayó en mis manos un folleto. Lo leí y lo leo aún. Me hizo el efecto de una revelación. Era un folleto en francés, *A los jóvenes*, de Kropotkin». (A. N. 16).

«La historia nos prueba que el progreso del hombre avanza por la asociación de los intereses... El ideal de la familia, de la tribu, del municipio, de la provincia, de la nación, de la raza, no son sino la marcha natural de la inteligencia humana, que llegará a la humanidad cansada de los antagonismos y querrá realizar la soberanía del género humano sobre los tres reinos mineral, vegetal y animal. Ambiente natural que ofrece una lucha razonable a la ciencia y a la industria humana para el desarrollo de toda la especie y dependerá del grado de la experiencia general, el bienestar particular...» (G. P. 20).

«Los espíritus deben tener el campo libre a los estudios científicos y naturales... Para esto es necesario destruir las preocupaciones religiosas... En su lugar se establecerá la ciencia... Yo quise conocer más a fondo las teorías anarquistas y busqué los libros anarquistas. Los leí con pasión. Lo que yo entendía de ellos lo explicaba a los demás y lo que no comprendía me lo hacía explicar...» (Z. B. 26).

«Entonces supe lo bastante para que pudiera hallar placer en leer los periódicos y folletos anarquistas, para estudiar el ideal anárquico...» (Francisco Freixas).

«Porque tengo sed de instrucción...» (Rómulo Fustiz).

«La primera causa que me ha hecho anarquista fue mi curiosidad de leer los periódicos y algunos libros, pocos, porque me es muy difícil comprarlos... El gobierno sólo se ocupa en mantenerme en la ignorancia y en aporreararme...» (Ignacio Jaquetti).

«Soy anarquista-comunista porque... deja abierto el camino a la ciencia, al progreso, a la civilización...» (Mariano Lafarga).

«Aprendí en los hombres de ciencia, que ANARQUÍA significa carencia de gobierno y emancipación humana...» (Juan F. Lamela).

«Vi que en lugar de dar al niño una instrucción sana y científica para que pueda, una vez grande, ser útil a la sociedad, se le atrofia el cerebro con ideas falsas y rutinarias, atemorizándolo con el fantasma de un dios imaginario. Sí; gobierno, capital, religión, he ahí las bases fundamentales de la sociedad actual y las causas principales de su malestar, visto que... donde hay religión hay ignorancia y embrutecimiento... Estudié los partidos políticos... Estudié el partido socialista... Estudié, en fin, la Anarquía...» (J. E. Martí).

«Se apoderó de mí un gozo inmenso, porque vi que en el mundo aún hay hombres que se dedican al estudio del cerebro y de las ideas... Me volví anarquista porque leí un folleto titulado; *Conferencias socialistas*, de Chivelnior...» (Jacinto Melich).

«El estudio de las cuestiones económicas y sociales me ha convencido de que el porvenir está en el proletariado...» (Joaquín Luis Olbés).

«Partidario del estudio para los trabajadores y de su unión, conocí en 1884 la constitución de una sociedad obrera en Bilbao y entré en ella. Allí leí periódicos anarquistas que me gustaron y a los que me suscribí, procurándome, además, libros y folletos...» (Palmiro).

«Me volví anarquista gracias a ese estudio continuo, aunque sin orden, al que fui conducido desde la infancia, por mi amor a la lectura... Partiendo de una educación infantil incompleta y rutinaria, y elevándome gradualmente hasta el conocimiento, tal vez confuso, de los principios anarquistas...» (José Prat).

«Entonces sentí la necesidad de estudiar las ideas por las cuales habían muerto estos mártires (de Chicago), ideas que mi razón natural me decía debían ser de importancia cuando la burguesía las combatía con el crimen de Chicago. Busqué libros, y los primeros que cayeron en mi poder fueron los que trataban del anarquismo colectivista, y seguí esta idea. Después leí otros libros, folletos y periódicos; y discutí con algunos compañeros que me convencieron de las ventajas del comunismo sobre el colectivismo...» (Agustín Sineriz).

«Siempre dispuesto a progresar, tuve las primeras nociones de Anarquía propagadas por otros compañeros de taller... Me entregué a su estudio, y, actualmente, comprendiendo bien las ideas anarquistas, oso llamarme ateo en religión, en política, anarquista y, en economía, comunista...» (Manuel Recober).

«He estudiado los problemas sociales y he llegado a esta conclusión: La propiedad individual; he ahí el enemigo...» (C. Fernández Zamorano).

«En aquella época (1886) los escritos y traducciones publicados en un periódico semanal de Lisboa, me hicieron interesar algo más en las nuevas teorías... Poco a poco fui identificándome con los mejores escritos procedentes del extranjero, y de esta manera se arraigaron en mi cerebro las doctrinas comunistas-anarquistas... No descuidé recoger las nociones sobre las diferentes ramas del saber humano, especialmente en materia religiosa, estudiando los libros que arrojan del cerebro todas las preocupaciones...» (Gonçalvez Vianna).

«Viendo la desigualdad que existe en la sociedad y la miseria de que son víctimas los trabajadores, me entregué al estudio de la cuestión social...» (Libertario).

Se ve por las precedentes citas, sean cuales sean el país de origen, clase social y profesión, que el mismo intenso deseo de aprender se demuestra en todos los adeptos de las doctrinas profesadas por los Parsons, Merlino, Sebastián Faure, etc. Estas numerosas cartas que se nos enviaron de todos los países, en estas cartas sin ortografía y sin estilo, emanando de obreros que desde la infancia tuvieron que abandonar la escuela -caso de que algunos hayan ido- se ve reflejada en lengua ruda, cándida, una voluntad de aprender, un sufrimiento por no poder aprender a medida de su deseo.

Las rudas dificultades de la vida -a veces, desde la edad de diez años, tuvieron que trabajar para comer- no permiten el estudio asiduo. Fatigado el cuerpo por la diaria labor, el cerebro se halla poco apto para comprender. No obstante, el individuo lee tanto más cuanto mayor es su deseo de saber. Lee atentamente y se esfuerza para comprender y retener lo que lee. Acaso no alcanza a comprender los raciocinios, los mil detalles del análisis, las grandes líneas de la síntesis. Pero entonces retiene las palabras, las palabras técnicas; y más tarde las transmitirá a sus auditores, a sus compañeros, estas palabras que para él expresan una idea muy vaga y que a veces no tienen ningún significado.

No habiendo recibido instrucción durante el período de la infancia, los proletarios no han podido aprender a aprender; el cerebro no ha podido desarrollarse, porque no estaba cultivado, y estos desgraciados, sedientos de conocer, sufren por no poder saber. Se dan cuenta de este sufrimiento que activa aún más su curiosidad de conocer.

La existencia de esta curiosidad en la mentalidad de los individuos, no significa un gran desarrollo de la inteligencia, ni grandes conocimientos; significa, tan sólo, que el individuo posee el deseo de saber, la voluntad de aprender. Puede aprender mal, digerir penosamente el alimento intelectual que absorbe... ¡No importa! Tiene, de todos modos, la curiosidad de saber.

El socialista-anarquista, cultivado o no su cerebro, está afectado por la curiosidad de saber. Nuestra investigación ha confirmado nuestra inducción. En la mentalidad específica del socialista-anarquista existe la característica: deseo de saber.

A priori, el estudio de la doctrina permitía prever la existencia de este carácter mental. Las siguientes citas son, a este propósito, absolutamente típicas:

«»Pero las ideas anarquistas han venido a transformar todo esto. Negando la necesidad de los hombres providenciales, haciendo cruda guerra a la autoridad, y reclamando para cada individuo el derecho y el deber de obrar solamente según su propio impulso, no sufrir ninguna traba, ninguna restricción a su autonomía, proclamando la iniciativa individual como base de todo progreso y de toda asociación verdaderamente libertaria, la idea anarquista no puede contentarse con hacer creyentes, debe dirigirse especialmente a hacer convencidos, hombres que sepan por qué creen, que los argumentos que se les ha suministrado les han interesado y los han pesado, discutido, y se han dado cuenta de las cosas por sí mismos; de ahí una propaganda más difícil, más abstracta, pero también más eficaz. Desde el momento que los individuos se engrandecen por su propia iniciativa, deben al propio tiempo ejercerla eficazmente. Para que la iniciativa del individuo pueda adaptarse libremente a la acción de otros individuos, es necesario que sea consciente, razonada, basada en la lógica del orden natural de los hechos; para que estos actos separados vayan a converger hacia un objetivo común, es necesario que estén suscitados por una idea común fuertemente comprendida, claramente elaborada; sólo una discusión cerrada, lógica y precisa de las ideas, puede abrir el cerebro de los que la adoptan y conducirles a reflexionar por ellos mismos... Los individuos quieren saber, pues, si esta caída (de la sociedad) les será provechosa o perjudicial; de ahí arranca una multitud de cuestiones que nos conducen a discutir todos los conocimientos humanos, a fin de saber si sobrenadarán en el cataclismo que queremos provocar. De ahí el embarazo del trabajador que ve desfilar por su entendimiento una multitud de cuestiones que se han

guardado muy bien de enseñarle en la escuela, cuestiones en las que le es muy difícil reconocerse, y que oye, la mayor parte del tiempo, tratar por primera vez; cuestiones, no obstante, que es necesario estudie, profundice y resuelva, si quiere ser apto para aprovechar esta autonomía que reclama, si no quiere gastar su iniciativa en detrimento suyo, y sobre todo, si quiere saber prescindir de los hombres providenciales... Si los trabajadores quieren emanciparse, deben comprender que esta emancipación no vendrá por sí sola, que es necesario que la conquisten; que instruirse es una de las formas de la lucha social. La duración y la posibilidad de su explotación por la clase burguesa, proviene de su ignorancia; es necesario que sepan emanciparse intelectualmente, emanciparse materialmente...» (Juan Grave. *La Sociedad moribunda y la Anarquía*, págs. 20-21-22).

«Los niños, no obstante, deberán ser educados e instruidos a cargo de todos y de modo que se les procure el mayor desarrollo y la mejor instrucción posible... Si las máquinas estuvieran aplicadas a todas las ramas de la producción y pertenecieran a todos, se podría en pocas horas de trabajo ligero y agradable bastar a todas las necesidades del consumo, y cada obrero tendría tiempo suficiente para instruirse, mantener relaciones de amistad, vivir, en una palabra, y gozar de la vida aprovechándose de todas las conquistas de la civilización y de la ciencia... Cuando los periodistas, los ingenieros, los doctores, los profesores, los artistas, tienen trabajo y conocen su oficio, viven confortablemente; pero los impresores, los albañiles, los zapateros, todos los obreros manuales, y los pobres maestros y otros trabajadores intelectuales, mueren casi de hambre aunque se maten trabajando. No quiero decir con esto que el único trabajo útil sea el manual, al contrario; el estudio es el único medio de vencer a la naturaleza, de civilizarse, para adquirir más libertad y bienestar... Quiero decir que los trabajos intelectuales que por sí mismos son un gran placer, que dan al hombre una gran superioridad sobre el que permanece en la ignorancia, deben ser accesibles a todos y no ser el privilegio de un corto número...» (Enrique Malatesta. *A talk about anarchist Communism between two workers*, páginas 8, 9, 13).

«Bajo un sistema de tal índole (comunismo), las ventajas de la instrucción, hoy monopolizadas por un pequeño número, las poseerán todos... Por la libertad económica unida a la instrucción perfectamente generalizada, se dará el golpe mortal a los tiranos grandes o pequeños...» (H. H. Duncan. *A plea for anarchist-communism*, pág. 11).

«En el curso de los siglos la ciencia ha multiplicando sus descubrimientos, y no pudiendo negarlos las religiones, se vieron obligadas a modificar sus absurdos artículos de fe... Hoy la ciencia ha vencido. La fe, columna de base de barro, con sus dioses... ha muerto. La luz y la verdad hacen desaparecer las tinieblas del Absurdo... Las conquistas de la ciencia no se detendrán... En todos los sillones universitarios del mundo se rinde tributo al culto racional de la eterna naturaleza viviente... Y concluyendo, diré con un escritor francés: ustedes, teólogos, ustedes, sacerdotes de no importa la iglesia, ustedes, sostenedores de la fe en lo sobrenatural, en el absurdo elevado al estado de dogma, pueden aún durante algún tiempo dificultar la difusión de la instrucción entre el pueblo, pero no está ya en su poder el anularla...» (Eduardo Milano. *Primer paso hacia la anarquía*, págs. 74, 75, 79).

«Las escuelas públicas sostenidas por la iniciativa de las asociaciones consagradas a la enseñanza, son un verdadero resumen enciclopédico de todos los conocimientos humanos. Los elementos necesarios a la enseñanza, actualmente reunidos, permiten a los niños adquirir los conocimientos jugando y sin restringir sus libertades ni desviar sus inclinaciones a los movimientos espontáneos de su naturaleza... El niño pasa de uno a otro ejercicio siempre contento y siempre aprendiendo... El objeto de estas escuelas no es la formación de sabios enciclopedistas, cosa, por otra parte, imposible, dado el gran desarrollo que han alcanzado las ciencias. El plan de enseñanza no tiene otro objeto que dar a conocer a todos los hombres los principios generales de las artes, de las industrias y de las ciencias, porque de este modo cada uno puede libremente manifestar sus inclinaciones y consagrarse a la especialidad más en armonía con su temperamento, su carácter y sus aficiones. El discípulo no ignora nada de lo

que puede interesarle, todos los órdenes de conocimientos le son comunes, y de este modo puede elegir concienzudamente su profesión, a fin de entrar en el concierto social como miembro útil a sí mismo y a sus semejantes...» (Ricardo Mella. *La Nueva Utopía*, págs. 206, 207-208. *Segundo Certamen Socialista*).

Aquí también, las doctrinas que los adeptos encuentran buenas para aceptarlas, confirman las deducciones del método positivo. Las citas que se acaban de leer demuestran claramente que los teóricos del socialismo-anarquista proclaman la necesidad de la instrucción para todos, aconsejan a cada uno se instruya lo mejor posible, reclaman para todos la instrucción integral.

En resumen, sea que procedamos por el examen de las doctrinas, sea que lo deduzcamos de la existencia de los caracteres predeterminados de la mentalidad anarquista, sea que se observe directamente en los individuos, siempre la característica «curiosidad de conocer» se revela como formando parte integrante de la mentalidad socialista-anarquista.

Todos estos procedimientos, tanto racionales como de observación, se confirman mutuamente; por consiguiente, permiten afirmar la real existencia de este carácter psíquico.

Consiguientemente, los caracteres mentales específicos de la mentalidad socialista-anarquista, son: 1°. *Espíritu de rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al Yo o individualismo*; 4°. *Amor a los demás o Altruismo*; 5°. *Sensibilidad*; 6°. *Sentimiento de justicia*; 7°. *Sentido de la lógica*; 8°. *Curiosidad de conocer*.

El socialista-anarquista es un individuo *rebelle, libertario, individualista, altruista, sensitivo y sensible, sediento de justicia, algo lógico, curioso*.

CAPÍTULO IX

DEL ESPÍRITU DEL PROSELITISMO²³

El socialista-anarquista está dotado del espíritu de rebeldía y, por consiguiente, posee tendencias a la combatividad. Le gusta examinar, criticar las cosas, los seres, los actos; tiene el espíritu de oposición. Esta tendencia a la rebeldía, junta a los otros caracteres psíquicos predeterminados, obliga al anarquista a reaccionar cada vez que su libertad, su yo, su altruismo y su sentimiento de justicia se ven lesionados. Por lo general esta reacción está en proporción con la lesión; pero sea lo que sea, protesta, resiste poco o mucho, porque no puede dejar de resistir y de protestar. A cada lesión de la integridad de su yo, reacciona necesariamente, a fin de conservar esta integridad, obligatoria para él.

Dado su tendencia a la rebeldía, el socialista-anarquista es un combatiente, no puede dejar de serlo, porque sería contrario a la razón.

Una serie de razonamientos, más o menos lógicamente eslabonados, conducen el individuo a la adopción de las doctrinas socialistas-anarquistas que son para él la representación de la verdad. Su convicción es profunda; fuera de esta verdad está el error; únicamente la Idea es la verdad, justa la Causa. -Buen número de socialistas-anarquistas emplean los términos la *Idea* y

²³ Un fragmento de este capítulo se publicó en la *Société Nouvelle*, París.

la *Causa* para designar la doctrina socialista-anarquista-. El adepto está convencido de que el ideal socialista-anarquista es el único que confirma la bondad, lo bello y lo justo. Más aún, para él, es lo bueno, lo bello y lo justo.

En posesión de la verdad, gracias a su amor hacia los demás, el partidario de las doctrinas de los Lum, Most, Molinari, Faure, etc., quiere hacer conocer esta verdad a los demás hombres, porque sufre al ver que están sumidos en el error. Desde el día que adquiere la convicción de que posee la verdad, su altruismo hace germinar en su encéfalo la idea de propagarla.

Poco a poco, por una especie de auto-sugestión, esta verdad y su expansión son sus únicos objetivos. Halla placer en reseñar -y aquí hallamos una causa más que añadir al desarrollo de la curiosidad de conocer- la verdad que para él es evidentísima. Tiene la idea fija de difundirla y pronto esta idea fija se transforma en una fe ardiente, en aquella fe que levanta las montañas.

El socialista-anarquista propaga en todos los sitios donde se halle: en el taller como en los salones, en la mesa y ante el tribunal, en la cárcel o en libertad. Habla en las reuniones, escribe en los periódicos, discute en los grupos, publica folletos, proclamas, anuncios, libros y revistas. Hasta emplea todas sus fuerzas para obrar con el ejemplo. Es, en una palabra, el verdadero apóstol de una doctrina, nueva o antigua, buena o mala, esto importa poco.

No le basta decir la verdad, le es necesario convencer a sus auditores, precisa que los profanos acepten la buena nueva. La propagación de la Idea es el objetivo del anarquismo. Su combatividad se resuelve en proselitismo, y para esto posee un celo ardiente.

Y cuando ha logrado que los demás piensen como él, acepten su verdad, experimenta un placer inmenso. Ha hecho prosélitos, y su amor a los demás, su sentimiento de justicia, su sentido de la lógica y sus tendencias combativas se hallan satisfechos. Esta satisfacción de la mayor parte de los constituyentes de su carácter, se desarrolla en la satisfacción del yo, feliz de ver satisfechos sus deseos y sus tendencias.

Hacer prosélitos es, por consiguiente, un placer para el anarquista. Para propagar la idea arrostra la cárcel, el presidio, hasta la muerte, puesto que todo lo que sufrirá por la Idea será para él un placer.

De la existencia de los caracteres psíquicos predeterminados en la mentalidad específica del socialista-anarquista, podía preverse con la simple lectura de los folletos de propaganda o de los periódicos. Unos y otros están fuertemente impregnados de ardor proselitico. En apoyo citamos los párrafos siguientes:

«A pesar de todas las mordazas, la palabra de la verdad se oír en toda la tierra y los hombres se estremecerán de gozo ante sus acentos, se levantarán al oír el grito de libertad, para ser los obreros de su felicidad. Por esto somos fuertes, aun en nuestra misma debilidad, pues sea lo que sea de nosotros, venceremos. Nuestra esclavitud enseña a los hombres que tienen derecho a la rebeldía, nuestro encarcelamiento que tienen derecho a la libertad, y, por nuestra muerte, aprenden que tienen derecho a la vida. Cuando dentro de poco volvamos a la cárcel y ustedes al seno de sus familias, los espíritus superficiales pensarán que nosotros somos los vencidos. ¡Error! Nosotros somos los hombres del porvenir y ustedes los del pasado. Nosotros somos el mañana y ustedes el ayer. Y no está en el poder de nadie impedir que el minuto que transcurre nos acerque al mañana y nos aleje del pasado. El pasado siempre quiso cerrar el camino al mañana y siempre ha sido vencido a pesar de su aparente victoria, pues el tiempo que ha empleado en vencer lo ha acercado a su derrota. Fue el pasado quien hizo beber la cicuta a Sócrates, hecho abjurar a Galileo entre torturas, quemado a Juan Huss, Esteban Dolet, Guillermo de Praga, Giordano Bruno; quien guillotiné a Hébert, Babeuf, encarceló a Blanqui, fusiló a Flourens y a Ferré. ¿Cómo se llamaron los jueces de Sócrates y de Galileo, los de Huss

y de Guillermo de Praga, de Giordano Bruno, de Dolet, de Hébert, Babeuf, Blanqui, Flourens y de Ferré? Nadie lo sabe; representan el pasado, estaban ya muertos en vida. Ni siquiera han tenido la gloria de Eróstrato, mientras que Sócrates es eterno, que Galileo se mantiene aún en pie, que Juan Huss existe, que Guillermo de Praga, Giordano Bruno, Esteban Dolet, Babeuf, Blanqui, Flourens y Ferré viven aún. Por esto nosotros seremos felices en nuestra desdicha, triunfantes en nuestra miseria, vencedores en medio de nuestra derrota. Seremos felices, suceda lo que nos suceda, pues estamos seguros que al soplo de la Idea renovadora otros seres alcanzarán la verdad, otros hombres emprenderán nuestra interrumpida obra y la llevarán a feliz término...» (*Declaraciones de Étievant*, págs. 27-28).

«¡La mayoría!... esto nada prueba. Cuando Galileo afirmó el primero el movimiento de la tierra, la mayoría, la generalidad de su siglo estaba en contra suya. Hoy está admitido por todo el mundo que sólo él tenía razón contra todos. Nosotros también tenemos razón contra la mayoría, y a fuerza de propaganda nosotros probaremos a esta mayoría que no tiene razón. Principiamos ya a probarlo; fíjense tan sólo en el progreso que ha hecho la idea anarquista desde hace veinte años... Yo quisiera tener la influencia que me atribuyen. Iría de pueblo en pueblo a sembrar la rebeldía y pronto habría echado a rodar por los suelos la sociedad actual y hecho florecer la ANARQUÍA». (*Respuesta de A. Tennevin*, al interrogatorio del presidente, pág. 10).

«Así pues, señores, pueden juzgarme según su conciencia les dicte. Sea cual sea su fallo, yo lo acepto. Y si es una condena lo que van a infligirme, acaso más tarde, cuando el eco de estos debates se haya desvanecido, cuando el silencio haya reemplazado este ruido, cuando hayan vuelto al seno de sus familias y de sus trabajos, acaso dirán: «Estos hombres tenían teorías extrañas, estos hombres tenían ideas de porvenir muy extraordinarias; pero estos hombres eran sinceros, creían profundamente lo que decían». Además, ¿qué nos importa la prisión? ¿Acaso no estaremos suficientemente pagados de los sufrimientos que nos esperan, cuando las obreras de Viena, nuestras hermanas de trabajo, reunidas en el seno del hogar, en sus conversaciones de sobremesa digan: «Allá abajo sufren los hombres valerosos y llenos de abnegación que nos han ayudado a ganar la hora que nos permite comer juntos». Nuestras hermanas nos enviarán su recuerdo a través de los barrotes de la cárcel, y esto nos dará valor para soportar bravamente nuestra pena sin una queja, sin un desfallecimiento». (Defensa de Pedro Martín. *Proceso de los anarquistas de Viena*, pág. 60. Agosto, 1890).

«Ciertamente que no pediríamos más sino que la evolución de nuestra sociedad se haga de un modo lento, pero continuo, que se operara sin sacudidas; pero esto no depende de nosotros. Nosotros cumplimos nuestra obra de propaganda, sembramos nuestras ideas de renovación: es la gota de agua que se filtra, disuelve los minerales, socava y llega hasta el pie de la montaña. ¿Podemos evitar que la montaña se desplome, rompiendo los puntales que ustedes han colocado para consolidarla?... ¿Acaso no es el deber de los individuos plenamente convencidos de una idea, el propagarla y traducirla en actos? El hombre enteramente enamorado de una verdad, ¿puede dejar de intentar que otros se la acepten y especialmente realizarla conformando sus actos a ella? Y en la verdad actual, ¿acaso no es hacer actos de rebeldía ensayar poner en práctica las ideas nuevas? ¿Cómo se quiere, pues, que los que todo lo han intentado para propagar las ideas nuevas, para hacer comprender los males que se sufren, explicar sus causas, demostrar el remedio, hacer tocar con el dedo los beneficios de una sociedad mejor, cómo puede pretenderse que estos hombres vayan a ponerse a través del camino de los que buscan realizar las ideas que les enseñaron y explicaron?... Nosotros pensamos que en esta revolución la acción anarquista será tanto más eficaz cuanto más nuestras ideas se hayan propagado, cuanto más comprendidas hayan sido, mejor dilucidadas, completamente desembarazadas de todo el fárrago de prejuicios que nos han legado el hábito, la herencia y la educación. Lo que, ante todo, por consiguiente, buscamos, es precisar bien las ideas, extenderlas, agrupar compañeros concientes, evitando toda concesión que pudiera velar un rincón de nuestro ideal... Consideramos que pertenece a la propaganda demostrar a los

individuos que no deben prometer sino lo que pueden cumplir, que una vez comprometidos, es cuestión de honradez cumplir sus promesas. Ciertamente que también es cuestión de luchas contra estas ideas disolventes que hemos señalado más arriba, pero una vez más repito que toca a nuestra propaganda, demostrar los buenos efectos de una inteligencia y de una confianza completa entre los compañeros... En su libro de indiscutible valor, *Bosquejo de una moral sin sanción ni obligación*, Guyau, en un capítulo admirable, desarrolla esta idea: «El que no obra como piensa, piensa incompletamente». Nada más exacto. Cuando se está bien convencido de una idea, es imposible al que la siente dejar de propagarla, no intentar realizarla... por lo demás, si nosotros hacemos propaganda es, precisamente, para hacer entrar nuestras ideas en práctica; pues si éstas fueran inmediatamente realizables, la sola fuerza de las cosas bastaría... En tiempos de revolución, las multitudes dejan atrás a los precursores... Divulguemos, pues, nuestras ideas, expliquémoslas, dilucidémoslas, alambiquémoslas, no temamos mirar la verdad frente a frente. Y esta propaganda, lejos de ahuyentar adherentes a nuestra causa, contribuirá a atraer a todos aquellos que tienen sed de justicia y de libertad». (Juan Grave. *La Sociedad moribunda y la Anarquía*, págs. 126-127-141-144-187-191-195).

«Pero nosotros, anarquistas, no nos separamos nunca del mundo para ir a construir una pequeña iglesia oculta en un vasto desierto. Nuestro terreno de combate es el mundo, y en él permaneceremos para prestar nuestra ayuda allí donde sea necesario. No alimentamos prematuras esperanzas, pero sabemos que nuestros esfuerzos no serán estériles. Muchos ignorantes que actualmente nos anatematizan por amor a la rutina o por simplicidad de alma, acabarán por sumarse a nuestra causa; por un hombre que pueda libremente unírseles, hay centenares que las duras necesidades de la vida les impiden confesar sus opiniones, pero escuchan desde lejos y aman nuestras palabras desde el fondo de sus corazones. Sabemos que defendemos la causa del pobre, del desheredado, del que sufre; buscamos el modo de devolverle la tierra, sus derechos individuales, su confianza en el porvenir, y es natural que nos anime con la mirada y el gesto, aun cuando no esté a nuestro lado...» (Eliseo Reclus. *An Anarchist on anarchy*, pág. 12).

«Pero la Anarquía está procesada, exclama M. Grinnell. Si así es, señor mío, perfectamente bien, pueden condenarme por anarquista. Creo con Buckle, Paine, Jefferson, Emerson, Spencer y diversos otros grandes pensadores de este siglo, que el estado de clases y de castas... es una forma bárbara de organización social... Puede condenarme, honorable juez, pero el mundo sabrá que el año de gracia de 1886, en el Estado de Illinois, fueron condenados a muerte ocho hombres porque creían en un porvenir mejor... Pero además, hay mis ideas. Estas constituyen una parte de mí mismo. Yo no puedo despojarme de ellas, y aunque lo pudiera, yo no lo querría. Si usted piensa que puede destruir estas ideas -que cada día ganan más terreno- enviándonos a la horca; si una vez más quieren condenar a muerte a unos individuos porque dicen la verdad -y les desafío a que demuestren que hemos mentado- si la muerte es la pena impuesta a quienes proclaman la verdad, a este elevado precio la quiero; llamen ya a su verdugo. La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Huss, en Galileo, vive aún; son legión todos los que nos han precedido en este camino. Estamos prontos a seguirles». (Augusto Spies. *Defensa ante el tribunal*, págs. 3-12).

«Comprendo que estoy (o que lo estaré) condenado a muerte simplemente porque soy anarquista y no porque sea un asesino. Jamás he sido esto último. En mi vida he cometido un crimen, pero conozco a un hombre que está en camino de ser un asesino y este hombre es Grinnell -el *attorney* de Estado Grinnell-, porque sostiene la acusación según testimonios que sabe perfectamente que son falsos, y públicamente yo denuncié a M. Grinnell como un asesino si se me ejecuta. Pero si las clases directoras piensan que al ahorcarnos, al ahorcar algunos anarquistas, destruyen la Anarquía, se engañan grandemente, porque los anarquistas aman sus principios con preferencia a su vida. Un anarquista está siempre pronto a morir por sus principios, pero en este caso, estoy acusado de asesino y no lo soy... Cuanto más perseguidos se vean los creyentes en una causa justa, más rápidamente se realizarán sus ideas. Por de

pronto, al pronunciar un veredicto tan bárbaro e injusto, los doce «honorables» hombres que se sientan en los bancos del jurado, han hecho más por la propaganda del anarquismo que lo que hubieran podido hacer todos los convencidos de una generación. Este veredicto es la condena de muerte de la libertad de hablar, de la libertad de imprenta, de la libertad de pensar en este país; el pueblo se hará perfectamente cargo de esta verdad. Esto es lo que tengo que decir». (Adolfo Fischer. *Defensa ante el tribunal*, págs. 20-21. *Los mártires de Chicago*).

«Nosotros nos preocupamos mucho de todos los problemas de la vida social, a causa de su interés científico, porque esperando ver realizada la Anarquía; queremos ayudar la organización de la Sociedad nueva... Combatimos por la Anarquía y el Socialismo, porque creemos que ambos deben efectuarse lo más pronto posible, lo cual quiere decir que la Revolución debe abolir el gobierno, abolir la propiedad particular y asegurar todos los servicios públicos que, en este caso, abarcarían toda la vida social, toda la obra espontánea, libre, no oficial, no autorizada, de todos los intereses y de todas las buenas voluntades... Sea lo que sea, nosotros tendremos alguna influencia sobre los acontecimientos, influencia que dependerá de nuestro número, de nuestra energía, de nuestra intransigencia. Y aunque resultáramos víctimas, nuestra obra no habría sido vana; cuanto más ardientes hayamos sido reclamando la realización de nuestros deseos, menor será la cantidad de gobierno y de propiedad individual en la nueva sociedad. Y nosotros habremos efectuado labor grande, porque el progreso humano se mide por la aminoración del gobierno y la disminución de la propiedad privada. Si hoy caemos sin arrastrar en pos nuestra bandera, podemos estar seguros mañana de la victoria». (Enrique Malatesta. *La Anarquía*, págs. 47-58-59).

«Yo y mis compañeros hemos estado en la cárcel, es verdad; pero hemos ido por la justicia de nuestra causa, puede que vayamos de nuevo y tal vez nos suceda algo peor, pero será para el bien de todos, será por haber querido destruir tanta injusticia y tanta miseria...» (Enrique Malatesta. *Entre campesinos*, pág. 4).

Visiblemente estos extractos están impregnados de un poderoso soplo de proselitismo. ¡Cuántos párrafos análogos hubiéramos podido citar!

Los teóricos del socialismo anarquista se consagran a desarrollar el espíritu de proselitismo en sus discípulos. Buscan convencer, y una vez la convicción obtenida, inspirar la fe en la realización de sus ideales. En cuanto sus adeptos poseen esta fe, el deseo de propaganda y el acto de propaganda vienen consiguientemente. El espíritu de proselitismo se desarrolla por ejercicio como todas las demás funciones, como todos los caracteres. Entonces, en ciertos individuos, el desarrollo de este carácter conduce a una verdadera hipertrofia, es decir, que el espíritu de proselitismo adquiere un desarrollo anormal, el hombre llega a una especie de manía proselitica. Podremos observarlo estudiando el estado psíquico de los propagandistas por la violencia.²⁴

El adepto de las doctrinas anarquistas, es decir, el individuo que encuentra justas y verdaderas las que encierran las precedentes citas, es necesariamente poseedor en su mentalidad del carácter «espíritu de proselitismo», que sólo en algunos alcanza el estado de hiperestesia de que hemos hablado.

Racionalmente, pues, el socialista-anarquista está afectado del ardor de hacer prosélitos.

El análisis de las confesiones que se nos enviaron, ¿conduce a la misma conclusión? Vamos a observarlo en los siguientes extractos:

²⁴ Estudio que formará parte de un libro sobre los anarquistas criminales, tributo de la criminología política.

«Es de absoluta necesidad que les diga que, dotado de un natural expansivo, y hasta, si debo creer mis propias observaciones y especialmente las que han efectuado los que conmigo viven desde hace mucho tiempo, tengo una naturaleza de misionero...» (T. D. M. 28).

«Si la vida fuera un absurdo, la filosofía de la nada sería, acaso, la verdad; pero ya que la vida es la vida, entonces todo para la realización de la Anarquía...» (A. Veidaux).

«Me consagré por entero a la Anarquía; he pagado bien caro mi temeridad; mi camino de Damas no ha sido ornado de flores, pero mi conciencia no me reprocha nada, y así mucho tiempo...» (K. 11).

«Estoy convencido de que me hallo dentro de la verdad siendo anarquista, por esto soy dichoso. Busco hacer conocer esta verdad al mayor número posible de personas... En mi clientela, no dejo escapar ninguna ocasión de propagar la buena nueva...» (Dr. H. 6).

«... En fin, ¿qué hombre honrado osaría arrojar la primera piedra, si estuviera seguro de que ha trabajado (los medios se justifican por su objetivo y valen por su eficacia inmediata o lejana) para la realización de este sueño, consistente en llegar, no a amar a todo el mundo, sino a disminuir los motivos que se tienen para detestar y faltarse mutuamente?» (B. 2).

«Encuentro placer en discutir sobre las teorías anarquistas. Cuando un compañero me pide le preste un folleto, estoy contento, y en las conversaciones de taller intento convencer a los camaradas de que estoy dentro de la verdad. ¡Sería tan dichoso si viera realizada la Anarquía!» (D. 3).

«Respeto la revolución que en esta calidad de anarquista deseo y por la cual quiero trabajar, es una revolución de ideas y no, fíjense bien, una revolución de hechos. Considero que no es suficiente combatir las modalidades de todas las ficciones que, reunidas, forman este estado exterior al individuo que lo oprime, pero sí que es necesario combatir los principios sobre que descansan estas ficciones...» (Bernard Lazare).

«Fue para manifestar mi opinión que yo escribía en las jóvenes revistas. Grave me pidió la autorización para reproducir mi prosa, y pronto fui colaborador asiduo de la *Révolution*». (L. Malquin).

«Usted quiere pedir a los que vinieron al campo anarquista el camino que les condujo, y para atender su invitación, como por el *interés de esta información*, intentaré vencer esta antigua repugnancia (timidez, orgullo) que siento al ocuparme de mí mismo...» (Ph. D. 4).

«Tocante a los medios de hacerla triunfar, rechazo la propaganda por el hecho, por ser contraria a la naturaleza de toda verdadera evolución. La sociedad debe reformarse, como se reforma el individuo, y este método, que es el más lento, es el único que puede realizar completamente la obra cuya necesidad todos vemos. Los actos violentos sólo deben considerarse como síntomas de un estado malo, y yo creo que este estado soporta toda la responsabilidad. Pero el encadenamiento de las cosas, en el que tengo confianza, demostrará que hay mucho a hacer para poder fundar lo que será un hecho...» (M. Pujo).

«Me apresuro a responder desde el momento que puede ser de alguna utilidad. Sin embargo, me es difícil exponer todos los hechos que, será directamente, sea de una manera refleja, han obrado sobre mi intelecto y determinado la evolución de mis ideas; esto sería contarle toda mi historia. Me limitaré a citar algunos puntos principales que pueden ser materia para su estudio. A los diez años -¡no se ría!- yo era bonapartista. En la escuela primaria del pequeño rincón de provincia donde habitaba, atrapé muchos castigos por defender al autor de mis días, un bonapartista convencido, contra los ataques de algunos chiquillos de mi edad cuyos padres

se convertían a la fe republicana. No sé cuales argumentos juiciosos oponía a los argumentos no menos juiciosos de mis jóvenes adversarios... El regimiento fue para mí la escuela del antipatriotismo... Al salir del presidio militar, donde, no obstante, gracias a ciertas aptitudes, pasé una existencia relativamente soportable, me convertí en un militante del partido socialista revolucionario; para precisar más, pertenecía a la fracción llamada alemanista, a la cual aún estoy ligado bajo ciertos aspectos, luchando por el partido socialista-revolucionario...» (S. 1).

«Uno de mis mayores placeres es la discusión; alcanza su máximo cuando logro convencer a mi interlocutor. Es para mí una satisfacción que no puedo describirle, cuando he logrado hacer participar razonablemente a una o más personas mi modo de ver, es decir, adoptar lo que considero verdad...» (O. 7).

«Aquel día fui dichoso, como el hombre que se ha desembarazado de un gran peso, y desde aquel momento me dediqué a enseñar mis convicciones a varios amigos que entonces tenía, teniendo la suerte de convencer a dos o tres de ellos. Los demás me las rechazaron y nuestras relaciones se han ido enfriando gradualmente». (P. 10).

«Antes de entrar en el hospital era anarquista teórico, al salir fui el militante que creo no haber dejado de ser desde entonces...» (A. Retté).

«Qué más podré decirle, querido colega, sino que, penetrado de la verdad, de la grandeza, de la nobleza de la idea anarquista, la amo hasta el punto de sufrir cruelmente cuando veo desconocerla, y a la que sacrifico mi tranquilidad, mis relaciones de familia y muchas simpatías que antes me eran muy caras...» (Séverin L.).

«Puede hacer de esta carta (disculpando su rapidez y poca propiedad) el uso que le convenga; estoy orgulloso de mis convicciones y no quiero ocultarlas...» (J. 5).

«Soy anarquista porque declaro la guerra a este estado de cosas, sí, una guerra sin cuartel. Creo en la fuerza y quisiera servirme de ella para anticipar el mañana... Quiero hacer lo que pueda para ayudar a propagar la causa que arraiga en mi corazón; a este fin escribiré una serie de folletos sobre la doctrina y las enseñanzas de la Anarquía, si hay alguien que quiera publicarlos. Tengo listo para entregar a la imprenta un folleto, titulado *Anarquía, lo que es, lo que enseña*. Es un folleto de unas 16 páginas...» (T. W. B. Turner).

«Evolucioné gradualmente desde el salvationismo al radicalismo y a la Social-Democracia; abandoné esta última a causa de mi abstención del parlamentarismo. Entonces, viendo de qué modo la policía perseguía a los anarquistas, consideré que mi deber era ayudarles. Arrestado por un insulto a la familia real, me arrojé de pleno dentro del movimiento». (Ernesto Young).

«Desde mi infancia he tomado parte activa en uno u otro movimiento para la disminución o curación del sufrimiento humano... He gastado la mayor parte de mi vida estudiando y enseñando la teoría de *Kindergarten* (jardines para niños) que, según mi modo de ver, es esencialmente anarquista en métodos y principios... » (H. 12).

«Durante algún tiempo estuve afiliado al partido social-demócrata. Después de haber trabajado durante dos años en un partido...» (F. W. 8).

«Me afilié a la S. D. F. en 1886, año famoso por sus disturbios. En aquella época, en la Federación se hablaba y trabajaba por la Revolución social... Luego fui anarquista convencido y presté la ayuda que pude al movimiento...» (A. M. 27).

«Llegué a la conclusión de que la Anarquía era deseable... que al fin se realizaría, pero que los tiempos no estaban maduros para propagarla. Durante algún tiempo me quedé satisfecho con

esta conclusión... Al fin me convencí de que era nueva superstición y entonces me volví realmente anarquista...» (G. R. 22).

«Creo y enseño en la medida de mis fuerzas que todo gobierno es fatalmente bárbaro...» (J. C. Kenworthy).

«No tan sólo sería una esclava y una cobarde, sino una traidora a mí misma y a mis compañeros de trabajo, si no ayudara en todo lo que fuera capaz a los trabajadores en un movimiento que considero es la única esperanza, para una pronta desaparición de todos nuestros males...» (N. W. 19).

«Soy anarquista porque estoy disgustado del presente estado social y pienso que es ocasión de hacer algo para traer un mejor estado de cosas...» (William Reckie).

«Es (el anarquismo) un ideal que merece combatir por... Poco después fui un concurrente asiduo a los mitins y me volví socialista. Pero pronto vi que los políticos y los anarquistas eran irreconciliables, dando por resultado que abandonara al socialismo y me uniera a media docena de anarquistas cuya formación en grupo nadie ha lamentado...» (Jorge Robertson).

«Durante quince años milité en lo que en América se llama Labour Movement... Después de algunos años de experiencia descubrí que las Trade-Unions eran una equivocación para resolver el problema en cuestión. Poseyendo una naturaleza progresiva, busqué, naturalmente, algo más en armonía con el progreso, como generalmente obra todo el mundo en mi situación, y adopté el socialismo de Estado... Soy anarquista-comunista y continuaré en el porvenir como he hecho en el pasado, obrando dentro de mi humilde esfera por la causa... Por ella trabajaré hasta que la muerte me elimine del activo campo de trabajo...» (O. P. Smith).

«Durante algunos años luché por extender los Factory Acts en los almacenes. Durante la agitación fui diferentes veces arrestado y encarcelado...» (J. Tochatti).²⁵

«Después de un estudio de la cuestión, me parecieron tan grandes los peligros de una burocracia tan extensa que durante mucho tiempo defendí el anarquismo individualista...» (A. Z. 23).

«Me volví anarquista después de haber pasado por los diversos movimientos políticos, Independent Labour y socialismo de Estado inclusive...» (D. K. C. M. 17).

«Los artículos (*Freiheit*, de Johann Most) de esta época, escritos entre los muros de una cárcel, fueron la prueba de su gradual desarrollo, y como llegué a estar íntimamente unido al órgano de este tiempo, hablo de mi propio desarrollo cuando menciono otros nombres de compañeros con los cuales trabajé por nuestra causa...» (G. H. 13).

«El movimiento de las Trade Unions, al que me adherí en aquella época, prometía eliminar la miseria económica, mientras que el partido social-demócrata, del que fui miembro activo, me parecía el verdadero evangelio. A este último partido estuve unido unos cinco años y durante la borrasca de la lucha política, constantemente en peligro de ser perseguido por el crimen de distribución de folletos, por formar parte de sociedades secretas, etc. (era en tiempos de la ley antisocialista, en Alemania)». (O. Gutzkow).

«El primer dinero que gané lo gasté para entrar en la organización llamada Caballeros del Trabajo... En aquella época sobrevinieron las bombas de Chicago-Haymarket y el célebre

²⁵ J. Tochatti es redactor en jefe y propietario del *Liberty*, periódico comunista-anarquista que se publica mensualmente en Londres.

proceso comenzó. Al principio lo seguí con curiosidad, después con impaciencia y cólera contra aquellos asesinos legales, y cuando la horrible sentencia se ejecutó, me juré a mí mismo defender la causa de aquellos ahorcados... Principié a tomar parte en los debates públicos sobre esta cuestión, di conferencias y escribí artículos en diferentes periódicos, en una palabra, desde entonces el anarquismo ha sido la mejor parte de mi vida... Pronto volveré a América por ser mi presencia allí de más utilidad que en Inglaterra para la preparación de nuestras ideas, y de este modo espero continuar mientras mis fuerzas y medios me lo permitan». (R. F. 24.)

«Estaba ya preparado. Entonces el movimiento socialista holandés hacía grandes progresos en 1887-88. Fui social-demócrata y miembro activo del partido...» (Methoffer).

«Hasta Septiembre de 1893 yo no encontré (en el Canadá) iniciados, pero sí adversarios; de todos modos, puedo decir que los canadienses son menos refractarios a las ideas libertarias, aunque estén bajo el yugo inglés y se den atracones de Dios, que los americanos que aquí se encuentran como en su centro». (A. B. G. 21).

«Una discusión con un anarquista me abrió los ojos. Habiendo encontrado justo su razonamiento, me colé entre las filas de los que combaten en la vanguardia y rudamente por la desaparición de las iniquidades sociales». (Lidée).

«El compañero al cual ha dirigido sus preguntas, me las traslada rogándome las conteste, y lo efectúo gustoso si esto puede ser de alguna utilidad a la causa... Algo más tarde, la bella declaración de Emilio Henry me confirmó en mis convicciones nacientes y me dio el entusiasmo con el cual no cesaré de combatir por nuestra causa... Suiza no debe quedarse atrás en el concierto universal de las reivindicaciones anarquistas. La prensa burguesa pretende que nuestro país es una «tierra demasiado hospitalaria para los *revolucionarios extranjeros*, pero que no suministra elementos a la Revolución...». Nosotros probaremos lo contrario. En ello emplearé todas mis fuerzas...» (E. D. H. 25).

«Que este pequeño trabajo será anónimo o firmado, me es indiferente, mientras la causa gane con ello; pero debo decir una cosa: mi nombre puede ser útil en el sentido que es necesario se publiquen nombres suizos...» (A. Nicolet).

«Me volví anarquista amando los nihilistas rusos, cuya aureola de mártires envidiaba, al ver el sacrificio de sus vidas en aras de una idea grandiosa. Tenía apenas cuatro años, cuando al contarme mi madre los sufrimientos y el martirio de Jesús, me imaginaba ser contemporáneo de aquellos sucesos y soñaba con ser un redentor y hacer desaparecer de la tierra a sus verdugos los judíos... Al leer los relatos de las penas sufridas por los cristianos de Roma y de otras partes, me entraba el deseo de emplear mi vida extendiendo la fe, y me era grato el pensamiento de morir en la hoguera o ser devorado por las bestias feroces... En 1889, en París, donde principié a estudiar medicina, abarqué el estudio de la literatura anarquista y fui yo mismo un anarquista decidido». (S. P. 29).

«En el mes de Septiembre de 1889 fundé... la hoja socialista, en lengua eslava, *Delavski List* (hoja obrera)... Fui delegado para la organización de la manifestación del 1° de Mayo... Pasado éste, el redactor del *Sentinelles* me pidió mi discurso (hablé en italiano), se lo di, pero en la inserción fue desnaturalizado... En el mes de Noviembre de 1890, me declaré públicamente anarquista, en el curso de las conferencias que dio Sebastián Faure. La policía me amenazó con la expulsión, y en Diciembre partí para América del Norte...» (A. Klemencic).

«Mi conciencia me respondió... cesa tu lucha, deja la pirámide, e invita a los demás a abandonar su puesto de guerra «de cada uno para sí» y aporta tus esfuerzos a los de los que quieren crear un ambiente de iguales trabajando para el bienestar común de los hombres». (G. P. 20).

«Poco a poco volví a frecuentar los amigos entre el pueblo y los obreros. A los 18 años entré en una asociación republicana mazzinista. En las reuniones se hablaba siempre de la república, del fin de la monarquía, de Trento y Trieste... que de ningún modo me hacía sentir esta gran fe que cuando joven sentía por la patria, y especialmente por la religión... A menudo había oído hablar de la F. M. Muchos de mis amigos formaban parte de ella... Se me hizo comprender que era una sociedad secreta universal que trabajaba para que la humanidad marchara siempre hacia un progreso ilimitado. Me entusiasmé con estas narraciones... Se me propuso y fui admitido en la F. M. Me creí miembro de una sociedad que consideraba poderosa y trabajando por el bienestar de todo el mundo... Estaba entusiasmado y orgulloso de ser aprendiz... No obstante, aún siendo miembro de la F. M. continué frecuentando las reuniones republicanas, donde a menudo se producían escisiones... Decidimos marchar (por Bosnia contra Austria). Yo iba contento, no por hacer la guerra a Austria, sino por llevar mi débil ayuda a un pueblo que se insurreccionaba por el mantenimiento de su propia libertad... Sólo tenía una idea, hacer propaganda. Tenía ya hijos, y los negocios no iban del todo mal, pero no podía vivir en un ambiente en que no podía propagar. Aproveché los sucesos de Egipto en 1882 para abandonarlo y fijar mi residencia en Liorna. Tan pronto llegué, me puse en relación con todos los compañeros entonces conocidos. Sentía una fiebre que sólo se calmaba con una propaganda continua, a la que dedicaba todos mis medios y todo mi tiempo. ¡Qué felices tiempos aquellos! Entonces propagábamos con un ardor de apóstoles. La policía comenzó a atormentarnos, a procesarnos, recoger nuestros periódicos y encarcelarnos, pero no importaba; se afrontaban las persecuciones con la misma serenidad de los mártires cristianos. ¡Mi nueva religión era mi vida!...» (A. N. 16).

«Poco tiempo después de 1887, junto con algunos jóvenes de las mismas ideas mías, formamos un círculo socialista que a poco se convirtió en anarquista...» (Z. B. 26).

«Era republicano y gozaba oyendo hablar a los republicanos de derechos y deberes, y en todas partes donde iba entablaba discusiones sobre los derechos que da la república y sus libertades». (Francisco Freixas).

«Pronto me convencí de que la Anarquía era la verdad. Desde entonces la defiendo como la defenderé con energía mientras yo viva». (Palmiro).

«Era yo miembro de la Internacional de los Trabajadores... No deseo guardar el anonimato; siempre he dicho muy alto que soy anarquista...» (Cecilio Fernández Zamorano).

«Me es indiferente que mi respuesta sea anónima o no; si para el mayor beneficio de la Idea es necesario que no sea anónima, entonces, publique mi nombre». (Mariano Lafarga).²⁶

«Amante de acelerar, siquiera de un minuto, el reino de la justicia en este mundo, respondo a las preguntas del señor Hamon». (Ignacio Jaquetti).

«No deseo guardar el anonimato; declaro siempre mis convicciones». (Joaquín Luís Olbés).

«Deseo que mi respuesta sea pública...» (Jacinto Melich).²⁷

«A la edad de quince años era miembro de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y comprendí que todos somos hermanos, que la esclavitud proviene de la existencia del gobierno, del capital, del catolicismo y de las fronteras... Cuando la burguesía asesinó a siete de nuestros compañeros en Jerez (1885), me volví más activo en la propaganda, porque me sublevó la injusticia que se había cometido y por las persecuciones de que fuimos objeto... Me rebelo

²⁶ Agustín Sinéris, en su respuesta, se expresa del mismo modo.

²⁷ J. E. Martí, José Prat y C. Oller, se expresaron del mismo modo en sus respuestas.

contra el existente orden de cosas, y daré hasta mi última gota de sangre por la salud de la humanidad...²⁸ No quiero que mi respuesta sea anónima». (Juan F. Lamela).

«No tengo ningún inconveniente, cada vez que mi palabra o escrito puedan ser útiles a la causa que defiendo, en que se sepa que combato a esta sociedad injusta y desigual». (Manuel Recober).

«Al propio tiempo (en su juventud) colaboraba en los periódicos de las asociaciones obreras socialistas al lado de un primo mío, que pasaba entonces por ser la inteligencia más lúcida y más adelantada del movimiento socialista en el Norte del país... Siguiendo el camino emprendido, dos años más tarde (1886), mis escritos muestran una acentuada tendencia hacia el comunismo-anarquista... Dominado por la voluntad de desarrollar y propagar las doctrinas comunistas-anarquistas, cuya sublimidad se había apoderado de mi espíritu... ensayé traducir y adaptar el manifiesto de Madrid a la organización naciente de Porto; esto constituyó su primer manifiesto, publicado en el número programa del primer periódico comunista-anarquista portugués, *La Revolução Social*. En Enero comenzó su publicación regular, y diversas circunstancias permitieron que yo tomara el principal y luego el único papel. Esta publicación duró 48 números, hasta Enero de 1891... A pesar de que me dedicaba por completo a la vulgarización de estas doctrinas... Obligado a suspender la publicación de *La Revolução Social*, comencé la publicación de una serie de folletos...» (Gonçalves Vianna).

Algunos de los socialistas-anarquistas que nos respondieron, no notaron su celo proselitico, cuando, en realidad, existe en ellos. Podemos verlo en W. D. 30, H. Campbell, A. Agresti, expulsado de Francia y de Bélgica por propagandista. La profesión de Van Ornum, autor de obras de propaganda, es una prueba del espíritu de proselitismo.

A cada línea de las confesiones se evidencia claramente el deseo de propagar. Todo el esfuerzo de que son capaces, tiende a este objetivo: hacer prosélitos.

El espíritu de proselitismo es tal vez el carácter más acentuado de la mentalidad anarquista, lo que prueba la fe del anarquista en la verdad de la doctrina que profesa.

La lectura de las hojas anarquistas de todos los países donde se publican es, en este caso, de lo más luminoso.²⁹ Una suscripción permanente está abierta para la propaganda³⁰ y cada anarquista contribuye con su óbolo. Muchos se privan de lo más necesario para contribuir a ella. Para crear un periódico, una revista, para distribuir una proclama, editar un folleto,³¹ lleva sus

²⁸ Lamela es el hermano de uno de los agarrotados en Jerez. Esta frase enérgica no es, pues, una simple fórmula.

²⁹ He aquí algunas notas interesantes. En el *Révolté* de 1884, por ejemplo, se lee a menudo lo siguiente: «Advertimos a nuestros amigos de los grupos anarquistas, que tenemos a su disposición algunos viejos ejemplares del *Révolté* para la propaganda, a condición de que nos reembolsen los gastos de envío». En el *Corsario* de 1895 (Coruña), leímos que se había celebrado la unión libre del compañero Figuerola con la compañera Ruiz. «El acto es de gran interés para la propaganda», agregaba; se celebró una fiesta que terminó con una colecta a favor de los presos. En el *Réveil des Mineurs* de Enero de 1892, hallamos esta nota: «Nuestros lectores nos ayudarían mucho si nos enviaran direcciones de compañeros, a los cuales pudiéramos mandar algunos periódicos». Y ésta: «Desde que publicamos el *Réveil*, hemos distribuido gratuitamente más de 5000 ejemplares». Y esta otra: «Creemos sería deseable que, ya que Merlino habla diferentes idiomas, hiciera una excursión de propaganda en los centros mineros, lo que daría excelentes resultados».

³⁰ Hay también en estos periódicos suscripciones permanentes para los presos, para sus familias y las de los ejecutados, que ellos llaman asesinados. También las hay para la publicación de folletos, pasquines y manifiestos. Algunos periódicos, como, por ejemplo, la *Nueva Idea*, que se publicaba en Gracia (Barcelona), y el *Perseguido*, de Buenos Aires, llevan la inscripción: «se publica por suscripción voluntaria: sale cuando puede».

³¹ Los autores no perciben nada por la venta de sus folletos; algunos se han vendido con una tirada de 30.000 ejemplares. En España hemos notado folletos vendidos a beneficio de los presos y el precio lo fijaba la voluntad de

contadísimas joyas, hasta sus libros, a empeñar; se vestirán mal él y los suyos, comerán pésimamente, pero la propaganda se hará.

Como ha hecho notar Félix Dubois en el *Peligro anarquista*, «el anarquista despliega en la propaganda una ingeniosidad, una tenacidad y una audacia, que no se encuentra en los viejos partidos». Los modos de propaganda son múltiples: periódicos, revistas, grabados, canciones, conferencias, folletos, libros, etc.

Un joven anarquista francés me contaba un día que los domingos -durante la semana estaba empleado en una oficina- se iba al campo, lo más lejos posible de la ciudad donde residía. Llevaba consigo folletos de Eliseo Reclus, *A mi hermano el campesino* y los colocaba entre la corteza de los árboles, sobre los montones de piedras, en las ventanas, cuidando siempre de que fueran visibles. Si en el camino encontraba carros, dentro de ellos deslizaba sus folletos. Y por la noche, acabado el paquete, regresaba a su casa, pasando, a veces, por los sitios donde había dejado el papel, para observar si había sido recogido.

Otro francés también no salía nunca de su casa sin llevar consigo ejemplares de la *Révolution*, que abandonaba en los coches, ómnibus y vagones del ferrocarril, en todas partes.

Conozco en Londres algunas jóvenes de posición algo acomodada, que trabajan diariamente en un taller para componer el periódico, y por las mañanas, en invierno, se iban a los *Docks* a distribuir los manifiestos entre los trabajadores.

Son innumerables los hechos análogos que podríamos citar. El proselitismo está tan exacerbado en algunos, que truncan trabajos, citas, falsifican hechos, consciente o inconscientemente, en interés de la propaganda.

Impulsados por su ardor prosélito, los socialistas-anarquistas propagan sin miedo a sufrir por la idea. Por ella rompen relaciones de familia, de amistad; pierden sus empleos, sus medios de vida. En su ardor, afrontan la cárcel, el presidio, hasta la muerte. Todo por la idea, por la causa.

En los años 1890 y 1891 de nuestra *Francia Social y Política*, hemos relatado muchos de estos hechos que prueban su ardor proselitico, esta despreocupación de la miseria, de los sufrimientos físicos y morales que lleva en pos esta propaganda suya sin freno, tan variada, como se manifiesta a cada instante de su vida. Miserias y sufrimientos desaparecen ante el inefable placer de hacer prosélitos.

En resumen, para este nuevo carácter mental, como para los precedentes, los métodos positivo y racional conducen a igual comprobación: existencia del espíritu de proselitismo en el estado psíquico, específico, de los socialistas-anarquistas.

Habiendo llegado, por consiguiente, al término de nuestro análisis psicológico, podemos decir que los caracteres mentales constitutivos de la mentalidad socialista-anarquista, son: 1°. *Espíritu de Rebeldía*; 2°. *Amor a la libertad*; 3°. *Amor al Yo o individualismo*; 4°. *Amor a los demás o altruismo*; 5°. *Sensibilidad*; 6°. *Sentimiento de justicia*; 7°. *Sentido de la lógica*; 8°. *Curiosidad de conocer*; 9°. *Espíritu de proselitismo*.

El socialista-anarquista es, por lo tanto, y definitivamente, un individuo *rebelde, libertario, individualista, altruista, sensitivo, sensible, sediento de justicia, algo lógico, curioso, afectado de proselitismo*.

cada comprador. En folletos publicados en la República Argentina hemos leído: «De cada uno según sus fuerzas», y éste era el único precio del folleto.

CAPÍTULO X

DEL ESTADO MENTAL ESPECÍFICO DE LOS SOCIALISTAS-ANARQUISTAS

«Ya lo sé, la verdad hace sufrir; ver acaso sea morir. Pero no importa, ojo mío, mira». *Guyau*.

Hemos llegado al término de nuestro análisis psicológico. De las numerosas respuestas³² que obtuvimos no se desprende ningún otro carácter. El anarquista posee, por lo tanto, una constitución mental que le es particular y que es un agregado de caracteres psíquicos. Como hemos visto por medio de la observación y racionalmente, estos caracteres son: Espíritu de Rebeldía, Amor a la Libertad, al Yo, a los Demás, Sensibilidad, Sentimiento de justicia, Curiosidad de conocer, Sentido de la lógica y Espíritu de proselitismo.

Cada uno de estos caracteres, aislado, no es de ningún modo específico del estado esencial de los socialistas-anarquistas. Cada uno de ellos se halla en las mentalidades de individuos que de ningún modo son socialistas-anarquistas. Por ejemplo: la tendencia a la rebeldía pertenece a todos los revolucionarios, y se puede ser revolucionario sin tener el ideal social de los Carpenter, Merlino, Bruno Wille, Grave, Mella, etc. Esta tendencia se encuentra en los socialistas-autoritarios, en los imperialistas, en los realistas de Francia, en los liberales rusos, en los republicanos de España y en los radicales ingleses. La tendencia es progresiva en unos, regresiva en otros, pero esto importa poco al caso, bastando saber que la tendencia a la rebeldía existe en estos individuos.

El espíritu de examen y de crítica -derivados morfológicos de la tendencia a la rebeldía- se manifiesta asimismo en la mayor parte de los hombres que se consagran al culto de las ciencias, de la literatura y de las artes.

El espíritu de innovación -otro derivado morfológico- el filoneísmo, existe en todos los cerebros de los socialistas autoritarios, de los inventores, de los descubridores de toda clase, de los artistas, de los literatos originales.

El amor a la Libertad y al Yo se encuentra en todos los artistas que, a menudo, son ardientes individualistas y que quieren la libertad para... ellos. El liberal se afirma amante de la libertad, pero sólo la quiere para él y para algunos pocos, no para todos. El rico, noble o burgués conservador, tiene su intenso amor a su Yo. Sólo sueña con la satisfacción de sus apetitos, apetitos a veces vulgares, cuando no bajos, por usar de calificativos habituales y sin que esto acarree sobre dichos individuos un estigma cualquiera.

El altruismo existe en la mentalidad de los socialistas-autoritarios y de los filántropos.

³² Recibimos cerca de 170 respuestas. Además de las nacionalidades cuyas confesiones hemos dado, las recibimos también de los argentinos, uruguayos y suecos. Damos gracias a todos los que tuvieron a bien ayudarnos en nuestra obra mandándonos respuestas a nuestro cuestionario. Rogamos también nos dispensen los que no vean citadas las suyas. De algunos las recibimos cuando el libro estaba ya terminado. Además, visto el gran número, tuvimos que limitar la cantidad de confesiones empleadas. Las no citadas confirman igualmente el estado de alma que hemos determinado.

La curiosidad de conocer se halla en todos los hombres de ciencia. El espíritu de proselitismo está en la mentalidad de los católicos sinceros y convencidos, de los adeptos de las múltiples sectas de Inglaterra y de Escocia, de los socialistas-autoritarios.

Cada uno de estos caracteres psíquicos que hemos determinado por los métodos positivo y racional, pertenece a individuos que no son socialistas-anarquistas bajo ningún concepto. Pero el conjunto de estos caracteres mentales es constitutivo del estado esencial de los socialistas-anarquistas.

Para ser socialista-anarquista no basta titularse tal o gritar: ¡Viva la Anarquía!

Este grito o el calificativo de anarquista que algunos se arrojan, son solamente el indicio de una rebeldía, de una protesta contra el estado social. El ladrón que los magistrados acaban de condenar, el miserable que la policía detiene brutalmente, también pueden vociferar: ¡viva la Anarquía! Esto no significa de ningún modo que sean anarquistas, en realidad no lo son. Su grito -por el mero hecho de haber sido proferido- no permite clasificarles entre los socialistas-anarquistas.

Para ser socialista-anarquista es necesario ser adepto, en sus líneas generales, en sus principales puntos, de las teorías que han predicado los Eliseo Reclus, Kropotkin, Malatesta, Malato, Guyau, Parsons, Most, Spies, James, Merlino, Faure, R. Mella, etc. El que no tiene con estos teóricos un mismo ideal social y moral -abstracción hecha de los detalles- no puede en justicia llamarse anarquista.

Únicamente los adeptos de estas teorías son anarquistas y solamente éstos poseen el estado de alma que hemos determinado. En su mentalidad poseen todos estos caracteres psíquicos y su agregado constituye la mentalidad filosófica especial a estos adeptos, diferenciándolos de todos los demás sectarios de otras doctrinas.

Aquellos cuyo estado esencial más se acerca al específico de los socialistas-anarquistas, son los socialistas-autoritarios, estadistas o socialistas-demócratas; pero la mentalidad socialista-anarquista se diferencia de la suya porque el amor a la libertad forma parte integrante de ella, mientras que en los socialistas-autoritarios no se encuentra.

El estado psíquico de este modo determinado da el *tipo* del socialista-anarquista. Conviene repetir que este tipo mental es ideal, como lo son todos los tipos que nos dan los naturalistas. No corresponde exactamente a ningún socialista-anarquista en particular, pero corresponde exactamente a todos los socialistas-anarquistas en general.

Cada socialista-anarquista participa de este tipo ideal medio, es decir; que cada individuo que profesa las doctrinas de los Bakunin, Grave, etc., tiene las tendencias constitutivas de este tipo. Estas tendencias están en grados diferentes de desarrollo en cada anarquista. Según sean las demás tendencias psíquicas particulares de los individuos sufren deformaciones. Unas, casi se atrofian; otras se hipertrofian. Las influencias hereditarias, nacionales, profesionales, obran sobre estas tendencias atenuando unas y exacerbando otras. Siempre, no obstante, se encuentran en el socialista-anarquista todas las características mentales que hemos determinado. Las diferenciaciones que existen entre los individuos adeptos de esta doctrina, son puramente de grado, jamás de naturaleza.

Las cualidades mentales varían de intensidad según la nación, la profesión, el individuo. En unos predomina el altruismo, en otros el individualismo. Algunos son, sobre todo, libertarios, mientras que otros son principalmente rebeldes. Cada carácter influye sobre los vecinos y los deforma más o menos.

La pasión -fruto de la sensibilidad- obra sobre el altruismo y la trampa en odio en algunos individuos.

Por esto, E. D. H. 25, poeta y profesor, sólo habla de odio: «Esto no me inspiró aún el odio... al fin he llegado a odiar a todos los obreros del crimen... me faltaba el compañerismo que mantiene latente el odio... he sufrido, pero con el consuelo de que me vengaré y vengaré a mis hermanos... sólo existe actualmente en mí una sed de cólera y de venganza contra todos los que nos oprimen...». Por esto, A. Nicolet escribe que él es «un anarquista cuyo corazón rebosa odio...». Por esto también T. D. M. 28, nos dice: «soy anarquista, no sé si por odio de todas las miserias que sufrimos o por...». «Mi corazón se rebelaba de indignación y de odio...» escribe Carlos Hansenne.

De este modo la pasión viva ha deformado el altruismo. Hay anarquistas violentos, rencorosos por altruismo. Este altruismo, velado por la pasión, arrastra a algunos a emplear la bomba o el puñal. La violencia, han escrito Spies, Parsons, y escriben todos los días los socialistas-anarquistas de Gran-Bretaña,³³ no significa la anarquía-socialista, pero hay adeptos de esta doctrina que, de temperamento más o menos violento, más o menos apasionado, se ven impulsados por altruismo a emplear la violencia, a odiar.

Libertarios, algunos quieren imponer su ideal; quieren hacer feliz a la masa a su pesar. Quieren convertirla a pesar de ella. El altruismo y el espíritu de proselitismo se han desarrollado en detrimento del amor a la libertad y del sentido de la lógica. Son análogos a los terroristas de 1792, que por amor a la humanidad mataban a los hombres; y a los católicos, que perseguían a los herejes por amor a estos últimos.

En otros el amor a la libertad es tan exagerado, que el sentido de la lógica está atenuado, y el altruismo, el espíritu de proselitismo y el individualismo están deformados.

Por esto, hace algunos años, un joven anarquista, deseoso de propagar, pidió a ciertos compañeros más viejos en el movimiento un consejo sobre la forma de propaganda que se debía emplear. Uno, Z, le ensalzó la propaganda teórica de las ideas; Y, una mujer apasionada por temperamento, le aconsejó la propaganda ruidosa, y en caso de necesidad, la violencia si los patronos no transigían. Muy indeciso el joven anarquista recurrió a un tercero, V, que le respondió con la carta siguiente:

«Cada uno de nosotros tiene su carácter, sus instintos naturales, su temperamento, y por consiguiente, la conducta de todos los días debe variar en los individuos.

»Mientras esta conducta sea siempre razonada y sincera, y esté inspirada por la comprensión de la libertad personal y de la solidaridad entre compañeros, nada hay que objetar.

»Una vez más, Haz lo que quieras.

»Así que no tengo consejos que darte. Que cada uno haga lo que le parezca bien.

»Z tiene razón, Y tiene razón; esto depende de los caracteres.

»... Nada de órdenes. ¡Que cada uno sea su propio consejero!»

Y sin embargo, V es un escritor que escribe artículos, libros y folletos para divulgar sus concepciones de Justicia, Belleza, Bondad y Verdad; da consejos a todos sus lectores, ya que les invita -y lo desea ardientemente- a adoptar sus concepciones. No percibe su ilogismo

³³ En los carteles anarquistas ingleses y escoceses se lee casi todos los días: El anarquismo no es la bomba.

provocado por la hipertrofia de su amor a la libertad. Su interés por la individualidad de su interlocutor -altruismo exacerbado- es tal, que altera su propia individualidad. Para ser enteramente lógico, individualista y propagandista, V debía, después de haber anotado las observaciones de la precedente carta, añadir su opinión, con demostraciones, sobre la forma de propaganda que mejor juzgara adecuada. De obrar así hubiera sido tan libertario y altruista como fue, pero hubiera sido asimismo más lógico, más individualista. El amor a la libertad, exagerándose en él, le disminuyó el sentido de la lógica y deformó las otras características mentales.

Hay, pues, entre los socialistas-anarquistas, diferencias individuales debidas al diferente desarrollo -bajo mil y mil influencias del ambiente- de las diversas cualidades mentales cuyo agregado es específico de estos adeptos.

Hay asimismo diferencias entre los grupos por naciones de estos anarquistas. Como hemos notado, el individualismo se observa en grado menor en los ingleses, escoceses y españoles. No obstante, casi todos estos últimos quieren ser nombrados, no quieren conservar el anónimo, por pasión proselitica. Ingleses, escoceses y españoles hablan de religión, porque en estos países el espíritu religioso es vivaz, mientras que los franceses, belgas y suizos no la mientan siquiera.

Pregunté que me indicaran la nacionalidad y todos respondieron, pero para acentuar su internacionalismo muchos escribieron «nacido en...» o «de nacimiento en...». Los españoles, en su mayor parte, expresan en forma grandilocuente su negación de la patria. En sus respuestas se destacan estas frases: «Nacido en una parte del planeta terrestre que se llama España... mi patria es muy grande y no tiene otras fronteras que las de la misma naturaleza». «Aunque nací en España, mi nacionalidad es el mundo». «Siendo cosmopolita, no tan sólo no tengo patria, sino que las odio todas y especialmente la en que nací...». «Español, aunque no tengo patria...». «Nacionalidad: el universo...». «Nacido en esta parte del mundo que se llama España». «Nacionalidad: el mundo entero». «Nacido en un punto que se llama Valencia». «Mi nacionalidad es el universo sin fronteras...». Esta amplitud del sentimiento de humanidad pertenece -y es un hecho muy digno de tenerse en cuenta- por lo general, a individuos poco cultivados, obreros manuales o simples peones, que escriben -no poseyendo ninguna instrucción- en un lenguaje nada clásico, tanto bajo el punto de vista de la ortografía como del estilo.

Al propio tiempo que el socialismo-anarquista es una doctrina filosófica, es también un partido político, y partido de vanguardia. A todos los análogos partidos, en todos tiempos y lugares, se juntan al lado de los adeptos conscientes, equilibrados y numerosos, algunos individuos desequilibrados, seres anormalmente desarrollados. Esta anormalidad se manifiesta diversamente, según los individuos, por medio de actos criminales, por la locura o por la imbecilidad.

Criminales y locos se juntan a este partido, apodándose anarquistas, del mismo modo que en los comienzos del cristianismo todos los criminales, los prostituidos de los dos sexos y los alienados se juntaron a la nueva secta.

Dos o tres de éstos que nos respondieron demuestran un real desequilibrio mental. Uno de ellos, alemán, es «anarquista porque es un hombre con un cerebro; su profesión es confesor de la verdad con la pluma y la boca». Como nacionalidad, es «miembro de la sociedad de todas las criaturas en el mundo, la vía láctea inclusive». Otro, un francés; me dice que es anarquista «porque ha nacido con dos ojos y dos orejas...». Algunos -dos o tres- quintaesencian las razones de su anarquismo de tal modo, que es literalmente incomprensible. Son palabras alineadas, sin sentido en su yuxtaposición.

En estos seres de desarrollo cerebral imperfecto, la moral de un Guyau o de un Kropotkin, expuesta en los periódicos de propaganda, les produjo un mayor desequilibrio y puede provocar en ellos actos idiotas o criminales. Su cerebro no estaba dispuesto para comprender la grandeza real de esta moral, y se desmoralizaron. Esta acción nociva sobre ciertos seres no puede negarse; se la puede comprobar estudiando los fastos judiciales de los individuos que se titulan anarquistas y que reclaman como tales ciertos propagandistas en los periódicos del partido. Por amor a la humanidad, algunos de estos desequilibrados se ven empujados al odio contra los burgueses y sus obras.

Un socialista-anarquista de indiscutible valor intelectual, me contaba un día que algunos socialistas-anarquistas, o que ellos se creían tales, le dijeron: «Ya que vas a la biblioteca, rompe los libros, y así ocasionarás daño a los burgueses». No pudo hacerles comprender la inepticia de sus palabras. Otro, rebelde por la influencia -nefasta según él- del Estado, deseaba el momento de la Revolución social para destruir las iglesias de piedra o de madera. ¡Poco le importaba la destrucción de las obras maestras del espíritu humano! Estaba convencido que la destrucción de las iglesias-monumentos sería la destrucción de las religiones espirituales, tan malas en opinión suya.³⁴

En suma, estos desequilibrados forman una minoría pequeñísima dentro de la gran masa de socialistas-anarquistas esparcidos por el mundo. Son, además, mucho menos anarquistas de lo que creen y desean ellos mismos. Por lo general, son simples rebeldes con vagos deseos de altruismo añadido a una atrofia más o menos completa del sentido de la lógica. Son seres cuyo desarrollo cerebral se ha detenido, pobres alienados en grados diversos, en los cuales ha subsistido la tendencia altruista que les hace desear una era de felicidad para todos. Algunos de estos pobres seres se figuran de buena fe poder anticipar la hora del bienestar, de la justicia y de la libertad para todos, robando a los burgueses o destruyendo cosas a estos pertenecientes.

Correspondía a nuestra imparcialidad, en este estudio psicológico, hablar de estos desequilibrados que se creen fuertemente anarquistas cuando, en realidad, apenas lo son. Pero un estudio del estado psíquico de los adeptos de las doctrinas socialistas-anarquistas no podía estar basado sobre semejantes individuos, porque en el conjunto de los adeptos constituyen solamente excepciones y aun poco numerosas.

El que justamente se llama socialista-anarquista, tiene por mentalidad específica un agregado de caracteres que no se encontrarían en la mentalidad de estos pobres desequilibrados. Estos caracteres, que hemos descubierto en el curso de este análisis, aun en el tipo cerebral específico del socialista-anarquista, están en grados diversos de desarrollo.

Parece, a juzgar por nuestra información, que de un modo general las características más desarrolladas son: el espíritu de rebeldía, el amor a los demás y el espíritu de proselitismo. Son cualidades mentales que se encuentran, agregadas, en todos los socialistas. En la mayor parte de los anarquistas han alcanzado un eminente grado de desarrollo. Después siguen el amor a la libertad, cuya característica, en el género socialista, es específica de la especie libertaria o anarquista. La curiosidad de conocer, el amor al Yo, y el sentimiento de justicia, están en grado menor de crecimiento.

³⁴ En un estudio pseudo-científico del señor Bérard -actualmente diputado por el departamento del Ain- publicado en los *Archivos de Antropología criminal* (1892) se lee que los anarquistas sólo sueñan con la destrucción, que su pensamiento no va más allá de la destrucción de los monumentos públicos. En una crítica de este trabajo, que publiqué en 1893, en la revista *Art Social*, protesté con pruebas en la mano contra esta afirmación tan poco criminológica de todo un magistrado. La verdad nos obliga -y esto no nos cuesta nada- a hacer constar que, *en parte*, el señor Bérard tenía razón. Y decimos, *en parte*, porque los que piensan como Bérard, afirmaba, no son *los* anarquistas, sino *algunos* anarquistas, en una palabra, excepciones.

En resumen, existe -nuestra información sobre los hombres y las doctrinas lo ha probado- un tipo mental que diferencia al socialista-anarquista de las demás sectas socialistas, que lo diferencia de los demás hombres. Todos los individuos adeptos de los Malatesta, Reclus, Malato, etc., participan de este tipo constituido por un agregado de caracteres psíquicos, que son: Espíritu de rebeldía, Amor al Yo, Altruismo, Amor a la libertad, sentimiento de justicia, sentido de la lógica, curiosidad de conocer, espíritu de proselitismo.

Según las diferencias individuales, debidas a los ambientes hereditarios, sociales, nacionales, profesionales y climatéricos, cada socialista-anarquista es siempre más o menos rebelde, más o menos libertario, más o menos individualista, más o menos altruista, está más o menos afectado por el sentimiento de justicia, es más o menos curioso, más o menos lógico y deseoso de serlo, más o menos propagandista.

CAPÍTULO XI

DEL CARÁCTER DEL SOCIALISTA-ANARQUISTA³⁵

«No hay motivos bastante poderosos en este mundo, para que un sabio tenga que comprimirse en la expresión de lo que él cree es la verdad». *E. Renán.*

Como todos los hombres, los socialistas-anarquistas poseen tendencias diversas. Entre ellas las hay que son comunes a todos los anarquistas. Las hemos ya determinado. Estas comunes tendencias -su conjunto es especial al individuo calificado de socialista-anarquista- son las que dominan en la mentalidad del ser diferenciándolo de los demás individuos.

Estas tendencias particulares subordinan a ellas todas las demás tendencias; provocan la atrofia de estas últimas o dificultan su desarrollo. Por su agregado, son realmente creadoras del «estado de alma» socialista-anarquista.

Existe, pues, en el anarquista, una armonía mental resultante del equilibrio, no a causa de la igualdad de las tendencias, sino a causa de la subordinación de las tendencias a algunas de entre ellas. Estas que conocemos dominan sobre las demás y trazan al individuo el camino que debe seguir. Hay unidad en la vida del anarquista, cuyo fin es, realmente, la expansión de lo que llama verdad, de lo que estima como justo, bueno y bello.

Los *unificados* son «aquellos en quienes la armonía resulta, no del equilibrio de las tendencias poco más o menos iguales en fuerza, sino de la subordinación del conjunto de las tendencias a una o unas de entre ellas. Estas forman la unidad de la persona y no dejan a las demás sino la actividad necesaria para el mantenimiento de la vida y conservación de la salud, cuando no arrastran la ruina del espíritu y la muerte del organismo por la ruptura de la armonía indispensable».³⁶

³⁵ Este capítulo se publicó en *Free Review* (Londres), en la *Riforma Sociale* (Roma), en la *Société Nouvelle* (París-Bruselas) y en la *Question Sociale* (Buenos Aires).

³⁶ Fr. Paulhan, *Los Caracteres*, pág. 22. París 1894, Félix Alcán, editor.

De esto resulta que el socialista-anarquista pertenece al tipo *unificado*; las tendencias comunes determinadas en nuestro análisis, forman un sistema predominante sobre las demás tendencias individuales y caracterizan el anarquista.

En la mentalidad anarquista se encuentran las cualidades siguientes: espíritu de examen, amor al yo, sentido de la lógica, curiosidad de conocer. Por consiguiente, el anarquista participa del tipo *razonador*. De acuerdo con Paulhan, designamos de este modo a los individuos que tienen el espíritu atento, que examinan sus sentimientos, sus deseos, sus actos, sus cualidades y sus pensamientos.

El anarquista, como hemos demostrado, es un observador de los fenómenos sociales. Los reúne en su cerebro, los compara y saca de ellos sus conclusiones. Es un analista de sus sentimientos, de sus pensamientos, de sus deseos. Son innumerables los ¿por qué? que se dirige a sí mismo. Pasan por el tamiz de su razón todos sus sentimientos y sensaciones. Por esto lo clasificamos entre los «razonadores», los dueños de sí mismos. Hasta cuando propaga por medio de la violencia y obra criminalmente, el anarquista es siempre un «razonador», un «dueño de sí mismo».

«Cuando examina sus pensamientos, sus deseos y sus cualidades, sean las que sean, se complace en ello. Cuando se complace en ello, no está lejos de complacerse en ponerlos de relieve, y, a veces, desean que los demás se complazcan en admirárselos».³⁷

Esta observación de Paulhan sería justa, aun cuando escribiéramos: *No está lejos de desear que los demás los compartan*. El socialista-anarquista está afectado de proselitismo, quiere que los demás compartan sus ideas que, para él, representan la Verdad, lo Justo, lo Bello y lo Bueno. Y representan para él la Verdad, lo Justo, lo Bello y lo Bueno, porque el anarquista examina sus ideas, escruta sus sensaciones; analiza sus sentimientos, porque, en una palabra, es un «razonador», un reflexivo.

En su mentalidad hemos descubierto la presencia del espíritu de oposición, modalidad del de rebeldía. Por esto pertenece al tipo *contrariado*. Sin embargo, se observa fácilmente que, gracias a la curiosidad de conocer, no busca la oposición por sistema. Ciertamente que halla placer contradiciendo, pero este placer no es su objetivo. En su contradicción tiene por objetivo ilustrarse, aumentar el caudal de sus conocimientos. Quiere alcanzar la verdad y para ello examina el pro y el contra, sosteniendo uno u otro, según el interlocutor. Obrando de este modo la contradicción le proporciona un placer que se intensifica progresivamente por su acceso a lo que él juzga la verdad, y alcanza su máximo de perfección cuando ha realizado su fin: la difusión, la expansión de la Idea.

Generalmente, el anarquista no fluctúa entre dos creencias contradictorias. Llega a la certidumbre, aunque siempre examina los fenómenos para rechazarla o confirmarla. Estando afectado por el sentido de la lógica, no puede fluctuar entre dos ideas opuestas; una vez ha hallado lo que él estima ser verdad, se para y se fija.

El socialista-anarquista no es un inquieto, un vacilante. Sabe o cree saber lo que quiere, y lo quiere intensamente. Tiene *fijeza* en las ideas y en las opiniones. Llega a ser anarquista a causa de una serie de deliberaciones, como lo han demostrado los extractos confesionales, y como se verá en un ulterior trabajo sobre la génesis del anarquista. Ha elaborado largo tiempo sus ideas y deliberado su opinión. Es más convencido que creyente. No llega a la convicción por la fe, pero llega a la fe por la convicción.

³⁷ Paulhan, *Los caracteres*, pág. 34.

Esta fijeza en las ideas no implica la invariabilidad del individuo. Significa solamente que el anarquista es presa de una permanente lucha de sus tendencias. En él no se produce una variación continua de las tendencias dominantes.

Cuando el anarquista cesa de serlo, resulta de una infinidad de causas -más o menos notables- generatrices de una deliberación. Esta deliberación -que es una nueva resultante- provoca el no-anarquismo. Por *fijeza*, *fijo*, quiero decir que el socialista-anarquista no titubea sin cesar entre tendencias o grupos de tendencias, que no se ve constantemente presa de deseos opuestos, que no sufre la alternativa dominación de tendencias contrarias. El socialista-anarquista está dotado del «amor al yo», «a los demás» y de la «curiosidad de conocer». Por esto se interesa en muchas cosas, en todas, mejor dicho. No hay ningún fenómeno natural, social, que no cautive su atención. Quiere saber siempre más de lo que sabe; quiere hacer progresar su yo; quiere que los demás perfeccionen su yo. Con Terencio dice:

Homo sum: humani nihil a me alienum puto. (Hombre soy: nada de lo humano me es ajeno).

Y de este interés por todo lo que existe resulta la *amplitud* del carácter.

«La amplitud del carácter supone un gran número de tendencias, de emociones, de sentimientos, de creencias, de ideas... Los grandes sentimientos generales o abstractos indicarán en general un carácter más extenso o por lo menos la amplitud relativa de estos mismos sentimientos».³⁸

¿Qué carácter puede ser más amplio que el de aquel hombre que todo le interesa, que experimenta emociones frecuentes -el anarquista tiene una gran sensibilidad-, que tiene por patria el mundo entero, que considera a todos los hombres, sea cual sea su origen, como sus hermanos?

Si nos atenemos al autor de *Los Caracteres*, el antipatriotismo nace, o del sentimiento herido, o de una reacción contra los excesos de un patriotismo ignorante, o de ideas generales «muy elevadas, algo prematuras solamente». Paulhan admite la alternativa en esta generación y se equivoca. Las causas eficientes del antipatriotismo son el agregado de las causas anteriormente enumeradas; sentimientos lesionados, reacción contra el *chauvinismo*, ideas generales. Estas causas se yuxtaponen, se componen, y su resultante es el antipatriotismo.

En el socialista-anarquista predominan las ideas generales. Este predominio reconoce por origen la existencia de las cualidades mentales «sentido de la lógica» y «curiosidad de conocer». Elabora su antipatriotismo, lo delibera y razona. De estas particulares lesiones infiere las lesiones de los demás. De lo particular va a lo general. En esta generalización los resentimientos personales desaparecen por ser lejanos y sólo quedan visiblemente las ideas generales abstractas. Entonces éstas subordinan las demás causas, que impulsan al individuo en el camino del antipatriotismo.

El amor a la universalidad de los hombres es asimismo una prueba del predominio de las ideas generales en el «estado de alma» especial a los individuos que estudiamos. Por su «altruismo», añadido a su «proselitismo», el anarquista es un *humanitario*, tipo poco actual en opinión de Paulhan, que parece considerarlo como el tipo del porvenir. Esta cualidad del altruismo, incluyendo fatalmente el antipatriotismo que, a su vez exige el antimilitarismo - tendencias que existen en el anarquista y que confirman la característica «sentido de la lógica»- denota una real *amplitud* de carácter.

³⁸ F. Paulhan, *Los caracteres*, págs. 72-73.

No se trata aquí de la amplitud de las tendencias consideradas individualmente, es decir, de la complejidad de cada una de ellas en particular. Esta amplitud varía en cada individuo. Aquí tratamos de la mentalidad colectiva, constituyente del tipo socialista-anarquista y no de la mentalidad individual de cada anarquista.

En sentido psicológico, Paulhan define la *pureza* del siguiente modo: Ausencia, en un deseo, en una pasión, de todo elemento discordante, de todo elemento heterogéneo.³⁹

Dada esta definición, el anarquista posee la *pureza* de carácter. Su mentalidad es tan heterogénea, que generalmente el análisis más minucioso no descubrirá discordancia alguna. Las cualidades psíquicas se desarrollan bajo la influencia de los ambientes. Por su desarrollo, estas tendencias características del anarquista impiden el desarrollo de las demás tendencias heterogéneas, nocivas. Las atrofian, o por lo menos, las ocultan bajo un tupido velo. La homogeneización se cumple. Hay lucha entre tendencias diversas, eliminación de las más débiles por las más fuertes; se produce una selección y pronto la mentalidad anarquista queda fijada. Todo elemento que tienda a producir la heterogeneización ha sido eliminado. No existe el elemento discordante. El socialista-anarquista tiende hacia su fin: la difusión de la idea. Este espíritu de «proselitismo» hiperexcitado en algunos, exagerado en todos, es una prueba innegable de la *pureza* del carácter en el anarquista.

Consideremos ahora la intensidad de las tendencias, quiero decir, el desarrollo de cada tendencia, y observaremos que el socialista-anarquista es un *apasionado*. En el curso de este estudio hemos notado a menudo la exacerbación de las cualidades psíquicas. Casi siempre están desarrolladas por encima del término medio, quiero decir que en los demás hombres han alcanzado un menor grado de desarrollo.

Las tendencias particularmente «exageradas» son: el espíritu de rebeldía, el altruismo, el amor a la libertad, el espíritu de proselitismo.

La gran intensidad de estas tendencias tiene por causa una viva sensibilidad, una emotividad tal, que la reacción es siempre rápida, a veces violenta.

El socialista anarquista es un *apasionado*. De apariencia calmosa, de aire frío, de actitud indiferente, a veces, no deja, sin embargo, de ser un *ardiente*. Según el autor de *Los Caracteres*, lo mismo era Proudhon. Es «dueño de sí», aun cuando pertenezca al tipo *impulsivo* como Ravachol, Vaillant, Henry y Pallás. Su calma, su indiferencia, su frialdad, son superficiales y resultan de una considerable tensión de espíritu.⁴⁰ Algunas veces esta tensión de espíritu no basta para contener la pasión y la explosión se produce. La pasión surge violentamente. Los diques se rompen ante la torrentada. Entonces se efectúan los actos criminales.

Existe en el socialista-anarquista -es decir, en el grupo de las tendencias psíquicas del anarquista- una lucha continua entre las tendencias a la acción apasionada y la tendencia a la inhibición por reflexión, por razonamiento. Por un lado obra la reflexión, por otro la sensibilidad. La acción es la resultante de estas dos fuerzas. Según que impere la sensibilidad o la reflexión,

³⁹ *Los caracteres*, pág. 78.

⁴⁰ He ahí algunos hechos: En 1891, cuando las detenciones en masa de los anarquistas, uno de ellos, X, fue gravemente insultado por un juez de instrucción que, conociendo su carácter, «quería hacerle salir de sus casillas». X tuvo la suficiente fuerza de voluntad para permanecer calmado, pero pagó esta tensión de espíritu con una verdadera crisis de cólera cuando hubo salido del gabinete del juez. La explosión se produjo. Otro, Fénéon, literato y artista de gran inteligencia, guardó en el secreto de su celda una serenidad y una impavidez que todos los periódicos extrañaron. Al propio tiempo hicieron observar que esta indiferencia era una actitud que velaba un corazón ardiente, una fuerte simpatía, prodigada con profusión a sus amigos, una sensibilidad exquisita perceptible en sus críticas de arte tan originales. Gracias a su poderosa fuerza de voluntad, Fénéon dominaba su sensibilidad, inhibía su pasión; ninguna explosión de cólera exterior se producía; la voluntad era soberana.

la acción será violenta, irreflexible, o reflexiva, maduramente deliberada. Nunca es tal la inhibición, que deje de haber acción, pues que jamás la sensibilidad está anulada por la facultad de raciocinio.

En suma, el socialista-anarquista pertenece al tipo *apasionado*; está dotado de una gran intensidad de sentimientos.

«Esta intensidad se acompaña a menudo de la no-satisfacción de los deseos, no solamente porque la satisfacción la disminuya o la haga desaparecer, sino porque una pasión muy violenta no puede ser nunca plenamente satisfecha».⁴¹ Este es el caso más frecuente en los anarquistas, lo cual explica su intensidad de proselitismo. Buscan siempre satisfacer su pasión de modo que puedan experimentar el máximo de placer, y jamás lo logran. La no-satisfacción de estos deseos no arroja al anarquista en brazos del descorazonamiento, no lo conduce al aburrimiento, no le lleva al suicidio *directo*. Tiene la fe en la convicción basada en que un día se realizarán sus ideas. Y esta fe le impide llegar al aburrimiento, al disgusto, a la misantropía, al suicidio.

No obstante, a veces sucede que la no-satisfacción *rápida* de los deseos conduce a algunos al suicidio indirecto. Están disgustados de la vida y quieren abandonarla, pero aún en este último caso, quieren propagar. Les es necesario aún ayudar a la realización de su ideal, y su suicidio debe obrar en este sentido. Entonces, obran, y para matarse, matan a los demás.⁴²

Apasionado, el anarquista afronta impertérrito los sinsabores de toda especie que inevitablemente le causa su celo proselitico. ¡Qué le importan la miseria, la cárcel, el presidio, la muerte! De este ardor derivan cualidades secundarias: espíritu de empresa, audacia, energía, valentía.

La propaganda, bajo estas múltiples formas, es por excelencia la reveladora de estos caracteres emprendedores, audaces, enérgicos, valientes.⁴³

Por la posesión de las cualidades «sentimiento de justicia, altruismo, sentido de la lógica», el socialista-anarquista se clasifica entre los *constantes* y los *tenaces*.

Es constante porque estando *cierto* de poseer la verdad, se aferra a ella de un modo obstinado. Es tenaz porque su aferramiento a las ideas reposa sobre una base sólida: amor a los demás, sentimiento de justicia, sentido de la lógica.

Las tendencias del socialista-anarquista son persistentes. Su misma tenacidad degeneraría pronto en testarudez irreflexible si no viniera su filoneísmo a contrarrestar esta tendencia.

Estas, tenacidad y constancia son modalidades pasivas de la persistencia de las tendencias; la perseverancia es su forma activa. La perseverancia no se cansa, tiende hacia un determinado

⁴¹ Fr. Paulhan, *Los caracteres*, pág. 84-85.

⁴² Nos proponemos desarrollar la explicación de esta génesis del acto de violencia en un libro sobre los anarquistas criminales, tributo a la criminología política.

⁴³ Véase el capítulo X. – A cada instante, esta audacia, esta energía se revela ruidosamente. En el acto del sorteo militar efectuado en Saint-Etienne, Chapoton grita: «El patriotismo es el último refugio de un bandido... ¡vivan los pueblos hermanos!» En Grenoble, en un interrogatorio ante el tribunal, Murmain declara que la bandera tricolor oculta un montón de cadáveres. En Marsella otro grita: ¡Viva la ANARQUÍA!, lo cual le valió un mes de cárcel. En Saint-Denis, en la misma sala de la alcaldía, un quinto se niega a sortearse y grita: ¡Viva la ANARQUÍA! ¡Abajo la patria! Recordaremos el manifiesto fijado en los muros de París, titulado *Ejército colonial*, por los anarquistas E. Mursch y J. Sluys; el suceso Dardare, Leveille y Decamps, en Clichy. En Saint-Ouen, fijado en los muros, con letras de un metro, los anarquistas escriben: ¡Abajo la autoridad! ¡Abajo la Policía! Se llenarían volúmenes con el relato de hechos análogos. Véase *Francia Social y Política*, año 1891, págs. 165-166-217-219-225-226-244.

objetivo a fuerza de paciencia y sin cuidarse del tiempo que tardará en realizarse. Significa: acción continua -que nada interrumpe- para la realización de este objetivo.

El socialista-anarquista es un *perseverante*. Tiene un ideal y quiere realizarlo, tiende sin cesar, de modo *continuo*, a hacerlo efectivo. Cada uno de sus actos, cada pensamiento suyo tienden, por así decirlo, a la realización de su dorado sueño. Y sin embargo, sabe que no podrá verlo realizado. Con Jesús podría decir: «mi reino no es de este mundo». No obstante, persevera hacia la realización de su sueño. En los diversos ambientes en que vive y sobre los cuales obra, adapta sus medios de propaganda. Es un perseverante porque es un ardiente en proselitismo.

Esta tenacidad en las opiniones, esta perseverancia en un ideal y su realización, se observa fácilmente con la lectura de los fastos judiciales relativos a anarquistas. A cada momento dicen a los jueces: «Pueden condenarnos, no cambiaremos de opinión. Somos y continuaremos siendo anarquistas»⁴⁴.

Esta tenacidad, perseverancia, reflexión, este dominio de sí mismos que hemos demostrado o que se encuentra en el «alma» anarquista, hacen de él un *voluntario*. Como tiene para su yo un amor profundo y que continuamente busca perfeccionarlo, tiende sin cesar a cultivar su voluntad. Se educa para ser voluntario.

Dado su amor a lo nuevo y su curiosidad, el socialista-anarquista posee una inteligencia *flexible*.

Por flexibilidad de los sistemas psíquicos, Paulhan entiende «su facilidad más o menos grande para transformarse, absorber nuevos elementos y adaptarse a las circunstancias sin deformarse o disolverse». Flexibilidad es sinónimo de plasticidad. El anarquista tiene la inteligencia plástica, a veces demasiado plástica. Muchas veces ha adoptado como buenas ideas, por el mero hecho de ser nuevas, y se ha asimilado otras demasiado rápidamente absorbidas.

La realización de su ideal es el objetivo que persigue. Gracias a su apetencia de proselitismo, piensa en ello sin cesar; gracias a su altruismo, investiga sin cesar para mejorar su ideal. Pero de aquí resulta que, algunas veces, le escapan; no ve los obstáculos a su realización. Ve el fin y no los medios para lograrlo. Entonces acepta los que se le proponen, sin aplicar a ellos su espíritu de crítica; se los asimila rápidamente, pero muy mal, porque el objetivo, el ideal que quiere realizar a todo trance, ha oscurecido por una parte su intelecto, y porque, además, posee una imaginación viva, aunque temperada por la razón y el amor a los principios abstractos, como veremos más adelante.

La inteligencia es flexible, su carácter rígido, entero, inflexible, fiero, rudo a veces. Así pintan a Proudhon, con su franqueza desprovista de artificio.

El socialista-anarquista es *inflexible* porque su mentalidad está caracterizada por el espíritu de crítica, el sentimiento de justicia, el sentido de la lógica y su proselitismo. Tiene la certidumbre de que conoce la verdad; posee la voluntad para difundirla. Por esto nada le hará ceder, nada le doblegará; ni la miseria, ni las reprimendas de su familia, ni la cárcel, ni el presidio, ni la muerte. *Será inflexible*. Cuanto más violentas sean las persecuciones y las penas que sufra, más perseverará en su opinión, más se aferrará a sus ideas, más convencido estará de que conoce la verdad. «Las grandes cosas de un pueblo, ha dicho Renán, se efectúan casi siempre por la minoría. El socialista-anarquista tiene la certeza de que este aforismo es exacto y lo confirma en sus ideas, en su Ideal. *Permanece inflexible*.

El socialista-anarquista es *noble* porque en su mentalidad existen el amor al yo, el amor a los demás y la curiosidad de conocer.

⁴⁴ Véase la *Francia Social y Política*, años 1890-1891-1892-1893.

El socialista-anarquista es un *impresionable* porque el análisis psíquico nos ha revelado su viva sensibilidad. Su emotividad está inhibida por la reflexión. El individuo vigila constantemente sus impresiones. Se pone en guardia para que su reacción sea racional y no impulsiva. Su raciocinio refrena su pasión. En su ser se equilibran la razón y la sensibilidad. Esta ponderación no le conduce a la indiferencia. Aunque flemático, entra fácilmente en actividad al menor choque. Y este choque lo recibe a cada instante, pues sus sentimientos, su ideal, se ven heridos por todos los fenómenos sociales. Es impresionable porque está afectado de proselitismo, de altruismo, de espíritu de rebeldía y del sentimiento de justicia.

Gracias a su curiosidad de conocer, el socialista-anarquista participa del tipo *intelectual*. Sin embargo, no estudia por el placer de estudiar, sino a fin de difundir su ideal. Esto es lo que más importa al anarquista. Su intelectualismo está fuertemente mitigado por su proselitismo.

Posee más facultades críticas que creadoras. Razona más que imagina. El análisis psicológico nos ha demostrado, efectivamente, la existencia de los caracteres: espíritu crítico, sentido de la lógica, en el «alma» anarquista. A pesar de esta subordinación, la imaginación no está anulada, puesto que hemos notado asimismo en la mentalidad anarquista las facultades: espíritu de innovación, filoneísmo.

Hemos visto que el anarquista es un apasionado. Por este lado de su naturaleza psíquica, pertenece al tipo *afectivo*, valiéndonos de la terminología de Paulhan. «Los afectivos, dice este psicólogo, sienten horror a una conducta racional, oponen voluntariamente los impulsos del sentimiento a la fría razón».

Por lo general, el socialista-anarquista, no tiene horror a la razón. Hasta pretende que solamente obra racionalmente. Su afectividad está, pues, atemperada por su reflexividad. Vive tanto con «el corazón» como con el cerebro; estas dos vidas, cardíaca y cerebral, son en él armónicas. Por su afectividad reacciona rápidamente, por su reflexividad su reacción está inhibida en su rapidez, al propio tiempo que descubre los medios de reaccionar.

El socialista-anarquista es, evidentemente, un *orgulloso*. Ama, en efecto, su Yo, tiene fuertes convicciones, cree poseer la verdad.

El orgullo conduce fatalmente a la ambición. El socialista-anarquista es un ambicioso, pero su ambición es muy particular, puesto que intervienen los factores psíquicos: amor a los demás, amor a la libertad. No quiere dominar, quiere convencer. Prefiere la influencia al dominio; su acentuado proselitismo es una prueba convincente.

En el anarquista el amor a la celebridad y a la gloria no se alía a la ambición y al orgullo, como frecuentemente sucede en los demás hombres. Esta alianza no existe, porque en la mentalidad anarquista se halla el espíritu de proselitismo. Lo que ambiciona por encima de todas las cosas es la difusión de sus ideas. Hemos observado ya, que el anarquista ama el anónimo.⁴⁵ Lo guarda, no para huir de responsabilidades, no por el temor a una penalidad cualquiera, ya que hemos visto que gracias a su pasión propagandista afronta con indiferencia, a menudo con placer, las penas más enormes. Lo guarda, simplemente, porque le facilita propagar en mayor grado. Libre, podrá cumplir aún su misión proselitica. Además, por amor a la libertad, tiene empeño en guardarse de los individuos; no queriendo dueños, tampoco quiere ser dueño de nadie. Importa que la doctrina no esté simbolizada en las individualidades, es necesario que esté elaborada por anónimos. El amor a la libertad predomina sobre el amor al Yo, el cual, lógicamente, debería impulsar al individuo a amar la gloria.

⁴⁵ *La Révolte*, el *Père Peinard* eran anónimos, así como *Freedom*, *De Fakkell*, *Der Anarchist*, *El Despertar*, *La Liberté*, *La Anarchia*, ¡*Sempre Avanti!* etc., etc.

El socialista-anarquista, sin embargo, ama la gloria para sus ideas. Quisiera que sus doctrinas fueran aprobadas y seguidas por todos. Goza cuando un acto, un pensamiento, un fenómeno cualquiera llama la atención pública sobre la idea que ha hecho suya. La gloria para la idea y no para su nombre.

Este estado de alma, bastante raro, solamente se encuentra en los apasionados por una idea, por ejemplo, en los primeros cristianos. A veces, cuando se escudriña al «alma» anarquista, se observa la presencia de un cierto amor propio, de un cierto orgullo de *sí*. Yace rodeado de una especie de capa generada por la intensidad del proselitismo, del altruismo, del amor a la libertad, que existen en las mentalidades anarquistas. El anonimato de los periódicos es más aparente que real. Los nombres de los escritores son conocidos, resultando una notoriedad, a veces una celebridad que cosquillea agradablemente al orgullo de *sí* existente en todos los hombres. Este personal orgullo está velado, pero existe. Después de la adopción de ciertas leyes especiales contra los anarquistas, se me contó esta frase de un individuo: «¿Qué les parece? -decía riendo irónicamente-. Han legislado para nosotros. ¡Hasta creo que es para mí solo!»

Se percibe en el tono, mejor que en las palabras, el orgullo de *sí* que, en realidad, existe en todos los hombres, en mayor o menor grado de desarrollo. En la mentalidad socialista-anarquista está en estado ínfimo si se le compara con el orgullo por las ideas, con la ambición que sienten de influir intelectualmente sobre los hombres.

Si por cinismo se entiende la indiferencia al reproche o a la aprobación de los demás, el anarquista es un *cínico*. Desafía las ideas recibidas, se inquieta poquísimo de las conveniencias, afronta las leyes. Afirma su idea y confiesa su fe. He aquí la razón de su desprecio de las costumbres mundanas, de las reglas de toda clase. Esta especie de cinismo supone el orgullo del individuo y mejor aún la intensidad de los sentimientos, como ha observado Paulhan. Este ardor en la pasión no permite detener la expansión de sus sentimientos y de sus ideas, sean cuales sean las consideraciones que se atraviesen. El anarquista es *cínico* porque posee el espíritu crítico, una viva sensibilidad y un ardor proselitico.

Como todos los iniciadores, revolucionarios e innovadores, el anarquista está afectado del amor a los principios abstractos.

En ciertos hombres, la pasión social desinteresada domina sobre las consideraciones personales y los intereses de los grupos sociales.⁴⁶ Proudhon hubiera sacrificado a Francia si la civilización y el libre pensamiento lo hubieran exigido.⁴⁷

Este sacrificio de la patria, de la familia, del individuo, por la idea, es la característica del «alma» anarquista. Todo anarquista es como Proudhon. En las conversaciones de taller o de salón, en las declaraciones ante los tribunales, en los artículos de los periódicos, en los estudios de las revistas, el anarquista nunca cesa de afirmar que por la Idea haría, si fuera necesario, indiferente o placentero, el sacrificio de su patria, de su familia, de su individuo. Y esta afirmación se ve comprobada por los hechos. Por su Idea, que ellos estiman ser la verdad, muchos han sufrido la cárcel, han abandonado el hogar natal -amándolo, no obstante-, han roto amigables y antiguas relaciones, se han divorciado de personas amadas, han rechazado buenas posiciones, honores, dinero... Como los cristianos de antaño, prefieren el íntimo placer de conocer y confesar la verdad, a las comodidades mundanas y a las riquezas. Naturalmente, según cada individuo, el sacrificio varía de intensidad. Todos, no obstante, afirman su fe. Por consiguiente, en beneficio de su idea, cada uno le ofrece en holocausto sus amistades, sus deseos ambiciosos y gloriosos para sí, sus amores del hogar natal, la misma patria.

⁴⁶ Paulhan, obra citada.

⁴⁷ *Correspondencia de Proudhon*, VI, 155, citado por Fr. Paulhan.

Sin embargo, este deseo de martirio, efecto de su emotividad y de su pasión proselitica, está equilibrado por su reflexividad, efecto de su sentido de la lógica y de su espíritu crítico. Generalmente, el anarquista elabora largamente su pensamiento. Obra después de deliberar. Ha calculado las consecuencias de la emisión de su pensamiento, y no obra sino después de que ha juzgado que los resultados probables para la Idea son adecuados a las desventajas ciertas para su individuo. Su sacrificio es razonado, reflexionado.

La pasión social desinteresada -quiero decir desinteresada de móviles vulgarmente calificados de bajos-⁴⁸ predomina poderosamente en la mentalidad anarquista. Apasionado social, afectado por el amor a los principios abstractos -¿acaso no ama a la humanidad mejor que lo que ésta podría ser (lo que será) que por lo que es?-⁴⁹, es así en virtud de su viva sensibilidad, de su espíritu de crítica, de su intenso proselitismo, de su sentimiento de justicia, de su sentido de lógica.

Si el socialista-anarquista desea ardientemente la mejora general de la sociedad, si aspira al bienestar para todos, si tiende con fuerza hacia un progreso infinito, no simboliza esta apetencia en un individuo como suelen hacer los cesaristas, los realistas, como hicieron los boulangieristas en un determinado momento de nuestra historia. Su pasión social es *pura* en el sentido que no se alía a las pasiones parásitas, a veces intensificativas, a veces disminutivas de la pasión social.

El socialista-anarquista ni siquiera simboliza su amor al perfeccionamiento social en un Dios. Se le puede aplicar estas palabras del autor de *Los Caracteres*, Paulhan: «el amor a la perfección, el amor a la verdad, a lo bello y a lo bueno, a todo lo que para los creyentes constituye los atributos intelectuales y morales de Dios, subsiste, pero sin su atribución a una misma persona. Guardan su forma abstracta».

Y añade este filósofo, que lo que tienen un amor semejante por sus ideas abstractas, constituyen el tipo de los santos laicos o ateos.

Para poseer su ardiente amor a lo justo, a lo verdadero, a lo bello y a lo bueno -según sus concepciones-, el anarquista no tiene necesidad de símbolo, porque la sensibilidad y la reflexividad se equilibran en su encéfalo. Esta no necesidad de simbolizar su pasión la debe a la combinación de sus características psíquicas, espíritu de examen, amor a la libertad, sensibilidad, sentido de la lógica y curiosidad de saber.

«Pocas cosas hay que más se aferren en nosotros, por nuestra culpa o por la de los demás, por nuestras tendencias instintivas al bien, a la verdad y a lo bello. Lo real se opone cruelmente a lo

⁴⁸ Me encuentro en la necesidad de emplear la terminología común. Desde el punto de vista psicológico, la bajeza o elevación de los sentimientos, de las ideas, de los móviles, nada significa. Sólo tienen valor desde el punto de vista moral. Este calificativo de «bajo», no implica, por lo tanto, ninguna idea aprobativa o reprobativa. No escribo ni una apología ni una diatriba; examino con la serenidad del hombre de ciencia el estado psíquico del socialista-anarquista. Los móviles comúnmente designados como bajos, son: el amor a las riquezas, al poder por sus ventajas materiales, los empleos y funciones, a la gloria por sus ventajas materiales, etc. Si en el terreno moral se considera los individuos afectados de la pasión social desinteresada, se observa que estos individuos poseen un carácter moral elevado, superior al de los individuos cuya pasión social es interesada. Los hombres han considerado siempre mejores a los apasionados sociales por móviles elevados, más grandes que a los apasionados sociales por móviles bajos. Esta superioridad o inferioridad de los móviles no tienen, lo repetimos, ninguna importancia psicológica, pues al fin y al cabo de todo análisis, *todo hombre obra para gozar*. Todo acto, cada pensamiento, tiene por único fin el placer o la menor pena, lo que es una modalidad del placer. No es este lugar a propósito para hacer la demostración de esta verdad, probada ya de modo magistral por un sabio que la ciencia lamenta su temprana muerte. Nos referimos a Guyau. El curioso leerá con placer las obras de este normal, y particularmente su: *Bosquejo de una moral sin sanción ni obligación*.

⁴⁹ Pensamiento de Emilio Henry, citado por la *Libre Parole*, París, 25 de Mayo de 1894.

ideal, y, al oponérsele, nos lo hace comprender, lo impone, y, en cierto modo, lo crea. La reflexión surge y la tendencia consciente se forma, se desarrolla, vive de su vida propia y tiende a ser la regla y motor de la conducta. Y una vez que conocemos el alcance de la tendencia y la universalidad de su objeto, si lo consideramos como un principio general, como uno de los fundamentos del orden universal, una de las formas de la vida moral del mundo, poseemos, en suma, el amor a Dios sin la persona de Dios. En los soñadores o en los sensitivos puede nacer y desarrollarse perfectamente una especie de misticismo sin Dios. En el fondo, comprendida de este modo, la filosofía no diferirá esencialmente de la religión, las mismas palabras pueden ser conservadas, y nosotros tenemos toda la serie de estados de alma que van del misticismo católico a la adoración del protestante o del deísta, a la del panteísta para quien Dios es la substancia infinita en la que vivimos, y hasta a la emoción del ateo para quien «Dios» se reduce a un conjunto de leyes morales, a un ideal no realizado y que no lo será jamás. Y la idea de Dios no varía mucho más del deísta al ateo que del católico al deísta, hasta entre los panteístas los hay que se inclinan de un lado o de otro».⁵⁰

De este modo habla Paulhan y expresa una verdad. En el socialista-anarquista se verifica a menudo. La filosofía inclina a la religión, ha observado con razón Daniel Saurín. Panteísta o ateo, el anarquista tiene por su ideal una especie de culto. Su amor a lo que él concibe como una verdad es realmente religioso. El anarquista tiene una religión, pero es una religión sin rito; es puramente intelectual y su objeto es la concepción de la Verdad, de la Justicia, de la Belleza. Como el ardiente católico, como el calvinista feroz, como todos los sectarios de cualquier religión, el anarquista tiene la fe, una fe invencible en la realización futura, lejana o próxima, de un estado social nuevo en el que la humanidad gozará de una gran felicidad. Para el anarquista la Idea es Dios.

Su filosofía inclina a la religión, casi no se diferencia. Con razón Aureliano Scholl ha podido decir: «La ANARQUÍA es una religión». Es así porque la mentalidad del anarquista encierra los factores: altruismo, amor a la libertad y proselitismo.

Indiferente a los detalles de la vida material, al dinero, al *confort*, al lujo, el socialista-anarquista concentra toda su actividad en un punto. Este punto es lo que concibe como la verdad y el bien. Su actividad es grande porque es ardiente y apasionado. Pertenece al tipo de los unificados con predominio de la pasión social.

Posee una personalidad robusta, puesto que ama y cultiva su yo. No es pálido reflejo de su ambiente, no es una insignificante muñeca.

Mientras la masa de los hombres refleja las opiniones de una minoría como los espejos reflejan las imágenes, el anarquista piensa por sí mismo. Absorbe ideas y fenómenos y se los asimila, nutre con ellos su intelecto, se crea una intelectualidad como se crea un cuerpo con alimentos.

En resumen, el socialista-anarquista tipo, por su mentalidad predeterminada, es un unificado, dueño de sí, reflexivo, contrariante. Tiene fijeza en sus ideas, amplitud en su carácter, pureza en sus tendencias, flexibilidad en su inteligencia. Es ardiente en sus empresas, audaz, enérgico, perseverante en su objetivo, inflexible en sus opiniones, de las que está orgulloso, muy impresionable, tan afectivo como intelectual, más crítico que creador, orgulloso y ambicioso de influir sobre los hombres. Su dominante es la pasión social. Su fin característico por excelencia es el proselitismo para poder conducir la humanidad a establecer lo que él concibe como el Ideal social.

Refiriéndonos al estado mental, debemos decir que se trata del tipo del carácter socialista-anarquista. Es un carácter ideal, medio, correspondiente a todos los adeptos tomados

⁵⁰ *Los Caracteres*, págs. 192-193.

colectivamente, pero que no corresponde a ninguno en particular. Cada individuo socialista-anarquista participa de este tipo, es decir, que su carácter, por ciertas tendencias, entra dentro de las categorías de que hemos hablado. Pero estas tendencias, según los individuos, están en grados diversos de desarrollo, y de la acción de las unas sobre las otras, como también de la acción de las demás tendencias particulares al individuo, resultan deformaciones más o menos atenuadas, más o menos pronunciadas, tendencias específicas del carácter del socialista-anarquista.

La reflexión, el dominio sobre sí, están en unos atenuados por su ardor y su energía, en otros por su emotividad; en otros la reflexividad disminuye su fijeza, mientras que en otros la ambición de influir sobre los hombres y la pasión social se unen para casi atrofiar la flexibilidad de la inteligencia y la reflexibilidad, etc.

Se trata, pues, en definitiva, de un tipo ideal de carácter del cual participan todos los socialistas-anarquistas, pero que no es el retrato de ninguno en particular.

FIN